

# ATRACCION MORTAL

Robert Ferrigno

*Un mundo marginal  
y subterráneo, descrito  
con escalofriante realismo.*

se



Lectulandia

Danny, un ex traficante de cocaína, vive retirado y en soledad desde que se separó de Lauren, su mujer, a la que sigue amando.

Un día recibe la visita de dos policías que acuden a interrogarle porque en la lujosa vivienda de su ex mujer parece haberse cometido un asesinato. Todo está revuelto y lleno de sangre, sin embargo no hay ningún cadáver. La policía sospecha de Danny pero no lo detiene, y éste emprende la búsqueda de su ex mujer.

Durante sus pesquisas, el protagonista deberá relacionarse con personajes de la más diversa índole: un veterano de Vietnam que vive aislado, aunque rodeado de todos los adelantos de la técnica, un traficante a gran escala de cocaína o un doctor que dirige un laboratorio de investigaciones genéticas un tanto fuera de la ley.

Danny y su ex mujer se encuentran, pero él queda profundamente desengañado al darse cuenta de que Lauren maneja todos los hilos de la corrupción y del crimen.

**Lectulandia**

Robert Ferrigno

# **Atracción mortal**

ePub r1.0

Titivillus 22.08.17

Título original: *The Horse Latitudes*  
Robert Ferrigno, 1990  
Traducción: Rosalía Vázquez  
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

## Aclaración al título del libro



El nombre «Horse Latitudes<sup>[1]</sup>» (*título de este libro en su versión original inglesa*) hacía referencia a un área del océano Atlántico en donde los vientos alisios morían, deteniendo a los veleros en su travesía hacia el Nuevo Mundo.

Para reanudarla, los marineros se veían obligados a aligerar el barco, arrojando por la borda parte de la carga: muebles, fardos de ropa, arcones con porcelanas e incluso cañones. La única manera de escapar de las calmas más rigurosas consistía en abandonar el máspreciado cargamento: los caballos.

Tan pronto como se empujaba a los aterrados animales por la borda, el velamen se henchía, mientras los caballos nadaban durante horas detrás de las naves, antes de morir ahogados. Sus desesperados relinchos obsesionaban a la supersticiosa tripulación durante el resto del viaje.





Por aquellos días cualquier cosa era capaz de sacarle de quicio. Risas en el piso de abajo o un mechón de pelo rubio entrevisto de refilón. O, ya avanzada la noche, el ruido, en rápida sucesión, de dos portazos de coche. Sobre todo esto último. Se los imaginaba dirigiéndose a casa de ella o de él. Ambos ansiosos, aunque esforzándose por disimular, cogidos de la mano. Con timidez al principio, para pasar después el hombre a abrazarle la cintura mientras ella, sonriente, dejaba caer la cabeza sobre el hombro varonil.

Había noches en que Danny añoraba hasta tal punto a Lauren que hubiera querido agarrar a un gordinflón y estrellarlo contra un ventanal. Sólo por oír el estruendo. En lugar de eso, se iba a nadar a la bahía.

El agua estaba fría, oscura y vacía y, desde el momento en que se dictó la sentencia de divorcio, no se había perdido un solo baño en cuatro meses y diez días. Una de esas noches se ahogaría o lograría superar el recuerdo de ella. Era demasiado pronto para saberlo.

Nadó dejando atrás las boyas de señalización, con la cabeza lo bastante alta para que el agua rompiera contra sus gafas de buceo. Se dirigió hacia las luces difusas del otro lado con brazadas uniformes y parsimoniosas que apenas agitaban la superficie.

Una vez atravesada la mitad de la bahía aproximadamente, se detuvo y, tras subirse las gafas, quedó flotando boca arriba. La distancia amortiguaba las luces y los ruidos procedentes de tierra; permaneció mirando las estrellas hasta que el frío le obligó a tomar una decisión. Cuando se dispuso a regresar tiritaba y tenía tan agarrotado el diafragma que incluso respirar le resultaba doloroso. Hubo de hacerlo con inspiraciones breves, gruñendo a cada brazada. Si alguien hubiera podido oírle desde la playa habría pensado que estaba luchando en el agua con otra persona.

Se arrastró hasta la playa, extenuado; los dientes le castañeteaban mientras se secaba con la toalla y empezaba a arderle la piel al tiempo que se normalizaba la circulación sanguínea. Se volvió a mirar las aguas. Su mente había quedado tan vacía y despejada como la de un anfibio, consciente tan sólo del fulgor de las estrellas y del olor a mar. Era el momento en que iba a sentirse mejor hasta la próxima zambullida, y lo sabía.

Se tomó su tiempo para recorrer las dos manzanas que había hasta su casa, demorándose, escuchando la quietud de las calles. Era casi medianoche, pero los martes reinaba la tranquilidad en Belmont Shore. Todo el mundo se reservaba a la espera del fin de semana, cuando los bares ofrecían dos tragos de tequila por uno y licenciosos concursos de baile. Para él todas las noches eran iguales: una larga

zambullida y un par de cervezas para quedarse luego dormido con lo de Larry King o el evangelista chicano que rezaba *Heavenly Father, man*<sup>[2]</sup>.

El edificio en que vivía era de estuco rosado; lo que en los anuncios por palabras calificaban de «estilo misión», de dos pisos con adornos de hierro forjado y de ladrillo, arcadas redondeadas y una cubierta de tejas rojas acanaladas. Se parecía más a un Taco Bell<sup>[3]</sup> que al Álamo.

Cuando ya subía a su apartamento se detuvo a media escalera para observar el hacinamiento de minúsculos cuádruplex y condominios sin espacio para armarios. El Shore era una amalgama de ambiciones, repleta de vendedoras que tomaban clases nocturnas de interpretación y de camareros que escribían guiones durante el día, camareras a media jornada y maestras suplentes, todos ellos solteros, anónimos y numerosos. Allí la gente se las ingeniaba para encontrar una tarjeta de crédito o a un protector y se mudaba de la noche a la mañana, sin preocuparse por sus muebles o por la fianza. Era un lugar perfecto para perderse.

Se detuvo en los escalones mientras escuchaba las olas que se estrellaban en la bahía y la risa cordial de Ed McMahon que le llegaba desde el apartamento de Eilene. Ella era agente comercial de Nordstroms; tenía un cutis perfecto y un adusto amante adolescente que pasaba modelos deportivos una o dos veces al mes y hablaba sin cesar del «negocio». Hacía unas semanas que el chico se había largado con todo el dinero de Eilene y con tarjetas de crédito, pero le había dejado la mitad de los Quaaludes<sup>[4]</sup>. Ahora ella mantenía las cortinas abiertas y el televisor en marcha: una insistente nana que la mecía hasta que se quedaba dormida.

Danny se apoyó sobre la barandilla con su empapada indumentaria y se inclinó para mirar hacia el interior del apartamento.

Eilene se encontraba acurrucada en el diván, con una camisa a rayas, de hombre, y un tanga blanco, con los ojos cerrados y la boca abierta. El pelo le caía sobre la cara en una cascada de bucles. Danny sintió un escalofrío mientras ella retorció una guedeja entre los dedos. Luego Eilene se tumbó boca arriba, con una mano en la cadera, acariciándose suavemente el vientre. Las yemas de sus dedos trazaban pequeños círculos a medida que se hundían por debajo del elástico de las diminutas bragas.

Danny observó reflejada en la ventana su propia imagen superpuesta a la de ella. Luego, con lentitud, se bajó la cremallera del mono de tal manera que quedaban piel contra piel. Entonces su mano pareció acariciar los músculos lisos y bien marcados de su torso. Se dio cuenta de que estaba respirando al mismo ritmo que ella. La intimidad del momento le hizo pensar de nuevo en Lauren.

Una noche, ya próximo el final, Lauren, que seguía estrechada a él después de haber hecho el amor, le había dicho que su perfil merecería pertenecer a una moneda romana... Se mostraba orgulloso por la seguridad que le daba haber estado ganando durante mil años.

Lauren había continuado encima de él, cosquilleándole la parte superior de los

muslos, y le había dicho que era en ocasiones como aquélla, con él aún dentro de ella, en la oscuridad, cuando todavía creía que no podía perder. Pero pronto se había convertido en alguien semejante a cualquier otro, temeroso de establecer sus propias reglas.

—Diariamente muere gente. —Lauren le acariciaba la cicatriz del abdomen, recuerdo de las balas que lo atravesaran—. Pero eso no es motivo para arrojar la toalla.

—No murieron —aseguró él. Había una tensión tal en la habitación que apenas quedaba espacio para las palabras—. Los mataron.

Ella forcejeó.

—Eran mis amigos y tú no viste sus caras —añadió él.

Sintió la presión de ella al inclinarse hacia delante.

—Dios aborrece a los cobardes —le susurró ella al oído, haciendo que la tristeza los envolviera lentamente, como una manta que cubriera la cama. Él bromeó, pero Lauren advirtió que una lágrima le caía por la mejilla y, de súbito, cogiéndole la cara entre las manos, le besó con tal fuerza que le hizo gritar. Dijo que tal vez les ayudara hacer de nuevo el amor. Él replicó que no lo creía, pero que merecía la pena intentarlo.

Vio que le sonreía el reflejo de su propia imagen. Eilene suspiró, se puso de nuevo boca arriba y estiró las largas piernas.

Danny empezó a subir de nuevo las escaleras, pero de repente se quedó inmóvil, aguzando el oído. Las palmeras se agitaban y susurraban bajo la brisa, frotando unas contra otras sus frondas. Hacía falta otra luz en la escalera.

Ambos salieron de entre las sombras del rellano.

Danny retrocedió sobresaltado, aferrándose a la barandilla.

—¿Daniel di Medici? Policía.

Brillaron las insignias.

Medio paralizado, Danny descendió sin ruido algunos escalones. No precisaba ver las insignias. Bastaba con la voz, esa voz de policía, ligeramente desdeñosa y segura de sí misma, el equivalente verbal de una porra en movimiento.

—No ha abandonado las actitudes delincuentes. —El agente fornido hizo un ademán de aquiescencia a su acompañante—. ¿Qué te dije? —Un guiño a Danny—. Un profesional siempre es un profesional.

—Soy la detective Holt —dijo la mujer alta con tono monótono y aburrido—, y éste es el detective Steiner, del Departamento de Policía de Newport. —Siguió con las manos en las caderas mientras miraba hacia abajo, a Danny—. ¿Esperaba a alguien, señor Di Medici? ¿O tal vez es demasiado sensible?

—Me asustaron —dijo Danny, que continuaba cogido a la barandilla.

—Oye eso, Karl. —Hizo una mueca desdeñosa—. ¿No te estabas preguntando qué había sido de todos los héroes?

—¿Qué significa eso? —preguntó Danny.

—Me pareció haberte oído decir que era listo, Karl.

—Escuche, señora...

Demasiado alto. Abajo se encendió una luz.

—Tranquilo, tranquilo... —El arrugado traje gris daba a Steiner un aspecto descuidado y torpe; parecía una morsa grande y vieja, muy lejos ya de la plenitud de su vida... pero se había situado de tal forma que cerraba todo intento de retroceso escaleras abajo—. Se trata de su mujer —resopló, al tiempo que ponía tranquilamente la mano sobre el hombro de Danny.

Danny miró la mano.

—Exmujer.

—Exacto —asintió Steiner. Apartó la mano—. Lauren Kiel...

—Conozco su nombre.

—Claro. ¿Le importa que entremos y charlemos, hijo? Es importante.

—¡Caramba, abuelo! ¿Trae una orden? ¿O alguna acusación?

Una palomilla revoloteaba insistente alrededor de la luz.

Steiner pareció dolido.

—Es tarde, Karl. ¿Por qué molestarse? —La mujer policía se acercó a Danny, que seguía allí, a pocos centímetros de su pecho. Danny podía oler su perfume—. Vea a lo que le lleva ser perro viejo, señor Di Medici.

Steiner miró a Danny al tiempo que se encogía de hombros.

—La agente ha dado en el clavo, hijo. Si quiere la ley al pie de la letra nos daremos un paseo hasta Newport. La noche es agradable. Incluso pondremos la sirena si ése es su deseo.

La palomilla se estrellaba contra la lámpara, mientras el ruido de sus alas se hacía más fuerte al golpear el cristal.

—El Shore está algo apartado de su jurisdicción —dijo Danny sin inmutarse—. Vayan con cuidado.

—Caramba, gracias —respondió Steiner—. Pero no se preocupe por nosotros. La detective Holt ya se ha ocupado de todo el papeleo.

Cazó la palomilla al vuelo y, tras arrojarla al suelo, la aplastó con el pie.

—Es realmente minuciosa con los detalles, sí señor. —Al levantar los ojos vio a Holt y Danny que le miraban—. Una vez me comió una chaqueta deportiva —explicó Steiner. Frotó el zapato sobre el suelo del rellano, se lo miró y volvió a frotarlo—. ¿No seréis de la protectora de animales? —dijo con aspereza, mientras se le congestionaba aún más el rostro.

Danny introdujo la llave en la cerradura. Qué diablos, no podían hacerle nada. Ya no actuaba, estaba retirado. Le había costado mucho tomar la decisión, pero al menos no tenía que pasarlas moradas. Además, si sabían algo sobre Lauren, quería enterarse.

—Límpiese los zapatos —dijo.



Danny permaneció inmóvil ante la luz que salía del interior de la nevera, mientras bebía con calma directamente de la botella de Evian. Steiner se dirigió en línea recta a la butaca de cuero negro en la que se instaló acompañado por el murmullo de los cojines. Holt se quedó en la puerta, con las manos en las caderas, mientras sus duros ojos verdes recorrían la habitación con expresión de desagrado.

Era la agente mejor vestida que Danny había visto jamás: llevaba un traje sastre gris demasiado ceñido para la misa dominical y en extremo conservador para una buena mesa en Trumps. Se sujetaba la abundante melena roja con un vistoso pasador antiguo de oro. Parecía pertenecer a los potentados de tradición: el rey que, pese a obtener un doctorado en Leyes por Yale, creyó un deber cívico pasar unos cuantos años en un buen Departamento de Policía camino de una judicatura federal.

Finalmente la agente entró, pero se mantuvo en los límites de la habitación, como si quisiera evitar despertarse sobre la alfombra oriental. El apartamento era un incómodo estudio en el que el comedor se había transformado en un disimulado dormitorio. Adosado a una de las paredes había un deteriorado escritorio de madera atestado de libros y papeles. Sobre él campeaba un mapa del lado oscuro de la luna y una aterciopelada pintura del joven Elvis. Había camisetas colgando de los pomos de las puertas y toallas amontonadas en un rincón. Nada de televisor, plantas o animales.

Danny se sentó en la silla de mimbre que había cerca de Steiner, ambos con los ojos clavados en la falsa chimenea de terracota que en su interior ostentaba una foto de un crepitante fuego de campaña.

—Esto sí que es piel auténtica. —Steiner prácticamente resplandecía mientras palmoteaba el brazo de la butaca—. La auténtica McCoy. —Tenía desfondados los bolsillos de la chaqueta después de tantos años metiendo en ellos emparedados e informes sobre detenciones. Su corbata estaba amarillenta—. Me gusta el dibujo Grandpa sobre fondo negro. Yo tengo una La-Z-Boy, pero sólo es Naugahyde. Siempre he querido una de estas piezas en piel... —Inclinándose olfateó el brazo de la butaca—. Sí. Es realmente inconfundible.

—¿Qué es lo que quiere, detective? —preguntó Danny.

—Muy bien, muy bien. —Steiner hurgó en su chaqueta sacando una delgada libreta de notas marrón—. Tengo que reconocer que hablo demasiado. —La agenda parecía perderse entre sus enormes manos, pero movía los dedos con extrema agilidad, pasando las hojas sin apenas tocarlas—. No sé, hijo. —Sacudió la cabeza—. Pasaste todo ese tiempo en la facultad, pero tal vez te hubiera hecho mucho bien el ROTC<sup>[5]</sup>. —Suspiró—. En cambio, acabas con tres cargos saturados de tecnicismos y

también algo de auténtico peso... objeto de una investigación criminal, DEA<sup>[6]</sup>, otro pozo seco... y finalmente dos detenciones en un mes por asalto. —Movi6 un dedo con gesto reprobador hacia Danny. Éste, a su vez, movió otro—. No es de extrañar que te fueras de Newport.

—Que se fuera y que se hundiera, a juzgar por el aspecto de todo esto, Karl. —Holt pas6 un dedo por la repisa mostrándolo lleno de polvo.

Aquellos dos casi le hacían echar de menos a los cabrones de narc6ticos, apuntando con sus armas en todas direcciones y gritando: «¡No te muevas, hijo de puta!», «¿D6nde est6, hijo de puta?» o «¡No me mientas, hijo de puta!». Al menos ellos iban al grano.

—Creía que habían venido a hablar de Lauren.

—Así es —dijo Steiner asintiendo varias veces con la cabeza. Luego se volvi6 hacia Holt—: Te das cuenta, detective, un profesional siempre es un profesional. No tienen tiempo, nunca han tenido tiempo.

—De profesional, nada, Karl. Es un manojo de nervios. —Estaba allí, exactamente detr6s de Danny—. Atisba por las ventanas, pega un brinco en las escaleras: se est6 desmoronando a ojos vistas.

Danny se dio cuenta de que su atenci6n iba del uno a la otra, cambiando de posici6n en su asiento para poder concentrarse.

—Vamos al grano, ¿de acuerdo?

—Ahora no vengas dándotelas de *prima donna*. —Steiner alz6 sus gruesas manos con los nudillos engrosados por la encallecida piel—. En otros tiempos tambi6n a mí me llamaron algunas cosas.

—¿Qué le llamaron, Karl? ¿No le importa que le llame Karl??

—He de reconocer que tienes cierto estilo, hijo. —Steiner ri6 entre dientes—. Esto me gusta. Pero estoy intentando hacerme una idea sobre esas acusaciones por asalto. No he ido a la facultad, pero, incluso yo, sé que esos asaltos no dan dinero.

—¿Le resulta difícil controlar su genio, se6or Di Medici? —En ese momento Holt tenía una rodilla apoyado en el suelo y registraba la papelera que había junto al escritorio; el orillo de la falda dejaba al descubierto el nacimiento del muslo. Buscaba algo incriminatorio, algo que brillara a primera vista, algo que sostener ante el tribunal—. ¿Sufre tal vez de jaquecas? ¿Acaso pérdidas de memoria o ataques repentinos de ira...?

—¡Caramba, pero si sólo se trata de una revisi6n médica! —dijo Danny—. Por favor, Karl, ¿puede ser ella la que me pida que tosa?

—Tranquilo —dijo Steiner enrojeciendo. Luego volvi6 a su blanda pasividad—. No sé si te habrás dado cuenta de ello, pero no figuras como inquilino de este apartamento.

—Bueno, ya sabe lo que pasa, Karl... le das a la gente tu direcci6n y antes de que te des cuenta empieza a dejarse caer sin previo aviso a cualquier hora de la noche y no puedes librarte de ellas.

Holt sonrió a pesar suyo, mostrando unos dientes algo grandes. También sanos y blancos. El abuelo de Danny había tenido unos dientes como aquéllos y, según él, el secreto consistía en frotárselos todas las noches con un diente de ajo. Probablemente ella utilizaría un método diferente.

—Podría convertirse en un problema —asintió Steiner. De cualquier modo, sin amigos ni nada... ¿Tienes hijos, Danny?

Danny estiró las piernas como si se dispusiera a calentárselas con el fuego de la fotografía.

—¿Por qué no consulta su libreta de notas, Karl? —dijo moviendo los dedos de los pies. Iban a tomarse su tiempo hasta hablarle sobre Lauren, poniéndole a prueba con la esperanza de que cometiera algún error. El truco del agente entrado en años y la principianta resultaba algo evidente, pero era posible que hiciera perder pie a más de uno de los peces pequeños.

—Bueno, a veces hay cosas que se nos pasan por alto. —Steiner se encogió de hombros—. Pero por eso estamos aquí. —Se estiró la oreja al tiempo que guiñaba un ojo a Danny—. Ya sabes, por las respuestas.

—Le diré la verdad, Karl. A mí tampoco me vendrían mal algunas de ellas.

—Apuesto a que es cierto. —Steiner observó el apartamento—. Esto parece un lugar solitario. Ninguna foto familiar en las paredes, ropa por todas partes... demasiados libros, si quieres saber mi opinión. Te veo como amante de la quietud, muy reservado, un tipo que, en realidad, nunca da la bienvenida. ¿Estoy en lo cierto?

—Me ha calado, Karl —se mofó Danny—. No puedo engañarle.

—Es una especie de pasatiempo. Tengo mis impresiones sobre la gente, eso es todo. Apuesto a que tu mujer tenía tu número, pero ése es su trabajo, claro. La cogí por la radio cuando sustituyó al doctor Toni Grant, y hablaba con mucho sentido común. Habitualmente no me merece demasiado respeto vuestro psicoterapeuta, pero ella es una titi lista.

Holt examinaba los trofeos colocados sobre la repisa de la chimenea. Sopesó el más grande, el premio de submarinismo, segundo lugar, y lo volvió a dejar en su sitio. Cada vez que cogía algo se escuchaba un cálido susurro: seda. Con toda seguridad. Alargó la mano para tomar la siguiente pieza, una pequeña cabeza de piedra, el dios maya del maíz, período clásico.

—Tenga cuidado —advirtió Danny.

—Esto es muy valioso —dijo ella sorprendida mientras lo sostenía con ambas manos—. Muy valioso.

El solemne dios le devolvió la mirada, la piedra ligeramente erosionada por el paso de los siglos.

—Hubiera preferido que no lo tocara —dijo Danny.

—Ahora ya no se permite introducir este tipo de cosas en Estados Unidos —parecía irritada—, a menos que vayan acompañadas de una licencia de exportación del país de origen. Tendría que estar en un museo.

—Vuelva a dejarlo en su sitio, detective —dijo Danny.

—¿Por favor? —sugirió Steiner.

—Por favor.

Holt colocó de nuevo la pequeña escultura en su sitio con extremo cuidado.

—El 17 de diciembre de 1987 te presentaron la solicitud de divorcio de Lauren Kiel —leyó Steiner—. Tu mujer debía de estar realmente harta para hacerte pasar por ese trago precisamente antes de Navidad. ¿Qué podría haberle importado esperar un par de semanas? —Miró a Danny—. Podrás decirme que cierre el pico, pero ¿has pensado alguna vez que acaso eso estaba relacionado con tu tráfico de drogas?

—Podría cerrar el pico —dijo Danny—. No sería yo quien se lo impidiera.

—Todas esas mentiras y abogados... No es mi intención ofenderte, hijo, pero una mujer como ella, toda una triunfadora y una belleza... Hay que reconocer que se merecía algo mejor.

—El señor Di Medici tiene genio, Karl. Es probable que armara un cisco si ella no le esperaba con la comida caliente hasta su regreso a casa después de un duro día vendiendo narcóticos.

Sí, claro. Llevaban viviendo más de un año en la nueva casa cuando Lauren descubrió que el horno no funcionaba.

—Y me imagino que, cuando al fin ella empezó a recoger los frutos de su duro trabajo y ya no le necesitó, él se sintió resentido. —Holt empezó a curiosear en los montones de libros procedentes de bibliotecas que había sobre el escritorio—. *Agricultura del Yucatán precolombino*, *Geología mesoamericana*, *El mundo sumergido*... Algunos de estos libros tienen caducada la fecha de devolución, señor Di Medici. —Frunció el ceño—. Nada menos que años.

Y lo decía con toda seriedad. Ella jamás había trasgredido una norma en su vida, nunca había conducido a toda velocidad por una carretera rural con las luces apagadas.

—¿Trabaja usted, señor Di Medici? ¿Paga impuestos?

—¿Es así siempre, Karl?

—Ahora ve con cuidado. —Steiner dio unas palmadas a Danny en la rodilla—. Es importante saber hasta dónde llegar, cuándo detenerse a tiempo.

—¿Dónde está su mujer, señor Di Medici?

—¿De eso se trata, Karl?

—Hemos comprobado el registro de sus llamadas telefónicas —los dedos de Steiner se deslizaron por las páginas de la agenda—, y hay que reconocer que era una mujercita realmente atareada, sólo breves llamadas de dos y tres minutos. Excepto con un número: el tuyo. Llama una o dos veces por semana, llama a última hora y le gusta hablar, haciendo correr tranquilamente el contador. Ding-ding, ding-ding... —Comprobó con la agenda—. Veintitrés de noviembre, de 1:31 a 2:52 de la madrugada. Treinta de noviembre, de 2:08 a 3:45 de la madrugada. Habrá captado la idea.

—¿Qué hacen los de narcóticos en vacaciones? —preguntó con aspereza Danny

—. ¿Intervenir teléfonos o escarbar en la basura del vecino?

—¿Le dijiste que pertenecíamos a narcóticos? —preguntó Steiner a Holt.

—Yo no, Karl.

—Pues yo tampoco. Se trata de la investigación de un homicidio, hijo.

Danny pasó la mirada del uno a la otra. Intentó hablar, pero sintió como un agujero en el pecho por donde se le hubiera ido la voz. Vio la cara de Lauren a través de una bolsa de plástico transparente a la luz cruda de una bombilla. Una lágrima inerte en su ojo, cristal azul resquebrajado. Demasiado tarde para «lo siento». Demasiado tarde para «vuelve, por favor». Demasiado tarde.

—¿Está muerta? —preguntó Danny con voz quebrada.

—¿No lo sabe, señor Di Medici?

—¿Lo está?

—Ayer por la mañana —Steiner rebuscó entre las páginas—, aproximadamente a las siete menos cuarto de la mañana, el señor Thomas Burkett, de setenta y ocho años, caminaba por la playa con su detector de metales cuando descubrió hecha añicos la puerta corredera de cristal del 323 de vía Geneva. Una inspección más detenida reveló las paredes salpicadas de sangre. Había sangre por todas partes. —Cerró la agenda y miró a Danny—. Un espectáculo terrible para un anciano. He visto mataderos con mejor aspecto que esa habitación.

—No lo entiendo —dijo Danny.

Steiner se humedeció los labios.

—Vía Geneva 323, Lido... ella vive allí. ¿Nos tomas por estúpidos?

—No sé —murmuró Danny—. Vi la casa una vez en una revista, pero no indicaba dónde vivía ella...

—Pero ella tenía su número, ¿no es así, señor Di Medici? —dijo Holt—. El nuevo, que no figura a su nombre y tampoco está en la guía telefónica.

—La... la llamaba a su oficina —balbuceó Danny—, pueden preguntárselo a su secretaria.

—Ya lo hemos hecho, señor Di Medici —dijo ella cerrando el cerco—, pero sigue sin explicar por qué motivo ella nunca le dio el teléfono de su casa o su dirección. ¿Por qué cree que no lo hizo, señor Di Medici?

—La situación no era ésa —dijo Danny—. Ella llamaba. Yo contestaba. No consintió en decirme dónde vivía. Decía que sólo conseguiría crearle dificultades.

—¿Le crearía dificultades, señor Di Medici?

—¿Está muerta? —preguntó una vez más Danny mirando a uno y a otra. Ninguno de los detectives mostró la más leve emoción.

—Bueno —dijo finalmente Steiner—, no encontramos cuerpo alguno...

Danny se cubrió la cara con las manos. Estaba viva. Sólo eso importaba.

—Pero había sangre suficiente para pensar en su posible homicidio —siguió diciendo Steiner—. También encontramos algo de semen. Un pequeño rastro en el cristal de la mesa del café y algo sobre la alfombra... ¿Se encuentra bien, hijo? De

cualquier manera el análisis dice que se corresponde con la sangre de la habitación. Suponemos que era su amante, el señor B-positivo, quien se desangró por allí. Como si alguien que quisiera aclarar algo les hubiera cogido con las manos en la masa.

—Creo que es mucha la gente capaz de comprender cómo puede ocurrir algo semejante, señor Di Medici —dijo Holt con suavidad—. Tal vez estuviera usted observando desde la playa, les viera hacer el amor y... se volviera algo loco.

—¡No!

—¿Por qué no nos dice dónde está ella, señor Di Medici? —insistió Holt—. Se sentiría mejor.

—Ya les he dicho...

—Estropeó la alfombra. —Steiner movió disgustado la cabeza—. Una estupenda alfombra, como la que tiene usted aquí. Se nota de inmediato su calidad. A veces me pregunto de dónde procederá todo ese dinero para sillones de piel y alfombras persas...

—¿De qué hablaban usted y su exmujer, señor Di Medici? —Holt lo miró—. ¿La amenazó usted alguna vez?

—Ella no podía dormir —dijo Danny. Se aferró a los brazos del asiento e intentó mantener firme la voz—. Jamás pudo. Cuando la cosa ya se ponía fea me telefoneaba y yo le contaba una historia. Ella no quería hablar, sólo deseaba que le contara una historia.

—¿Qué tipo de historia? —preguntó Steiner con una mueca—. ¿Cosas escabrosas?

—Sólo historias que yo imaginaba —contestó Danny—. Cuentos de hadas particulares, como los que se cuentan a un niño. La mayor parte del tiempo yo estaba medio dormido. Cuando estábamos casados solía contarle historias todas las noches.

—¿No se ha sentido nunca furioso con su exmujer? —preguntó Holt—. Tal vez no estuviera sola cuando le llamaba. Tal vez ella y su amante estuvieran en la cama con el teléfono entre ellos sobre la almohada... a lo mejor disfrutaba con ello, señor Di Medici. Algunas mujeres lo harían.

—¿Disfrutaría usted así, detective?

—Ella tenía una carrera y una casa en la playa —dijo Holt—. Usted tiene un historial, una taquilla en el gimnasio y una falsa chimenea. Algunos hombres podrían sentirse resentidos por ello. ¿Se siente resentido, señor Di Medici?

—Creo que ha llegado el momento de que ustedes dos se vayan. Ahora.

—Va a necesitar una buena coartada para el domingo por la noche, señor Di Medici —dijo Holt—. Tal vez quiera llamar a su abogado antes de que sigamos adelante.

—Estaba con usted, detective. Tengo las huellas de sus dientes para demostrarlo —dijo Danny.

Steiner hundió un índice rígido en el hombro de Danny.

—Me resultas simpático, chico —le advirtió—, pero es importante que recuerdes

que te estás dirigiendo a dos agentes de la ley. —Se inclinó hacia Danny repitiendo el gesto y hablando con énfasis—. Respeto. Respeto a la ley.

—Aparte las manos, chico —dijo Danny.

Estaban tan cerca que podía ver los poros de la nariz rota de Steiner, los vasos capilares quebrados en sus ojos o las pequeñas manchas de incipiente barba gris que había pasado por alto en su afeitado.

—Dentro de cinco meses y medio me jubilo. —Steiner proseguía con su ataque en tanto que Danny trataba de zafarse—. Treinta años al pie del cañón y recuerdo cada uno de los casos. Durante la primera semana en que trabajé como detective, un montador de transmisiones llamado Boguski pierde su trabajo, coge el autobús a casa, toma un par de Buds y aspira por el cañón de un rifle japonés que había cogido durante la guerra. Aprieta el gatillo con el dedo gordo del pie. Tal vez sea porque le han despedido, acaso por cualquier otra cosa. Te sorprendería saber lo poco que se necesita a veces.

Danny intentó apartar aquel dedo de un manotazo, pero Steiner lo mantenía impertérrito, con el cuerpo colocado en una posición que impedía levantarse a Danny.

—Verás, yo soy el novato en la manzana. —Ahora Steiner respiraba pesadamente, Danny podía sentir en las mejillas su calor y humedad—. De manera que he de limpiar eso después de la llegada y partida del forense. Es como una iniciación... dejar que los demás agentes sepan que tienes arrestos. El sargento calvo recoge un mechón de pelo de la pared y me dice: «Rizado natural. Y ese estúpido cabrón va y se lo carga. Imagínate.» Tienes que comprender, eran los viejos tiempos, antes de que nos instruyeran en sensibilidad y se formaran las comisiones civiles de seguridad interna. Sólo había policías y ladrones. —Su dedo perforaba prácticamente el hombro de Danny. Tap, tap, tap—. De manera que soy yo quien ha de pechar con eso, soy el que acaba con su nuevo y elegante Florsheims todo embadurnado de masa encefálica. Y también unos zapatos de cincuenta dólares.

—Soy todo oídos, Karl —Danny se negaba a acobardarse—, y ahora ya puede parar el carro.

En la mirada de Steiner no había ira, tan sólo una acuosa tristeza. Se asemejaba a un bibliotecario que estuviera catalogando libros de los que ya nadie hablaba o a los que nadie leía, pese a lo cual proseguía con su trabajo.

—Al fin vuelvo a casa y me siento en el sofá —siguió diciendo Steiner—. Patty canta por la radio «*Shrimp boats are Coming and it's Saturday night*» y yo me tomo también algunos Buds y me dedico a sacar de los zapatos, con un mondadientes, los restos de aquel infeliz. Necesito una hora y aún así no puedo quitarlos del todo. Acabo dando los zapatos al Ejército de Salvación. Ojos que no ven, corazón que no siente.

—He dicho que ya está bien, Karl. —Danny le golpeó en el pecho con la palma de la mano. Un nuevo gruñido, más fuerte, de Steiner, que sin embargo mantuvo su actitud.

—Dicen que el cerebro es materia gris, pero en verdad es amarilla —dijo Steiner—. Como ese requesón que lleva demasiado tiempo en el fondo de la nevera. —Su dedo se interponía entre ellos—. Las cosas más extrañas se te quedan grabadas en la memoria. Treinta años... Un poli ha de tener buena memoria, pero resulta una maldición, como los pies planos o una imaginación demasiado vivaz. Eso no te lo dicen cuando empiezas. No es que me queje. No me interpretes mal. —Se desinfló como un globo pinchado, al tiempo que dejaba caer las manos lacias a los costados—. Es tarde —dijo con la mirada clavada en el suelo—. Es tarde y estoy cansado.

Holt le ayudó a ponerse en pie mientras Danny permanecía allí observándolos.

—La detective Holt es un auténtico sabueso. —La expresión de Steiner era impenetrable—. En mis tiempos yo también lo fui. Cree que eres un italiano de sangre caliente, cree que cada vez que cierras los ojos ves películas caseras de tu mujer lanzando gritos con su banda de la Universidad de California del Sur. Yo en cambio creo que eres alguien a quien se lo han dado todo en bandeja de plata. Y sin embargo te las ha arreglado para desbaratarlo y acabar con todo.

—Me ha decepcionado, Karl. —Danny se daba masaje en el hombro, que se le había quedado insensible—. Pensé que usted era el poli amable y ella el malo.

Steiner se volvió, a punto ya de bajar las escaleras.

—No hay polis amables, hijo, y lo sabes.

Empezó a bajar los escalones.

—Si quiere formular una demanda, allá usted —dijo Holt, ya en la puerta—. Yo atestiguaré que usted le golpeó mientras él cumplía con su deber.

—¿Y en qué consistía ese deber, detective?

—No es tan listo como se cree —dijo ella.

—¿Y quién lo es?

—Tal vez olvidara algo —dijo, mordiendo las palabras con aquellos bonitos y blancos dientes—. Una huella, una fibra de cualquier material, un desgarrón de piel... no se necesita mucho. Un cabo suelto puede llegar a estrangular. Piénselo, señor Di Medici.

Danny cerró los ojos y escuchó mientras sus pisadas se alejaban. Le dolía todo. Se acercó al teléfono para asegurarse de que había línea. Luego, apagando las luces se tumbó en la cama. Comprobó de nuevo el teléfono.

Se vio a sí mismo arrastrado mar adentro, nadando contra la corriente, con una ola de sangre precipitándose desde el horizonte, mientras él luchaba por alcanzar la playa. Esperaba que Lauren estuviera viva y no pudiera dormir esa noche, esperaba que le necesitase. Siguió tumbado en la oscuridad, esperando que el teléfono sonara.



Ella sabía lo que le convenía. La casa se alzaba muy apartada de la calle, prácticamente oculta por bosquecillos de retorcidas jacarandas y eucaliptos. Tres pisos de ladrillo blanco justamente en la playa. El *Architectural Digest* calificaba su estilo de «árabe moderno» en su reportaje.

Lauren ocupaba toda una página, tumbada en la sala de estar mientras tomaba el sol. Sus pies descalzos descansaban sobre una pulida mesa baja que parecía haber sido cortada de una única losa de cuarzo rosa.

«La psicóloga Lauren Kiel se retira a su refugio en la playa al sur de California, un híbrido de uniforme clasicismo árabe y elegancia contemporánea, donde los ritmos eternos del tiempo y las mareas la renuevan y vigorizan.»

Danny había enviado por correo un ejemplar de la revista a la oficina de ella, marcando el lugar con una vieja fotografía de los dos en el mercado central de Mérida, con las caras muy juntas, riendo, y cada uno de ellos abrazando una iguana de peluche con un sombrero. Un viejo mexicano les había hecho la fotografía y había rechazado el dinero que le ofrecieron. Había dicho que él y su mujer, Dios tenga en su gloria, también habían sido una vez felices y que al verlos había recordado aquellos días.

Y en esos momentos se encontraba aparcado en la entrada del sendero que conducía a la casa de Lauren, poco antes de romper el alba, escuchando al viento entre los árboles y esperando a que una luz se encendiera en su dormitorio. A las cuatro y tres minutos había renunciado a sus esfuerzos por dormir y había conducido el coche hasta la dirección de que hablara Steiner, en Lido Isle. La casa era el tipo de residencia que habían proyectado tener. Después de que él hubiera distribuido el producto. Y de que Michael hubiera lavado el dinero a través de los bancos de la costa. Lauren había seguido adelante haciéndolo por su cuenta.

En las fotos de la revista aparecían habitaciones con bóvedas acristaladas que dejaban pasar la luz y con paredes desnudas. Se citaban las palabras de Lauren respecto a que la presencia de demasiados objetos reducía la sensación de espacio, de serenidad, que era la esencia del hogar.

El dormitorio principal se encontraba en el piso más alto. La cama, de dimensiones regias, estaba cubierta con seda de paracaídas en tonos limón y frambuesa. Sobre el tocador Imperio, taraceado, que él mismo le había comprado en París, había tres frascos de perfume y un peine de concha. En su primer aniversario él le había llenado los cajones de la cómoda con lencería de seda, rojos y amarillos, negros y rosados: toda una cascada de colores que desbordaban hasta caer al suelo.

Se había quedado con un ejemplar de la revista y pasaba las horas muertas con las yemas de los dedos descansando sobre sus páginas, imaginándose a ellos dos en aquella inmensa cama, mientras contemplaban las nubes de tormenta que se formaban en el horizonte.

Se agitó en el asiento y se desperezó, golpeándose las rodillas. Los Mustang de 1968 estaban fabricados atendiendo más a la velocidad que a la comodidad. Los vecinos no tardarían en hacerse el café y recoger el periódico de la mañana, y se preguntarían qué hacía aquel feo coche negro parado en el sendero que conducía a la casa en la que se desarrollaba toda aquella actividad policial. Era lo mismo que él se había estado diciendo durante media hora y todavía seguía sentado allí.

De las jacarandas se desprendían flores purpúreas que caían pesadamente sobre el césped y también sobre la capota del coche. De seguir allí mucho tiempo, llegarían a cubrirlo totalmente. Entonces ya no tendría que preocuparse por los vecinos, tan sólo cobijarse allí y esperar a que ella volviera.

Aspiró con fuerza y salió del coche; empezó a caminar por la serpenteante vereda con los hombros hundidos y el paso rápido.

La casa estaba rodeada por una cinta amarilla a lo largo de la cual aparecía impreso, en letras negras: «Investigación policial, prohibido el paso». Era un procedimiento habitual, pero marcaba una diferencia, cambiaba el paisaje. La revista estaba equivocada. Lauren ya no vivía sola, tenía acompañantes. Steiner y Holt.

Deslizó la mano por la cinta de color vivo de la policía, estrujándola entre los dedos, mientras daba la vuelta para dirigirse a la parte trasera. Los polis marcaban los escenarios del crimen como si en su interior se estuviera celebrando una fiesta y quisieran indicar el camino con adornos festivos.

Las parcelas de la Lido Isle estaban meticulosamente ajardinadas. Pasó junto a macizos de flores dispuestos en terrazas, arbustos de azaleas e intrincados jardines de rocalla. Había incluso un muro de gigantescos cactus del desierto.

La sala de estar daba a la playa: más de quince metros de paneles de cristal con dos desniveles. Habían roto una de las pequeñas puertas correderas y del marco emergían fragmentos de cristal con aristas agudas. Se había cubierto el hueco descuidadamente con cartones, sujetándolos con cinta adhesiva amarilla, como si con ello se detuviera al ángel de la muerte. Algo tarde a esas alturas.

Habían apartado las blancas y transparentes cortinas de seda, pero el viento que llegaba del océano había vuelto a correrlas, lo que permitía echar un vistazo al interior en sombras. Alguien había vomitado. Dio media vuelta y se quedó mirando las olas, con las rodillas temblorosas. Las cortinas se agitaban a su espalda, enganchándose y desgarrándose en los cristales rotos. Hubo de contener el impulso de taparse los oídos.

Lauren tenía razón. Había perdido brío. En cierta ocasión, cuando regresaba a Newport con media tonelada de sensimilla en la trasera de un camión refrigerado, le detuvo un policía de carretera. El agente le dijo que llevaba apagada la luz de la

matrícula. Los dos permanecieron un rato charlando sobre la desastrosa temporada de los Rams mientras él arreglaba la conexión suelta con un destornillador que el policía le dejó. Las manos de Danny se mantenían tan firmes como su sonrisa. Y ahora tenía miedo de entrar en un cuarto oscuro.

Su confianza en sí mismo murió en la granja con todos ellos y todo lo demás. Había logrado arrastrarse hasta el coche, con la sangre cayéndole por el costado y dentro de la bota. Tenía la esperanza de que a Lauren le pareciera romántica una cicatriz, porque ya no iba a ser tan perfecto.

Una pequeña embarcación cambiaba de bordada una y otra vez en el agua. La playa se encontraba desierta. Un balón rojo botó sobre las dunas.

Tres meses después de lo de la granja, le llegaron los documentos del divorcio por correo certificado. Y al día siguiente la llamada telefónica. Lauren quería asegurarse de que los había recibido. Le colgó el teléfono con una palabrota. A los treinta segundos la llamó a su vez para pedirle que le perdonara.

Danny le dijo que volvía a la enseñanza.

Lauren contestó que no quería mostrarse cruel.

—¿Por qué dejarlo ahora? —le preguntó él.

—Si quieres ser profesor, habrás de buscarte una agradable esposa de profesor —le dijo ella—. Alguien que se sienta feliz conduciendo un Volvo con tres años de antigüedad y que crea que esnifar cocaína antes de una fiesta de la facultad es el más terrible de los placeres insanos.

¿Acaso no podía recordar los buenos momentos y evitar sumergirse en la amargura y la depresión?, le había preguntado Lauren.

—Imposible —dijo él—. Ni la más jodida posibilidad.

Luego colgó el auricular, con el mismo cuidado que si se tratara de una carta bomba.

Había salido el sol mientras permanecía allí contemplando las olas. Seguía sin poder mirar la casa.

La última vez que se vieron él recogía sus cosas. La abrazó y aspiró el aroma de su pelo, resistiéndose a soltarla. Lauren le dijo que una parte de ella siempre le amaría.

—¿Qué parte? —le preguntó—. Tal vez podríamos hacer un trato.

Lauren, echándose a reír, le besó, y él llegó a pensar por un instante que, finalmente, todo se arreglaría.

Lo único bueno de haber nacido católico es que te hace creer en la resurrección. Detrás de él las cortinas se agitaron con el viento. No les prestó atención. Todavía seguía esperando el final feliz.

—¿Señor?

Danny se sobresaltó al oír aquella voz baja.

El hombrecillo con el descolorido mono de pechera levantó las manos cuando Danny dio un paso hacia él.

—Por favor, señor. Es viernes.

—¿Cómo?

—Es viernes, señor.

Danny lo siguió hasta la parte delantera de la casa y sendero abajo, y se quedó mirando desconcertado una reluciente furgoneta blanca aparcada en la cuneta. Estaba llena de rastrillos y segadoras de césped. En un costado podía leerse claramente impreso: «Matsudo. Paisajista.»

—Su coche, señor, tiene que quitarlo.

—Lo siento.

Danny pasó presuroso junto al hombrecillo, subió al Mustang y dio marcha atrás. Mientras se alejaba, pudo ver por el retrovisor que Matsudo le observaba.



Los gemelos Boyd y Lloyd se encontraban sentados en un Corvette rojo aparcado en la playa, Boyd estaba al volante. En la parte trasera y en un desconchado cartel sobre el amortiguador podía leerse: «Fotógrafo oficial *Playboy*. Agradecemos audiciones.»

Era última hora de la mañana y la temperatura ya alcanzaba los veintiséis grados. El motor estaba en marcha, las ventanillas herméticamente cerradas y el aire acondicionado funcionando a todo gas. Por la cara interior del parabrisas se deslizaban pequeñas gotas debidas a la condensación. El merendero cercano estaba lleno de estudiantes que jugaban al *frisbee*, familias comiendo al aire libre y parejas de ancianos cogidas de la mano. Lloyd sentía ganas de vomitar ante todo aquello.

Lloyd manoseaba sin parar la chapa de la botella de zumo de manzana sin filtrar. Entre las piernas sujetaba entreabierto una pequeña nevera Styrofoam. Botellas vacías se mecían en el hielo derretido, chocando unas contra otras a causa de la leve vibración del coche con el motor en marcha.

Habían comprado el zumo en una tienda de alimentos dietéticos que apestaba a incienso. Boyd quiso saber si era natural, mientras que el melencólico de detrás del mostrador no hacía más que repetir: «Yo sólo trabajo aquí, hombre», con aquel acento británico de mariquita, hasta que Lloyd, agarrándole por su cola de caballo, le puso la cara contra el mostrador.

—A ver si espabilas, pedazo de zoquete —le dijo—. Si no lo sabes, entérate.

Lloyd dejó de ocuparse del marica, pero, de no haber sido así, Boyd podría haber hecho algo realmente espantoso. Ya tenían bastantes dificultades con el tío Arthur por lo que habían dejado que ocurriera en la casa de la playa de la rubia. Como si hubiera sido culpa suya.

Los gemelos llevaban camisetas XXXL sin mangas, idénticas, en las que podía leerse «IRONWORKS GYM», y pantalones cortos. Los músculos tensaban sus camisetas y las costuras de los pantalones estaban abiertas casi hasta la ingle para dejarles libres los muslos. Setenta centímetros de muslos, cincuenta y dos de brazos, ciento treinta y cinco de pecho y setenta y cinco de cintura. Tenían los pectorales como los de un gladiador, anchos y lisos, con el contorno marcado por pequeños músculos auxiliares. Por las prominencias y hondonadas de sus bíceps corrían venas del grosor de lombrices de tierra. Ambos eran macizos, pero de metro y medio de estatura; la simetría desaparecía. En vez de presentar un excelente desarrollo parecían inflados. Y la presión se había mantenido durante demasiado tiempo. Boyd señaló con la cabeza hacia el merendero a través de la ventanilla.

—Mira esa ballena con delantal allí de pie dando la vuelta a unas grasientas

hamburguesas, esos pequeños arrapiezos dando puñetazos sobre la mesa de *picnic*, clamando por su ensalada de patatas y su mazorca de maíz. Si los corazones de esos niños revientan en mitad de la noche empezará a gritar desolada que no es justo —gruñó Boyd mientras la mujer iba colocando hamburguesas en una bandeja con pulcritud.

Lloyd no podía apartar de la mente a la rubia. Ella y el doctor Tohlson habían pasado la mayor parte de su tiempo en el dormitorio, pero pudo verla a gusto cuando bajó. Dejó las sábanas extendidas en la sala de estar. Había bajado vestida con algo blanco y vaporoso que le daba el aspecto de una novia, pero debajo no llevaba nada. Sólo con verla tuvo una erección imaginándose a qué sabría, probablemente a limonada rosa. Sólo de pensar en ella sentía que empezaba de nuevo. Más problemas. Boyd aseguraba que las erecciones eran una pérdida de buenas hormonas.

—Aplicálas a tus músculos, no a tu polla —le había dicho Boyd.

Saltó la chapa de la botella del zumo de manzana aterrizando en el refrigerador.

—Dos puntos —farfulló Lloyd, que seguía pensando en la rubia.

—No puedes estar serio, ¿verdad? —dijo Boyd—. Tenemos asuntos importantes, pero tú sólo piensas en jugar.

—No tengo miedo del tío Arthur —aseguró Lloyd bebiéndose media botella.

—No estoy hablando del tío Arthur —dijo Boyd—, me refiero a la lucha. Faltan menos de cinco semanas y tú andas todavía jugando por ahí. Eres pequeño. No das la talla.

—Es mentira. —La voz de Lloyd subió de tono y se quebró—. Peso sólo medio kilo menos que tú.

Boyd ni siquiera se molestó en mirarle.

—No das la talla.

Se quedó mirando a través del parabrisas.

Una adolescente delgada y con un intenso bronceado enfundada en un exiguo bikini blanco, atravesaba la arena en dirección a la zona de aparcamiento. Llevaba una tira de cuero trenzado alrededor de uno de los tobillos, y el fino pelo castaño ondeaba sobre los hombros.

—Te derrumbaste con aquel *pulldown* gigante, Junior. Quedaste por debajo de mí. —Boyd levantó ambas manos—. Se trataba de *pulldowns military presses-benches*, *pulldowns fly's-benches* y *pulldowns* gigantes. —Fue contando los ejercicios con los dedos—. ¿Y qué te pasó con el gigante?

—No tuve yo la culpa de que estuviéramos levantados toda la noche —murmuró Lloyd—. Así no puedo entrenar.

La joven del exiguo bikini pasó por delante del Corvette. El conjunto debía de ser nuevo porque podían verse rebordes blancos alrededor de los senos y las ingles. Posiblemente a su familia le dio un ataque sólo de verlo. Miró a los gemelos y sonrió bajando los ojos.

—Trabaja los tendones de las corvas, cabeza de chorlito —dijo Boyd una vez que

hubo pasado la muchacha—; al cumplir los veinte tendrás celulitis hasta en tu perezoso trasero.

Lloyd apuró el zumo de manzana siguiendo con la mirada a la joven que caminaba contoneándose sobre la arena. No le parecía que sus muslos estuvieran tan mal, pero le daba lástima el cutis de la muchacha. El suyo, como el de Boyd, era terso y limpio. De hecho, apenas tenían vello en todo el cuerpo. Cuando se ponían el aceite antes de la competición, centelleaban bajo las luces amarillas y rojas del entarimado como si estuvieran ardiendo. Todavía conservaban el bronceado que contrastaba con sus ojos azules y el pelo absolutamente rubio, cortado a cepillo, e imprimía a su postura rutinaria un mayor dramatismo. Pero para ello se servían de una gran astucia. Boyd había pedido a Canadá aquellas píldoras bronceadoras con caroteno que realmente hacían efecto, pese a que la cutícula se pusiera naranja. Las píldoras les habían dado el aspecto saludable que gustaba a los jueces y ninguno de los dos tenía que tomar el sol. Boyd decía que los rayos de sol producían cáncer. O arrugas. La chica del bikini exiguo debería pensarlo dos veces.

Estaba contento de tener allí a Boyd, que vigilaba todas esas cosas que podrían acabar con uno, como los rayos de sol, la carne cruda o la música ruidosa. Boyd decía que las ondas sonoras podían destruir esos pelillos casi invisibles que tenemos dentro de los oídos. Si eso llegaba a ocurrir, uno podía perder el sentido del equilibrio y llegar a caerse algún día del entarimado con todo el mundo mirando.

Aquel estúpido mequetrefe de la semana pasada, zascandileando con la estridente radio colgada del hombro, sólo recibió su merecido... Posiblemente ya habría destruido su propio oído con drogas y no le importaba a quién pudiera hacer daño. Ni qué decir tiene que fue en defensa propia.

Algunas veces Lloyd deseaba ser el hermano mayor, en especial cuando tenían que decidir la película que irían a ver o si sólo quedaba un trozo de tarta de melocotón recién hecha. Pero no había manera de cambiarlo... Boyd era dos minutos mayor y daba igual que fueran dos minutos o veinte años. Podían parecer una imagen reflejada en el espejo, pero Lloyd nunca alcanzaría a Boyd.

—Vamos a pasarlo en grande —dijo Lloyd.

—Tenemos que buscar al marido de la rubia para el tío Arthur —recordó Boyd—. Vas a meternos otra vez en jaleos.

—Haz el favor. —Lloyd abrió la guantera y sacó un puñado de ampollas de cristal ambarinas—. Me siento pequeño. Como si la gente fuera a burlarse de que me hubiese encogido.

Boyd reflexionó sobre aquello.

—Por favor.

Boyd, tras sacar una cajita de debajo de su asiento, extrajo la jeringa hipodérmica de acero inoxidable. Lloyd empezó a estremecerse de placer sólo con verla. Sentía los músculos hambrientos.

—¿Qué tenemos de menú? —preguntó Boyd.

—Bien —dijo Lloyd, bizqueando al tratar de descifrar lo inscrito en las ampollas —, hay una nueva hormona del crecimiento humano que tío Arthur ha dicho que probemos. El complejo Meta-Adrenal HGH<sup>[7]</sup>. Se dice que inyecta energía y elimina la grasa subcutánea sin los efectos secundarios del otro...

—El otro no era tan malo. Una vez que te acostumbrabas.

Lloyd se encogió de hombros.

—Se dice que es mejor. No lo sé. —Más ampollas—. Y aquí tenemos a nuestro viejo y seguro Pro-Anabol, para el volumen sin retención de agua. Seguramente contribuirá a un mayor efecto del HGH.

—¿No más testosterona? —inquirió Boyd.

—¡Bingo! —exclamó Lloyd, enarbolando tres ampollas amarillas.

—Muy bien —dijo Boyd con una mueca sonriente. Se recostó contra la portezuela, bajándose los pantalones y la ropa interior—. Cuadrante superior derecho, muchacho. Y no me hagas una escabechina.

Lloyd miraba a la familia que se sentaba en el parque para comer, mientras introducía suavemente la aguja. Se dividían las nalgas en cuatro partes pinchando una vez en cada una de ellas. Pensaban reducir así las magulladuras. A Lloyd le resultaba difícil recordarlo de un día para otro, pero Boyd siempre lo sabía, como si lo hubiera escrito en alguna parte. Boyd era asombroso.

En el parque, la ballena estaba bendiciendo la mesa. Irreal. Boyd se estaba quejando de que el HGH escocía. Debía de ser bueno. Lloyd aspiró con la jeringa el HGH y el fluido, una pizca de sangre girando lentamente en el líquido viscoso, y luego presionó lentamente sobre el émbolo hasta dejarla vacía. Para las intramusculares no hacía falta aspirar, pero el tío Arthur decía que era una buena costumbre. Además a Lloyd le gustaba su aspecto, como una rosa pequeña floreciendo en la jeringa.

En aquel momento la ballena repartía las bebidas a los críos. Parecía algo así como Kool-Aid de cereza o Hawaiian Punch. Sin duda aromatizado artificialmente y empalagosamente dulce.

Lloyd se tomó más tiempo con el Pro-Anabol porque era espeso y tenía tendencia a infiltrar. Frotó la cadera de Boyd al tiempo que le inyectaba el líquido en el músculo, para que se disolviera mejor. Boyd se quejó y dijo que parecía que tuviera fuego en el trasero. Un par de mocosos arrastrando tablas de surf miraron al pasar hacia el coche e intercambiaron risitas.

La ballena servía una segunda ronda. Los sabores artificiales les provocaban hiperactividad y el azúcar era la principal sustancia creadora de adicción en todo el planeta. Lloyd lo había leído. En un mundo en sus cabales la hubieran juzgado por asesinato. O, en todo caso, por tráfico de drogas. La piel de Boyd enrojeció en el punto donde se vació la hipodérmica. Lloyd tiró el primer frasco de testosterona y se dispuso a coger otro.

—Ponte tú el extra —le dijo Boyd.

—Gracias. —Lloyd le ayudó a colocarse de nuevo los pantalones cortos—. Muchísimas gracias.

—No tiene importancia —dijo Boyd—. Tú lo necesitas. —Llenó la hipodérmica mientras Lloyd se apoyaba contra la ventanilla del asiento junto al conductor, con los *shorts* alrededor de las rodillas—. ¿Cuadrante inferior izquierdo?

Lloyd contemplaba el movimiento de las olas. Sonrió al sentir el pinchazo.



—Esperaba que aparecieras, muchacho —dijo resplandeciente Mavis al ver que Danny cruzaba el umbral de Motivation Associates—. Esto es una casa de orates. —Era una mujer de mediana edad con una gran pechuga, un pelo deslustrado cortado a lo paje y un vestido de un amarillo radiante. Mavis había sido la directora de Lauren desde los mismos comienzos, cuando Motivation Associates era más bien un membrete que una corporación—. La jefa no aparece y no hay nadie que me diga qué diablos está pasando.

—A mí no me preguntes. —Danny la besó en la mejilla y se sentó en el borde del escritorio—. Soy el principal sospechoso. Mavis le dio una palmada en la pierna.

—Y yo la reina de Saba.

Aún seguía siendo atractivo. Señor, qué no daría ella por aquella suave tez aceitunada y aquellos ojos oscuros. Pero parecía cansado y había en él una tristeza que jamás había tenido antes. Los hombres siempre presentan ese aspecto cuando los abandonan. Las mujeres pueden llorar a gusto con sus amigas y desahogarse o, al menos, disimular detrás del maquillaje. Los hombres siempre parecen animales heridos. Sorprendidos ante el dolor que produce. Claro que acaban superándolo. La mayoría de ellos. Mavis se había divorciado cuatro veces. Aún seguían enviándole felicitaciones de Navidad. Los cuatro. Y Shoot, el que hacía el número tres, todavía le enviaba una docena de rosas el día de su cumpleaños. Pero él era un caso especial, fuerte como un estibador y sin embargo cariñoso como un chiquillo. Danny le recordaba al número tres. En aquellos momentos más que nunca.

Danny jugueteaba con las fotografías que Mavis tenía sobre la mesa, auténticos retratos de ella con cada uno de sus gatos persas.

—¿Salía Lauren con alguien en especial? —pregunté— ¿Con algún amigo?

—Nunca hablaba de esas cosas, cariño, al menos no conmigo. Le dije un montón de veces que debería reconciliarse contigo, que volviéseris a estar juntos.

—¿Qué contestaba?

—No tiene importancia.

—Puedo aguantarlo.

—Dijo que seguías la dirección equivocada. Pero, jefa, le dije, tú tienes sentido de la dirección por los dos. Le aseguré que no había la menor diferencia entre los hombres, de manera que más vale quedarse con uno guapo. Alguien que te frote los pies cuando vuelves a casa y que no se rasque el pingajo delante de la gente.

—Ése soy yo.

—Tú te acercas bastante pero, a fin de cuentas, prefiero los gatos. Son limpios, no

te piden que les dejes dinero y no queman el sofá con las colillas.

—Resulta difícil querer a alguien que caga en una caja con arena y luego se comporta como si eso no fuera con él, mientras tú lo recoges.

Mavis se limpió las lágrimas mientras reían.

—Tienes mucha labia. Probablemente fue eso lo que me indujo a decirle que se reconciliara contigo. No son muchos los hombres que te hacen sonreír. Eso le dije. Si encuentras uno que lo haga, reténlo firmemente con las rodillas.

—Muy acertada la imagen, Mavis.

La sala de espera tenía el techo alto y una iluminación suave que envolvía el sofá de cuero *beige*. Sobre una mesa auxiliar podían verse ejemplares de *Sailing Fortune*, *Town and Country* y *Aviation Week*. Y en las paredes tres grandes fotos en color, enmarcadas, de Lauren. Lauren con un chaquetón de esquiar color fucsia, en la cima de un picacho cubierto de nieve, con las gafas subidas y la cara encendida. Una escena nocturna de Lauren con un grupo de gente alrededor de un fuego de campamento. Y finalmente, Lauren en la tribuna de un auditorio, con una multitud de seguidores en pie y aplaudiendo.

—Esta mañana fui a su casa —dijo Danny mirando las fotos—. Ha recorrido un largo camino en poco tiempo.

—Trabaja duro para mantenerse ahí —aseguró Mavis—. Pisa el acelerador a fondo. Estarías orgulloso de ella, encanto. No estoy diciendo que sea una persona con la que resulte fácil trabajar, pero la gente como ella se rige por normas diferentes. Tú también eres así.

—Claro. Sólo que voy en otra dirección.

—Deja ya de sentir lástima por ti mismo.

Danny se inclinó sobre el escritorio. Olía bien. A Mavis le gustaba que un hombre no se creyera obligado a oler a cuerpo y todas esas cosas. Ahora los jóvenes eran así. Hubiera sido terrible haberse perdido a Glen Miller y los tirantes de su primer novio, pero estaba convencida de haber nacido con veinte años de anticipación. No le cabía la menor duda.

—¿Puedes dejarme su agenda personal y una lista de sus seminarios durante los últimos cuatro o cinco meses? Tengo que encontrarla.

—Ya se la llevó la policía. Y también su Rolodex. Dijeron que los necesitaban.

—Entonces déjame ver lo que no se llevaron.

—Bueno... Parece ser que no debo permitir a nadie la entrada a su despacho, pero tú no eres nadie. —Mavis hurgó en su escritorio en busca de la llave—. *¡Voilà!* —dijo al tiempo que abría la puerta. Le hizo ademán de que se acercara y ambos se pararon en el umbral—. El corredor de fincas dijo que tenía un panorama de ciento ochenta grados del océano, el mejor del edificio. Ése es un Renoir alquilado —siguió diciendo mientras le conducía en un recorrido total—. Además auténtico, sin lugar a dudas. Y su *armoire* y el escritorio Luis XIV pertenecen al propio Versalles. La jefa dice que de esa manera los CEO<sup>[8]</sup> tienen el convencimiento de que su dinero está bien

gastado.

—¿Parecía preocupada durante las últimas semanas?

Danny se había acercado a la mesa escritorio y hojeaba los montones de papeles ordenados con esmero.

A Mavis le dio pena. Intentaba por todos los medios mostrarse indiferente, pero ella se daba cuenta de sus movimientos ligeramente vacilantes. Sabía que ése no era su ambiente.

Tras abrir el cajón superior, sacó lentamente la pequeña fotografía enmarcada. Se comportaba como si respirando más hondo fuera a convertirse en polvo.

—Te diré algo, muchacho. Tuve de luchar para conservarla. Los dos polis querían llevárselas.

Danny sonrió mientras contemplaba la instantánea. Era la que él le había enviado: los dos haciendo payasadas en Mérida, cada uno con una iguana de peluche debajo el brazo.

—La mujer policía insistía sin cesar, diciendo que la necesitaban para la investigación —dijo Mavis—. Le dije que se trataba de propiedad personal y que si quería convertirlo en un caso federal debería llamar a nuestro abogado. El poli grandullón dijo que lo entendía. Ése sí que es un encanto. Sólo un oso grandullón y viejo.

—¿Puedo quedármela? Sólo hasta que la encuentre —preguntó Danny.

—No tienes que prometer nada —le tranquilizó Mavis—. Era la favorita de Lauren, la tenía aquí sobre la mesa; ¿cómo iba a dejar a esa poli pelirroja largarse con ella?

Danny la siguió a la oficina exterior.

Mavis cogió de su mesa un montón de papeles grapados.

—Ésta es la lista de clientes, si te sirve de algo. El poli grandullón preguntó lo mismo cuando vinieron ayer. También quiso informarse acerca de ti.

—Seguro. —Danny revisó los papeles—. Computronics... Aero-Quest... Techstar Research... Apostaría a que no hay una sola ventana en ninguno de estos sitios.

—¿Qué está pasando? Hice una pregunta a los polis y no me contestaron, sólo me hicieron un par de preguntas más. La pelirroja es una víbora. Tuvo la desfachatez de preguntarme si te estaba protegiendo. Nunca me gustaron las pelirrojas. Si quieres que te diga la verdad, tienen un complejo.

—¿Éstos corresponden a los cuatro últimos meses?

—Después de que esa semana Lauren trabajara para Toni Grant, el teléfono no dejaba de sonar. Luego el *Times* la citó en su sección comercial y la revista *People* está interesada...

—Vale, vale. —Danny dobló la lista de clientes y se la metió en el bolsillo.

—Verás. Ésta no es la primera vez que se va sin telefonar siquiera —dijo Mavis—. La jefa no tiene por qué darme explicaciones y, a fin de cuentas, tampoco a nadie

más. A veces está ausente durante días. Prácticamente desaparece. Llamo a las personas con las que está citada y les digo que ha tenido que irse con urgencia a Washington para una consulta muy confidencial. Entonces ellos se apresuran a fijar nuevos encuentros. Poco después, la jefa reaparece comportándose como si nada hubiera pasado.

—Llámame si hace acto de presencia. Tienes mi número.

—Sin embargo esto es diferente, ¿verdad? —dijo Mavis—. Eso de que vengan por aquí los polis... Jamás había ocurrido antes. Ésa mandona ha tenido incluso la desfachatez de pedirme el número de su dentista. ¿Por qué tenía que preguntar eso? Supongo que si la jefa hubiera tenido un accidente dirían algo, ¿no?

—Claro que sí. —Danny le apretó la mano—. Todo saldrá bien, ya lo verás —le dijo abrazándola cariñosamente—. La tendremos de nuevo con nosotros.

Mavis lo siguió con la mirada mientras se alejaba. La jefa era más lista que el hambre. Pero si dejaba escapar a Danny, era que no conocía a los hombres.



—¿Todo bien, doctor Reese?

El guardia de seguridad asomó la cabeza sin querer introducir en el laboratorio brillantemente iluminado más de lo estrictamente necesario.

—Todo bien. —Arthur Reese no apartó la vista de las campanas de cristal que tenía sobre la mesa del laboratorio.

En aquel silencio, la puerta resonó con fuerza al cerrarse. Eran las diez de la noche pasadas, pero Reese trabajaba con frecuencia durante toda la noche, en especial desde que habían asesinado a Tohlson. Jodido idiota. Todo el proyecto estaba en peligro.

Alargó la mano y la puso sobre la campana de cristal más próxima. En ella podía verse un feto de veinticinco semanas flotando en formaldehído, mirándole con los ojos rosados desprovistos de párpados y los minúsculos dedos extendidos. Reese hubo de resistir el impulso de dar unos golpecitos en la campana, como si lo que había dentro fuera a moverse o a parpadear. Sobre la mesa se encontraban alineadas una docena de campanas de cristal, cada una de ellas con un feto. Astronautas diminutos con un cordón umbilical colgante.

Con más huesos que carne, Reese era un pequeño y encallecido bastardo de cráneo redondo y rapado y mirada intensamente calculadora. Después de haber pasado una gran parte de su vida entre tribus de lugares inhóspitos, disfrutaba con el convencimiento, no sólo de haber sobrevivido, sino de haber dominado. Tan cómodo con un taparrabos como con la bata blanca de laboratorio que en ese momento vestía, Reese, atezado hasta la negritud, tenía el mismo aspecto implacable de un chamán *ubanghi* o de un médico brujo yaqui, esas mismas gentes que, en realidad, tanto contribuirían a su éxito.

Los chamanes se habían mostrado invariablemente suspicaces y a menudo peligrosos. Había necesitado meses de marrullerías y de sumiso aprendizaje para alcanzar siquiera su primer nivel de confianza. Reese tenía en alta estima su orgullo, pero todavía estimaba más la sabiduría botánica de los chamanes. Había establecido la fórmula de un antibiótico tópico sobre la base del lirio de marisma y un medicamento para reducir el colesterol a partir de una especie de orquídea que sólo podía encontrarse al pie del monte Kilimanjaro.

Hijo de un aparcerero a sueldo de Texas, Reese había asistido a Harvard como becario y había sido el primero de su clase. Luego acudió a la Facultad de Medicina de Stanford y a la Universidad de Chicago para obtener un doctorado en etnobotánica. Sus logros habían merecido media página en *Who's Who in America*.

Reese Pharmaceuticals era una corporación privada con unos ingresos anuales de más de quinientos millones de dólares. Pero no le estaba sirviendo de nada.

Se sintió embargado por la cólera. Avanzando con su taburete giratorio, sacó de la incubadora una placa de agar-agar y pasó una muestra de tejido a un portaobjetos con una pipeta de cristal. A través de los lentes binoculares del microscopio electrónico, pudo ver con toda claridad los segmentos del ADN, esas cintas diáfanas de vida, con un aumento de cien mil. La muestra era una prueba positiva del éxito de la investigación que había estado llevando a cabo junto con Tohlson. Hacía ya días que el tejido debería haber perdido la capacidad de reproducirse. Y, sin embargo, seguía haciendo girar allí continuas y perfectas copias de sí mismo. Era la cosa más grandiosa que jamás viera Reese y por un instante hizo que olvidara los desastrosos acontecimientos de la última semana.

Hacía veinte años que Reese había estado trabajando para desarrollar el organismo humano, en sus inicios porque presentaba un potencial ilimitado de beneficios, aunque en época más reciente le impulsaran motivos particulares. Reese Pharmaceuticals era la industria líder en antioxidantes suplementarios y ergogénicos de todo tipo. Reese había estado experimentando en privado con sus dos sobrinos... en lo que podría llamarse la búsqueda de la perfección. Su madre había muerto al darlos a luz y Reese se había ocupado de criarlos.

Era posible que los gemelos Boyd y Lloyd no tuvieran, entre los dos, más cerebro que fuerza una bombilla de veinte vatios, pero, físicamente, eran ejemplares superiores, lo más perfecto que la ciencia pudiera alcanzar. El trabajo de Reese con las hormonas y los esteroides había convertido a los gemelos en auténticas fábricas de proteínas, en máquinas orgánicas híbridas, que desarrollaban sus músculos mientras dormían. Acababa de comenzar con ellos un programa de inyecciones de Clembuterol, un fármaco europeo utilizado al comienzo en animales de granja. El Clembuterol lograba que crecieran ovejas y vacas más grandes, con menos grasa y más carne magra. La sustancia, perfeccionada por Reese, aumentaba de forma portentosa las fibras de los músculos de contracción voluntaria, que habrían de dar a sus sobrinos mayor rapidez y fuerza fulminante.

Reese captó por un instante su propia imagen en el capirote de acero inoxidable del ventilador que había sobre la mesa del laboratorio y volvió la cabeza, irritado. Tenía cincuenta y dos años. Sus hombros estaban hundidos y sus encías iban encogiéndose milímetro a milímetro. Durante el último decenio había perdido el once por ciento de eficacia del hígado y los riñones y la capacidad de sus pulmones iba decayendo al mismo ritmo que su ángulo de erección.

Claro que todavía seguía siendo un hombre poderoso, de torso ancho y en forma, que con sus bien torneados músculos llenaba las mangas de la camisa. Había trabajado durante toda su vida con el equipo de resistencia más sofisticado. Aumentaba las dosis de vitaminas, hormonas y Retin-A, y todos los años pasaba dos semanas en una clínica de longevidad suiza. Pero no era suficiente.

Reese se pellizcó la epidermis del dorso de la mano y luego la soltó, al tiempo que contaba para sí. La piel necesitó cuatro segundos y medio para recuperar su lisura original. Hacía diez años, tan sólo necesitaba tres segundos. La piel iba perdiendo elasticidad con cada latido del corazón. El doctor Arthur Reese envejecía pese a todos sus esfuerzos.

Había practicado la caza mayor por todo el mundo. Él solo había seguido el rastro de un elefante macho a través de kilómetros de pradera, sabedor de que uno de los dos sería el primero en cansarse. Ahora la cabeza del elefante se encontraba en su despacho, testimonio gigantesco de la proeza de Reese. En el terreno de la caza mandaban los dientes y las garras, y a aquellas criaturas que no los tenían, más les valía ser rápidas, o astutas. Reese se estaba haciendo viejo pero no tenía intención de permanecer quieto a la espera.

El problema residía en el límite Hayflick. Reese podía mejorar la eficiencia del organismo, desarrollar su sistema inmunológico y afinar el ritmo metabólico, pero todas las técnicas de prolongación de la vida se veían constreñidas por el límite Hayflick, el número de veces que una célula puede reproducirse por sí misma de manera exacta. Al igual que una fotocopiadora al reproducir una copia de otra, se llegaba a un punto a partir del cual la reproducción perdía precisión, transformándose en cáncer, en decadencia del organismo y muerte. El límite Hayflick era un mecanismo de muerte celular, para hacer sitio a vida nueva. A la Madre Naturaleza le gustaban jóvenes. Igual que a Reese.

Se acercó de nuevo a la mesa del laboratorio, sumido en sus pensamientos. La habitación parecía vibrar con la intensidad de su presencia, singularidad que dejaba de lado cualquier otra cosa. En cualquier sociedad sólo había un sitio para un macho dominante, un macho alfa cuya voluntad de poder haría marchar hacia delante a las especies.

Él y el doctor Tohlson habían hecho saltar el límite Hayflick. El tejido nervioso fetal extraído cuidadosamente de ejemplares recientes, mucho mejor si eran los del segundo semestre avanzado, injertado en tejido adulto, daba marcha atrás al reloj y, por lo tanto, al límite.

Reese levantó la campana y se quedó mirando al feto que se encontraba en su interior. Se sentía como un gitano mirando a través de una bola de cristal, leyendo el futuro en su reverberación: la forma de las cosas venideras. El feto se agitó lentamente cuando dio la vuelta a la campana entre las manos, sereno en el formaldehído, inmune a los estragos del tiempo. Las extracciones fetales habían constituido su área de especialización; la de Tohlson, la de desarrollar una modalidad inyectable para estimular nuevo crecimiento en adultos. Todavía no estaban preparados para experimentar con humanos, pero se encontraban muy cerca.

Todo cuanto Reese quería era otros veinte años. Veinte años de vitalidad. Veinte años para sentir en él la ferocidad de la juventud, la furia rugiente de la vida. Se pasó suavemente los dedos por las arrugas del cuello y por la barba de un gris incipiente.

Claro que Reese mantendría para sí los descubrimientos. Su pequeño secreto. Nada de monografías en el *New England Journal of Medicine*, ni artículos laudatorios en el *New York Times*. Podían hacer lo que les viniese en gana con el Nobel. Él se quedaría con su secreto.

Pero Tohlson estaba muerto. Prematuramente muerto. Boyd y Lloyd le había encontrado atado como un pollo en la casa de la playa de Lauren Kiel. Eso de por sí ya era malo. El hecho de que hubieran desaparecido todas las notas de Tohlson sobre la investigación era mucho peor.

En realidad Lauren Kiel le había sorprendido. Era hermosa, aunque demasiado delgada y civilizada para sus gustos. Le gustaban más morenas, más sucias y dispuestas a partirle la crisma si las soltaba por un instante. Probablemente era todo cuanto Tohlson soñara en su vida, en su torre de marfil. Una intelectual cultivada con ropa interior francesa.

El seminario sobre motivación que Lauren había dictado en la Reese Pharmaceuticals había provocado un terremoto en el departamento de *marketing*. Decían que había hecho maravillas con Squibb y Genentech. Tohlson no había faltado a una sola sesión, asegurándole luego que Lauren era la mujer más inteligente y clarividente que jamás había conocido. A Reese le habían parecido excesivos los veinticinco mil dólares por toda aquella serie de majaderías, pero había firmado el cheque. Pues bien, aquella mujer los había hecho quedar a todos como imbéciles.

McVey había acudido a él una mañana, la boca fruncida por un gesto de desagrado, y le había dicho que Tohlson estaba pasando las noches con Laurel Kiel. El pobre McVey. Como jefe de seguridad de la Reese Pharmaceuticals era responsabilidad suya. No hubiera debido permitir jamás que aquello ocurriera. A fin de dar una lección a McVey, Reese ordenó a los gemelos que montaran guardia junto a la casa de la playa de Lauren. Era fácil. Todo cuanto tenían que hacer era quedarse en la playa y mantenerse a la escucha, pero se aburrían. En lo referente a atención, ese par tenía el cerebro de un mosquito. Y se fueron a dar una vuelta. Probablemente arrastrando por la arena el micrófono parabólico.

Reese abrió con la llave el cajón superior de su archivador y sacó la polaroid que McVey había llevado a casa de Lauren. Los gemelos habían aparecido a las dos de la madrugada, presas del pánico e intentando ponerse a salvo. Reese había enviado a McVey para que hiciese lo que pudiera. Era una de las muy escasas veces en que Reese le había visto nervioso.

Reese barajó el montón de fotos. Había una instantánea de la sala de estar, charcos de sangre por todas partes, y otra de Tohlson colgando del techo, desnudo como un grajo, con el aspecto de un cargamento de carne cruda del cuello para abajo. ¿Qué diablos habría hecho para merecer aquello?

Era un trabajo artístico, muy impresionante, digno de un guerrero B'Dai. Reese había pasado un año con el pueblo a los treinta y cuatro años, no llevando otra cosa que un taparrabos y pintura roja en la cara, mientras se dedicaba a catalogar hierbas

curativas. Cierta mañana hubo una refriega con los de una aldea vecina con la que se disputaban un sector de pantano, una fuente abundante de plumas y huevos de aves. Uno de los B'Dai, un guerrero nuevo, había dejado caer su lanza corta con punta de hierro, huyendo a renglón seguido. Los otros, profundamente abochornados por aquella conducta, bajaron la cabeza y renunciaron a toda reclamación sobre el pantano.

Allí estaba Tohlson de espaldas, con un auténtico entresijo de punzadas y las manos atadas sobre sus entecas nalgas.

Los B'Dai encontraron al cobarde oculto en la choza de su madre y se lo llevaron consigo mientras la madre lanzaba gemidos desgarradores y se frotaba el vientre con cenizas. Los guerreros se pasaron todo el día trabajando, formando un angosto laberinto en un soto espinoso. A última hora de la tarde condujeron al cobarde hasta el centro del laberinto y le metieron espinas en los ojos. El guerrero no emitió un solo sonido.

La mesa del café estaba cubierta de sangre, con los pies de Tohlson colgando sobre ella. Al fondo estaba la puerta corredera de cristal, rota. McVey había descolgado el cuerpo, haciendo que los gemelos acabaran con la puerta. Como si no hubiera ya suficiente confusión.

Todos los de la aldea habían trepado a los árboles que rodeaban el laberinto del soto, vituperando al cobarde, que permanecía allí quieto, bañado por la suave luz del poniente. Momentos antes de que al fin oscureciera, los guerreros prendieron fuego a las lindes del soto. El cobarde se sobrecogió y dio un paso adelante con las manos extendidas. Los aldeanos lo desorientaban a gritos y le arrojaban frutas contra la cabeza. Sus esfuerzos se hicieron desesperados al sentir las llamas más cerca. Se abalanzó primero en una dirección y luego en otra, desgarrándose a sí mismo, mientras sus chillidos ascendían como humo.

Reese miró su reloj. Los gemelos se retrasaban demasiado. Les había enviado aquella misma mañana con la orden expresa de coger al marido. Quería encontrar a Lauren Kiel y el marido era una buena pieza con la que empezar. Sólo tenéis que llamar a la puerta, había dicho a los gemelos. Si no estuviera allí, sentaos en el coche. Esperad que vuelva a casa. Probablemente habían pasado por delante del apartamento del marido y decidieron irse a entrenar.

La última foto era un primer plano de la cara de Tohlson. McVey debió de haberse subido a una silla para hacerla. Tohlson tenía metido en la boca algo de seda y los ojos saltones a causa de la agonía, capturado ya para siempre por la muerte. En la mejilla se percibía la huella perfecta de una boca, de un rojo vivido. Un detalle realmente bello. Tenía que reconocérselo a ella.



El Locker Room podía oírse tres manzanas antes de llegar. Una nota grave de contrabajo que resonaba a través de la noche.

Danny condujo el Mustang hasta el aparcamiento con servicio, alineándolo junto a los coches importados de doscientos caballos de potencia, estacionados ante el círculo de ganadores. Un Lotus, un Eurotech Mercedes 300SL negro y un Ferrari Testarossa rojo, en cuyo amortiguador podía leerse: «Prosperidad es tu derecho divino.»

Un trío de acicalados sirvientes hispanos, embutidos en esmóquines de color amarillo canario, le observaban al tiempo que se balanceaban al ritmo que retumbaba contra las paredes del club. Finalmente uno de ellos se adelantó, colocando un cartón debajo de una de las escobillas del parabrisas y dando un duplicado a Danny.

—No tardaré mucho —dijo Danny al sirviente, al tiempo que éste, dando marcha atrás, conducía el coche con profusión de chirridos a la parte trasera del aparcamiento. Repasó su atuendo, mirándose en la carrocería del Targa Coral. Pantalones bien planchados de franela gris claro y una holgada camisola gris con diminutos lunares negros, abrochada hasta el cuello. No llevaba corbata.

Empujó la puerta de entrada del Locker Room y se encontró cara a cara con los posters de Lyle Alzado y Howie Long, amenazadores con sus hombreras. En una de las paredes se alineaban pompones de color plata y negro, así como gallardetes de los Raiders. Un casco de fútbol resquebrajado presidía el mostrador de reservas. En la otra pared campeaba una fotografía de tamaño natural de Kareem, arqueado en un elegante movimiento de recogida, con la pelota fija en el aire a unos centímetros de sus dedos largos y delgados. Vio también una de Magic, con una mueca sonriente, mientras Kurt Rambis lanza los codos contra la cara ensangrentada de Larry Bird.

La camarera se aproximó a él, quedándose demasiado cerca. Era nueva, lo que no resultaba extraño. Cuando el Locker Room formaba parte de su circuito habitual, había visto sucederse en un solo mes a tres camareras, pero ello se debía en parte al fin de semana del Grand Prix, cuando cualquier cretino con un traje de carreras claveteado se creía con derecho al manoseo. Ésta llevaba el azulado pelo de punta, lápiz de labios blanco y un breve vestido de satén que levantaba y hacia desbordar sus senos por el escote. Era asombroso lo que hoy en día podía hacerse con la cirugía plástica. La gravedad ya no tenía nada que hacer.

Cogiéndole por la parte superior del brazo con las yemas de los dedos, ella lo condujo hasta el bar del nivel superior. Estando tan cerca, Danny podía oír el tintineo de sus movimientos cuando caminaba. Sus zarcillos eran una cascada de diminutos

bates de béisbol de oro, mientras que del brazalete que llevaba haciendo juego colgaban pequeños megáfonos, pelotas de fútbol y béisbol de oro. Le recordaba aquellas ruedas de rezos tibetanas, que giraban con el viento, enviando un raudal constante de saludos a los dioses.

El camarero del pelo cortado a cepillo tenía un gesto aburrido y una camiseta de fútbol con el nombre de «John». Cogió los diez dólares de Danny, cantidad mínima permitida, y señaló con el pulgar el letrero colocado detrás de la barra: «Especialidades de Locker Room: margaritas de melocotón final de trayecto y kamikazes topetazo».

Danny hizo que John le abriera un par de botellas de Beck negra.

La pista de baile del nivel inferior estaba abarrotada. Las imágenes de los bailarines se reflejaban en los espejos que cubrían las paredes. En la parte superior, sobre unas pantallas de televisión, unos gigantes cubiertos de barro de la Supercopa se agazapaban sin ruido sobre las cabezas de los bailarines, como una tormenta que se desatara sobre un banco de arenques.

Las parejas se mordían los labios al sufrir empujones y pisotones, aplaudían y hacían chocar las rodillas unos con otros. Camareras cansadas y sudorosas, con la indumentaria de animadoras, se abrían paso a duras penas entre el gentío, sosteniendo en alto bandejas con bebidas fluorescentes. Al borde de la pista se encontraba un hombre alto y gordo con un traje de pana negra. Con los ojos cerrados levantaba la cara picada de viruela hacia la bola de espejo sobre sus cabezas, estremeciéndose de forma espasmódica y boxeando contra el aire con sus gruesos brazos. Todo el mundo le hacía sitio.

Danny dejó la primera cerveza vacía en una bandeja, y empezó una segunda. Vio a Barton en el centro de aquella muchedumbre, bailando con una mujer flacucha con calentadores de encaje y corpiño de viuda alegre. A menos que las cosas hubieran cambiado radicalmente durante el último año, el socio de Barton debía de andar por allí cerca, con cincuenta gramos de cocaína fuertemente prensados y repartidos en paquetes de medio gramo. Y allí estaba Jo-Jo, el rey de China White, recostado en una columna del lavabo de hombres, con una chaqueta de ante, gafas de sol de automovilista y su sonrisa de «a-la-carga». Eugene saboreaba un kamikaze en un rincón mientras tosía y fumaba cigarrillos en cadena. A cada instante alguien, interesado en camellos, se detenía a estrechar una mano con un billete de veinte dólares. Los negocios de siempre.

Danny apuró su segunda cerveza. Aquella noche el *disc jockey* era un negro esbelto, con el pelo afro decolorado hasta dejarlo blanco y pendientes con cuatro lazadas de oro en una oreja. Ponía y quitaba dentro de su cabina de plástico transparente, manipulando las placas giratorias gemelas y enviando besos a la gente.

Bingo. Allí estaba, cerca del letrero «Salida de emergencia». Un hombre fornido, de rostro moreno, con unos ceñidos pantalones de cuero, una chaqueta Harley-Davidson y un detector en el cinturón. Llevaba recogido el pelo tirante, que ya

empezaba a escasear, en una hirsuta cola de caballo. ¿Cola de caballo? Podía vérselo el pecho desnudo debajo de la chaqueta; al bailar movía las cadenas de oro y los crucifijos que llevaba colgados del cuello. La rubia con la que estaba se estremecía delante de él, meneándose al compás de las violentas exhortaciones de Run-D.M.C. Se inclinó hacia sus pantalones de cuero, susurrándole las palabras con un brillante mohín rojo, con unos ojos luminosos como fogonazos de magnesio.

Danny se abrió paso hasta él y estableció contacto con los ojos. El hombre se detuvo, sonrió y le abrazó, envolviéndole en una nube de Paco Rabanne.

—Danny —le gritó al oído—. ¿Qué pasa<sup>[9]</sup>, hombre?

—Tenemos que hablar, Cubanito.

—Ha pasado mucho tiempo, hombre. —Cubanito se agitaba con la música—. Te he echado de menos, coño.

—Es importante —dijo Danny. Estaban ambos petrificados bajo la luz estroboscópica.

Cubanito miró hacia su pareja. La chica seguía en la pista, mirándolos furiosa.

—Vámonos<sup>[10]</sup> —dijo Cubanito. Empujó la puerta de salida de emergencia. Las alarmas se pusieron en funcionamiento.

Danny saludó con la mano a la rubia. Ella le mostró el dedo corazón.

Cubanito esperaba junto a la puerta. Un gorila con cara de luna llena asomó la cabeza y al ver a Cubanito se retiró. Ambos se dirigieron hacia donde los sirvientes permanecían en cuclillas bajo las centelleantes luces del arco. Uno de ellos vio a Cubanito y corrió precipitadamente hacia él.

—No te he visto, tío —dijo Cubanito—. Ni yo ni nadie.

Las cremalleras de su cazadora de motorista tenían como tirador pequeños dólares de oro. En una ocasión Cubanito había dicho a Danny, con toda seriedad, que en realidad Dios amaba a los ricos, ya que de lo contrario no habría hecho tanta gente pobre para que pudieran comérsela. El sirviente sacó el Ferrari rojo de la fila delantera. Salió del coche con ligeras inclinaciones hacia Cubanito, frotando la manija de la puerta mientras la mantenía abierta. Cubanito, inclinándose, paseó la mirada a lo largo del coche en busca de rasguños o golpes.

Danny se acomodó en el estrecho asiento al lado del conductor y husmeó la combinación de olores de sudor reciente, Paco Rabanne y cuero suave. Fuera lo que fuese lo que hubo de morir para cubrir aquellos asientos, no lo había hecho en vano.

—¿Dónde está el De Lorean?

—No me lo recuerdes. —Cubanito se golpeó las rodillas al entrar—. Le paso algo de polvo ilegal y se cree un superchulo.

—Tu polvo.

—Mírame, hombre. —Cubanito condujo el aerodinámico Testarossa hacia la salida—. Yo ya no trajino con esa mierda. Nada de *Sherm*, *crank* o *snap-crackle-pop*. Dejo el material de baja calidad para los de baja calidad. Yo me he promocionado. —Puso la segunda y arrancó con un chirrido—. Copos de primerísima para gente de

primerísima, hombre. El polvo no tiene clase.

Danny sintió que unas vibraciones le recorrían las plantas de los pies y le subían por las pantorrillas hasta la espina dorsal al pasar Cubanito de segunda a tercera. Iban a ochenta antes de alcanzar las señales de tráfico. Se apretó el cinturón de seguridad.

—Tienes buena pinta —dijo Cubanito mirándole de soslayo—. Atractivo prestado, hombre, tan bueno como el auténtico. «Procurarse un buen aspecto es invertir en sí mismo.» ¿Sabes quién dijo eso? Ed Sanders es quien lo dijo. —Metió una cinta en el magnetófono y los altavoces emitieron el sonido de una cascada—. Ese hombre cambió mi jodida vida.

De la nariz de Cubanito colgaba una gota clara de moco. Sorbió.

—Por la forma en que desapareciste de la circulación, supuse que tal vez tuvieras que mantenerte oculto por acusaciones federales o de un gran jurado. —El rostro de Cubanito era una inescrutable máscara morena—. O también que podías haber abierto el pico y empezado a cantar acerca de tus amigos. —Se dio cuenta de la expresión de Danny—. Eh, todo es posible, hombre. Apareces de repente hablando de favores. Me hizo pensar, eso es todo.

Cubanito interceptó a una rubia en la rampa de entrada a la autopista.

—¡Punto! —Cambió a cuarta y descendió veloz por el asfalto, acelerando de tal manera que se vieron impulsados contra los asientos—. Así que de acuerdo, ¿qué puedo hacer por ti?

—Empieza por bajar la ventanilla —dijo Danny. El aire fresco y el ruido sordo del motor invadieron el coche—. Estoy buscando a Lauren.

—¿Qué vas a hacerle?

—Hablar con ella.

—Hablar, ¿eh? Vale —dijo Cubanito—. La veo de vez en cuando, pero no aquí. Por lo general en Rainbow o Portofino Club. Tiene buen gusto, hombre, ya la conoces. —Cogió un inhalador y abriéndolo con el pulgar se lo metió por una de las ventanas de la nariz, aspiró y luego se lo pasó a la otra—. Huumm... —Dio un golpecito a la descascarillada corona de la virgencita que llevaba en el salpicadero, para que le diera buena suerte, y alargó el inhalador a Danny—. Venga, hombre, no seas tímido.

Danny sacudió negativamente la cabeza.

—Estoy entrenando.

—Mira, ahora te estás comportando otra vez como un poli. Buscan cualquier excusa que uno esté dispuesto a oír para explicar por qué no quieren compartir con uno algo de mierda. Lo único que quieren hacer es comprar algo de mierda, ¿me comprendes?

Danny comprendía. Se aplicó el inhalador a la ventana derecha de la nariz. Todavía estaba tibio. Aspiró. Antes de que pudiera aplicárselo a la otra, algo le estalló en la parte posterior del cráneo. Pese a todo, se lo puso en la izquierda.

Danny aborrecía la cocaína. Aborrecía la repentina embestida, el sabor amargo en

el fondo de la garganta y la desagradable excitación ulterior. Evitaba cualquier cosa que le hiciera sentirse a uno como una rata en una noria. Mucho antes de que Cubanito hiciera su reajuste Danny se ocupaba exclusivamente de droga de la más alta calidad: sensimilla y pimpollos hawaianos, bastoncillos Thai y rojo afgano. La había vendido en cantidad a hombres ávidos, de mediana edad, con una clientela *yuppie*. Agentes de bienes raíces, altos ejecutivos que necesitaban algo que les relajara al cabo de su frenética jornada de trabajo. Algo más agradable que el Valium. Fue una vida estupenda durante cinco años. Trajes, coches, viajes, y sin tener que consultar en momento alguno la etiqueta de los precios. El tráfico de aquellas drogas atraía menos clientela. Los alienados y los *cowboys* gravitaban alrededor de la coca, el *speed* y los productos farmacéuticos de bañera. Danny siempre había dicho que aquellas drogas no tenían el mismo beneficio potencial que la coca, pero al menos no tenías que matar a nadie. Se había equivocado.

Circularon sin dificultad por la carretera 405, en dirección al sur, apenas conscientes del movimiento, pasando fácilmente de uno a otro de los cinco carriles de circulación como si el Ferrari hubiera sido engrasado con fuerza incandescente. El rumor de la carretera tan sólo se veía interrumpido por la perfecta voz de soprano de Cubanito cantando trozos de *Guys and Dolls*: «Tengo aquí un caballo, que se llama *Paul Revere*... —buscando el pique con los coches que rodaban a su altura— y el hombre dice que ganará si el tiempo está despejado.»

—¿Cuándo la viste por última vez? —preguntó Danny, sintiendo de nuevo aquella comezón.

—«Si el hombre dice que el caballo puede hacerlo, puede hacerlo» —cantaba Cubanito, con la cara encendida al recibir los destellos del semáforo—. «Puede hacerlo, puede hacerlo» —Rebosaba excitación por todos sus poros, como un pirómano escuchando el rugido de un bosque incendiado en la ladera de una montaña—. Sí, vaya que es una hembra hermosa tu mujer, hombre. Si una mujer así me abandona tendría que matarla o arrancarme la polla, porque jamás volvería a sentirme tan bien.

—Gracias, señorita Corazones solitarios —dijo Danny—, intentémoslo de nuevo. ¿Cuándo fue la última vez que la viste?

—Tal vez hace dos meses. —Cubanito se puso a la altura de un Corvette negro, miró de soslayo al conductor, apretó el embrague y pisó el acelerador. El velocímetro alcanzó rechinante la raya roja—. Payasos. —No obtuvo respuesta del Corvette. Lo dejaron atrás—. Estaba tratando de que aquellas dos actrices tuvieran el pelo púrpura como los papagayos, y te lo aseguro, tío —se relamió los labios—, eran unos conejitos tan encantadores, con unas piernas tan largas...

—¿Iba acompañada?

—Uno de esos amanerados. —Cubanito rió entre dientes, con un sonido juvenil, incongruente saliendo de él—. Bailaba como si temiera mover el culo, caer al suelo y romperse.

—¿Y ese amanerado tenía nombre?

Cubanito se encogió de hombros.

—Los papagayos y yo nos hundimos de cabeza y cuando salimos se habían ido.

—¿Los habías visto juntos antes, alguna vez? —inquirió Danny parpadeando. Había demasiadas luces, faros y luces traseras, arcos luminosos amarillos, centelleos de neón desde fuera de la carretera y focos del centro comercial taladrando las nubes. Siempre había venta de saldos en alguna parte.

—Posiblemente en tres ocasiones. —Cubanito aspiró dos veces y se limpió la nariz con la manga. La mucosidad brillaba en su chaqueta de cuero semejante al rastro de un caracol. Le ofreció el inhalador—. Vamos, hombre, ponte a punto.

Danny sacudió la cabeza. Dos chicas en un Volkswagen cucaracha los miraron al pasar.

—¿No sabes cómo se llamaba? ¿No te lo presentó?

A Danny le pareció que gritaba, pero no hubiera podido decirlo. Como quiera que fuese sentía la cabeza más despejada.

—Tranquilo —dijo Cubanito—, tómatelo con calma. Sí, la veo, pero no hablo con ella. No le caigo simpático, ¿recuerdas?

—Decía que parecía como si estuvieras entrenando en un cuadrilátero de mentira.

—¿Qué quiere decir eso? ¿Es un insulto, no? Bien, que se joda, hombre. Perdona el lenguaje, pero que se joda. ¿Tengo el aspecto de estar sin blanca? Mira lo que estoy conduciendo —concluyó mientras acariciaba el suave cuero con ensoñación placentera—. Voy a la tienda con una bolsa de la compra llena de los de cien. El gerente se me acerca como si yo fuera uno de esos *espaldas mojadas* que se ha perdido; entonces vació la bolsa en el suelo y digo: «Dame el rojo, tonto del culo.» El tipo incluso me llena el depósito gratis.

—Eso iba a preguntarte. —Danny dejó caer la cabeza sobre la cabecera del asiento, esbozando una sonrisa—. ¿Qué haces conduciendo por ahí un coche del departamento de narcóticos?

—¿Quieres joderme, hombre?

—Es el mismo tipo de coche que conduce ese tonto del culo de *Corrupción en Miami*, ¿no?

—Sí, Sonny Crockett.

—Ése es un tipo de narcóticos. —Danny seguía con los ojos cerrados para no echarse a reír—. Estás conduciendo un coche de narcóticos, Cubanito.

—Sí, pero eso no es más que su trabajo, hombre —insistió Cubanito enarbolando el inhalador—, en el fondo de su corazón, Sonny es un traficante.

—No sé, pero a mí me parece un fracaso.

—Te estás quedando conmigo, hombre, pero no importa. De cualquier manera dentro de un año estaré fuera del negocio, haré cosas completamente legales. Tal vez compre un McDonald's o un Seven-Eleven. Contrataré a algunos *espaldas mojadas* para tener pocos gastos. Durante todo este tiempo estoy aprendiendo, hombre, por

ejemplo de las revistas *Inc.*, *Fortune* y *Money*. Unos hombres magníficos, hombre. Dios bendiga a América, ¿sabes lo que estoy diciendo? Hasta estoy comprando esas tarjetas con palabras por un lado y lo que quieren decir por el otro. Así es como estoy hablando mucho mejor, porque estudio en el retrete. Algún día quiero ser abogado... o tal vez me dedique a espectáculos de humor, ya sabes, como *Jeopardy*, hombre.

Cubanito estaba lanzado, demasiado ido para detenerse. Iba a recorrer todas las callejuelas de sus neuronas, todos los pensamientos, todas las sensaciones, soltándolos por la boca, y Danny no podía hacer otra cosa que esperar a que se desahogara.

—Legal a machamartillo, es la única manera de ir adelante, hombre. Te digo que esos nuevos tipos... Los colombianos eran malos, pero esos jodidos jamaicanos están completamente locos. Matan como si nada, hombre. Si tu abuela les pisa la sombra van y la hacen picadillo. Le arrancarán las piernas y los brazos y la dejarán desangrarse en un muladar. ¡Qué asco!

Lo que repelía a Cubanito no era la muerte en sí, sino la suciedad, el aspecto desaseado de la misma. Era algo que no toleraba.

En cierta ocasión, antes de que empezara con su especialización, cuando Cubanito vendía cualquier cosa que alguien necesitara comprar, había manejado una remesa en malas condiciones de heroína sintética. Ignoraba que fuese mala hasta que sus yonquis empezaron a morirse, con la hipodérmica todavía clavada en los brazos o en los tobillos.

Danny se había encontrado con él en el muelle de Newport. Mientras escuchaba las olas, Cubanito aseguraba con calma que él era un hombre de negocios y que ningún jodido licenciado en química iba a hacerle perder sus clientes. Era un hermoso día soleado, niños con tablas de *boogie* vociferaban gozosos en las frías aguas y Danny ni siquiera intentó disuadirlo. Acaso no creía que Cubanito pudiera en realidad hacer algo, o tal vez en aquel momento la muerte sólo fuera una abstracción. «Más adelante», se limitó a decir. Y fue a reunirse con Lauren.

—¿Vamos a algún sitio en particular? —El dolor de cabeza de Danny iba en aumento.

—Tú y yo no somos tan diferentes —dijo Cubanito—, tú buscas a tu mujer y yo también busco a alguien. No por amor, desde luego. Yo lo busco por dinero. Tú te preocupas por tu fuente de dinero, el conejito cuida de sí mismo. —Miró de soslayo a Danny, volviendo luego los ojos de nuevo a la carretera, habiendo recibido una confirmación, sólo aparente para él—. El dinero es mejor, Danny —dijo afectuosamente—. Es demasiado tarde para el amor, para hombres como nosotros.

Danny miró por la ventanilla las casas oscuras que desfilaban al lado de la carretera. En las zonas interiores hacía más calor y había más contaminación que en las playas, pero las casas eran mucho más baratas, lo bastante baratas para que incluso mecánicos, policías y maestros pudieran permitirse criar hijos. El interior eran las familias: la Pequeña Liga y acudir a Sizzler en ocasiones especiales. La mayor

preocupación que alguien podía tener allí era la de llegar puntualmente a su trabajo.

Cubanito señaló con la cabeza el estéreo.

—¿Cómo te sientes, hombre? ¿Seguro de ti mismo? ¿Tienes dura la polla? — Sacó la cinta y la agitó—. Da gracias a Ed Sanders.

—Como amigo te sugiero que dejes la coca, Cubanito.

—Eh, hombre. Te estoy ofreciendo la colección completa de doce cintas: *Atrévete a soñar, Diez claves para la seguridad financiera*, por Ed Sanders.

—Cubanito...

—Es científico, hombre, como la facultad, sólo que te da dinero. Piensas que sólo contiene el murmullo de cascadas, pero ahí está el propio Ed Sanders, detrás de la cascada, hablando a tu subconsciente, como en secreto, susurrándole a tu cerebro...: «¡Eh, tú puedes hacerlo, eres un jodido listo y el mundo entero quiere que seas rico!» Da resultado, Danny, es estupendo. Ese Ed Sanders es un jodido millonario.

—Escucha, ¿reconocerías a ese tipo que estaba con mi mujer si volvieras a verle?

—Trescientos noventa y nueve dólares por la colección si se la compras a Ed Sanders —dijo Cubanito—. Yo te la vendo por sólo cien dólares. —Dejaron atrás un Porsche negro—. Puedo hacerlo porque yo nunca pago los trescientos noventa y nueve, de manera que el ahorro te lo cedo a ti. La mía la he copiado de una redondeada y lela secretaria, dándole a cambio un gramo y veinte centímetros. — Hizo una mueca sonriente—. Poner a punto tu mollera es la segunda clave.

Danny desconectó el aparato.

—Sé que tu mollera va a quedarse terriblemente inmóvil sin Ed Sanders que te hable, pero veamos si todavía eres capaz de dar la vuelta y llevarme otra vez al Locker Room.

—Has herido mis sentimientos, hombre. ¿Acaso no quieres ser rico? Vale. ¿Sólo quieres hablar con tu mujer? Vale. Te ayudaré a encontrarla, pero primero...

—¡Compraré tus malditas cintas!

—Olvídalo, hombre. Sólo trataba de ayudarte, pero ni siquiera Ed Sanders puede hacerlo, porque tienes una actitud negativa. —Cubanito cogió una rampa de salida, fue dejando atrás varios semáforos en un silencio tenso, antes de reducir la marcha y detener el Ferrari junto a una acera—. Tengo que hablar con un hombre. —Señaló con la cabeza hacia André's, al otro lado de la calle. Respiraba por la boca mientras observaba el restaurante.

Cubanito tenía el mismo aspecto que en aquella ocasión, en el muelle de Newport: tenso y duro, implacable como un tiburón. A Danny le puso los pelos de punta.

Cubanito aspiró, agitó el inhalador y volvió a aspirar: «¡Ahhhh!» Se palpó el interior de la nariz con un dedo humedecido y luego ofreció el inhalador. Danny lo rechazó. Los ojos de Cubanito brillaban expectantes. Danny podía verse en ellos.

Había dejado a Cubanito en el muelle, marchándose con Lauren a un restaurante nuevo de Los Angeles, un restaurante en el que sólo servían champaña y caviar.

Habían pedido un beluga iraní, puro oro negro, a setenta y cinco dólares los treinta gramos servido en la boca de un esturión esculpido en hielo. Lauren había hurgado en un ojo del pez, sacando una bolita de caviar del tamaño de una minúscula perla, mordiéndola de manera que se esparció por la mesa. Danny se había echado a reír, besándola con ardor. A la mañana siguiente leyó en el periódico lo del licenciado en química. Cuando Lauren le preguntó si pasaba algo, le fue imposible contestar.

—Has estado alejado mucho tiempo, hombre —musitó Cubanito—. Ahora todo es diferente. Todo al rojo y más dinero... Quería ver si seguías siendo el mismo.

—Adelante, no te detengas ahora.

—Hay un hombre sentado a una mesa en la terraza. —Cubanito lo señaló—. Viene aquí todas las noches. Es rico pero también codicioso. Vende monedas de oro a la gente demasiado lista para fiarse de los bancos. Me entrega montones de osos panda de oro, a cambio de bolsas de mi mejor cocaína. Dijo que era amigo mío y luego intentó negociar a mis espaldas. «Sólo elimino a los intermediarios», me dijo cuando lo descubrí, y no mostró miedo alguno. Es un hombre rico pero estúpido porque mi gente no tratará con él. Jamás. Sólo con *Los números*<sup>[11]</sup>.

Cubanito tiró de su labio inferior con mano temblorosa a causa de la furia.

¿Lo ves? —dijo tras soltar el labio—. Treinta y ocho ochenta y tres. Esto es lo que hacen en la cárcel de Castro en la Isla de Pinos; te tatúan un número en el interior del labio, te marcan como a un perro. Mi gente no hablará con hombres sin número. Ese hombre tiene ahí detrás una limusina plateada y una mierda de mulo samoano dentro de la limusina y va y me dice: «Son los negocios.»

—¿Voy a permitir eso? —Descargó el puño sobre el tablero, haciendo temblar a la virgencita con la fuerza del golpe—. ¿Quieres que te ayude?; me rompí los huevos ayudando al único Danny. Este nuevo Danny tiene que mostrarme primero sus modales callejeros. Ocúpate de ese mulo y yo te encontraré a tu blanca y delgada furcia.

—¿Acaso te parezco King Kong? ¿O tal vez Chuck Norris?

—No eres tan grande —admitió Cubanito—, pero eres un tío con recursos. Y eso es mejor. Recuerda aquella vez con el camionero.

—Me rompí tres huesos de la mano con aquel tipo.

—Eh, no te preocupes, hombre. Tengo confianza en ti.

Era un trato justo. Cubanito pasaba tarjetas de agradecimiento, de coca, a todos los gerentes, camareros, guardaespaldas y sirvientes de tres condados, traficaba tanto con favores e información como con cualquier otra cosa. Si Cubanito decía que encontraría a Lauren era seguro que lo haría.

—No quiero leer nada en los periódicos sobre lo que ocurra esta noche —advirtió Danny.

—¿Acaso importa?

—Importa.

—Esta noche mantendremos nuestras almas puras. —Cubanito se encogió de

hombros, volvió a aspirar por el inhalador, rectificó la posición de la virgencita e hizo una mueca sonriente—. Mañana será otro jodido día.



Danny caminó a lo largo del sendero de palmeras en macetas, con su enladrillado decorativo, que daban a la calle. Allí no se veían luces de neón y no se oía música estridente. Tampoco había pulseras con amuletos. André's era demasiado pequeño para necesitar mozos de aparcamiento y demasiado exclusivo para necesitar un círculo de ganadores. Si podías permitirte el precio del menú del día, eras un ganador. Atravesó el patio exterior, escuchó conversaciones ahogadas a través del denso seto, el tintineo de refinada cristalería y risas ligeras. Los sonidos burbujeantes de la buena vida, de la vida alegre, flotaban penetrando en la noche, hasta estallar contra las estrellas.

En el aparcamiento se alineaban coches Jaguar y Bentley, Sedanes, Mercedes y Rolls Corniche. En el André's no había coches deportivos de suspensión dura. En un mundo de desvíos y baches, aquellas gentes exigían aislarse de la luz, el movimiento, el ruido y las preocupaciones.

Danny llevaba un delantal blanco y en una mano, en alto, una bandeja con un pichel de cristal tallado lleno de aceite. En la puerta de la cocina, había deslizado veinte dólares a un pinche con la cara llena de espinillas. El chico se le quedó mirando asombrado, sin comprender lo que le pedía, aunque la jerga del dinero resultaba muy clara.

El Rolls plateado se encontraba aparcado entre las sombras, en dirección contraria. Danny avanzó con paso enérgico hacia él, con la bandeja perfectamente horizontal, como un buen camarero. La oscura silueta instalada en el asiento del conductor volvió la cabeza, que siguió por el retrovisor el avance de Danny.

Al irse acercando, Danny tropezó y la bandeja se le escurrió estrellándose contra el pavimento, junto a la portezuela delantera. Danny perdió el equilibrio y cayó de bruces sobre el capó. Su mejilla percibió que el metal estaba apenas tibio. Sintió cómo el Rolls se balanceaba y el conductor abría la portezuela.

Una mala cosa, sin duda una mala cosa.

El samoano se encontraba ya con medio cuerpo fuera del asiento. Parecía un piano vertical, con un cuello monstruoso que se desbordaba de un traje negro, jurando en un lenguaje lleno de vocales. Al poner los pies sobre el pavimento, resbaló en aquel charco de aceite. Desde el capó, Danny alcanzó la portezuela, y la cerró de un puntapié. Hubo un siniestro crujido y un aullido del samoano al caer de espaldas: Leviatán cogiendo el arpón en medio de un oleaje glacial y el chapoteo de unos remos de madera.

Resollando por el esfuerzo, el samoano logró salir del coche, resbaló, se agarró a

la capota y volvió a resbalar. Danny cerró de nuevo contra él la pesada portezuela. Lo gritos del otro, más de furia que de dolor, deberían haber puesto en guardia a Danny, pero éste se sentía eufórico por la claridad momentánea que le proporcionaba la acción y que con la contemplación rara vez lograba.

El samoano logró acercarse y agarró a Danny por la manga, antes de perder el equilibrio y caer con un trozo de la camisa de Danny en la mano. Danny retrocedió jadeando. Debería haber llevado una cadena de llanta o una llave inglesa. Tal vez un arma antitanque.

El samoano intentó ponerse en pie, pero quedó despatarrado tras resbalar aparatosamente sobre el aceite. Incluso cuando caía trató de alcanzar a Danny, gruñendo por la frustración, con los dedos rotos engarfiados como garras.

Danny danzaba teniendo buen cuidado de mantenerse fuera del charco, que cada vez era más amplio. Hizo una finta y dio un puntapié a la cara del samoano.

Éste logró ponerse de rodillas, sobresaltado. La sangre le brotaba a raudales de la nariz, cayéndole por la barbilla. Juntó las manos delante de él y se quedó mirando tristemente la sangre que se filtraba a través de sus dedos.

Danny, cogiendo carrerilla, le propinó otro puntapié en la cara, haciendo que el samoano se golpeará la cabeza contra el marco de la portezuela. Sonó como un bate de béisbol golpeando un saco de huesos para caldo.

De repente, Danny sintió que se le aflojaban las piernas. Se sentó y esperó el ulular de las sirenas, el chirrido de los frenos y el equipo SWAT. Ya nada le importaba. Podía oír la pregunta, siempre tan solícita, de la detective Holt:

—¿Tiene problemas con su temperamento, señor Di Medici?

—Tengo problemas con todo, señora.

Proseguía sin pausa el rumor de las conversaciones en el patio. Se oyó el estampido de un corcho. Se levantó despacio. Sentía pinchazos en el pie, una de las mangas de su camisa estaba hecha jirones y en un buen laboratorio de la policía podrían obtener una serie de huellas del tobillo por el que el samoano le había agarrado... Aquel tipo tenía una resistencia ilimitada al dolor.

Danny se acercó cojeando hasta donde se encontraba el samoano, caído sobre una de las ruedas traseras, y se quedó allí en actitud cautelosa, dispuesto a salir en estampida. Había visto demasiadas películas de terror en las que la criatura nunca resultaba totalmente aniquilada. Danny resbaló sobre el aceite y cayó sobre una rodilla al tiempo que lanzaba una exclamación... No, el samoano estaba inconsciente, con la cabeza caída a un lado y la boca abierta.

Danny arrastró con lentitud al hombretón, sacándole del aceite y de los cristales rotos. Para cuando hubo terminado, estaba empapado en sudor y se sentía mal.

La sangre fluía de las narices aplastadas del samoano, cayéndole por las mejillas. Danny apartó añicos de cristal de la cara del hombre, mientras escuchaba su respiración. Era trabajosa y sorda, aunque regular. En los labios del samoano se había formado una brillante burbuja roja. Danny la aplastó con el dedo índice. Se quitó el

delantal y doblándolo a modo de almohada apoyó en él la cabeza del samoano para evitar que se ahogara en su propia sangre. Le colocó la mano sobre el pecho. Tenía tantos huesos rotos que parecía el guante de un *catcher*.

El samoano tosió y le cayó un diente de la boca, que rodó sobre el pavimento. Danny vaciló antes de cogerlo. Lo examinó a la luz difusa. Era suave y amarillo, astillado en la raíz, en el punto en que se había separado de la mandíbula. No parecía tan grande. Deslizó el pulgar por la desgastada superficie, viendo cocoteros y tifones, peces-manta e hibiscos rojos y a Lauren agazapada en la cresta de una ola, haciendo surf en un mar de sangre. Érase una vez...

Danny se apoyó para recuperarse. Pudo haber matado al samoano. Había pasado años estudiando a mayas y aztecas. Tenían dioses para todo... Dioses para los cereales y dioses para la lluvia, dioses que ahogaban niños y dioses que hacían mescal. Cubanito creía que Dios era republicano y Lauren no creía en nada. Danny no sabía nada sobre el cielo y el infierno, pero lo que sí sabía era que una muerte llega a saberse y atrae la atención sobre uno y eso era precisamente lo último que él quería.

Era inútil volver a su pequeña habitación en el Shore y pretender ser invisible. Holt pensaba que era culpable y Steiner le creía inocente, pero ninguno de ellos tenía el menor indicio. Pensaban en la muerte tan sólo como causa y efecto, un crimen seguido del castigo. Pero un asesinato se adhería a uno. Y lo que era todavía peor, atraía todavía más muertes. Toda la natación nocturna no había sido suficiente para evitar lo que había ocurrido en la casa de la playa de Lauren. Ya no seguiría quedándose en casa a la espera de una llamada telefónica.

Desde el extremo más alejado del aparcamiento le llegó una tonadilla silbada: «Puede hacerlo... puede hacerlo, si el hombre lo dice, el caballo puede hacerlo...» Danny miró en aquella dirección y se encontró con Cubanito aplaudiendo, con la cabeza echada hacia atrás y mostrando en la cara una expresión de deleite.



En el patio de André's había docena de mesas pequeñas, con sillas de mimbre blanco y velas sobre las mesas; sonaba música de Mozart.

Danny tomó asiento, todavía acalorado a raíz de su pelea con el samoano.

Un camarero, con un copete de pelo ahuecado y sin patillas se deslizó hasta él.

—Buenas noches —dijo—. Mi nombre es Rick. ¿Quiere que le traiga algo de beber?

—Tráeme un irlandés doble y cuatro aspirinas, Rick.

Al regresar, Rick se encontró a Danny frotando con una servilleta húmeda las manchas de sangre de las rodillas de su pantalón.

—¡Ah! —exclamó Rick, dejando sobre la mesa el irlandés y las aspirinas—, eso es horrible, sencillamente horrible. —Poniéndose en cuclillas, cogió la servilleta sumergiéndola en el vaso de agua. Luego atacó las manchas—. Hay que frotar al hilo del tejido. Una tela verdaderamente hermosa. Italiana, ¿verdad? Yo hacía lo mismo.

Danny se limitó a sonreír.

—Vamos, inténtelo —dijo Rick. Se dirigió presuroso hacia otra mesa y volviéndose a medio camino advirtió con un dedo amonestador a Danny—: Ahora, tan pronto como regrese a casa, empapela con Perrier. La mancha se esfumará totalmente.

El lento silbido de Cubanito lo precedió mientras salía del restaurante principal. Al pasar dio una palmada en el hombro a Danny y luego se acercó a una mesa contigua en la que estaban sentados un hombre y una mujer.

El hombre vestía una chaqueta azul con botones dorados y un dorado penacho trenzado en el bolsillo superior, pantalones blancos y zapatos deportivos con los cordones sueltos. Se hallaba en la cuarentena, era alto y flaco, con el pelo descolorido por el sol y peinado con raya al lado. Su rostro era inexpresivo y pálido, con labios delgados y un gesto arrogante de la boca. Daba la impresión de que disfrutaba diciendo que no, a ser posible detrás de una deslumbradora mesa de escritorio bien pulimentada, del tamaño de un portaaviones.

La mujer vestía un sencillo traje negro y llevaba un collar de perlas. Su pelo oscuro estaba recogido hacia arriba. Quince años antes y con ocho kilos menos, había sido modelo de pasarela. Todavía conservaba los pómulos, pero su cuello estaba empezando a perder la batalla.

—Hola —gorjeó Cubanito. Se marcó un lento paso de samba antes de sentarse entre ambos.

La mujer miró a Cubanito y se sobresaltó al observar su indumentaria de cuero,

como si hubiera mordido una ostra en malas condiciones. Luego miró al hombre.

—¿Edward?

Edward se había sacado del bolsillo un aparato y pulsaba el botón de llamada.

—Encantado de verlo, señor Sánchez. Le ofrecería una copa de Cristal pero... — miró su reloj y sonrió— sólo dispones de siete segundos antes de que llegue Matui ai.

Cubanito cogió la copa de champaña de la mujer.

—¿Señor Sánchez?, ¿qué pasa, Eddie?, ¿ya no somos compadres? —Tomó un sorbo, se enjuagó la boca, hizo unas gárgaras y lo escupió.

—Está algo ácido, chica. Deberías pedir que te devolvieran el dinero.

Edward seguía con el pulgar adherido al aparato mientras miraba en derredor.

Cubanito cogió a Edward por la muñeca. Examinó el Rolex de oro.

—¿Cuánto tiempo me queda ahora, Eduardo? —preguntó mientras le soltaba el brazo, dejándolo caer sobre la mesa—. Tiempo suficiente, ¿eh? Creo que a lo mejor tu mulo se ha quedado dormido.

Cubanito alargó el brazo y acarició el dorso de la mano de la mujer; la sintió retroceder mientras iniciaba un movimiento para levantarse. El hombre le puso el índice en la base de la garganta, obligándola a sentarse de nuevo. Las personas de las otras mesas los miraron por un momento y luego volvieron a sus conversaciones.

—Quita las manos de encima a mi mujer —silbó entre dientes Edward.

—Una mujer muy bonita —dijo Cubanito—. Tan... *coquette* — dijo acariciándole los brazos—. Es francés, ¿sabes?

La mujer permanecía rígida, sentada, mirando con desprecio a Edward.

Edward había sacado un talonario de cheques y escribía furiosamente en él.

—Hemos tenido un malentendido, Cubanito. Pasa siempre en los negocios y quisiera tener la oportunidad de compensarte, de darte una pequeña muestra de mi...

Cubanito cogió una guedeja suelta del pelo de la mujer.

—Me gustan las mujeres con el cuello tan largo y bonito.

La mujer miró furiosa a Edward. Debía dejar aterradas a sus doncellas.

—¿Vas a seguir sentado ahí, Edward, mientras esta... persona me molesta?

—No está molestando a nadie, querida, no es más que un malentendido.

—Está en lo cierto, querida, te darás perfecta cuenta cuando te moleste.

Emitió una risa sorda. La mujer la sintió deslizarse entre sus senos como una gota de sudor.

Rick se acercó a la mesa.

—¿Todo bien aquí? ¿Quieren alguna cosa?

Todos lo ignoraron.

—Un pequeño malentendido, ¿eh, Eddie? —dijo Cubanito, mientras seguía frotando el cuello de la mujer—. Un jodido malentendido como ése te ha dejado fuera de juego.

—¿Qué pudo hacer yo para remediar la situación? —preguntó Edward—. Quiero asegurarme de que esto no vuelva a suceder.

Cubanito miraba la cara de la mujer con expresión sorprendida.

—Señora —dijo dándole unas palmaditas en la mano—, por favor. —Acercó el meñique engarfiado a la cara de ella, que se apartó.

—No, no, no —la tranquilizó, atrayéndola hacia él—. Por favor, *señora*<sup>[12]</sup>.

La uña de su meñique izquierdo tenía dos centímetros de longitud; una pequeña garra de oro de dieciocho quilates, ajustada en su sitio en el mejor salón de Newport. La atrajo hacia sí con el brazo derecho introduciendo luego suavemente la uña de oro en la ventanilla de la nariz de ella.

—Por favor, por favor —repitió.

Muy despacio levantó una minúscula corteza rojiza del interior de la nariz. La mantuvo durante un instante para que ella pudiera verla y luego se la sacudió.

La mujer tenía la mirada fija ante sí, mientras Cubanito le besaba la mano. Miraba hacia algo en la lejanía, algo que estaba fuera de su alcance.

Cubanito enjugó con un nudillo la lágrima que caía por su mejilla. Esta vez no retrocedió ante el contacto.

—Una mujer que ama a la dama blanca necesita un hombre con los cojones<sup>[13]</sup> de un toro. —Cubanito miró a Edward y sacudió la cabeza—. Pero debe tener cuidado, señora. Después de haber disfrutado con la dama debe limpiarse la nariz con agua, de lo contrario... —Alzó el meñique y sonrió.

Edward se encontraba hundido en su asiento. Parecía perdido dentro de su traje.

Cubanito metió la mano en el bolsillo de la chaqueta. Miró a Edward.

—Con su permiso —dijo burlón. Edward no dijo palabra. Cubanito introdujo el índice en una redoma diminuta—. Crema de vitamina A —dio a la mujer mientras frotaba con delicadeza el interior de una de las ventanas de su nariz y luego el de la otra—. Sacada del hígado de pescado. De verdad. Cura rápido, chica, te doy mi palabra.

Cubanito puso en su mano un pequeño triángulo de papel blanco.

—Para usted, señora. —Una sonrisa de advertencia para Edward—. Y sólo para usted. Un regalo de Cubanito. —La besó en el interior del brazo—. Con todo el respeto y afecto debidos. —Se levantó y le hizo una profunda reverencia. Ella miraba con fijeza a la lejanía, con el blanco triángulo temblándole ligeramente en la mano—. Dame tu estupendo reloj Rolex, Eduardo —dijo Cubanito, con voz baja y sorda.

—¿Qué dices?

—Tu estupendo reloj, por favor...

—¡Me ha costado quince mil dólares!

La misma risa honda.

—Por eso lo quiero.

Edward se quitó lentamente el reloj y se lo entregó.

—¿Ha quedado todo zanjado? —preguntó, mientras Cubanito se alejaba—. ¿Ha quedado todo zanjado? —gritó.

Las personas de las otras mesas se lo quedaron mirando y se echaron a reír.

Danny apuró su irlandés y dejó una buena propina. Rick podría comprarse Perrier suficiente para limpiar con burbujas una docena de trajes italianos.



—Sus sobrinos están aquí, doctor Reese.

El tono de voz del agente de seguridad apostado en la entrada principal era vigoroso y deferente. Parecía como si se estuviera cuadrando.

—Hágales subir —gruñó Arthur Reese, cortando el *intercom* en su despacho privado.

Casi eran las dos y media de la madrugada, su momento favorito. En la mayoría de la gente se hacía más lento el ritmo biológico y hacía que les resultase difícil fijar la mirada. Reese prefería telefonar a su personal en plena noche y ponerlo de chupa de dómine al exigirle explicaciones.

Puso los pies con sus zapatos blancos sobre la mesa de escritorio, mirando a través del hueco entre ambos. Minutos más tarde se abrió la puerta y Boyd y Lloyd entraron por ella, con la mirada expectante como un par de gordas perdices esperando que las hicieran volar por los aires.

Se sentaron cuidadosamente en las sillas que había delante de la mesa y clavaron los ojos en el suelo.

—No lo veo —dijo Reese como quien no quiere la cosa, frotándose la huesuda barbilla con el dorso de la mano. La indumentaria blanca de laboratorio que vestía estaba limpia y almidonada. Se cambiaba cuatro o cinco veces al día, pero los dedos, manchados de nicotina, le apestaban a aldehído fórmico—. Seguramente habéis dejado al marido en recepción.

—Llamamos, pero no estaba allí —alegó Boyd.

—De manera que renunciasteis —dijo Reese.

—Esperamos largo rato y no supimos qué otra cosa hacer, así que volvimos —dijo Boyd. Lloyd mostró su asentimiento con la cabeza.

Reese tamborileó sobre la mesa y suspiró. Los gemelos habían sido su más importante logro y su fracaso más amargo. Eran pura fuerza bruta, absolutamente obedientes, pero su comportamiento era errático. Si arrojara un palo a un volcán en erupción, lo cogerían. Siempre, naturalmente, que recordaran qué aspecto tenía.

Ninguno de los dos había tenido jamás caries, espinillas o dolor de cabeza. Su tez era tersa y suave, su orina tan clara que podía beberse. Lo único que les faltaba era determinación, curiosidad, orgullo, todo cuanto él valoraba. Reese hubiera querido que fueran más humanos, que constituyeran el gran salto adelante hacia la evolución. ¡Qué desperdicio de ADN! Ni siquiera soñaban.

—Pensamos que tal vez quisieras que hiciéramos otra cosa, tío Arthur —dijo Boyd—. Tal vez trabajar fuera o tomar algunas fotos. Desde que asesinaron al doctor

Tohlon hemos estado soportando una gran tensión. Está devorando nuestro tejido muscular. Sentimos que tenemos una gran responsabilidad hacia ti a causa de los experimentos. Ése es el motivo por el que hemos vuelto. Para que podamos seguir siéndote útiles.

Boyd era el doble de listo que su hermano y con el suficiente cerebro para meter en líos a los dos.

Reese rodó lentamente por la habitación en su silla, parándose ante las hileras de cabezas de animales disecados que colgaban por todo el despacho. Gacelas, animales salvajes, cabras montesas, antílopes americanos, rinocerontes africanos grises, un búfalo de El Cabo, todos ellos con la expresión plácida de la muerte. Sobre la puerta que había detrás de los gemelos, colgaba una cabeza de jabalí negro, vigilándoles con sus colmillos curvos relucientes.

—Bien, muchachos, los ungulados comprenden —dijo Reese, pellizcándose su arrugado cuello—. Pero así es como son ellos... confiados. Aunque el señor jabalí —guiñó un ojo al diabólico animal—, el viejo señor jabalí dice que él habría esperado a que el marido volviese a casa, que habría esperado toda la vida si yo se lo hubiese dicho.

Los gemelos se movieron inquietos en sus asientos.

Reese encendió un cigarrillo e hizo otro recorrido por la habitación. Había un tigre de Bengala, que enseñaba con gesto feroz los colmillos; leopardos y jaguares y unos sujetalibros de glotones haciendo juego. Un oso polar en posición vertical ocupaba todo un rincón, colocado sobre un pedestal, en actitud de espera y observación.

Los gemelos mantenían los ojos bajos. Al despacho lo llamaban «la habitación de las miradas». Para Reese el despacho era un monumento a la superioridad del *homo sapiens*, del simio asesino.

—Veréis, muchachos —Reese se sacudió la ceniza que había caído en su bata blanca y había dejado unas manchas oscuras—, los carnívoros no se muestran muy simpáticos. Creen que en su mundo os moriríais de hambre. Si durabais lo bastante para eso.

—Lo siento, tío Arthur —lloriqueó Lloyd.

—¡No gimotees, maldición! —Reese arrojó a Lloyd el cigarrillo encendido, que le rebotó en la mejilla. Éste se mordió el labio, frotándose el carrillo enrojecido.

—¿Qué voy a hacer con vosotros dos? —se lamentó Reese—. Dije a vuestra madre que os encontraría un sitio, pero estoy empezando a creer que no ha sido el sitio adecuado. Primero jodéis la vigilancia de la casa de la playa y ahora renunciáis a ocuparos del marido. Ni siquiera podéis encontrar al hermano...

—Eso no fue culpa nuestra —dijo Boyd—. No señor.

—No quiero volver al muelle de carga, tío Arthur —dijo Lloyd.

—Spiderman<sup>[14]</sup> no tenía siquiera una dirección del condenado hermano —dijo Boyd, adelantándose en su asiento—. Condujimos toda la noche arriba y abajo por el

PCH<sup>[15]</sup> buscando el desvío. Deberías estar enfadado con Spiderman.

—¿He oído mencionar mi nombre? —preguntó una voz melosa. McVey entró silenciosamente en el despacho por una puerta lateral. Se quedó allí en pie, con la cabeza ladeada. Era un hombre alto y muy delgado, con un traje azul. En la habitación rebosante de cabezas de animales de mirada fija, se asemejaba a un airón gigantesco que hubiera volado hasta allí por equivocación.

—Sí, has oído tu nombre, Spiderman —dijo Boyd.

—Lo siento, doctor Reese. No sabía que estaba... acompañado.

—Está bien, Frank. —Reese encendió otro cigarrillo—. Tengo que pedirte excusas por la tosquedad de mis sobrinos.

—No es necesario, señor. —McVey tenía un pelo muy fino y un delicado rostro femenino. Sonrió a los gemelos—. Los muchachos serán siempre muchachos.

—¿Por qué eres tan amable con él, tío Arthur? —preguntó Boyd—. Todo esto es culpa suya. Él es el jefe de seguridad, y no la hay.

Reese se sacó una hebra de tabaco de entre los dientes y la lanzó hacia McVey.

—En eso ha acertado, Frank. El chico no capta muchas cosas, pero esta vez ha dado en el clavo.

McVey se apartó el pelo de su despejada frente.

—La seguridad es un concepto relativo, doctor Reese, y no creo que este desafortunado incidente deba ser utilizado para condenar un programa que ha demostrado ser de una eficacia notable.

—Incidente. ¿Es así como lo llamas? —Reese se balanceó de atrás adelante en su sillón giratorio de cuero—. ¿Cuánto pesas, Frank?

—¿Quiere decir desnudo, señor? —McVey permanecía en pie junto a la cabeza del león, hundiendo indiferente los dedos en sus abundantes melenas.

—Hasta las mismísimas criadillas —contesto Reese, temblándole la mandíbula de placer.

—Sesenta y seis kilos y medio, criadillas incluidas.

—¿Y cuánto mides? ¿Uno noventa y dos? —dijo Reese.

—Uno noventa y dos y medio, señor, como usted bien sabe.

—Ectomorfo puro —afirmó Reese—. El socorrido mondadientes. Mis sobrinos son mesomorfos puros y pesan ciento cuatro kilos cada uno. Menos de un cinco por ciento de grasa en su cuerpo y un volumen de oxígeno de más de sesenta y cinco. El límite potencial de su fuerza supera con mucho la escala y jamás se sienten cansados. Pero tú puedes azotarles en el trasero, ¿no es así, Frank?

—¡Tonterías! —dijo Boyd.

—¡Sí, tonterías! —repitió Lloyd.

—En realidad no me gusta entrar en esas cuestiones, señor —dijo McVey.

—Pero si quisieras —siguió diciendo Reese—, podrías utilizar algo de *jiu-jitsu* o esos juegos malabares de la CIA con los muchachos. Si yo te lo pidiera podrías hacerlo, ¿no es así?

McVey se acicaló el ondulado pelo color arena. Cuanto más intentaba mantenerlo en su sitio, más se le desmandaba.

—No era exactamente la CIA, doctor Reese —dijo con tono relamido—. Como bien ha indicado, el peso diferencial es importante, de manera que azotarles en el trasero supondría un problema...

—Mierda —dijo Boyd.

—Cuida tu lenguaje —le ordenó Reese.

McVey se volvió hacia Boyd.

—Sin embargo, podría matar fácilmente a los dos antes de que pudieran dar siquiera un paso.

—Inténtalo. —Boyd se puso en pie—. Inténtalo, Spiderman.

Como quien no quiere la cosa, McVey se quitó una hebra de hilo adherida a su chaqueta y la contempló flotar hasta que tocó el suelo. Reese rompió a reír palmoteando sobre su mesa.

—Dominio y sumisión, eso es todo cuanto representa ser un primate, ¿no es eso, Frank? Saber qué trasero joder y cuál besar.

McVey se agitó y se aclaró la garganta. Decidió cambiar de tema.

—Es evidente que Lauren Kiel tiene el único expediente de la investigación del doctor Tohlson. Ya he completado las pruebas sobre tensión en las voces del personal del doctor Tohlson. Ninguno de ellos estaba en el secreto de sus recientes experimentos con el complejo D-adrenal.

—Tal como pensábamos —se encrespó Reese—. Ese hijo de puta cuatro ojos se burló de nosotros dos. Sus archivos computerizados están incompletos. Los primeros experimentos aparecen completamente detallados, pero las últimas entradas son un galimatías. Además, los cuadernos de notas del laboratorio son un fraude. Me siento muy decepcionado por Tohlson. De hecho, parece que allá donde vuelvo la mirada me encuentro rodeado por la incompetencia y la doblez.

Los gemelos se estremecieron bajo su mirada, que sin embargo dejó impassible a McVey.

Reese dejaba que el departamento de personal contratara a los empleados de menor importancia, a los técnicos de laboratorio y a los programadores, reservándose para sí la elección de los cargos superiores. Daba preferencia a aquellos individuos en extremo capaces, que por uno u otra razón dependían de él de manera absoluta. Personalidades en la línea fronteriza de la legalidad, que no encajaban en una burocracia transparente; hombres que se ganaban enemigos y quebrantaban las reglas. Invertidos y corruptores. Gente con problemas. Se consideraba a sí mismo como el jefe de una camarilla capaz incluso de doblegar a los individuos más erráticos y volubles para que hicieran su voluntad y rindieran al máximo de sus posibilidades.

Tohlson había sido un investigador sumamente inteligente, innovador y riguroso, pero los altibajos de su personalidad habían provocado su despido en toda una serie de trabajos altamente cualificados. Reese lo había sacado de la universidad de un

estado, poniendo a su disposición un laboratorio con el personal al completo y un presupuesto inagotable. Tohlson permanecería leal si la competencia no lograba atraerle con dinero o amenazarle con el chantaje. Ésa era la teoría. Reese no había contado con la posibilidad de que aquel estúpido bastardo se enamorara. Vivir y aprender.

McVey también tenía sus dificultades. Reese había sabido de McVey a través de contactos que tenía en el gobierno, y aunque le había costado mucho tiempo localizarlo, McVey brinco de contento ante la oferta. No se trataba sólo de la protección y el anonimato que le ofrecía Reese; era también la posibilidad de volver a usar sus habilidades especiales. En realidad existían pocas posibilidades de que un hombre como McVey fuera realmente apreciado.

—¿Ha encontrado ya el cuerpo la policía? —preguntó Reese.

—Dentro de una hora recibirán una llamada telefónica —dijo McVey.

—Todavía no sé por qué no te has librado de él —dijo Reese—. O no te has limitado a dejarlo en la casa de la playa.

—Un cuerpo es una oportunidad, doctor —alegó McVey, conteniendo su irritación—. Al controlar su descubrimiento vamos un paso por delante sobre la investigación policial. De esa manera dedicamos nuestros esfuerzos a desarrollar nuestra propia investigación. Me permito señalar que la policía ha localizado a los dos, al hermano y al marido. Los necesitamos bien seguros.

McVey tenía un acuerdo con el programador jefe de la firma que instalaba el sistema de ordenadores de la policía. Disponía del código de acceso secreto a todos los DP del sur de California. El programador guardaba su pequeño secreto. Cada vez que los dos detectives introducían su informe diario en el sistema, McVey entregaba una copia a Reese.

Reese lanzó círculos de humo hacia él.

McVey se inclinó hacia delante, apoyando sus largos dedos en el borde de la mesa de Reese.

—No hay motivo para que no sigamos con nuestra estrategia original, doctor. Podemos utilizar a la señora Kiel para montar una campaña de desinformación. Dejar que venda a la competencia un informe de investigación inexacto: enviémoslos a un callejón sin salida. Para cuando hayan acabado con sus propios experimentos, jamás lograrán alcanzarnos. Ella cooperará, se lo prometo.

Se hizo un silencio tan absoluto en la habitación que sólo se oía el murmullo de la calefacción.

McVey apartó las manos de la mesa.

—Ayer denuncié en la sección de personas desaparecidas la ausencia del doctor Tohlson —dijo con tono envarado—. Una vez que encuentren el cuerpo, la policía vendrá para hacer preguntas de rutina. He terminado con mi registro en la casa del doctor. Allí no hay nada que pueda perjudicarnos... Aunque tampoco ayudarnos. Ya he retirado el micrófono y he empezado a repasar su listín telefónico.

—Quiero aquí al hermano —dijo Reese—. A él y al marido. No puede haberlo hecho por sí sola.

—Según el informe de la detective Holt, el hermano es un ermitaño y un adicto a la marihuana —dijo McVey—. Probablemente el síndrome de tensión retardada. El marido solía traficar con drogas a nivel medio. A todas luces está retirado. —Se encogió de hombros de manera casi imperceptible—. No creo que ninguno de ellos tenga la pericia o los contactos capaces de preocuparnos. Si lo desea, haré que mi gente se ocupe de ello.

—No quiero que intervenga nadie más —dijo Reese—. En este asunto, sólo nosotros cuatro, Frank. Una gran familia feliz. Pasad por el laboratorio, muchachos, y obtened una biopsia muscular. Luego dormid un poco. Tenéis un aspecto deplorable. Tú no te alejes, Frank.

Los despidió con un gesto de la mano.

Mientras la puerta se cerraba detrás de ellos, Reese se balanceaba resoplando. Disfrutaba apretando los tornillos a McVey; le encantaba verlo agitándose como una cigarra sobre una piedra ardiente.

En realidad, eran muy pocos los fabricantes de productos farmacéuticos capaces de utilizar las notas de Tohlson: compañías que dispusieran de recursos suficientes para trabajar en proyectos de prolongación de la vida celular y que fueran al mismo tiempo de propiedad privada. La mayoría de las compañías públicas se habían apartado de la investigación del tejido fetal cuando el gobierno expresó reservas éticas y sus juntas anuales se vieron animadas por la presencia de piquetes con pancartas de derecho-a-la-vida.

Reese consideró una circunstancia afortunada que la competencia se viera asaltada por consideraciones morales. Incluso había hecho que McVey canalizara donativos a una emisora fundamentalista cristiana que apremiaba a los oyentes a boicotear las corporaciones «que utilizan inocentes asesinados para obtener vil beneficio».

Además, sus propios medios para la extracción de células fetales eran de suma importancia para el proyecto y, al igual que Tohlson, conservaba anotaciones de laboratorio falseadas e informes de ordenador incompletos Cruzó las manos sobre la nuca saboreando la paradoja de la situación.



La luz grisácea iba abriéndose paso hacia la mañana. Danny patrullaba de madrugada. Cerró los ojos y pegó la cara al parabrisas, limpiando el vaho de su propio aliento. Las farolas con su luz anaranjada semejaban bengalas de socorro cayendo a través de oscuras aguas.

Danny todavía sentía palpitaciones en el pie con el que había sacudido al samoano. Era evidente que se estaba haciendo viejo para todo aquello.

Hubo un tiempo en que había disfrutado de su capacidad para la violencia, con el gozo de estar libre de dudas, con la sensación de estar más allá del bien y del mal. Ahora sólo se sentía dolorido y se preguntaba si el samoano tendría una mujer que llorara al verle con la cara destrozada, una mujer que sujetara su cabeza entre los brazos y le cantara para que se durmiese. Si se podía derribar a alguien como el samoano, entonces todos ellos eran sacos de sangre en movimiento, esperando a reventar. Y eso no le hacía sentir el más mínimo placer.

La circulación era escasa en la PCH. Iba dejando atrás furgonetas destartadas cargadas de tablas de surf y relucientes tanques cisterna. Un Volkswagen cucaracha con letreros en los parachoques de «Piensa paz» avanzaba por la línea central directamente hacia él. A la luz de los faros de Danny, el conductor mostraba cabellos hirsutos y ojos desorbitados. Danny se desvió hacia el arcén y siguió circulando.

Aquella era una de las zonas áridas de la PCH, una mezcla de avanzadillas comerciales e industriales entre los pequeños pueblos costeros. Venta de bañadores, tiendas de donuts, parcelas de coches usados, almacenes de equipos pesados y gasolineras abiertas toda la noche con los carteles «Cerveza fría» y «¡Cigarros baratos!»

Después de que Cubanito le dejara en el Locker Room, Danny decidió ir a ver a Michael. Él y Lauren no mantenían una relación muy estrecha, pero a fin de cuentas era su hermano. Y lo más importante: era amigo de Danny.

Un monopatín bajó disparado desde un paso elevado. Su dueño, un agazapado entresijo de codos, siguió a su altura durante una manzana, para luego tomar de repente una bocacalle. Danny se inclinó sobre el volante del Mustang, buscando su desvío.

Loción de Afeitado Hawaiana, Bikinis de Piel, Pescado Fresco, Apartamentos Rompeolas, un viejo y destartado edificio de estuco ocupado por los hombres que trabajaban en las plataformas marinas de petróleo. Veinte días en la plataforma y diez en tierra. No estaba permitido el alcohol ni el tabaco.

En un principio, Danny había hecho entrega de dos tarros de «bellezas negras»,

absolutamente farmacéuticas, a un tipo en la habitación 31. Las había transportado al hombro en un saco del ejército, y las dejó caer sobre una cama chirriante. El tipo, que estaba todavía más nervioso que Danny, había sacado una pistola y no dejaba de decir «¿Qué soy, estúpido o algo así?», mientras los ojos de Danny iban del arma a aquella lanuda alfombra naranja, no queriendo morir en un cuarto tan horrible. Nunca volvió a traficar con *speed*.

Abstraído en el recuerdo, estuvo a punto de pasarse el desvío. Un tramo tras otro de cerca de alambradas por el lado del océano con el letrero de «Prohibida la entrada. Compañía de petróleos California», para encontrarse de repente con un hueco en la cerca y en la carretera de servicio: una angosta franja de grava que zigzagueaba a través de los campos de petróleo.

El coche saltaba por los baches de la vieja carretera, mientras las luces cortas penetraban la sucia neblina amarilla. El polvo entraba flotando a través de la ventanilla abierta mientras Danny intentaba encontrar el camino, estirando la cabeza para distinguir lo que tenía delante. De repente, la carretera empezó a descender, lo que hizo que su cabeza se lanzara contra el techo del coche. La moderadora de un *show* hablado de la emisora local discutía con una oyente que la llamaba por teléfono acerca de la manera más adecuada de tratar a un violador. Danny maldijo mientras se palpaba la nariz, donde se había golpeado con el marco de la portezuela. Había logrado sobrevivir al samoano; ahora el truco estaba en sobrevivir también al camino particular que le conduciría hasta Michael.

Las bombas de palanca crujían al remover el crudo con alto índice de azufre. Fantasmas de trilobites y dinosaurios, pterodáctilos y protomamíferos: peldaños inferiores en la escala de la evolución. A algunas de las bombas les habían puesto nombres con *sprays* de pintura: «Chicos Muertos», «Psychotech», «Avispa». Y los desechos estaban esparcidos por doquier: tambores sucios de grasa de cincuenta y cinco galones y botellas rotas de cerveza, envases para tirar.

Hizo girar el volante hacia la derecha de la encrucijada, desviándose hacia la maleza para evitar toda una serie de grandes baches. «¡Mierda!», exclamó al golpearse la frente contra el volante. Torció a la izquierda, luego de nuevo a la izquierda y siguió el camino. Oyó ruido de roturadores; se estaba acercando.

La oyente decía a la moderadora del programa que quería que los violadores fueran ejecutados, después de una última cena con sus propios genitales. La moderadora cortó la llamada con un anuncio de Alka-Seltzer.

Más curvas y más descensos. Allí ya no se veían *graffiti*, tan sólo descuidadas extensiones de hierbas que llegaban prácticamente a la cintura, rodeando las bombas, y cercas de madera derrumbadas.

De repente, allí estaba la casa de Michael, entre la niebla. Era un pequeño *bunker* ceniciento que se alzaba solitario sobre un farallón, frente al océano. La casa estaba rodeada de bombas extractoras, embalajes y maleza. Sobre el tejado plano cubierto de grava, había una antena de plato y, aparcado al lado de la casa, un camión de cuatro

ruedas, con el faro derecho roto.

El antiguo vigilante, un petrolero retirado, había plantado césped e instalado una pila para los pájaros y una valla blanca. Su mujer había plantado caléndulas y petunias y colgado un comedero para picaflores en el porche. Cuando se fueron a un parque de *trailers* en los alrededores de Palm Springs, Michael ocupó la casa. Vació la pila, quitó el comedero y la valla blanca y arrancó el sistema de riego. Dijo que no pagaba nada y que no tenía vecinos que vigilaran el contador e informaran sobre intrusos. Y no había más que hablar.

Danny paró el motor y salió del coche en medio de una fina bruma gris que llegaba del mar. Era posible que al principio oliera a algas y salitre, pero cuando llegó a casa de Michael sólo tenía un desagradable regusto a gasolina en la garganta.

Michael se encontraba en pie, en el patio delantero, vistiendo unos anchos bermudas de algodón, un suéter blanco con letras y una gorra de golf del Pebble Beach Country Club ladeada en la cabeza. Llevaba sus viejas botas de la jungla, bruñidas con saliva y atadas hasta la mitad. Incluso en su postura de signo de interrogación era inmenso: casi dos metros, con pecho ancho y liso y piernas delgadas. Llevaba una mano en el bolsillo del suéter, mientras con la otra sujetaba con firmeza a *Lurp*. El perro labrador negro se agazapaba y estiraba, sacudiendo sin cesar la cadena y enredándose en el césped reseco.

Los dos se parecían a esas estatuas de terracota para el césped que venden a lo largo de las carreteras de México para los autocares repletos de turistas que pasan en busca de langosta barata y huaraches.

Vaya pinta tenía Michael con su bigote caído, el pelo rizado y largo y un grueso porro en la comisura de la boca. Y tampoco *Lurp* era lo que cabía esperar. No parecía gracioso ni triste, sólo lunático y estreñido.

Nunca habrían podido venderlos. El escultor habría de seguir con los antiguos modelos de confianza. *Jockeys* como de césped mustio y flamencos rosados, vírgenes de tez morena y altivos toreros.

Michael miraba a Danny con los ojos azules de Lauren. De un azul glacial. Sinfonía antártica: una melodía triste para un continente arropado.

Pasaban ya de las cinco de la madrugada. La camisa de seda gris de Danny estaba manchada por el sudor y el polvo del aparcamiento de André's y tenía la cara magullada por el accidentado recorrido a través del campo petrolífero. Necesitaba una ducha y un buen sueño. Necesitaba un amigo.

—Estás hecho una mierda —dijo Michael.

—Sí. Y buenos días también para ti, América. —Danny se hurgó la nariz con un dedo, limpiándose la sangre en los pantalones. Tenía un chichón en la frente a causa del golpe que se había dado al intentar dominar el volante—. ¿Por qué no poner un campo de minas, o instalar algunas cuchillas escocesas?

—Así es más divertido.

Danny acarició la cabeza de *Lurp* mientras observaba a Michael. El perro aulló

como si le doliera.

—Has estado demasiado tiempo metido en un agujero, Mildred —dijo Danny—. Alguna visitanta de vez en cuando te haría bien. Te mantendría al corriente de las modas actuales.

—No me sorprendería ni tanto así —le aseguró Michael, rascándose en la parte superior de sus bermudas.

—Has pasado algo por alto —dijo Danny, al tiempo que señalaba con la cabeza un grupo de caléndulas marchitas—. Esas flores estropean el efecto de tierra quemada que con tantos esfuerzos has tratado de crear aquí.

Michael sacó una 45 de su suéter salpicado de letras y vació todo el cargador contra las caléndulas.

—¿Mejor? —Sonrió, con los ojos brillantes.

Danny se había quedado con la boca abierta mientras los ecos reverberaban a su alrededor. Lurp aulló y siguió escarbando en la arena con las patas traseras.

Michael soltó al animal y los tres se dirigieron al porche.

—Te he echado de menos, hermano —dijo, dejando caer una mano, leve como una hoja, sobre el hombro de Danny.

Danny le abrazó. Sintió que Michael se sobresaltaba y luego le devolvía el abrazo.

—Me gusta tu colonia —dijo Michael.

—Es de Cubanito. —Danny se encogió de hombros—. Creo que hasta hace gárgaras con ella.

Michael sujetó a Lurp con una larga cadena que había en el porche.

—Ha pasado demasiado tiempo, hermano —dijo abriendo la puerta—. Definitivamente, demasiado tiempo.



Danny se estremeció al entrar en casa de Michael. Unas gruesas cortinas y un climatizador mantenían durante todo el año una temperatura constante de dieciocho grados, una estación única durante todo el año. El inmenso aparato cubría la ventana frontal, absorbiendo toda la humedad de la habitación y goteando en el cuenco del agua para Lurp que había en el porche. Michael lo llamaba parte de su ecoestrategia del sistema hermético.

—*Nanook*. — Danny alzó la mano en un saludo—. Te traigo los mejores deseos del Gran Padre Blanco de Washington.

Michael devolvió el saludo, mientras el porro pasaba de una comisura a otra, al parecer por propio impulso. Dejó el arma sobre el carrito de hilo eléctrico que hacía de mesa de café, se quitó el suéter de letras y lo tiró. Debajo llevaba una camisa polo Izod, limpia aunque descolorida hasta el punto de que el pequeño caimán se había quedado sin cabeza. En el suéter llevaba un par de palos de golf cruzados y tres galones dorados. Sobre el corazón llevaba estampada una insignia: «State companions.»

—Siento no haber llamado antes de venir —dijo Danny, al tiempo que los hombros del suéter caían sobre él—. Pensé que estarías levantado y no quería utilizar el teléfono.

—Tú no necesitas invitación para venir aquí, hermano —dijo Michael—. Siempre pensé que tarde o temprano aparecerías. —Cogió el porro entre el pulgar y el índice y dio una calada—. Esperaba que vinieras antes.

Dos paredes del cuarto de estar estaban cubiertas de estanterías desde el techo hasta el suelo, con los libros ordenados por temas. En todas las esquinas había filtros de aire que aspiraban el humo y el polvo. Frente al sofá podían verse tres televisores, una cámara de vídeo, dos terminales de ordenador y un fax. El resto de las paredes estaba cubierto con premios y fotografías minuciosamente colocadas en un equilibrio perfecto. Danny nunca había estado en el dormitorio de Michael; la cama hecha presentaba una superficie lisa como la de un espejo. Sobre el sofá aparecían extendidas cuatro cintas azules de premios juveniles, formando un cuadrado perfecto. En el centro del mismo podía verse una placa dorada en la que se nombraba a Michael Kiel como *California Jaycees, Hombre del Año 1976*. Sobre el ordenador aparecían clavadas en una franja de terciopelo dos estrellas de plata y tres corazones púrpura, precisamente al lado de los diplomas de Lauren y de dos series de fotografías de boda. Lauren y Raj, y Lauren y Danny.

—¿Cerveza? —preguntó Michael dirigiéndose a la cocina.

—Café.

—Te vuelves peso ligero, hermano.

Danny contempló las fotografías mientras Michael trasteaba en la cocina. Un Michael mucho más joven, con pantalones de camuflaje, sólido y desnudo de la cintura para arriba, sentado en el regazo de un enorme Buda de piedra. Una joven vietnamita, pequeña y triste, vistiendo una camisa de faena UCLA<sup>[16]</sup> que le llegaba a las rodillas. Un montón de satinadas buganvillas rojas florecían a través de la destrozada carlinga de un caído Huey... Flores rojas, un helicóptero de combate negro, una primavera revolucionaria.

Fotografías de Lauren; Lauren con su primera bicicleta, alcanzando apenas los pedales con los pies, furiosa porque la fotografiaban en semejante postura. Lauren con rulos, sacando la lengua a la cámara. Lauren tumbada en la playa, bronceada y elegante con un bikini color espliego, el pelo platino y suaves curvas. Tenía arena pegada en la parte interior de los muslos.

A Danny le dolía el corazón de sólo mirarla. Se sentó en el diván. Se dejó adormecer por el ruido constante del climatizador y los filtros de aire y el contrapunto susurrado de los impresores láser al sacar copias del ordenador. Las cotizaciones de bolsa desfilaban por la pantalla de uno de los ordenadores, bajo una suave luz amarilla. Por la otra, toda una serie de gráficos perpendiculares multicolores. Un televisor sintonizaba una red de noticias financieras, otro unos dibujos animados del correccaminos, y el tercero mostraba un anuncio japonés de *whisky* escocés. Todos ellos tenían desconectado el audio.

—Esto es realmente acogedor —exclamó Danny—. Me siento como si estuviera en el interior de un reloj digital.

—Gracias, —Michael volvió con una botella de cerveza y una taza de café humeante para Danny—. Acaba de abrir la Cámara de Comercio de Chicago. — Señaló con la cabeza la red de noticias financieras—. Las de café han bajado once centavos. Si buscas acción has venido al lugar adecuado.

—¿Sabes algo de Lauren? —le preguntó Danny.

—Claro. Tus dos policías...

—¿Mis dos policías?

—Míos no son, hermano. Ayer llegaron hasta el porche a trancas y barrancas y antes siquiera de comenzar con las preguntas me hicieron llamar a una grúa. Al parecer habían roto un eje pasados unos cincuenta metros del desvío. —Michael rió con tal fuerza que empezó a toser—. Lo perdieron en un bache monstruoso. El poli viejo dijo que les había costado más de dos horas de caminata encontrar este sitio. Pensó que le iba a dar un ataque al corazón.

—No te lo creas.

Michael se pasó la mano por el pelo alborotado.

—Parecía un viejo simpático. Todo el tiempo que estuvieron aquí se lo pasó sentado en el diván, mirando alternativamente mis medallas y las fotos. Juraría que

tenía lágrimas en los ojos. Ella es algo dura, ¿no? Sin duda una número uno.

—¿Qué les dijiste?

—Todo lo que sé. O sea, nada. —Michael apuró la cerveza y eructó—. Ella me preguntó si sabía que la posesión de marihuana es delito en el estado de California. De veras que dijo «estado de California». Te aseguro que me quedé estupefacto. —Sacudió la cabeza, enarcando las cejas. Cambió el Correcaminos por un programa de juegos. Bill Cullen estaba sonriendo y señalando un jeroglífico con la mayoría de las piezas cubiertas—. «Millas por recorrer antes de que me duerma», fue la respuesta de Michael al jeroglífico.

El cutis pálido de un lado del cuello de Michael estaba moteado por una fea cicatriz que desaparecía espalda abajo. Al aire libre sólo salía muy de mañana o muy avanzada la noche; decía que los rayos del sol sobre la piel le hacían sentirse como si estuviera ardiendo de nuevo. Encendió otro porro, que cogió de la perfecta hilera que había sobre la mesa de café, dio una calada y se lo pasó a Danny.

—Tenemos que hacer algo. —Danny sostuvo un momento el porro, sólo por mostrarse cortés, y luego se lo devolvió.

Michael lo aspiró con fuerza. En el programa de los juegos, una exuberante pelirroja hizo una mueca mientras miraba el jeroglífico de la pizarra.

—«Millas por recorrer antes de que me duerma», tonta del culo —dijo Michael.

—Tiene dificultades —dijo Danny.

—Es una jodida analfabeta. Eso es lo que es.

—No me refiero a ella —insistió Danny—. Lauren. Lauren tiene dificultades.

Michael cambió a *I Love Lucy*. Ricky cotorreando silenciosamente con Lucy. Resultaba más agradable en blanco y negro.

—Lauren siempre está en dificultades. —Pasó la mirada de una pantalla a otra—. Está acostumbrada.

El Michael sentado en el diván no era el mismo que el de las fotos de Vietnam. Había desaparecido toda la carne que un día le recubriera, gramo a gramo, kilo a kilo. Sus brazos eran como cuerdas blancas que colgaban de las mangas de su polo. Tenía el pecho hundido hasta el esternón. Sólo sus enormes manos parecían conservar el mismo tamaño. Eran fuertes y flexibles y parecían tener movimiento propio. Danny lo había visto liar un porro con una mano mientras con la otra manejaba un ordenador.

—Si quieres hacer algo, haz algo con esto, ¿quieres? —dijo Michael.

Finalmente Danny le dio una calada. Como ya había caído más valía caer dos veces. Otra calada. Cerró los ojos. Bajo sus párpados surgió una imagen de bosques intensamente verdes y vetustas cabezas de piedra caliza. Las cabezas estaban cubiertas por el musgo de la historia, con sus rasgos mayas, de labios gruesos, sabios y arrogantes a través de una cortina de frondosos viñedos. Monos pelirrojos observaban desde lo alto de los árboles, mientras él y Lauren se besaban en el calvero que había debajo. Tenían todo el tiempo del mundo.

Permanecieron sentados en silencio, pasándose el porro. Cuando lo hubieron terminado, Michael encendió otro.

—Fui a casa de Lauren —dijo finalmente Danny—. Ni siquiera pude entrar. Tuve miedo de aquellas cintas amarillas que los polis habían colocado. Es un color terrible para la señalización del escenario de un crimen. Es como si se tratara de una boda.

—¿Quién es capaz de entender a los polis? Llevo yo mismo a los polis de regreso a la PCH y la mujer policía me dice que puedo ser multado si no hago que arreglen el faro delantero roto. —Aullaron de risa cuando Michael imitó la expresión de ella—. Le dije que no se calentara los cascos, que yo nunca salgo del perímetro.

Michael podía, electrónicamente, dar saltos por todo el mundo, moviendo dinero a través de las fronteras nacionales mediante una llamada telefónica, obteniendo la información de última hora con la rapidez de la luz gracias al Telstar más cercano. Físicamente, Michael no se movía de allí. Cualquier cosa que quisiera o que necesitase se la llevaban hasta la puerta de entrada. La última vez que Michael abandonó su refugio en el campo petrolífero fue para presentarse en el tribunal con Danny, cuando el divorcio fue oficial. Lauren tenía programado un seminario y dijo que imaginaba que a Danny le vendría bien algo de apoyo moral.

—Creen que maté a Lauren —dijo Danny—. ¿Tú lo crees?

—Lo suponía —dijo Michael—. La mujer poli no hacía más que preguntarme si eras celoso, si se la tenías jurada, si eras violento. De todos modos, ¿por qué la tenía tomada contigo de esa manera?

—Actividad solar. No lo sé.

—A mí me dio una buena impresión: realmente metódica. Tal vez demasiado seria. No consintió en sentarse en ningún momento. Pero supongo que así debe ser, de lo contrario la gente se aprovecharía de ella.

—Sí, cuando menos se lo esperara le pedirían prestadas las esposas, o un puñado de proyectiles.

—Sólo está haciendo su trabajo —dijo Michael.

—No sabes cómo me gusta esto —dijo Danny—. Tú sigues ahí sentado con los polis, fumándote un porro en la habitación, Capitán Vídeo, probablemente con tu arma bien a la vista sobre la mesa del café, y es a mí a quien ellos acosan.

—Creo que es por tu actitud, hermano. Probablemente te buscan también en los aeropuertos. —Michael se encasquetó casi hasta los ojos la gorra dorada, echando bocanadas de humo y mirando las pantallas de televisión—. ¡Muy bien! —exclamo levantando las manos—. El cacao ha subido a treinta y ocho centavos el kilo, y nuestro héroe, el hombre del año, ha llegado muy, muy lejos —dijo con rostro extasiado.

—Supongo que en realidad me ayudarás, ¿no? —dijo Danny.

—Tienes que considerar la vida como una serie de productos y transacciones —dijo Michael—. No es mi deseo ofenderte, Danny, pero morirás arruinado. ¡Cuarenta y un centavos el kilo! ¡Un punto arriba! Maldición, me encanta este juego. ¿Quieres

recoger dinero a espuestas? ¿A espuestas, de verdad? No tienes más que decirme qué tiempo hará dentro de dos semanas. ¿Puedes hacerlo? Si tu vida dependiera de ello, ¿podrías hacerlo?

—¿Podrías tú?

—Desde luego —asintió Michael—. Hace dos meses, un entomólogo de Cambridge, en África Central, informó a la Sociedad Zoológica Real que los escarabajos y ciempiés locales están haciendo sus nidos a una mayor profundidad en la tierra, descendiendo tres o cuatro centímetros más...

—El calendario maya predecía el futuro hasta un límite de treinta mil años —dijo Danny—. Cada día tenía un dios diferente y un conjunto distinto de plegarias. No sirvió para nada. La jungla siguió ganando.

—Esto no tiene nada que ver con los mayas, hermano. De manera que si ves a un escarabajo profundizando en la tierra despídete de la cosecha de cacao y apresúrate a llegar al arca porque se va a descargar el cielo. Entre líneas se lee con toda claridad: oferta y demanda.

—Puede estar muerta, Michael. Puede estar tirada en alguna parte en una bolsa de basura.

—¿Lauren? No es probable. ¿Quieres jugar con pelotas de golf? Las tengo a montones. Te haría bien.

—¿Es que no te importa? —le preguntó Danny.

—Escucha, hermano, la gente que se preocupa por Lauren acaba pagándolo. Prefiero ocuparme de mis asuntos.

—No la culpes a ella por tus problemas, ¿de acuerdo? —dijo Danny—. Quieres vivir solitario de por vida. Estupendo. Pero no la culpes a ella.

—¿Qué tiene de malo este sitio? —dijo Michael—. ¿Quieres ver *El halcón maltés*, *The Wild Bunch* o *Debbie Duz Dishes*? Yo tengo las tres. Tres mil dólares mensuales y tengo todos los textos internacionales en vídeo que pueda desear... Te facilitan una copia de cualquier libro o revista que quieras. ¿Nieva en Kamchatka? ¿Surf en Bali? ¡Pregúntame, vamos, pregúntame! Tengo acceso a más bancos de información que la Exxon. ¿Qué quieres saber? Vamos, ¿qué quieres saber?

—Quiero saber dónde está Lauren —dijo Danny—. Quiero saber si está bien. ¿Puedes decirme eso, Michael?

—Hombre, no tienes arreglo —rió Michael—. Fuma un poco más.

Danny rechazó el porro.

—Toda mi vida se ha ido a la mierda en las últimas treinta y seis horas, aunque en realidad ya dejaba mucho que desear. Durante los dos últimos años me he despertado cada mañana recordándome que ya no estamos juntos. Tú no sabes lo que se siente, Michael. Tú no sabes lo que es estar enamorado de ella.

Michael dijo que quería otra cerveza y se fue a la cocina. Danny podía oírle desde allí, farfullando, furioso con Danny y consigo mismo. Los dos sabían que pronto se le pasaría.

Danny lo había fastidiado, de acuerdo. Se sentía mareado y no podía concentrarse, pero lo que había dicho era la verdad. Michael no la conocía. Nadie la conocía.

Lauren era una profesional. Jamás levantaba la voz ni quedaba perdedora en una discusión. Si tenía capacidad para sentir, nunca dio muestras de ello. Pero cuando estaban los dos solos era distinta. Podían pasar horas tumbados en la cama y despiertos. Lauren necesitaba estar al límite, pero también sentirse segura. Y cuando él ya no fue capaz de darle esa sensación de seguridad, cuando él cedió, Lauren lo apartó completamente de su vida. Sin más.

Se conocieron mientras Danny conducía a un grupo universitario a Copán. Era su lugar maya favorito, una ciudad ceremonial en medio del desierto, una ciudad esqueleto, sólo para sacerdotes. Unos rayos de sol teñidos de verde oscuro penetraban a través del dosel formado por los árboles, mientras papagayos blancos chillaban sobre sus cabezas. El último día que estuvieron juntos encontraron tres trozos pequeños de jade esculpido. Se quedaron allí hasta el amanecer, fumando hachís, encaramados a una de las pirámides. Hubo un momento en que creyeron haber oído el aullido de un jaguar y él la apretó contra sí. Sintió los latidos de su corazón. Por entonces todavía estaba casada con Raj, de manera que eso fue lo único que hicieron. Fue suficiente. Nunca había aborrecido tanto un amanecer.

Michael volvió con una cerveza, quitó las cenizas de la mesa del café con el borde de la mano y se las metió con sumo cuidado en el bolsillo lateral de sus bermudas.

—Te hubieran gustado los mayas, Michael —dijo Danny con una mueca boba. Debido al porro y a la falta de sueño no podía distinguir entre lo que pensaba y lo que decía. La falta total de ruidos y de luces exteriores contribuía a aumentar la sensación de intimidad entre ambos—. Quiero decir que aquí hay toda una civilización de estreñidos que se pasa todo el día mirando su agenda. Está perfectamente organizada, todo el mundo sabe lo que se considera que tiene que hacer en cada instante del día. Ni un solo movimiento en vano.

Michael encendió otro porro.

Seis años después, Danny se encontró con Lauren en el otro extremo del país, en el apartamento de un tipo con el que tenía que hacer un trato importante. Para entonces ya había abandonado la enseñanza y Lauren, por su parte, a Raj. Toneladas de ladrillos sobre su corazón.

Él y Lauren se fueron juntos, dejando atrás al amigo de ella, el trato y cualquier otra cosa. No hubo nunca la menor duda al respecto. Nadie tiene más de dos oportunidades y aún ha de dar gracias, si las tiene. Dos horas después se encontraban conduciendo por la carretera de la costa, con la capota baja. Lauren se había quitado los zapatos y había asomado un pie por la ventanilla mientras agitaba los dedos al viento. Él, por su parte, devoraba kilómetros, excitándola con el acelerador. La miró, risueña y libre y dijo: «Cásate conmigo o me lanzaré por el acantilado, porque jamás

volveremos a ser tan felices como ahora.» Ella lo besó y le dijo: «¿Quieres apostar?»

—Te estás perdiendo una formidable oportunidad con metales estratégicos —repuso Michael mientras señalaba la pantalla con la lata de cerveza—. En Zambia los mineros están en huelga y el cobalto se va a poner por las nubes.

Danny parpadeó, intentando espabilarse. Todavía sentía en los labios el beso de Lauren, cálido y dulce.

—¿Estás bien? —le preguntó Michael.

—Déjame que te cuente una historia —dijo Danny—. Hubo un tiempo en que vivía un muchacho rico llamado Bronco Billy, el chico maravilloso de Wall Street. Un día Bronco Billy ardió en llamas en el hemiciclo. Se derrumbó sobre una columna de mármol, sin dejar de gritar y agitar los brazos. Nadie tenía la seguridad de que se tratara de un buen resultado o de un desacierto monumental. Pero todos le hicieron mucho sitio, salvo un agente de bolsa gordo, con un traje a rayas blancas y azules que se le acercó mucho, hizo señales de asentimiento y salió disparado, con la ropa humeante.

—A mí me suena a llamada de advertencia —dijo Michael distraído, echando un vistazo a la pantalla mientras escribía rápidamente sobre un bloc, dejando luego la pluma—. De acuerdo —dijo sin andarse con rodeos—. Deja que lo vea.

Danny intentó disuadirlo.

—Estoy bien.

—Eso es lo que quiero saber.

Danny se desabrochó lentamente la camisa, mostrando la gruesa cicatriz curva de cinco pulgadas de longitud en la parte derecha del abdomen.

Michael pasó un dedo a lo largo de la cicatriz, palpando ligeramente toda la zona con los pulgares.

—¿Te duele? Según se decía, Houdini tenía una coordinación tan perfecta que era capaz de recoger agujas del suelo con las pestañas mientras colgaba de los talones. El tacto de Michael era igualmente delicado.

Danny recordaba poco la operación, salvo por la elegante manera en que Michael había sujetado los instrumentos. Llegó allí prácticamente conmocionado, con el asiento delantero del coche empapado de sangre. Michael, el Michael que estaba en los huesos, le sacó de allí como a un peso ligero, le puso una inyección de morfina y lo llevó a la mesa de la cocina.

—Todo lo que quieras, hermano, pero por favor no te mueras.

Danny perdía y recobraba alternativamente la conciencia, observando el rostro serio de Michael y sus manos en acción. Michael seguía diciendo que no se preocupara, que había sido el médico de su equipo de cinco hombres y que Danny tenía suerte de no haber pescado una andanada AK-47. Danny dijo que no se sentía tan afortunado y a continuación perdió el conocimiento. Michael lo cuidó durante una semana. Para cuando Lauren regresó de su conferencia por Europa, Danny era ya capaz de dar paseos cortos y de decirle que no había sido nada.

—¿Nunca te sangra? —le preguntó Michael—. ¿Ni tienes dolores agudos por debajo de la cicatriz?

—A veces. —Danny bostezó, acomodándose de nuevo en el diván—. Al sentarme en mala postura o al levantarme demasiado deprisa. Como si alguien me pinchara con un punzón para el hielo.

—La bala te pasó rozando la pelvis —farfulló Michael—. Probablemente dejó algunas astillas de hueso que yo no encontré. Te dije que esto no era un hospital, maldición. No tengo esa clase de equipo.

—Los hospitales tienen que informar a la policía sobre ese tipo de heridas con armas de fuego, Madge. Tú lo sabes.

Michael abrochó de nuevo la camisa de Danny y se la alisó.

—Debí quitarlas —sacudió la cabeza—, pero tenía miedo de que si no te cosía lo bastante aprisa sufrieras septicemia.

—No voy a denunciarte. —Danny apenas podía mantener abiertos los ojos.

—Heridas como esa producen bolsas de infección. —La voz de Michael se perdió entre los susurros del climatizador y de la impresora láser—. Creo que saqué todos los fragmentos de bala, pero deberían verte con rayos X.

Michael se había levantado del diván. Se encontraba en pie ante la pared de las fotografías, mirando una de él mismo con los brazos sobre los hombros de dos musculosos marineros negros. Los tres se mostraban valerosos y sonrientes ante la cámara.

—Este Tlonky-Tonk tropezó con una trampa explosiva mientras estaba en patrulla nocturna por Chu Bai, pero es igual que tú... Un tío con suerte. La bala le salió, dejando un orificio limpio. Las emisoras de las alturas proclamaban: «Hemos encontrado al enemigo y nos mantenemos firmes.» Una mierda, todas esas estupideces a lo John Wayne. Atiborré a Tlonky-Tonk con estreptomycin y nos quedamos allí, esperando la retirada de madrugada. Tlonky-Tonk parecía recuperarse bien, hablaba del *okra* de su mamá y reía por haber logrado el billete de vuelta al mundo y «¿cuánto tardará esa jodida retirada, hombre?». A las cuatro de la madrugada le quito el vendaje de campaña y la infección aparece como vapor a la luz de la luna y él me ve la cara y se echa a llorar.

Michael dio una fuerte calada, expeliendo el humo lentamente por la nariz. Tenía unas ojeras tan oscuras que cualquiera hubiera pensado que era camuflaje. Se volvió hacia Danny, pero éste ya roncaba.

—Sí, convirtiéndote en peso ligero. —Michael lo arrojó cuidadosamente con el suéter de letras—. Te lo aseguro, hermano —dijo en voz queda—, Howard Hughes tenía razón. El de ahí fuera es un sucio y jodido mundo. Te matará por poco que te descuides.



El furgón que se dirigía a la escena del crimen bajaba veloz por la estrecha carretera en dirección contraria. Yakabofski le hizo luces a Holt mientras pasaban. Ésta hizo girar el volante, maldiciendo su mala suerte.

Apenas había amanecido cuando llegó al lugar: un solar cerca de un nuevo complejo de viviendas en los alrededores de Newport. Yakabofski y los demás técnicos del condado habían marcado el área para proceder a una búsqueda más exhaustiva cuando hubiera más luz, pero Steiner ya andaba por allí con una gran taza de café y un donut. De repente se puso a gatas y recogió algo de la hierba húmeda, mientras su nariz rozaba la tierra.

Un par de vehículos se encontraban aparcados al lado del campo, mientras los uniformados vagaban por allí bostezando. Era demasiado temprano para andar husmeando pero al menos deberían hacer un esfuerzo. Los miró furiosa e hizo caso omiso de sus saludos mientras atravesaba el solar lleno de maleza.

Saltaba por encima de bolsas de basura rotas y cajas de cartón mojadas; las hierbas húmedas le azotaban los tejanos. Junto a un letrero en el que se leía «Prohibido arrojar basuras» había una lavadora herrumbrosa desmontada para aprovechar ciertas piezas. Miró el letrero mientras apretaba los labios. Desprecio absoluto por la ley, sin paliativos. Holt se había vestido a toda prisa y se había roto la cremallera de los pantalones de pana marrón que solía llevar para los trabajos pesados. Y las llamadas de medianoche siempre lo eran. Tener que llevar tejanos le parecía un indicio de poca profesionalidad. Luego había tenido un reventón y pasó veinte minutos luchando para colocar la rueda de recambio, inclinada en el arcén de la autopista, mientras veloces camiones rugientes pasaban haciendo sonar sus bocinas.

Cogió el café que le ofrecía Steiner. Todavía estaba caliente, fuerte y negro, con una pizca de canela. Steiner preparaba un termo todas las noches por si acaso. Karl también llevaba un arma de repuesto en una funda de tobillo y una muda de ropa en el maletero. «Más vale prevenir que curar», repetía todos los días desde el primer mes en que se conocieron.

Steiner le miró las manos sucias de grasa y sonrió.

—¿Qué has hecho, Jane? ¿Parar y cambiar el aceite?

—No estoy de humor, Karl —dijo mientras se ponía guantes de goma.

—Hace un par de horas llamaron unos muchachos del barrio —dijo Steiner al tiempo que se encaminaban hacia el punto en el que empezaban los árboles, con la chaqueta agitada por el viento—. Uno cayó sobre eso. Realmente macabro. —Se

estremeció ligeramente. Quedaron de pie ante la bolsa de basura de plástico negro, pasándose el café, con la humedad de la mañana penetrándoles hasta los huesos—. Algo demasiado horroroso para ser encontrado por unos niños. Además, ya se lo he dicho a Yakabofski: no te molestes en buscar nada útil, ya han pasado ellos.

Holt avanzó en la dirección del viento y, poniéndose en cuclillas, pasó la punta de su cortaplumas a lo largo del borde del corte. Retiró luego la bolsa cubierta por los polvos con tanta suavidad como si fuera un regalo de cumpleaños y quisiera que no se rompiera el papel que lo envolvía.

—Los técnicos del CSI ya lo han comprobado. —Steiner dio un bocado al donut al tiempo que se ponía en cuclillas junto a ella—. Te garantizo que no hay nada. Parece obra de auténticos profesionales.

—Limpiate la boca, Karl.

Steiner se frotó los labios con el dorso de la mano y luego se lamió los nudillos manchados de azúcar.

Lo primero en aparecer fue la cara del hombre: una cerúlea máscara de muerte, crispada por el dolor. Tenía la boca abierta; la cabeza cayó a un lado de tal manera que un ojo castaño, colgando de su órbita se quedó mirándola. Por todo el cuello podían verse heridas purpúreas.

Mientras Holt seguía deslizando su cortaplumas hacia abajo, empezó a llegarle el olor, por oleadas, haciendo que le ardieran los ojos. Dio media vuelta y aspiró hondo. Con ocasión de un *Memorial Day* que cayó en fin de semana, había ido con su familia a la casa de verano. Antes de que nadie se diera cuenta de que la electricidad había estado cortada durante dos semanas, abrió la nevera de la carne. Ése fue el verano en que se hizo vegetariana.

—La única ventaja de hacerse viejo es que te empiezas a quedar sin olfato, Jane —dijo Steiner al tiempo que alargaba la mano y abría por completo la bolsa, con lo cual el olor se esparció.

En los pantalones de pana llevaba siempre un pañuelo empapado con colonia, pero había olvidado ponerlo en los tejanos. Otra mañana perfecta. Con toda calma se puso guantes de goma, tratando de que Steiner no se diera cuenta de su repugnancia y, volviendo a su trabajo, se inclinó sobre el cuerpo, haciendo inventario. Le lloraban los ojos, pero sus movimientos eran tranquilos.

El cuerpo estaba desnudo, ligeramente amarillento e hinchado, en la primera etapa de la descomposición. En el torso y los muslos tenía docenas de pequeñas heridas redondas de las que habían salido regueros de sangre, ya seca. Tenía una deteriorada media rosa atada a la muñeca izquierda, y otra alrededor del tobillo derecho. Yakabofski le había enfundado las manos para conservar cualquier prueba que pudiera encontrarse en las uñas.

—Supongo que estaría entre los treinta y los cuarenta —dijo Steiner, agitando el pegajoso donut—. Después de un par de días al sol dentro de la bolsa resulta difícil decirlo.

Holt le levantó la mano derecha con su cortaplumas. A través de la bolsa de plástico podían verse los dedos engarfiados. De las rodillas para abajo la piel presentaba un color vinoso. Parecía que llevaba botas vaqueras color púrpura.

Steiner señaló hacia las piernas con la cabeza.

—Ilustrativo ¿verdad?

El hombre debía de haber permanecido colgado durante cinco o seis horas, antes de que lo descolgaran, pero lo interesante eran las botas. La línea de demarcación en los suicidios habituales por ahorcamiento aparecía de la cintura para abajo: un veteado oscuro donde la sangre se había acumulado. «Botas altas» lo denominaban los empleados del depósito, porque incluso tumbados sobre la losa permanecía el aspecto de mitad y mitad. En este caso estaba mucho más abajo y Holt sabía exactamente por qué.

Lo habían castrado. Un fino alambre de cobre enrollado fuertemente alrededor de la base del pene y los testículos bastó para que quedara despojado de su sexo. El alambre seguía todavía sujeto a un muñón de carne abdominal. Parecía una reluciente vagina entre sus piernas.

—¿Encontraste los genitales? —preguntó Holt sin inmutarse.

Steiner hizo un movimiento negativo con la cabeza.

—Pero, por si acaso, me aseguraré de que el laboratorio examine el cubo de basura de la casa de la playa.

Una hilera de hormigas avanzaba por la bolsa negra de basura hacia el cuerpo. Steiner alargó la mano con ademán perezoso y aplastó una y luego otra, mientras Holt quitaba la bolsa de plástico de la mano derecha del cuerpo.

—Esmalte transparente en las uñas. Nada de callosidades en las manos y tampoco la piel áspera —dijo—. Trabajo burocrático o buena vida.

—Los CSI técnicos ya se dieron cuenta de la manicura cuando rascaron en busca de tejido. —Steiner levantó la mirada hacia ella, sujetando todavía una hormiga entre el pulgar y el índice—. Ya les dije que era bueno trabajar en Newport; te encuentras con fiambres de la mejor clase. —Tras pronunciar estas palabras, aplastó la hormiga y la arrojó a un lado.

Holt recorrió con la mirada la línea de punzadas en el pecho.

—¿Tienen alguna idea de con qué podrían haberle hecho esto?

—Sí —profirió Steiner—. El memo que estaba con Yakabofski dijo que, a su juicio, deben de haber utilizado un afilado instrumento punzante.

—Premio para el ganador —dijo asintiendo con la cabeza—. ¿Para qué meterse en vericuetos cuando rápidamente puedes regresar a una agradable sala de autopsias climatizada y hacer pruebas por un valor de diez mil dólares? —Miró el rostro más de cerca y señaló una leve depresión a cada lado de la nariz—. Gafas.

Steiner se inclinó sobre el cuerpo para examinar con atención las leves marcas.

—Eso se me escapó. —Hizo una mueca—. Está claro que se me pasó por alto.

Volvió a llenar la taza con el contenido del termo y se la siguieron pasando sin

apenas hablar, limitándose a mirar el cuerpo.

En todo trabajo hay un momento en que uno querría apresurar al máximo las cosas, le había dicho Steiner, momentos en los que te sientes tentado a moverte deprisa para llegar a las partes buenas. Había agregado que era exactamente en esas ocasiones cuando uno ha de obligarse a reducir la marcha: fumar un cigarrillo, beber una taza de *java*, escuchar los ruidos de fondo. Y también había asegurado que, en un trabajo, las partes incómodas eran las más importantes. Ahí es donde un buen policía marca la diferencia.

Holt había aprendido más de Steiner durante la primera semana que trabajaron juntos que en los seis meses en la academia. Un semestre más en la Universidad de California del Sur y obtendría su grado en administración pública, un paso más hacia su objetivo de convertirse en la primera mujer jefa de policía de una importante área metropolitana.

Cuando lo lograra tendría una gran deuda pendiente con Steiner. Pero nunca se decidiría a incluirlo en su personal. Era de la vieja escuela: con demasiada idiosincrasia, demasiado dispuesto a saltarse las normas burocráticas. No se quejaba respecto a Miranda y no estaba a la que salta, pero sus solicitudes de mandatos judiciales eran demasiado elaboradas y se mostraba en exceso cordial con sus capturas. No encajaría en su administración. Era una de las pocas cosas que lamentaba.

Al cabo de un rato dieron la vuelta al cuerpo. Ambos resoplaban por el esfuerzo y la elástica sensación de la carne. Las líneas de punzadas seguían por el torso. Steiner dio unos golpecito sobre un gran lunar rugoso situado entre los omóplatos.

—Estas cosas pueden degenerar en cáncer en menos que canta un gallo —dijo chascando los dedos—. He visto casos.

Holt examinó la base del cráneo mientras Steiner apartaba las nalgas y examinaba el ano en busca de semen. Le volvieron a dar vuelta y a observarlo. Steiner examinó los brazos y miró entre los dedos de los pies para ver si tenía marcas de pinchazos. El sol ya estaba más alto y las moscas zumbaban alrededor del cadáver. Holt las apartó con ademán distraído y escudriñó el cuero cabelludo, apartando los húmedos mechones de pelo.

—¿Te has preguntado alguna vez por qué los ojos de un cadáver siempre parecen seguirte allá donde vayas? —dijo Steiner.

Holt se quedó con un mechón de pelo en la mano. Siguió trabajando con el cuero cabelludo. A veces el examen de los técnicos dejaba pasar algo por alto. Pero todo cuanto encontró era caspa y los inicios de una calvicie masculina.

—Algo me hace pensar que vigilan lo que hacemos —dijo Steiner.

—A mí sólo me parece que está definitivamente muerto —le aseguró Holt.

—No tienes un ápice de romanticismo, Jane.

—A estas alturas ya no, Karl.

Steiner se sacó otro donut del bolsillo de su chaqueta y le ofreció compartirlo.

Holt lo rechazó con un movimiento negativo de la cabeza.

—Apenas tiene mermelada —dijo Steiner—. Me parece que está relleno de crema.

—Preferiría ir en busca del nadador.

Steiner cogió al vuelo una gruesa mosca verdosa, la sacudió en el puño cerrado y la arrojó al suelo. Ya empezaban a oírse a lo lejos los ruidos de la circulación; los viajeros de los transbordadores, que se apresuraban para llegar a la oficina.

—He dicho que es hora de que vayamos a buscar al nadador, Karl.

—Algo prematuro, ¿no te parece? —Steiner contemplaba a la mosca, que se agitaba en el suelo.

Holt apretó los labios.

—Aquí tenemos un hombre con el cuello roto, lleno de agujeros y desangrado. ¿Dudas acaso de que es el mismo que murió sobre la bonita alfombra de la mujer?

—No estoy en desacuerdo contigo, en absoluto. —Steiner sostenía una piedra sobre la mosca—. Éste es el individuo de la casa de la playa. El amigo de la mujer. El propio señor B-positivo. Buen trabajo. Eso no significa que lo haya hecho el nadador.

—Verás, Karl; el policía que me enseñó cómo interpretar las pistas en la escena de un crimen me dijo que buscara siempre el toque personal. Si encuentras un cuerpo con un puñado de billetes de dólar metidos hasta la garganta o una vela encendida introducida en un ano, busca a alguien que quiera dejar un mensaje. Eso es lo que tú dijiste. Ahora, mientras miro este cuerpo, veo a alguien intentando dejar algo claro. Alguien violento y celoso, alguien tan arrogante que arroja el cuerpo junto a la carretera como si fuera un montón de basura. Y ahora dime, ¿qué ves tú que yo no vea?

Karl se puso en pie lentamente con las rodillas crujéndole por el esfuerzo. Tendió la mano a Holt para ayudarla, pero ella se levantó por sí misma, se quitó los guantes de goma y los dejó caer sobre el cuerpo. Steiner colocó de nuevo la bolsa de basura negra donde la habían encontrado. Luego se encaminaron a los coches, en silencio.

—El nadador no encaja en absoluto en esta muerte, Jane —dijo cuando llegaron a su nuevo Plymouth del departamento—. Libros y ropa desperdigados por todas partes, ni siquiera lleva reloj de pulsera. Es un tipo que sigue una rutina, sólo para impedir romperse en mil pedazos. —Steiner hurgó en el asiento delantero y se lavó las manos con una botella de Mennen Skin Bracer—. No, Jane. Quienquiera que haya hecho ese trabajo con el señor B-positivo fue meticuloso y ordenado y sabía lo que hacía en cada instante del proceso. —Se sacudió las manos para que se secaran a la luz de la mañana—. Quienquiera que lo haya hecho lo mantuvo consciente durante todo el tiempo, con el fin de que pudiera pensar en lo que venía después. —Steiner olisqueó sus dedos y luego se los pasó por el pelo—. Creo que a ese tipo lo colgaron de la moldura del techo de la sala de estar, lo suficientemente flojo para que pudiera respirar, mientras alguien lo torturaba despacio y a conciencia. Creo que quienquiera que fuese lo pulsó como a un piano. ¿Parece propio del nadador? Tú misma lo has

dicho: es un manojito de nervios. Lo hubiera hecho con rapidez y sin floricultura. — Entró en el coche, se abrochó el cinturón de seguridad y ajustó el retrovisor—. ¿Quieres que vayamos a tomar un desayuno rápido?

—¿Y qué hacía la mujer durante todo ese tiempo?

Steiner se encogió de hombros.

—Eso es lo que hace interesante nuestro trabajo, Jane.

Uno de los uniformados se acercó y empezó a hablar.

—Ahora no —dijo Holt sin mirarlo—. Llame al laboratorio y permanezca aquí hasta que vengan a recogerlo.

El agente volvió a su coche patrulla maldiciendo entre dientes. Holt acercó la cara a la ventanilla abierta. Su rostro quedó muy cerca del de Steiner.

—Vamos a ver si lo he entendido. El nadador es impulsivo y no cuelga su ropa. Así que él no ha sido. Tal vez lo haya hecho la mujer. Salvo que no sabemos qué motivos podía tener. Tampoco sabemos cómo se las arregló para colgarlo del techo. De cualquier manera, como ha desaparecido no podemos preguntárselo. ¿Estoy en lo cierto?

—Lo único que estoy diciendo es que el nadador no encaja del todo, Jane. No sé lo que ocurrirá mañana, pero él no se va a ninguna parte y nosotros tampoco. — Accionó la llave de contacto—. Vamos, te invito a desayunar.

—Estás ahogándolo.

—Empecé a manejar coches antes de que tú nacieras —dijo Steiner, siguiendo en sus trece.

—Bueno, en los nuevos se inyecta el combustible, así que no lo anegues. Sólo tienes que apretar el acelerador.

—¿Decías algo? —gritó Steiner al cobrar vida el motor.

—Que no estoy dispuesta a tomar un desayuno metido en una bolsa de papel —dijo Holt—. Quiero comer en un plato y con cubiertos. Quiero ir a alguna parte donde haya agua caliente en los aseos y un espejo sobre el lavabo.

—Siempre lo mejor para mi socia. —Steiner puso en marcha el coche—. Andando, Jane. ¡Si llegamos, antes de las siete ponen Velveeta extra en las albóndigas!



—¡Eh! —gritó Eilene cuando Danny pasó junto a su ventana, al tiempo que le hacía señas desde el diván—. Quiero hablar contigo.

Danny bajó de nuevo las escaleras y se detuvo en el umbral de la puerta. Había dormido un par de horas en el diván de Michael y se había despertado alelado y con una fuerte resaca. La habitación apestaba a hierba y Michael estaba pegado a la pantalla del ordenador farfullando: «Mierda, mierda, mierda.»

Eilene agitó ante él una botella de licor de melón, de un verde fluorescente. La mañana estaba muy avanzada pero todavía iba en bragas y llevaba la holgada camiseta Eveready de su amigo.

—Sé lo que has estado haciendo.

—Ya. Pues dímelo.

Todo cuanto Danny quería hacer era afeitarse y tumbarse en su propia cama durante uno o dos meses.

—No engañas a nadie —canturreó Eilene, derramando licor sobre el sofá—. ¡Uuupii! —Limpió la tapicería con los faldones de su camiseta, haciendo ondular con los muslos los *shorts* blancos de *jockey* de Calvin Klein. Pescó a Danny mirándola y le hizo un guiño. Tenía los ojos enrojecidos e hinchados, pero no se le escapaba nada.

—Encantado de hablar contigo —dijo Danny dando media vuelta.

—Han estado aquí, ¿sabes?

Danny se volvió de nuevo.

—Ahora sí que estamos interesados, caramba. Estupendo. Un tipo tan ocupado como tú, que apenas tiene tiempo para saludar cuando saca la basura. —Eilene dio unas palmadas sobre el almohadón que estaba junto a ella.

Danny tomó asiento apartando palomitas de maíz. La habitación olía a rancio y a tristeza. Las portadas de *Vogue* enmarcadas sobre las paredes, los posters de *ballet* y el mobiliario *decó* no bastaban para cambiar aquello.

—¿Cómo es que durante un año sólo te he visto con *shorts* o traje de faena y hoy apareces con un Armani de esta temporada?

Eilene le examinaba con frialdad, con la mirada despejada por un instante.

Danny podía imaginarla entrando rápidamente en Nordstroms, el consagrado árbitro de la moda, ajustándose al tiempo un cinturón de vendedora.

—Te sienta muy bien —siguió diciendo Eilene—. Pero haz que te lo planchen y olvídate de los zapatos. Si quieres un consejo respecto a los accesorios...

—¿Eran un tipo viejo y una mujer alta?

—Eso fue la noche pasada... o la anterior; lo he olvidado. La joven alta es muy

elegante pero se viste para dar más realce a su estatura, cosa que, francamente, no entiendo. —Tuvo hipo y se tapó la boca con la mano—. Perdóname. Yo mido metro setenta y dos, que es la estatura perfecta, a la moda.

—¿A la moda?

—Exacto. —Le ofreció la botella, que Danny rechazó con un movimiento de la cabeza—. ¿No sabías que solíamos observarte? Blaine y yo. Volvías muy avanzada la noche y nosotros estábamos jugueteando en el diván o en el suelo. Te quedabas clavado en las escaleras, chorreando. A veces, si hacíamos como que no nos dábamos cuenta, tú espías.

—Sin comentarios.

—¿Qué significa «sin comentarios»? —prosiguió mientras sonreía aturdida. Atusó el arrugado cuello de la camisa de Danny, apreciando con gesto ausente la calidad del tejido—. Siempre nos preguntábamos por qué te ibas a nadar en plena oscuridad. Tienes un cuerpo tan bonito... A veces Blaine me hacía hacer cosas en el diván... —Metiéndose un dedo en la boca, lo mordisqueó—. Ya sabes... cosas. Simulábamos tener los ojos cerrados, pero podíamos verte.

—¿Quién vino a buscarme? —dijo Danny. Las mejillas le ardían.

—No eres nada divertido. Muy bien. Llegaron alrededor de las nueve y subieron a tu casa, debieron de estar dando golpes durante cinco minutos. ¿Contento?

—¿Qué aspecto tenían?

—Lo que puedo asegurarte es que nunca se comprarán ropa de confección. Probablemente una chaqueta de una cincuenta y cuatro al menos.

—¿Eran grandes?

—No eran altos, sino anchos como la puerta de un granero —dijo Eilene—. Caray, hombres como éstos parecen siempre a punto de estallar por las costuras. ¿He dicho que eran gemelos? Pues sí, lo eran. Idénticos. Les dije que no estabas en casa.

—¿Qué querían?

—Dijeron que eran testigos de Jehová. Estoy segura. «Los testigos de Jehová no llevan camisas hawaianas, —dije yo—, llevan trajes negros de K. Mart.» Entonces uno de ellos...

—¿Llevaban camisas hawaianas? —preguntó Danny.

—¿No te lo había dicho? —inquirió a su vez Eilene—. De todas maneras uno de ellos tenía una expresión resabiada, como si lo hubiera abofeteado, o algo así, y señalándome con el dedo va y me dice: «Déjate de tonterías.» Y el otro remacha: «Lo que has oído.» Luego se fueron. Extraño, ¿eh? ¿Debes dinero a alguien?

Danny hizo un ademán negativo.

—Bueno..., seguro que has hecho algo —dijo Eilene—. ¿Me escuchas? ¿Qué te parece si voy a darme una ducha y tú traes algo más de bebercio? En el bolso tengo dinero.

—En realidad estoy muy cansado —dijo Danny, apartando el brazo que ella le tenía cogido.

—No soy tonta —dijo Eilene—. Sé lo que estás pensando.

Seguía mordiéndose el labio inferior para que dejara de temblarle, pero sin el menor éxito. Aunque a Danny se le hiciera simpática sólo por intentarlo.

—Deberías dormir un poco —dijo Danny—. Eres una mujer bonita. Tendrías que cuidarte.

—Tú no sabes lo que es que alguien a quien quieres se vaya, sin decirte siquiera por qué —dijo Eilene—. Una mañana te despiertas sola, miras la almohada y empiezas a llorar.

Danny no dijo palabra. Eilene, sollozando, dejó caer la cabeza sobre su hombro. Danny le dio unas palmaditas, mirando por la ventana.

—He agotado los permisos por enfermedad y mis vacaciones —siguió diciendo Eilene—, y ahora no hacen más que llamarme del trabajo preguntándome cuándo voy a volver, y no puedo. Sencillamente no puedo. No sabes...

—Ten la puerta cerrada y métete entre las sábanas por unos días —le sugirió Danny.

—Como si en realidad te importara. —El rímel le caía por las mejillas e iba dejando surcos negros.

Danny fue a la cocina, cogió un paño de secar los platos y lo humedeció con agua fría. Mientras le limpiaba la cara, Eilene sollozaba, al tiempo que murmuraba algo sobre los simpáticos, los cariñosos y los que te trataban como si fueras mierda. Se acurrucó contra Danny mientras éste la llevaba a su dormitorio, sintiendo los dedos de ella sobre su pecho. Apartó de la cama la ropa arrugada.

Eilene se quitó la camiseta y se desperezó.

—Tú no tendrás que hacer nada —dijo—. Lo haré yo todo.

Tenía la piel blanca y pecas por todas partes.

—Descansa —dijo Danny cubriéndola con la ropa de cama—. Y cuando te despiertes, limpia el apartamento. Lava los platos. —Le alisó el pelo—. No creas que pronto te vas a sentir bien, porque no será así. Y pensar que vas a lograrlo así como así sólo empeorará las cosas.

—Daría cualquier cosa del mundo sólo porque volviera Blaine —dijo Eilene—. Cualquier cosa.

Danny asintió.

—No me importa lo que haya hecho. —Eilene tenía los ojos ya casi cerrados—. Cuando los quieres no te importa. Es curioso, ¿verdad?

—Chitón —dijo Danny—. Duérmete.

Eilene bostezó.

—Pareces mi ángel de la guardia. Y además eres muy *sexy*. ¡Qué suerte tengo! —Ya tenía los ojos cerrados—. No te vayas hasta que me quede dormida, por favor.

Danny apagó las luces y corrió casi totalmente las cortinas de la sala de estar. Primero los dos policías, ahora una pareja de gemelos. Miró hacia la escalera mientras la respiración de ella se hacía cada vez más acompasada, y se quedó

mirándola hasta que Eilene empezó a roncar.



El chorro caliente hizo que Danny pegara un salto. Luego cerró los ojos y abrió más la ducha, dejando que le calmara los calambres y disipara la fatiga. No podía dejar de preguntarse quienes serían los dos tipos con camisas hawaianas. Desde luego no eran polis. La policía no acudía en parejas idénticas. Aún le dolía el pie con el que había golpeado al samoano. El tercer principio de Newton: para todas y cada una de las acciones existe una relación igual y contraria. ¿O era el segundo principio? Últimamente todo lo que recordaba era desagradable.

La granja. Danny recordaba haberse despertado en la cabina de pino blanco. Le zumbaban los oídos y estaba todavía medio alorado. Había jirones de humo suspendidos en el aire, como una bruma. Wilson se encontraba en pie ante él, pálido y flácido. Su camisa era una cascada de piñas y bailarinas de hula-hop. Las chicas se balancearon cuando Wilson apuntó a la cabeza de Danny con la escopeta de cañones recortados. Parecía el turista más horrible del mundo.

—En pie y despábilate, listo —dijo Wilson propinando un puntapié a Danny en el costado.

Jerry y Janice estaban acurrucados en un rincón. Janice le hablaba al bebé que llevaba en el vientre, tranquilizándolo. T-Bone les apuntaba con una Mac-10. Sostenía con facilidad la pequeña metralleta en una de sus enormes manos, mientras la empuñadura de la 38 de Danny asomaba por la cintura de sus pantalones. T-Bone llevaba la cabeza afeitada y un bigote a lo Fu Manchú. Toda la carne de su cuerpo había desaparecido después de años de abusar de las anfetaminas. Lo único que conservaba eran huesos nudosos y mezquindad.

Jerry preguntó a Wilson si estaban detenidos.

Wilson quedó desconcertado por un instante y a renglón seguido se burló de él.

—Pues claro, granjero. Ese hijo de puta calvo es Kojak y yo soy McGarret. *Hawai 5-0*.

—Sí —dijo a su vez T-Bone—. Estás arrestado, cara de mierda.

Llamaron a la puerta. Se asomó un muchacho tímido en mono de trabajo y dijo a Wilson que en la propiedad no había nadie más. Llamó señor a Wilson.

El muchacho se llamaba Stevie. Era un PFC<sup>[17]</sup> en Camp Pendleton y el suministrador de las granadas que habían arrojado por la ventana de la granja al amanecer. No tenían necesidad de haberse molestado. Danny se había levantado del diván cuando los perros empezaron a ladrar, cogiendo su pistola y llamando a gritos a

Jerry.

Wilson apareció en la cocina y cogió un trozo del bizcocho de café que Janice había hecho la noche anterior. Danny le dijo que se lo llevaran todo, que nadie les molestaría.

—Una actitud cordial de buena vecindad, listo —dijo Wilson todavía con migas colgándole de las comisuras—, pero no seríamos capaces de comer e irnos enseguida. Además quiero ver toda la operación. Soy un tipo curioso.

Wilson sólo estaba jugando con ellos. Danny lo sabía, pero no tenía nada que perder.

Atravesó el patio de la granja, seguido a tres pasos por Wilson, con la escopeta descansando sobre el brazo. La casa estaba rodeada por una valla, pintada hacia poco de blanco, y las flores que Janice había plantado florecían entre los postes de la valla. Flores rojas, amarillas y naranjas. Parecía que la casa estuviese ardiendo. El huerto de Jerry desbordaba de melones, coles lombardas, lechugas y tomates, todos cuidadosamente alineados, todavía verdes. La mañana era cálida. Los pájaros revoloteaban en las alturas.

—¡Jesús! —Wilson sacudió la cabeza, despectivo, al tiempo que daba un puntapié a una telaraña con gotas de rocío—. ¿Cómo coño puede vivir así la gente?

Danny mostró a Wilson los invernaderos desbordantes de sensimilla de primera calidad y le explicó que habían tenido que instalar generadores que funcionaban con metano a fin de que la compañía eléctrica no se diera cuenta del aumento en el consumo de las lámparas protectoras. Mostró el sistema de iluminación móvil que se deslizaba a través de las plantas, reproduciendo el movimiento del sol. Jerry podría no saber cuál era la capital del estado, pero sí sabía hacer cosas con la droga que el propio Luther Burbank envidiaría.

Wilson contempló con la boca abierta la instalación, aspirando el aroma dulce y maduro del invernadero.

—No es de extrañar que nadie quiera mi ambrosía.

—Son tuyas —dijo Danny, mientras deslizaba la mirada entre las hileras de plantas, buscando algo afilado o pesado.

—Claro que son mías. —Wilson sonrió—. Ése es un punto que no puedo discutirte. —Pellizcó un pimpollo y lo olió—. Asombroso. Podíamos haber trabajado juntos. Yo con la distribución y tú con el producto. Tu situación sería inmejorable.

—Mi situación sería la misma que ahora —dijo Danny—. Tarde o temprano.

—Es posible, es posible. —Las fofas mejillas de Wilson se agitaron, como movidas por un chiste secreto—. Pero siempre es preferible tarde. Es lo que yo digo siempre.

Danny iba acercándose con disimulo a una podadera que colgaba de un clavo.

Wilson apuntó a Danny con la escopeta.

—¿A qué tanta prisa? —Danny se quedó quieto—. Tenemos todo el tiempo. Este lugar era una granja avícola, ¿no? He oído decir que si se le corta la cabeza a un

pollo, va corriendo por ahí durante cinco minutos en su busca. ¿Es verdad? —Danny se limitó a mirarle—. Bien, supongo que poco importa. Una de las buenas cosas de vivir bien apartado... es que nadie mete las narices.

—Hay vecinos al otro lado de la colina —mintió Danny—. ¿Por qué no limitarte a coger lo que quieres?

—¿Recuerdas cuándo nos conocimos, listo? Había una fiesta en la mansión. Tú apareciste con ese amigo tuyo, Ricky Ricardo.

—Tenías una ponchera llena de metedrina y un par de tanques de nitroso —dijo Danny—. T-Bone sufrió convulsiones hacia las dos de la madrugada.

—Sí, fue una buena fiesta —asintió Wilson—. Te hice un obsequio y me devolviste a la zorra. Allí estaba yo haciendo la presentación y tú me la arrojaste a la cara.

—Soy casado.

—Eh, listo, podías haber ido con buenos modos, ser cortés. No tenías por qué colocarme en una situación embarazosa.

—Si tienes algo contra mí, vayamos a alguna parte y solucionémoslo —dijo Danny—. Janice y Jerry no valen la molestia.

—Joder. No es ninguna molestia. —Wilson se partía de risa, agitando a las bailarinas de su camisa.

Al volver Danny y Wilson a la casa, Jerry y Janice se encontraban de cara a la pared con los brazos y las piernas abiertos. T-Bone, tumbado en el diván, fumaba, haciendo perezosos círculos en el aire con su metralleta. Stevie se encontraba sentado en la mecedora, con la cabeza entre las manos.

Wilson le cogió a T-Bone la treinta y ocho de Danny, vació el cargador y se la lanzó a Stevie.

Jerry empezó a farfullar. Aseguró a Wilson que no se lo dirían a nadie, le habló del karma. Janice le cogió la mano, con las lágrimas cayéndole por las mejillas.

—No sigas, cariño —le dijo—. A ellos no les importa lo que hagamos o digamos. Sólo quieren una excusa.

Stevie se puso en pie.

—Espere un momento, señor Wilson. Usted me dijo que sólo íbamos a arrancarles...

Wilson se acercó a Stevie.

—Piensa rápido —dijo, y pegando el cañón de la 38 a la mandíbula de Stevie, apretó el gatillo. El disparo quedó ahogado por la piel blanda, pero la parte superior de la cabeza de Stevie salió disparada contra el techo al tiempo que el arma caía al suelo.

Jerry gritó y Janice lo contuvo. Danny no se movió, pero descargó su peso sobre la punta de los pies.

Wilson se volvió hacia Danny.

—Caray, listo, no creí que estuviera cargada.

T-Bone rió y apagó el cigarrillo sobre el diván.

Wilson envió a Janice a la cocina, diciéndole que preparara algo para desayunar. Quería galletas y salsa, bizcocho de café y huevos, salchichas y bacon. Quería un auténtico desayuno campero.

Janice preparó cuidadosamente un par de tazas de café, llenándolas hasta el mismísimo borde. Las dejó sobre el mostrador que separaba la cocina de la sala de estar y empezó a romper huevos morenos en un cuenco. Se movía como si supiera exactamente adonde iba.

—Cuidado con cortarte con esos cuchillos tan afilados, tía —dijo Wilson a Janice—. Me desmayo al ver la sangre.

Las risotadas de T-Bone se hicieron más fuertes.

Janice puso una fuente sobre el mostrador junto a las tazas de café.

—Tiene buena cara. —Wilson alargó la mano para cogerla—. Se me debe de haber abierto el apetito...

Janice lanzó un trinchante sobre la mano extendida, clavándola en el mostrador.

Wilson lanzó un aullido y le disparó sin acertar, al tiempo que intentaba soltarse la mano.

—¡Pequeña! —Jerry se precipitó hacia Janice. T-Bone lo detuvo con un disparo de la Mac-10. Resonó como una sierra. La metralleta se le encasquilló. T-Bone tiró del cerrojo, agitándolo. Danny le descargó el puño sobre la cara, tirándolo al suelo. T-Bone siguió aferrado al arma, forcejeando con el cerrojo, tratando de hacerlo funcionar.

Jerry se arrastró hacia Wilson, agarrándose a sus rodillas mientras éste seguía aullando de dolor, intentando soltarse la mano, pero sin abandonar el arma. Trató de dar un puntapié a Jerry, pero éste no soltaba su presa.

Danny golpeó con un pesado cenicero de cerámica la cara de T-Bone, al tiempo que la Mac-10 se disparaba. Sintió como la picadura de una avispa: un fuerte pinchazo en el costado y luego como si le estuviera ardiendo.

Janice arrojó a Wilson el café caliente de la cafetera. Danny vio el líquido marrón formar un arco en el aire, a la vez que Wilson levantaba la treinta y ocho y disparaba dos veces a Janice en el pecho. Ella y Wilson chillaron al unísono, él al escaldarse con el café, mientras ella moría. Wilson, todavía aprisionado contra el mostrador, con la cara hinchada, se inclinó hacia adelante y disparó dos veces más contra el cuello de Jerry. Éste soltó finalmente su presa, cayendo de espaldas mientras su vida se extinguía.

Danny intentaba arrancarle la Mac-10 de las manos, pero T-Bone se defendía con uñas y dientes, luchando por instinto, poseído de una furia incontrolable, tan implacable como un inmenso tiburón blanco. El arma se disparó. T-Bone cerró lentamente los ojos y se desplomó de espaldas sobre el diván. Casi parecía pacífico.

Al volverse, Danny se encontró a Wilson sonriente, apuntándole con la 38. El ardor que Danny sentía en el costado se había extendido de tal manera que sentía que

se le abrasaba todo el cuerpo.

Wilson había logrado soltarse la mano, pero la tenía destrozada. La goteaba la sangre sobre los zapatos.

—Voy a echar en falta a T-Bone —dijo—. Probablemente necesitaré por lo menos diez minutos para encontrar otro como él.

Apretó el gatillo. Siguió sonriendo estúpidamente al darse cuenta de que el cargador estaba vacío. Intentó disparar una y otra vez. Y otra, y otra.

Danny le apuntó con la Mac-10.

—Cuidado, listo. —Wilson soltó el arma y levantó las manos—. No irás a disparar contra un hombre desarmado. —Su camisa hawaiana ondeaba. Temblaba, temblaba, temblaba—. No lo hagas. Nunca te lo perdonarás, créeme.

Danny vació el cargador de la Mac-10 en el pecho de Wilson. Las bailarinas daban puntapiés y se contoneaban; agitaban las caderas a medida que la camisa enrojecía. Sus faldas vegetales volaban en todas direcciones. «Han reservado el último baile para mí», se dijo Danny. Siempre había tenido éxito con las mujeres.

En la habitación reinaba el más absoluto silencio.

Danny acudió junto a Jerry, pero su cabeza formaba un ángulo imposible sobre la alfombra, mientras la sangre fluía de su cuerpo como una de esas auras de las que él y Janice hablaban. Podían decirte todo cuanto uno quisiera saber sobre cristales y pirámides y estar en sintonía con el ciclo natural. A Jerry ni siquiera le había gustado que Danny llevara un arma a la casa. Había dicho que no creía en la violencia. Que no resolvía nada.

Janice miraba a Danny desde el suelo. La boca abierta, los ojos como limo. La besó en la frente, recordando su risa sincera. Ella y Jerry iban a criar gallinas, cabras y bebés, y vivirían donde el aire fuera limpio y la gente cordial.

Danny se desplomó sobre la pared de azulejos mientras se empapaba con el chorro de la ducha. Perdido entre las nubes de vapor. Jamás encontraría el camino de salida.



No era que Danny tuviera deseos de volver a casa de Lauren: sencillamente no tenía elección.

La conversación con Eilene le había provocado un intenso desasosiego, la soledad de ella le había reavivado la suya propia, haciéndole sentir una añoranza tan aguda que le dolían los dientes. Nadie muere de un corazón destrozado. Dios no quiere que la gente deje de sufrir. La sentencia era de confinamiento solitario.

De manera que allí estaba, de nuevo en Lido Isle, pero en esta ocasión Danny había dejado su coche en un centro comercial cercano, se había endosado unos *shorts* y una camiseta corta y había hecho corriendo los tres kilómetros hasta la casa de la playa de Lauren. Dejó atrás velozmente los caminos y los cuidados bosquecillos del otro lado de las verjas, saludando con la mano a las matronas que conducían sus Mercedes. Un banquero inversionista más, que llevaba el estilo de vida Pritikin.

Alguien había pasado por la sala de estar después de la visita que Danny había hecho el día anterior. La cristalera rota de la puerta aparecía cubierta por una única lámina de cartón cuidadosamente colocada. Aquel cartón no presentaba obstáculo alguno para quien pretendiese entrar. Dependían de cosas abstractas para mantener a la gente apartada de allí: la fuerza de la ley y el peso de la autoridad, ambos representados por un letrado del Departamento de Policía de Newport, en el que podía leerse que la casa había sido declarada oficialmente «escena del crimen».

Era la misma táctica utilizada por todo el mundo, desde los faraones hasta los maoríes. La casa más próxima estaba oculta por una valla alta. La playa se hallaba casi desierta. Sólo había un par de juguistas y una muchacha tumbada sobre una toalla Mickey Mouse. Danny no creía en maldiciones, ni en la fuerza de la ley, pero no le gustó que la puerta estuviera sellada.

Echó otra ojeada en derredor y luego sacó la cartulina. Permaneció en el quicio de la puerta, escuchando. Sólo se oía el viento entre los árboles, detrás de él, y las gaviotas volando sobre su cabeza. En la casa reinaba un silencio mortal. Apartó las cortinas y entró en la sala de estar. Las cortinas se cerraron de nuevo tras él.

La luz exterior que penetraba a través de los cortinajes no llegaba muy lejos. La habitación estaba húmeda y en penumbra. Y calurosa... Danny sentía el sudor que le corría por las piernas desnudas. Pensó en lagartijas acuáticas y salamandras y en unos bichos blancos y ciegos que se retorcían cuando se les descubría debajo de los troncos.

Aspiró despacio mientras sus ojos se acostumbraban a la penumbra. Luego lo golpeó el hedor y vomitó de inmediato; parecía que los oídos iban a reventarle. La

habitación se estaba derrumbando a su alrededor, avasalladora y húmeda, deslizándosele garganta abajo, impidiéndole gritar. Golpeó un cristal intentando abrirse camino a través del ondulante cortinado. Arrancó las cortinas, encontró la puerta y salió afuera, tambaleándose sobre la arena.

Danny permaneció allí a gatas, aspirando jadeante la brisa fresca e intentando expeler de sus pulmones toda aquella podredumbre. Cada vez que tosía podía sentir la corrupción dulzona de aquella habitación. Escupió y luego se limpió la lengua con la camisa. En la playa, los dos juguistas corrían de nuevo en dirección contraria, y la toalla Mickey Mouse estaba vacía.

El sol brillaba, el aire era limpio; él tendría que volver a entrar en la casa. Eilene tenía razón. Si amabas a alguien, harías cualquier cosa. Cualquier cosa.



—Eh, mira. Igual que Siegfried y Roy, ¿no?

La voz del detective Steiner sonaba ahogada. Su cara ancha y carnosa estaba colocada entre las brillantes fauces del león disecado que colgaba en la pared del despacho del doctor Reese.

—¿Quieres dejar de hacer el tonto, Karl?

—Vamos, Jane —dijo Steiner, sacando cuidadosamente la cabeza—. ¿Cuántas veces tienes ocasión de hacer el papel de domador de leones?

Jane observaba atentamente los títulos y placas ordenados concienzudamente bajo la cabeza del elefante, a modo de collar; por no citar los premios del Explorers Club y de la National Geographic Society.

—Te lo aseguro, éste es el auténtico despacho de un hombre —dijo Steiner, elevando contento su tono de voz—. Nada de esos pequeños y acogedores divanes o cuadros de barcos en las paredes. —Hizo ademán de atacar a una rugiente cabeza de lobo—. Hace que me sienta otra vez como un patrullero.

Holt recorrió con la mirada la habitación llena de cabezas e hizo una mueca.

—Es decadente, Karl, y tu juvenil entusiasmo por el gran cazador blanco es realmente antediluviano.

—¿Antediluviano? —Reese sonreía en el umbral de la puerta. Se dirigió lentamente hacia su escritorio, con las manos metidas en los bolsillos de su bata blanca—. En la actualidad ésa es, con toda exactitud, la palabra, detective. La atracción por los trofeos de caza es una emoción antigua, acaso una de nuestras primeras emociones.

—¿Podemos prescindir de la lección de antropología, doctor Reese? —preguntó Holt.

—Caramba, doctor, se mueve tan despacio que ni siquiera sabía que estuviese aquí —dijo Steiner—. ¿Qué es esto? ¿Una especie de senda en la jungla, como aquellas por las que usted solía sorprender a algún infeliz animal con la lengua fuera ante una charca?

—Algo parecido —asintió Reese—. Acomódense, por favor —dijo indicando los sillones.

Tras bordear la alfombra de piel de cebra, quedó en pie delante de su mesa.

Steiner apoyó la cabeza en la pared, quedando al mismo nivel que las dos cabezas de antílope entre las que se encontraba. Mientras observaba a Reese, jugueteaba ligeramente con el mechón de pelo castaño que colgaba del labio inferior del animal que tenía a su derecha.

Holt dejó sobre la mesa una media docena de instantáneas. Una de ellas era una vieja foto de Danny con el pelo más o menos largo.

—¿Ha visto a alguno de estos hombres con el doctor Tohlson?

Reese cogió cada una de las fotos por los bordes, las miró atentamente y fue dejándolas en un ordenado montón.

—Mucho me temo que no. El doctor Tohlson era un hombre muy reservado.

—No lo bastante reservado —dijo Steiner. Su sardónica sonrisa se transformó en una ruidosa carcajada.

Reese pareció sobresaltarse.

—Lo siento, doctor. —Steiner se limpió los ojos—. Hemos estado haciendo turnos dobles desde que empezó este caso y me estoy volviendo algo puntilloso.

—No se preocupe. ¿Es usted cazador, detective?

—Un poco, cuando era más joven... En una ocasión cobré un gamo que pesaba lo suyo. Pero nada parecido a sus incursiones. —Steiner, inclinándose hacia el suelo, empezó a pasar la mano lentamente por la piel de cebra—. Y, a propósito, doctor, le agradecemos sinceramente que haya enviado a su agente de seguridad al depósito para identificar el cuerpo de Tohlson. Tarea rápida. Por mi parte, no desearía a nadie semejante trabajo.

—Estoy seguro de que el señor McVey ha visto aun cosas peores.

Steiner levantó la vista hacia Reese.

—¿De verdad? Yo no. —Hizo una mueca ante el recuerdo, deslizando la mano por el corto pelo del animal—. ¿Es auténtica, no? Deberías palparla, Jane, es suave como la de un gatito.

—Absolutamente auténtica, detective —Reese rió. Puso las piernas sobre la mesa, apoyando un zapato sobre el montón de fotografías.

—Queremos los nombres de todos los colegas y subordinados del doctor Tohlson. —Holt lo miró, inexorable—. Y de cualquiera por quien se haya interesado Lauren Kiel.

—Nuestro trabajo es delicado, detective. —Reese se dio unas palmaditas en el bolsillo de la chaqueta—. Confío en que se mostrará discreta.

—No estoy interesada en su trabajo, doctor, sino en el mío —le respondió Holt.

Holt y Reese se miraron desde ambos lados de la mesa. El doctor se sacó un paquete de tabaco del bolsillo, vio que estaba vacío y lo aplastó.

—¿Esto es un orificio de bala, doctor? —preguntó Steiner, examinando un agujero en la piel de cebra.

—Exactamente.

—¿Un disparo? —insistió Steiner.

—Lo que se necesita, detective. Con más de uno hubiera estropeado la carne.

Steiner se puso lentamente en pie, resollando por el esfuerzo.

—Un disparo —musitó moviendo la cabeza.

Holt lo ignoró.

—También habíamos pedido el expediente personal de Tohlson, doctor.

Reese pulsó el intercomunicador.

—Por favor, Louise, traiga inmediatamente el expediente del doctor Tohlson.

—El señor McVey ha prohibido que se saque, señor.

—Usted tráigalo, Louise. —Miró a Holt—. Mi jefe de seguridad cree que deberíamos esperar a recibir una orden judicial. Parte de la información de ese expediente es propiedad privada. Querría que me garantizase que seguirá siendo confidencial.

Steiner se dejó caer en el sillón, con un suspiro.

—Ese tipo, Tohlson, ¿practicaba el satanismo o algo parecido? Ya sabe, todo eso de látigos y cadenas.

—Nosotros no nos inmiscuimos en la religión, orígenes étnicos o preferencias sexuales de nuestros empleados. —Reese le guiñó un ojo—. Sería una violación de sus derechos civiles.

—¡Por los clavos de Cristo! Eso ya lo sé de memoria. —Steiner hizo un gesto de disculpa con las manos, en dirección a Holt—. Lo siento.

La secretaria de Reese entró con un expediente en la mano. El doctor le señaló a Steiner.

—No me importa admitirlo, doctor, este caso empieza a crisparme los nervios —dijo Steiner, hojeando el contenido del expediente. Se enjugó el sudor del bigote con mano ligeramente temblorosa.

—¿Karl? —intervino Holt.

—¿Detective? —Reese se puso en pie de un salto, salió de detrás de la mesa y tomó a Steiner el pulso de la carótida, con los dedos índice y medio—. ¿Qué medicación toma? —El tono de su voz era tranquilizador y profesional.

—Cualquier medicamento que nombre, doctor, lo encontrará en mi botiquín. Tengo esa tensión alta que me hace sentir la cabeza como un termómetro en un día de agosto. —Steiner tenía la cara del color de una hamburguesa cruda.

—¡Louise!, tráigame algunas muestras de Angidyne sublingual. Respire despacio, con tranquilidad, detective.

—Estoy bien, doctor —jadeó Steiner—. Sólo es que, si un caso de asesinato no queda cerrado en dos semanas, suele ocurrir que no llega a resolverse jamás. —Holt se encontraba en cuclillas junto a él, pálida y ansiosa, cogiéndole la mano—. La detective Holt me lo ha dicho. Y yo también lo creo así —añadió, apretando la mano de Jane.

La secretaria entró de prisa llevando consigo la Angidyne.

Reese abrió uno de los envoltorios de papel de estaño y alargó dos tabletas rosadas a Steiner.

—Póngaselas debajo de la lengua, detective. Eso es.

Holt y Reese observaban a Steiner. Louise se había quedado en la puerta, sin estar segura de lo que el doctor Reese quería que hiciese.

Steiner suspiró y fue como si con ese suspiro hubiera desaparecido la tensión que reinaba en el despacho.

—Estoy mucho mejor. Gracias, doctor.

Reese le dio unas palmadas en el hombro, volviendo a sentarse a su mesa.

—Creo que debería pedir hora para ver a su médico de cabecera.

—Tan pronto como tenga la oportunidad. —Steiner se abanicó con el expediente personal del doctor Tohlson—. Lo prometo. No me importa decirle, doctor, que la identificación del cuerpo de Tohlson ha sido el primer indicio auténtico que hemos tenido en este caso. —Se limpió la frente con la manga, mientras su tez iba recuperando su color habitual—. Un fiambre establece toda la diferencia del mundo. Lo siento. Tengo entendido que usted y el doctor Tohlson mantenían una relación muy estrecha.

—Me gusta pensar que mantengo una relación muy estrecha con todos mis empleados —dijo Reese.

Sonó el teléfono que había sobre el escritorio. Lo cogió, escuchó por un momento y se lo alargó a Steiner.

—Es para usted.



Danny había vuelto a la sala de estar. De nuevo ese calor. Permanecía allí en pie, capturado por el rayo de luz que entraba por donde él había abierto las cortinas. Respiraba por la boca mientras miraba en derredor. No le sirvió de mucho, pero al menos no le ardía la nariz.

Empezó a caminar por la habitación y algo crujió a su paso. No quería mirar hacia abajo. Al hacerlo se mareaba. La alfombra de Bujara, de color azul pálido, estaba cubierta por una fina costra de sangre, y sobre ella empezaba a extenderse el moho. Dentro de unos días la podredumbre habría hecho unos dibujos tan intrincados como los orientales. Es posible que las mujeres del desierto que tejieron la alfombra, muertas hacía ya tantos años, lo hubieran encontrado divertido. Alá es grande, ¿no es así?

A Danny le temblaban las rodillas. Intentó andar en silencio, pero a cada paso se resquebrajaba la costra de sangre, se fragmentaba la superficie. En cierto modo tenía miedo de deslizarse a través de ella y empezar a caer en un pozo sin fin.

Frente a la puerta corredera había un sofá color crema, uno de esos diseños modernos en los que uno no puede encontrarse a gusto. Una mesa auxiliar se hallaba derribada. Había, además, una lámpara de pie de bronce y ónice. Todo ello carecía de importancia.

La atención de Danny se fijó en la mesa de café que había en el centro de la habitación, en medio de la alfombra. La parte superior de la mesa había sido cortada de una sola pieza de cuarzo rosa, pulida hasta obtener un brillo translúcido, con un entresijo de vetas de mica plateada. La mesa era la suprema emisora de cristal, capaz de transmitir mensajes de muerte desde el infierno, de sintonizar la peor de las pesadillas y transmitirlo. Y lo había hecho.

La sangre había formado pequeños charcos sobre el cuarzo rosa pálido y se había derramado por los lados hasta llegar a la alfombra. La mesa de café irradiaba dolor, hacía que éste zumbara por toda la habitación. Un murmullo estático, moscas. Danny se había tapado los oídos de haber creído que pudiera servirle de algo.

Sobre la mesa reposaba un pesado candelabro de hierro con las velas convertidas en cabos.

Las paredes blancas aparecían salpicadas de sangre. Al hombre que había muerto allí, lo habían colgado del candelabro. Cortado y desangrado. Luego lo habían hecho girar como una peonza, girar con tal rapidez que su vida había volado, salpicando las paredes. Aparecía sobre la pintura, como un jeroglífico.

Danny estaba dotado para las lenguas monosilábicas. Lenguas pictóricas: egipcio,

sánscrito, babilonio. En especial los jeroglíficos mayas. Todo cuanto necesitaba era una gramática básica, y el significado le saltaba a la vista, le susurraba al oído. Un conservador del Smithsonian que le había ofrecido un cargo, le aseguró que se necesitaba algo más que erudición para ser un auténtico lector. Afirmó que era preciso estar dotado, tener la habilidad de retroceder en el tiempo.

Danny se quedó mirando la sangre de las paredes, intentando descifrar el mensaje que había dejado el hombre que había muerto allí. Las paredes no revelaban nada.

Había abrigado la esperanza de que el estar allí marcaría alguna diferencia, aclararía las cosas. En su lugar, sólo había contribuido a confirmar sus sospechas.

Lauren debía de haber matado al hombre que había muerto allí. El hombre que había muerto de muerte giratoria, un sacrificio maya. ¿Quién otro podría ser? Los mayas estaban todos muertos. Sólo quedaban Lauren y Danny. Y como bien dijo Michael, no era Lauren quien tenía que preocuparse. Era la gente que estaba cerca de ella. La gente que la amaba. Ellos eran quienes tenían que preocuparse.

Danny había vuelto a la casa para descubrir cuanto se refiriera a Lauren. En su lugar había descubierto algo sobre sí mismo. Poco importaba lo que Lauren hubiera hecho. Aún seguía queriéndola. Lauren no había cometido un asesinato. Había celebrado un ritual.

Danny recorría sigiloso la casa. El estudio de Lauren era funcional y elegante. Había hileras de libros en librerías antiguas y cómodos sillones con orejeras de cuero. Una cocina impecable, con leche todavía fresca en el refrigerador. Un comedor clásico, rígido y frío. Seguramente Lauren comía arriba, en la cama. Como siempre.

Los dormitorios del segundo piso parecían desnudos de presencia humana. En cada uno de ellos había una cama de matrimonio, tocadores y sillas. Pero nadie había dormido jamás en aquellas habitaciones. En todas habían esparcido polvos para descubrir huellas dactilares. Los muebles, los pomos de las puertas, los teléfonos. Aquel polvo blanco sólo contribuía a fortalecer la sensación de que estaba entrando en un lugar que había permanecido igual durante siglos.

Danny fue demorándose mientras subía al dormitorio de Lauren, en el tercer piso. Conocía de memoria el plano del piso, lo había memorizado de un artículo aparecido en el *Architectural Digest*. Todo el último piso albergaba la *suite* del dormitorio principal, con ventanales inmensos que daban al mar.

Ya había subido la escalera. Habían vaciado las cómodas y el tocador; toda la ropa de Lauren estaba por el suelo. De eso no se decía nada en el artículo.

Danny permanecía en pie delante del ventanal que ocupaba toda la fachada delantera, con las manos en los bolsillos para contener el temblor. Se estaba formando una tormenta, en el horizonte se amontonaban nubes oscuras. La playa estaba desierta. Todo el mundo había corrido a guarecerse, incluso antes de que nadie supiera si iba a estallar en realidad. Nadie tenía fe. Nadie quería correr el riesgo de

que le pillaran desprevenido.

Estaba dispuesto a permanecer allí durante todo el día, contemplando el agua, pensando en cualquier cosa del mundo salvo en lo que ella había hecho en aquella habitación, sin él.

Recorrió el dormitorio, tocando los muebles, enderezando los cuadros. El escritorio florentino con incrustaciones, el antiguo cofre de mercader japonés, con asas de hierro. Todo en la habitación le era familiar. La mayoría de aquellas cosas las habían comprado juntos.

Sobre la cama de Lauren había una pintura de Kali, una acuarela tántrica, muy rara y antigua. Representaba a la diosa hindú de los cuatro brazos, en pie sobre los cuerpos entrelazados de dos amantes. La diosa aparecía con los senos desnudos y aspecto juvenil, con una guirnalda de cráneos alrededor del cuello. Los dos brazos inferiores de Kali sostenían flores de loto, el símbolo de la vida eterna. Uno de los brazos superiores enarbolaba una cimitarra. En la otra mano se balanceaba la cabeza cortada del hombre que estaba a sus pies. El rostro de Kali estaba iluminado por una sonrisa soñadora, de total arrobó.

Faltaba el cristal y el pelo negro de Kali había sido cubierto con un brochazo de color amarillo. Fue Danny quien lo había hecho. Había convertido a la diosa en rubia el día que recibió los documentos definitivos del divorcio, rompiendo el cristal de un puñetazo. Se miró las cicatrices de los nudillos. La pintura convertía a aquel dormitorio en algo tan negativo como la habitación de abajo.

Cuando Lauren le preguntó cómo quería hacer la división de sus bienes, Danny le dijo que podía quedárselo todo. No necesitaba nada para conservarla en el recuerdo. Ella le hizo llevarse una de las dos alfombras de Bujara. Aseguraba que habían pertenecido a la familia de Raj durante trescientos años y que ya era hora de que se dividiera el conjunto. Luego se echó a reír y dijo que conservaría a Kali tal como estaba. Le gustó lo que Danny había hecho.

Danny se sentó en la cama y apartó las sábanas. Al cabo de pocos minutos entró en el cuarto de baño y se refrescó la cara con agua fría. Más tarde limpiaría los grifos. Al secarse la cara sintió el olor de Lauren en la toalla. Sepultó la cara en ella.

El armario del botiquín estaba abierto y los frascos destapados. Alguien había vaciado tres meses de píldoras anticonceptivas, sacándolas de sus envases de plástico y rompiéndolos después, arrojando todo aquel revoltijo a un rincón del suelo. El tarro de jaboncillos que había sobre el lavabo no había sido tocado. Jaboncillos rojos y amarillos, azules y verdes, con forma de capullos de flores, corazones y lunas en cuarto creciente.

La mañana siguiente a la primera noche que pasaron juntos, Danny se había lavado la cara con uno de esos extraños y pequeños jabones. El pequeño corazón rojo había hecho una espuma suave y fragante. Estuvo a punto de cortarse la garganta mientras se afeitaba.

No había más que un cepillo de dientes. Fue lo que más le gustó de la casa.

Su tocador estaba lleno de lápices de labios, polvos y cremas, con un frasco de perfume dominando el conjunto. Lauren usaba un perfume preparado especialmente para ella por un tipo francés en Los Angeles, con un precio superior a quinientos dólares el frasco. Era tan sutil que más bien parecía una prolongación de su propio perfume, tan limpio. Toda la habitación estaba impregnada de aquel aroma.

Repasó sus discos. Había algunos nuevos, pero conservaba todos los viejos clásicos. Puso el de los Neville Brothers, *Tell It Like It Is*, programando el aparato para que lo repitiera seis veces. Luego se tumbó en el centro de la cama. Sólo quería seguir echado allí y sentirse cerca de ella. Y, si le apetecía, después de escucharlo seis veces volvería a ponerlo otras seis. Tal vez se pasara todo el día poniéndolo. Y quizás toda la noche.

«Si quiiiiieeres alguien con quien jugar, —arrullaba Aaron Neville con su pletórica voz de tenor—, ve y búscate un juguete, —su voz quejumbrosa invadía la habitación de añoranza—, porque mi tiempo es demasiado valioso y no soy ningún crío.»

Danny cerró los ojos y pronunció las palabras al mismo tiempo que Neville. Sintió como si estuviera cayendo lentamente en la cama, envuelto en el dulce aroma de ella.

Habían bailado lentamente al ritmo de esa música durante su luna de miel, habían bailado desnudos en su dormitorio, con los cuerpos tan ceñidos que ninguno de ellos era capaz de saber donde terminaba uno y empezaba el otro. Danny había hundido la cara en el pelo de ella, sintiendo sus muslos contra él. Lauren los envolvió a ambos con su risa.

Empezó de nuevo la canción. Esa vez Danny la acompañó en voz alta; se le quebró la voz cuando empezó a llorar.

El viento sacudía las ventanas de la casa de la playa. Perfecto. Lauren había insistido en ir a algún lugar lluvioso para pasar la luna de miel, porque se había casado con Raj bajo la cegadora luz del sol de la India y no había dado resultado. Tal vez el próximo matrimonio quisiera celebrarlo en plena ventisca.

Danny la había llevado a la costa del estado de Washington. Encontró un hotel que incluía cama y desayuno, situado en el lindero del bosque tropical. Lo alquiló en su totalidad por una semana. Dio propinas de cien dólares al personal, diciéndoles que se tomaran algún tiempo libre. Él y Lauren bailaron por toda la casa vacía, mientras fuera el viento curvaba los árboles y la lluvia azotaba los cristales.

Danny abrió los ojos al sentir el frío cañón de un revólver contra su frente.

—Está detenido —silbó entre dientes la detective Holt, con los ojos brillantes—. Tiene derecho a guardar silencio.

Steiner se mantuvo apartado, sacudiendo la cabeza.

—Cualquier cosa que diga puede ser utilizada contra usted —siguió diciendo Holt—. Si no puede permitirse un abogado...

Danny cerró despacio los ojos.

«La vida es demasiado corta para tener penas, —arrulló Neville—, puedes estar hoy aquí y haberte ido mañana. Así que más te valdrá coger lo que quieras, así que aprovecha y vive, *baby*, aprovecha y vive...»

Danny y Lauren estaban bailando mientras Holt murmuraba a lo lejos. La lluvia golpeaba las ventanas de su hotel de luna de miel. Podía oler el pelo de Lauren, sentir sus pezones abrasando su pecho. Si pudiera mantener los ojos cerrados, la tormenta haría que Holt se desvaneciera.



—¿Lo entiende? —le conminó la detective Holt—, ¿ha entendido lo que acabo de decirle?

Danny levantó los ojos. Bajo los párpados cargados su mirada se fijó en algún punto lejano, detrás de ella. Holt se preguntó si no estaría drogado. Danny se limpió los ojos y volvió a encerrarse en su acerada coraza.

—Sí, la oigo, detective.

Hablaba con el mismo tono suficiente que había adoptado en su apartamento. Holt retrocedió, aunque sin dejar de apuntarle. Despertaba en ella una irritación que no sabía explicar, una ira que amenazaba su buen juicio profesional. Era algo más que su actitud o sus acciones. Quería darle una lección.

—Está bien, Jane —dijo Steiner—. El señor Di Medici no va a ir a ninguna parte. ¿No es así, Danny?

—A ningún sitio. —Danny sonrió—. No tiene muy buen aspecto, Karl.

Steiner se dejó caer pesadamente sobre la silla que había delante del tocador, quejándose, tanto él como la silla.

—Algo cansado. —Se limpió la frente—. Demasiadas escaleras últimamente. Gracias por interesarse.

—Ha entrado por la fuerza en la escena del crimen, señor Di Medici —dijo Holt—. Ha manipulado pruebas. —Hubo un tintineo de cristal y Jane miró a Steiner. Estaba olisqueando los frascos de perfume que había sobre el tocador.

—Karl, por favor.

—Es bueno saber que se porta con todos de la misma manera, Karl —dijo Danny—. Creía que era así sólo conmigo.

—No tiene preferencias, hijo, ninguna preferencia. —Steiner se pasó el tapón del frasco por la muñeca y olió—. Es agradable.

Holt apretó los labios. Tal vez eso fuera lo que la ponía tan furiosa de Danny. Él y Steiner habían coincidido en una actitud bromista, una camaradería fácil, como si compartieran un chiste a su costa. Eso le hacía sentir que Danny estaba minando deliberadamente su autoridad, poniendo en tela de juicio su capacidad. ¿Acaso Karl no se daba cuenta?

—Vuélvase, por favor, y ponga las manos a la espalda. —Holt se sacó del bolso las esposas—. Y ahora, señor Di Medici...

—¿Karl? —Danny miraba detrás de ella.

El cristal cayó al suelo y Holt se volvió.

—¡Karl!

Steiner, se retorció en la silla; el sudor le caía por la cara y le ensuciaba el cuello de la camisa. Se masajeaba el brazo izquierdo, con los ojos vidriosos por el dolor.

Las esposas tintinearón en las manos temblorosas de Holt. Steiner se escurrió de la silla. Su boca se movía sin emitir sonidos, dirigiéndose a ella, pero Jane era incapaz de moverse, sólo podía ver cómo caía al suelo.

Su padre había muerto el año anterior de la misma manera, agarrándose el pecho. En esa ocasión se había precipitado hacia él, que yacía sobre la alfombra de la sala de estar, arrodillándose a su lado y sintiendo su respiración como una matraca en sus pobres pulmones. Siguió allí mientras los gritos de su madre resonaban en toda la casa, prosiguiendo con sus esfuerzos, incluso mucho después de comprender que eran inútiles. Luego, durante semanas, sintió en los labios el sabor de la muerte.

Steiner la miró sorprendido. Todavía seguía mirándola, cuando Danny lo puso boca arriba y empezó a darle respiración asistida. Los movimientos de Danny eran medidos y precisos. Apretaba la nariz de Steiner mientras la practicaba el boca a boca. El amplio pecho de Steiner se alzaba con la fuerza de las exhalaciones de Danny.

—¡Eso es, Karl! —dijo en un momento de respiro, propagando su confianza por la habitación, como una cálida oleada—. Puede lograrlo.

Holt reaccionó, sobresaltada. Dio un paso vacilante en dirección a Danny y luego, volviéndose, corrió al teléfono. En aquel sector exclusivo de Newport el tiempo medio de respuesta del 911 solía ser de cuatro minutos. Se pondría bien, se recuperaría totalmente. Repitió dos veces la dirección al telefonista de urgencias, colgando luego y sentándose junto a Karl.

—Lo siento, Karl. Yo... —Holt apretó la mano helada de Steiner. El brazo de Danny rozaba su pierna mientras proseguía con sus esfuerzos, pero no le prestó la menor atención. Entre exhalaciones, seguía animando a Karl. De repente, Holt se dio cuenta de que estaba repitiendo al unísono con él «eso es, Karl, puedes lograrlo», hasta que por fin oyó en la lejanía las sirenas de la ambulancia.



—¡Eso sí que es grande, hombre! —Cubanito sonrió con los ojos fijos en el semáforo, delante de la comisaría de Newport. Al acelerar, se movió el pequeño dado colgado del retrovisor, y dos policías que cruzaban la calle para incorporarse a su turno de las tres le dirigieron una mirada aviesa. Cubanito los ignoró, pisando el acelerador.

—¿Esperabas que me detuvieran? —le preguntó Danny.

—¿Qué?

—He dicho que si querías que me detuvieran —gritó Danny.

—No, hombre —repuso Cubanito sin apartar todavía los ojos del semáforo—. Quiero decir *nosotros*. Tú y yo. —La luz cambió y Cubanito salió disparado. Los neumáticos despidieron humo negro al derrapar en el cruce, dejando atrás a los dos policías que permanecían de pie en los escalones de la comisaría, con la mano sobre el arma.

—Es lo de que ahora seamos socios.

—Oye, te agradezco que hayas pagado mi fianza pero... —dijo Danny.

—Un jodido equipo, hombre: Starsky y el jodido Hutch.

Danny todavía llevaba los *shorts* y el suéter corte Catalina Marathon, con los que lo habían detenido.

—¿Sabes dónde está el mercado Vons en la Lido Isle? He de recoger mi coche.

Cubanito lo miró de soslayo.

—Deberías ir mejor vestido cuando te haces detener, hombre. Debes pensar en tu reputación. —Le alargó el inhalador—. ¿Un latigazo?

—¿Has entrado con eso en la comisaría?

—Tengo mis derechos —afirmó Cubanito con expresión ofendida—. Esto es Estados Unidos, hombre. Aquí nada de registros ilegales ni aprehensiones. —Agitó el inhalador como una bandera.

—Pero manténlo lejos de mí, ¿de acuerdo? Ya tengo suficientes complicaciones.

—Pareces destrozado, tío. —Cubanito sacudió la cabeza. Dio un golpecito a la Madonna que estaba sobre el salpicadero y luego se aplicó el inhalador a la nariz—. Estás perdiendo tu gancho. —Llevaba el escaso pelo reluciente y peinado muy liso hacia atrás y se había rociado los sobacos con Paco Rabanne. Estaba preparado para cualquier cosa—. Si yo me hubiera cargado a mi vieja y a su amigo ten por seguro que no habría vuelto por allí. Y de haberlo hecho puedes estar seguro de que no me hubiera pescado los polis.

Danny miraba fijamente ante sí.

—Yo no me he cargado a mi vieja. Y tampoco me he cargado al amigo de mi vieja.

—El sargento de guardia dice que lo hiciste; Jaime Rodríguez. Es de los buenos. Jaime dice que el poli viejo tuvo un ataque al corazón por tu culpa.

—Pues Jaime está equivocado.

—Dice que tuviste suerte de que yo viniera tan deprisa, porque la mujer poli estaba insistiendo ante el juez para que revocase la fianza. Mi abogado judío es el mejor, tío. Si llega a presentarse, ponen en libertad al jodido Manson.

—Charlie y yo te damos las gracias —dijo Danny.

—Si te digo que alguien puede ayudarte a encontrar a tu mujer, tal vez me vuelvas a dar las gracias, ¿eh?

Danny se volvió y miró a Cubanito.

—Después de que te solté aún tuve tiempo para cerrar un par de antros —dijo Cubanito—. No necesito dormir mucho. —Aspiró por la nariz.

—Dame sólo un nombre —pidió Danny.

—La zorra se llama Amber. Vive en Sunset Beach, prácticamente en el agua. Cuatro casas más abajo de Jack-in-the-Box.

—¿Sabe esa Amber dónde está Lauren?

—Las vi en Bobby McGee's bailando juntas. —Cubanito se encogió de hombros—. Llevaban gafas de sol como si estuvieran en la calle. Una vez las vi a las dos con blancos. —Volvió a aspirar—. Cuando encuentres a tu mujer, tío, pregúntale por qué no soy lo bastante bueno para que hable conmigo y en cambio puede ir en su Mercedes con una ramera que nada en aceite caliente. Pregúntale eso.

—¿Estás seguro? —preguntó Danny.

Aquello no tenía sentido. A Lauren le gustaba ir por los bajos fondos, pero jamás se los llevaba a casa.

—El camarero de Benson's me dio su dirección —dijo Cubanito—. Le dije que quería joderla. Él va y me dice: «Es contra las normas.» De manera que le di el reloj de Eddie y me escribió la dirección en una servilleta.

—¿Le diste el Rolex?

—Ese jodido de Eddie... —Cubanito parecía más dolido que furioso—. Ese reloj era falso, hombre. ¿En quién se puede confiar hoy en día?

—Probablemente no en el tipo que acababa de verte violar a su mujer por la nariz.

—Le dije al camarero que no es auténtico —dijo Cubanito—, y dice que no importa, siempre que las putas no lo sepan.

—Parece un filósofo.

—He estado pensando —siguió diciendo Cubanito—. Tal vez cuando me retire voy a comprar algunos de esos puestos de perros calientes. Los instalaré delante del Palacio de Justicia, porque todo el mundo está nervioso y hambriento cuando va a los tribunales. Tal vez tenga a esos pimpollos para venderlos, con *shorts* muy cortos y un divertido sombrerito.

Pasaron lentamente junto a dos estudiantes que viajaban en un Volkswagen descapotable. La que iba al volante hizo sonar la bocina y saludó con la mano. Danny pudo ver que la otra joven se ruborizaba. Parecían hermanas. Su madre les había dicho que no hablaran con extraños y a ellas les parecía vieja y anticuada.

—Negocios con dinero contante y sonante, hombre —dijo Cubanito—. Los impuestos son comunistas. Dinero en mano. Tal vez Kentucky Chicken o Seven-Eleven. He leído en esa revista, *Forbes*, que se puede hacer mucho dinero vendiendo bollos de canela para el almuerzo a las secretarias, porque ya están hartas de galletas con chocolate.

—¿Dónde deja eso a Famous Amos?

—Que se joda Famous Amos, hombre. Que se joda ese lechuguino.

—Realmente vas a dar el golpe entre los maestros de ceremonias —dijo Danny.

—Sí, ya sé. Sólo que adoro el jodido tráfico de drogas. Es un trabajo independiente, cantidad de tías y no hay que madrugar.

—Sí, el deporte de los reyes.

—Ése es el jai-alai, hombre.

Los dos estaban riendo y batiendo palmas, rota de súbito la tensión entre ellos. Cubanito iba sorteando coches, cantando y resoplando. Danny olvidó por unos momentos dónde había estado o adónde iba. Se limitaba a disfrutar con la sensación de movimiento y el sonido de la voz de Cubanito.

—¿De veras no vas a traficar más? —dijo Cubanito después de pasar varias manzanas—. ¿De verdad?

—Como te lo digo —le aseguró Danny.

—¿No traficarás con nada?

—Tranquilo. A veces hay una unidad de radar aparcada delante.

—Es un desperdicio, hombre. Tienes talento, un talento que Dios te ha dado.

—Entonces Dios va a tener que dárselo a otro —dijo Danny. Cubanito sacudió tristemente la cabeza.

—¿No lo echas en falta, tío? ¿A veces? ¿Ni siquiera un poco?

—Nunca.

—No dejes que el dinero te detenga —le dijo Cubanito—. Si estás sin blanca ven conmigo. Trajinamos un par de cargamentos y tendrás suficiente para salirte de donde quieras. Mi abogado judío es tu abogado judío. ¿Entiendes lo que quiero decir?

—Gracias de todas maneras.

—Traficar te desbarata para cualquiera otra cosa —sentenció Cubanito—. Yo lo dejaré. Unos cuantos meses más, todo lo más un año.

—Seguro.

—El mes pasado fui a Las Vegas a hacer una entrega —dijo Cubanito—. Eran las dos de la madrugada y yo estaba completamente solo en medio del desierto, con un cielo tan grande y hondo que me sentía mareado de mirarlo. —Le brillaban los ojos por las lágrimas—. Estaba perdido en el cielo del desierto, tío, compitiendo con la

noche, y finalmente tuve que bajar los cristales y sentir el viento soplar a través de mí, porque todo era jodidamente hermoso. Te lo digo, Danny, tengo que dejar de traficar porque nada tan bueno puede durar mucho.

Danny tuvo que apartar la mirada.

—Los tiempos felices nunca duran —dijo en voz apagada.

Se detuvieron en el semáforo frente al Alumni Club; una fortaleza de ladrillo blanco rodeada de acres de bien cuidado césped Bermuda. Cuatro mejicanos se movían lentamente por la pradera, a gatas, con las cabezas bajas mientras recogían cuidadosamente hierbas y guijarros diminutos lanzados por los coches. Cubanito apretó los labios mientras los observaba trabajar.

Uno de los mejicanos levantó la vista y los vio. Seguía a gatas. Un reguero de sudor le caía por la cara desde el sombrero de ala ancha de paja.

Detrás de ellos sonó un claxon.

—El semáforo está en verde —dijo Danny.

Cubanito y el mejicano se observaban.

Detrás de ellos sonaban más bocinas.

Cubanito se alejó lentamente del cruce. Vigilaba al mejicano por el retrovisor, lo observaba mientras se hacía más y más pequeño, hasta fundirse con el paisaje.



Danny volvió a llamar con los nudillos, esta vez más fuerte. Seguía sin recibir contestación desde la puerta naranja, cuyo pomo se hallaba cubierto de huellas digitales. Se encontraba en la cuarta casa desde Jack-in-the-Box, tal como había dicho Cubanito, en pie en el rellano, vistiendo tejanos y una descolorida chaqueta Levi.

El camino que conducía a casa de Amber estaba cubierto de anuncios por correo empapados, cristales rotos y una caja de *pizza* vacía. Probablemente utilizaba en su coche una de esas palomillas de metal, dobladas a modo de antena. Danny dio un puñetazo en la mirilla y volvió al lugar donde había aparcado.

En una tarde de fin de semana la zona de aparcamiento que se extendía a lo largo de Sunset Beach estaba silenciosa y casi vacía. Por la noche era zona de combate: descapotables Rabbit llenos de animadoras rubias, procedentes de Newport Beach High, circulaban junto a estilizados Chevys del cincuenta y siete procedentes de los barrios de Santa Ana. Suzuki «Samurais» atronaban con música heavy-metal, mientras el JesusMobile, un minibús blanco con altavoces adaptados contraatacaba con advertencias de condenación. Los muchachos sacaban medio cuerpo por las ventanillas, se saludaban unos a otros, producían alboroto con las latas de alcohol de malta y las arrojaban tras de sí una vez que las habían vaciado. A veces una joven aparecía por el hueco de la capota y se quitaba la blusa para saludar con ella a los coches que la rodeaban. Mientras se dirigía a su coche Danny pisó tres condones usados y un arrugado folleto religioso. Hasta el momento parecía que el sexo estaba aventajando a la salvación.

Danny se sentó en el coche con la radio encendida, haciendo girar el selector de programas mientras vigilaba la casa. El evangelista de la emisora suplicaba a los oyentes que no malgastaran su «semilla monetaria» sino que se la enviaran a él, para que Dios la hiciera crecer. Cuando el hombre empezó a hablar en lenguas, Danny lo imitó, mientras seguía con los ojos a todos los coches que pasaban.

Puso en marcha el coche, pero luego lo volvió a detener. No tenía adonde ir. La lista de los clientes de Lauren que Mavis le había facilitado era del todo inútil. Al menos para él. Había visitado una docena de corporaciones, alegando participar en una investigación policial, haciendo preguntas. Dijo que intentaba localizar a uno de sus ejecutivos que pudiera haber mantenido una relación constante con Lauren Kiel: un hombre más bien tímido, delgado y con gafas. El director de personal de una compañía de diseño de *software* afirmó que en aquella descripción encajaban la mitad de sus empleados. Todos aquellos con los que había hablado querían cooperar.

Ninguno sabía una palabra.

Jamás tendría éxito como agente doble o detective privado. Tenía más oportunidades de hacer carrera bajo tierra, en el metro. Uno de aquellos días tendría que tomar una decisión al respecto. Ganarse la vida. Comenzar algo. El dinero que había amontonado durante el tiempo de vacas gordas se lo había gastado en viajes, en viajar durante meses, sin destino fijo. América Central, Egipto, Italia, Nepal, el templo Angkor Vat, Bali. Ruinas para un arruinado.

Danny salió del coche, introdujo cuatro monedas más de veinticinco centavos en el contador y cruzó el aparcamiento de Jack-in-the-Box en dirección a la playa. Tropezaba con envoltorios grasientos de papel plastificado y tazas Styrofoam. Se subió el cuello de la chaqueta para protegerse del viento que azotaba la arena.

La parte de la playa en la que se alzaban las casas tenía patios y terrazas pequeñas, repletas de tumbonas. Un par de surfistas flacuchos, con los pies levantados sobre sus tablas, lo observaron al pasar. Ocultaban los ojos tras gafas de sol mientras saboreaban sus cervezas a la espera del oleaje vespertino.

Detrás de la cuarta casa había una lánguida red de balonvolea. Su terraza estaba rodeada por una valla de cemento de un metro. Ella se encontraba sentada sobre una toalla blanca de playa, con las piernas dobladas e inclinada hacia delante.

—¿Amber?

Ni siquiera levantó los ojos.

—¿Quién quiere saberlo?

Tenía una voz áspera.

—Soy un amigo de Lauren Kiel.

Amber le echó una ojeada.

—¡Ah, sí!, he visto tu retrato. El marido.

Levantó la cabeza, enviando la gruesa trenza negra de uno de los hombros intensamente bronceado al otro. Llevaba tan sólo la pieza inferior de un bikini de *lamé* dorado.

Danny aterrizó con ligereza sobre la terraza.

—Llamé a tu puerta.

—Un gesto por tu parte. —Amber era vigorosa como una gimnasta, con unos senos pequeños y gruesos pezones de color marrón—. Hazme un favor, ¿quieres? Deja de mirarme las tetas.

—No lo estoy haciendo —arguyó Danny.

—De acuerdo —dijo Amber, y volvió a inclinarse. Extendió cera rosa caliente a lo largo de su pierna derecha con una pequeña paleta de madera. Mientras se depilaba la punta de su lengua asomaba por una de las comisuras de la boca.

Danny siguió con los ojos el avance de la paleta desde su tobillo hasta el muslo. La cera era densa como miel.

Giró lentamente la pierna para cubrir los puntos que se le pudiesen haber escapado, dirigiéndola derecha hacia él, sin esfuerzo aparente. Danny se colocó en

cuclillas. El pie de ella quedaba a dos centímetros de su divertida cara. Se apartó la pieza dorada del bikini y se aplicó cera en la ingle.

—Esto no podría suceder si estuviéramos en Kansas —dijo Danny—. Me importa un bledo eso de «una nación indivisible».

—Alárgame una de esas tiras —le dijo ella—, esta cosa se está secando.

Danny hurgó en una bandeja llena de cosméticos de la que extrajo un par de frascos de esmalte antes de darle uno de los rollos de gasa.

—Quiero hablar contigo de Lauren —dijo.

Amber desenrolló la tira con un golpe de muñeca.

—No eres como te imaginaba —repuso mientras presionaba la gasa sobre la cera.

—¿Qué esperabas? —preguntó Danny.

—No sé... alguien más grande, más alto. No lo sé.

—Antes del divorcio era más alto.

—¿Es broma? —Amber se rascó los senos—. No me gustan los hombres graciosos. Siempre me parece que se están riendo de mí. —Acercó más el pie a su cara, rozándole los labios con los dedos.

—Vamos... sé útil.

Danny puso las manos sobre la rodilla de ella.

—Ahí no —dijo Amber—. Empieza desde arriba. —Se metió la mano por el reborde de la parte baja del bikini y despegó la cera hacia abajo unos diez centímetros—. Con un movimiento largo y firme. Como si despellejaras la pechuga de un pollo. ¿Crees que puedes hacerlo?

Danny se preguntaba qué haría Amber si le clavaba los dientes en su hermoso empeine, sencillamente eso, si los clavaba y no le permitía soltarse. Lo más probable sería que le partiera la mandíbula. Se despertaría en el hospital y entonces descubriría que Amber era cinturón negro de kárate coreano o una instructora *sabot* en la legión extranjera francesa.

—Adelante —le animó Amber—. No me harás daño.

Danny tiró de la gasa y la cera a lo largo de la pierna.

—¡Ayyyyy!

Ahora Danny sonreía.

—Mierda —Amber se pasó la mano por el interior del muslo—, una vez lanzado no hay quien te pare.

Danny miraba el trozo de cera que se le enroscaba en la mano. La superficie estaba cubierta de centenares de pelillos diminutos.

—No te pares ahora. —Amber le alargó la pierna.

Danny tenía la frente cubierta de sudor mientras le aplicaba la cera. Le apartó la parte inferior del bikini y sacó del *crockpot* dos dedos de cera caliente. Amber hizo girar los ojos, lanzando quejidos teatrales cuando le aplicó la cera a la ingle. Un mechón de oscuro vello púbico le rozó los nudillos.

—¿Estás seguro de no haber hecho esto antes? —inquirió Amber.

—Me acordaría.

Danny cogió la gasa desde la parte superior del muslo y la separó de la pierna con un movimiento flexible. Pareció como si se rasgaran unas bragas de seda.

Amber rodó hasta quedar boca abajo y se volvió a mirarle por encima del hombro.

—Ahora ocúpate de la parte de atrás de mis piernas. Suelo tener vello y puede verse bajo los focos del escenario.

La parte de atrás del bikini era sencillamente una tira de lamé que se hundía entre las dos nalgas. El sol pegaba fuerte en la espalda de Danny, que acabó quitándose la chaqueta.

Mientras trabajaba, una gaviota planeaba sobre sus cabezas. De súbito se dio un chapuzón y alzó de nuevo el vuelo con un chillido. Abajo, en la playa, un grupo de esmirriados chiquillos vietnamitas mantenían una lucha de cometas. Una avispa roja, un dragón verde y un murciélago negro hacían piruetas en el aire, tratando de cortar el cordel de los otros con sus colas de trapos y alambre afilado como una navaja.

Amber dejó caer la cabeza.

—Tienes un tacto muy agradable, para ser hombre. Lauren dijo que eras bueno.

Danny acabó de retirar la cera. Pasó ligeramente la mano por el dorso de las piernas de ella. Estaban suaves y perfectamente lisas. Le dio un cálido beso en la unión de los muslos y las nalgas, más a modo de firma que como una caricia.

Amber suspiró de placer.

—¿Te propones empezar algo? —preguntó ella, mirándolo.

Danny hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Estoy buscando a Lauren.

—¿Por qué? —Amber se dio la vuelta—. ¿Sólo porque te dejó tirado? —Se puso aceite para bebé en una mano y se frotó los senos—. También a mí me dejó tirada Lauren, pero no voy detrás de ella. —Lo miró—. Quiero decir que no entiendo el motivo para preocuparse.

—Porque la quiero.

—¿La quieres? Mierda, si esa fuera razón suficiente yo también la estaría buscando. —Alcanzó la bebida que tenía cerca y se quedó mirando el interior del vaso mientras agitaba el hielo—. Amor —rió sardónica.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Danny.

—¿Qué crees tú que he querido decir? —preguntó a su vez Amber. Se dio cuenta de la expresión de él—. ¿Crees que no soy lo bastante buena para ella? Eres un primo, no conoces a tu muchachita.

—Eso no es verdad —protestó Danny.

—¡Eh! —Amber le arrojó la bebida. Cayó sobre la terraza y produjo una mancha oscura sobre la madera blanqueada—. Gano quinientos dólares semanales haciendo concursos de bikinis, y estoy propuesta para hacer un anuncio de Coppertone. ¿Me oyes?

Danny la miraba sin decir palabra.

Amber, encogiéndose de hombros, cogió de la terraza una fina cadena de oro y se la puso en el tobillo derecho. La luz del sol centelleaba en la cadena mientras Amber pasaba la mano sobre su pierna estirada.

—Ha quedado de maravilla. Voy a tener que contratarte de forma regular.

—¿Veías a Lauren de forma regular? —preguntó Danny en voz queda.

—¿Acaso te crea problemas?

—Depende —dijo Danny—. Empezaba a acostumbrarme al tipo de las gafas. Yo pensé que era él con quien estaba saliendo.

—En efecto, lo está viendo, pero se trata sólo de negocios. Para Lauren todos nosotros somos negocios. De todos modos, ¿cómo sabes de su existencia? Ese tipo es, digamos, el gran secreto.

—Un amigo mío los vio en Players.

—Eso fue antes de que Lauren supiera que era tan importante —dijo Amber—. Debería haberlo sabido. El tipo es todavía más estirado que ella. Me mira como si no fuera lo bastante buena para descalzarlo.

Amber pescó un cubito en su vaso. Con gesto ausente empezó a pasárselo alrededor de los pezones, que se fueron endureciendo mientras ella comenzaba a sumirse en el recuerdo.

—¿Cómo se llama el tipo de las gafas? —la interrumpió Danny.

—¿Cómo suena el nombre de Amber? —preguntó ella a su vez—. A alguien rubio y sexy, ¿no? Yo me cambié el nombre precisamente para los concursos. Fue idea de Lauren. Lo llamaba transferencia asociativa. Tomé nota. Significa que las conejitas con nombres como Kathi, Kristi y Candi calan hondo en los jueces, incluso cuando la gente me prefiera a mí. Porque sus nombres recuerdan a los jueces las canciones de los Beach Boys y los anuncios de fresqueras para vino.

—¿Sabes dónde conoció a ese tipo? —insistió Danny.

—Bueno, pues esa historia de la transferencia asociativa también da resultado —dijo Amber—. Quiero decir que antes funcionaba bien, pero desde que adopté un nombre rubio, alcanzo las finales. Fue idea de Lauren, pero fue a mí a quien se le ocurrió lo de Amber. Ya sabes, como Amber Lynn, la estrella del porno.

—¿Cuánto va a costarme todo esto? —quiso saber Danny.

—Se gana mucho más con los concursos que teniendo un gran trasero y agitándolo delante de los palurdos de primera fila. Hay que ser científica. —Amber puso el dedo bajo uno de sus ojos, para demostrar su astucia—. ¿Comprendes? Violeta. Tal como Liz Taylor. Lentillas de colores. Los jueces se dan cuenta de cosas así. Especialmente bajo un foco amarillo. Un nombre rubio y un punto violeta. Los tengo cogidos por las pelotas. —Agitaba la mano como si estuviera ordeñando—. Y luego están mis tetas.

—¿Qué les pasa? —preguntó Danny.

—No te hagas el tonto. —Amber se llevó las manos a los senos, sopesándolos—.

Son demasiado pequeñas.

—¿Para quién?

—¿Para quién? —Amber enarcó una ceja—. Eres un encanto, pero a los jueces les gustan grandes, eso puedo decírtelo. Y a menos que alguien las coja por su cuenta y haga un buen trabajo...

—Necesitas dinero para la operación —dijo Danny.

—Lauren dijo que realmente tenías sesera.

—Ése soy yo. ¿Cuánto cuesta esa operación?

—Cinco mil. Quiero ir al tipo que enderezó la barbilla de Michael Jackson.

—La mitad ahora y la otra cuando encuentre a Lauren. —Danny se sacó del bolsillo un sobre sujeto con una goma y dio unos golpecitos en uno de los senos con él—. Ya puedes hacerte una teta.



Danny pensó en un frío lago azul, que atravesaba a nado, mientras arriba planeaban las águilas. El sudor le caía por la cara bajo los destellos de los últimos rayos vespertinos. Sonó un claxon muy lejos. Luego otro y otro más.

En el semáforo se encendió la luz verde, pero el cruce seguía bloqueado por coches que intentaban desviarse por él. Danny puso la radio y pulsó todos los botones, para terminar apagándola fastidiado.

Amber no había sido de mucha ayuda. Danny quería compañías y nombres específicos, detalles que ella no conocía. Le había asegurado que sólo había visto una vez a Cuatro Ojos, «accidentalmente», al encontrarse con él y Lauren en De Villes. Era tal como Lauren se lo había descrito: blando, pálido y nervioso. Al parecer era un gran científico, pero Amber no se mostró en modo alguno impresionada. El hombre ni siquiera conocía la diferencia entre el Porsche Targa y el Cabriolet.

Había intentado que bailara con ella, pero el hombre había sacudido la cabeza negativamente sin apartar los ojos de Lauren, incluso mientras Amber hablaba. El tipo estaba realmente domado. Casi todos los que Lauren llevaba por allí lo estaban. Unos eran estirados sudorosos como Cuatro Ojos y otros esos cretinos llamativos y escandalosos que te soban las tetas a la vez que fanfarronean del estupendo negocio que tienen entre manos.

Danny dejó que el Mercedes diesel recorriera un corto trecho. Algo de espacio libre. Un herrumbroso Fiat se lanzó desde la fila a su izquierda, situándose delante de él, de manera que Danny tuvo que frenar. El Fiat tenía una portezuela descolgada, el parabrisas roto y un astroso cartel en la parte trasera, «Mantente tranquilo». Danny rió a su pesar. No estaba seguro de si el cartel era un recordatorio para el conductor del Fiat o una advertencia para los otros coches. Pero cualquiera que fuera su propósito era evidente que no daba resultado.

—¿Eres estúpido o qué? —chilló Amber a Danny, explicándole por tercera vez lo que ella y Lauren solían hacer—. Unas veces ella, otras yo. En ocasiones las dos. — Se inclinó hacia delante, pintándose las uñas de los pies de color orquídea iridiscente—. Un par de ellos sólo querían mirar mientras Lauren y yo lo hacíamos. Te aseguro, cachorro, que los tipos de cuello almidonado son la gente más repulsiva del mundo.

Danny seguía sentado en la terraza, mirando cómo se movía la brillante boca de Amber, intentando imaginársela con Lauren.

—¿Te pagaba Lauren para que jodieras con esos tipos?

Ella se lo quedó mirando. Sin parpadear.

—Deja que te diga algo. —Hablaba despacio—. No es el tipo de cosas que se hace gratis.

—Muy bien.

—Lauren lo tenía todo grabado en vídeo —siguió diciendo Amber—. En un principio pensé que comerciaba con el material. Solíamos seguir en la cama después de que el tipo se hubiera ido, haciendo algunas cosas, y repitiéndolo sólo para divertirnos. Sin embargo, al cabo de un tiempo empecé a pensar...

—¿En qué trabajaba ese gran e importante científico? —Danny le alargó la lista de clientes de Lauren.

—Mira esos nombres. ¿Alguno te suena familiar?

—Por un par de dólares más podría arreglarme también las mejillas, para tener el aspecto de una modelo de alta costura.

Amber se succionó las mejillas y simuló besos de pez para él.

Las luces parpadeantes de la ambulancia parada en el arcén de la carretera hicieron volver a Danny a la hora punta. Un hombre fornido enfundado en un mono tiraba de la bicicleta plateada enredada en la rueda delantera de su furgoneta de reparto, maldiciendo, sin hacer ni caso de los enfermeros que se ocupaban del muchacho caído allí cerca. El pie derecho del ciclista oscilaba adelante mientras le aplicaban compresas de presión. La fila de coches avanzaba lentamente, con los conductores asomando la cabeza por la ventanilla para ver mejor.

Amber dijo que el Cuatro Ojos se refería a sí mismo como doctor, pero ella no creía que lo fuera porque cuando le gastó una broma diciendo que esperaba verle en su próximo examen Pap, no entendió de qué estaba hablando. Lauren decía que Cuatro Ojos tenía la mejor droga del mundo, y esto tampoco parecía tener sentido, porque era seguro que no se parecía a ninguno de los traficantes que Amber había visto en su vida. Y entonces Lauren la dejó tirada. Sin más. Así que tal vez Cuatro Ojos fuera de veras un traficante. Tenía que ser algo especial para que Lauren hiciera eso.

Danny no se ofreció a explicar la situación a Amber. Se limitó a darle de nuevo la lista de clientes de Lauren, pidiéndole que lo intentara otra vez. Recorrió la lista guiñando los ojos, como si se tratara de un examen de ingreso para un curso de lengua extranjera, reduciéndola finalmente a dos compañías. Un fabricante de fármacos y un encargado de suministros a hospitales. A ella le pareció que se acercaban bastante.

Danny dejó atrás la escena del accidente. Las luces de la ambulancia se reflejaban en su parabrisas, lo que le hizo parpadear mientras miraba hacia delante. Pudo oír al ciclista gritando. La circulación empezaba a despejarse delante de él y entonces Danny accionó el acelerador. Adelantó al Mercedes que circulaba a cincuenta y cinco por hora en tercera, dejando atrás a todos. Amber tenía razón. Su respuesta había sido lo bastante acertada. Lo suficiente para que Danny supiera que Michael le había

mentido.



Michael vio remolinos de arena a cierta distancia. Tenía que ser Danny. ¿Quién más conduciría a semejante velocidad? Bien, demasiado tarde para lamentaciones. Comprobó su posición, luego golpeó con el ocho; un suave lanzamiento que saltó por encima de la achatada roca, yendo a parar a unos cien metros de ella.

El Mustang cubierto de polvo se dirigió hacia la casa. En el porche, Lurp levantó la cabeza cuando Danny pasó como un rayo junto a él. Abrió la puerta de golpe y desapareció en el interior. Lurp era un perro guardián. Uno podía hacer lo que quisiera, él se limitaba a vigilar.

Michael hizo otro lanzamiento por encima de la roca achatada y, cogiendo una pelota de un balde volcado, la colocó en su sitio. Vestía unos calzones cortos de tartán y llevaba unos brillantes zapatos rojos de golf, un suéter blanco con letras y la gorra del Pebble Beach Country Club. Era un atuendo estrambótico para encararse a una inminente descarga. Y desde luego era inminente. Había hecho tres giras, la mayor parte de ellas por el interior del país. Sabía cuándo estaba a punto de descargarse la mierda.

Danny salió de la casa, vio a Michael en el montículo y se dirigió hacia él a grandes zancadas. Michael siguió con los ojos fijos en el límite a rayas anaranjadas de las pelotas.

—¿Dónde está? —Danny mascó las palabras.

—Espera un segundo —repuso Michael cogiendo un palo dos tercios.

—¡Ahora, jodido!

—Estás quebrantando ligeramente las reglas del golf, Danny —dijo Michael, con la cabeza inclinada y la rodilla izquierda doblada—. Prohibidas las palabrotas cuando un jugador prepara su lanzamiento. Ya sabes que es un juego de caballeros.

Danny le arrebató el palo ocho, arrojándolo por encima del farallón. Michael lo vio girar en el oleaje.

—Una falta clara, Danny. Eso se merece dos lanzamientos de penalización.

—¿Estaba aquí, verdad?

—¿Por qué gritas? —dijo Michael, evitando cuidadosamente mirar a Danny—. Soy yo quien tendría que estar irritado, es mi Ben Hogan lo que has lanzado al líquido elemento. Ahora no estoy jugando con un equipo completo. Ahora puedo hacer un...

Danny lo agarró por la garganta. Las letras del suéter de Michael se agitaron con el viento.

—Está bien, está bien —dijo Michael, empujando a Danny—. Vamos, hermano,

uno de nosotros puede resultar herido.

La mirada de Danny era dura y sombría. Michael hubiera podido ahogarse en aquellos ojos y nadie habría encontrado jamás su cuerpo.

—¿Se te ha pasado por la mente quién de nosotros podría resultar herido? —dijo Danny, agarrándole con más fuerza.

Michael sintió que le crujía el cuello mientras Danny lo sacudía. Michael era más grande, pero Danny estaba poseído; llevaba las de ganar. La misma historia de siempre. Si Michael no se fijaba una causa, una cruzada, iba a perder por toda la eternidad. Se preguntaba a qué precio.

Danny movía la boca como si estuviera gritando, pero Michael apenas podía oírlo. Estaba demasiado ocupado en vigilar las manchas negras que pasaban ante sus ojos. Danny lo sacudió una vez más y luego lo soltó. Michael se quedó encogido en el suelo, aspirando aire con la cara tan roja que el tejido de la vieja cicatriz sobresalía como si fuera un mapa topográfico.

—Creía que éramos amigos —dijo Danny.

Michael se sentó lentamente.

—Lo somos —tosió—. Por eso intenté mantenerte al margen de todo esto. Pero tú no puedes estarte quieto.

Todavía sentía la presión de los dedos de Danny en su cuello.

—Hablé con Amber.

—Humm, Amber. —La voz de Michael aún era entrecortada. Se limpió la nariz—. Debe de haber sido un experimento de terror. Al menos por lo que he oído.

Michael contemplaba la llegada del atardecer detrás de la hilera de plataformas petrolíferas marinas. Como respuesta a las preocupaciones de los ecologistas, las compañías petrolíferas las habían decorado pintándolas con suaves tonos pastel, azules y amarillos, instalando palmeras artificiales. Parecían chalets flotantes.

Hacia el norte, Michael podía ver la cúpula que albergaba el *Spruce Goose*, el gigantesco aeroplano, todo él de madera, construido por Howard Hughes. La cúpula estaba próxima al *Queen Mary*, anclado en Long Beach. El *Spruce Goose* había sido convertido en una atracción turística, y el *Queen Mary* en un paseo público. La primera vez que Danny lo visitó, dijo que le gustaría que la vida se asemejara más a una película japonesa de monstruos. Entonces él y Michael podrían sentarse en los peñascos con algunas cervezas, para ver como el *Spruce Goose* se liberaba de la cúpula y atacaba al *Queen Mary*. La batalla de Behemotes. Tal vez Godzilla acudiera en el último minuto a salvar la ciudad.

Eso hizo que Michael comprendiera lo mucho que le gustaba Danny. Siempre dispuesto a la risa y sin pedir nada jamás. Danny le había traído a Lurp. Se había sacado de debajo de la chaqueta al esmirriado cachorro de orejas inquietas y le había dicho: «Con tu personalidad te vendrá bien un amigo que no te responda.»

Danny permaneció en pie junto a él.

—No me iré hasta que tenga algunas respuestas.

Michael sacó un canuto de sus pantalones y lo encendió. Necesitó las dos manos para mantener firme el Zippo. Tosió y ofreció el porro a Danny.

Éste lo apartó de un manotazo.

Michael dio una larga calada, siempre con los ojos fijos en el mar.

—Estrangularme no te servirá de nada.

Danny lo miraba fumar, tratando de decidirse sobre algo.

—Podías habérmelo dicho —sugirió, sentándose en el suelo junto a Michael.

Michael exhaló el humo. Una bandada de gaviotas volaba en círculo sobre la plataforma más próxima. Lo hacía todos los atardeceres, a la espera de que los cocineros arrojaran los restos.

—¿Por qué estás tan nervioso?

—Quiero volver con Lauren —dijo Danny. La luz del sol poniente le iluminaba la cara con un tono cálido. Parecía joven e inocente. Parecía dolido.

Michael guiñó los ojos ante el humo que lo envolvía. Lauren estaba histérica la noche que fue a verlo. Michael pensó que sólo estaba jodida. Ni él ni Lauren tenían la más mínima noción de dónde debían parar. Seguían subiendo y subiendo, hasta que finalmente se estrellaban. Él había acabado en aquel campo petrolífero. Lauren había seguido dedicándose a cosas cada vez más grandes. Mucho más grandes. Michael se limpió los ojos. Aquella noche Lauren había estado riendo, unas veces con voz estridente y otras con charla infantil.

—Creo que sospeché de Lauren desde el principio... —La voz de Danny era tan queda que Michael apenas podía oírla—. Sólo porque resulta muy difícil imaginarla como víctima. Pero no creí que tú hubieras tomado parte. Desde luego que no, hasta que hablé con Amber. Dejaste huellas por todas partes, salvo en su casa.

Michael se quitó el polvo de los lazos de sus zapatos de golf y le cayeron cenizas sobre el pecho.

—Esta mañana me estaba desmoronando y tú seguías ahí sentado, tan tranquilo, escuchándome —dijo Danny. Sus ojos eran como ascuas a la luz vespertina—. Podías haber confiado en mí.

Michael dio una larga chupada al porro y la retuvo.

—De acuerdo, hermano —dijo lanzando el humo por la nariz—, la cuestión es ésta: ya conoces los seminarios de ejecutivos y gerencia de Lauren. Muy profesionales. Muy costosos. Pero también conoces a Lauren. El dinero honrado no es tan abundante como el negro. Y aunque lo fuera, no es ni con mucho tan divertido. Esos clientes de Lauren, grandes jefazos corporativos, la observan actuar y se ponen en acción. Esa clase de tipos no envían flores ni bombones, tratan de impresionarla con su último proyecto, nuevos productos, fusión de empresas, todo ese material secreto que les va a lanzar a la portada de *Fortune* en seis meses. Ella lo llama almohada del ejecutivo. Se lo cuentan a ella. Y ella me lo cuenta a mí. Con el primer soplo que recibí obtuvimos doscientos mil dólares. Y ya entonces nos pusimos serios.

—¿Y qué pinta Amber? —dijo Danny—. ¿Quizás está de bateadora suplente?

Michael se encogió de hombros.

—Hace reír a Lauren.

—El tipo que murió en su casa de la playa no debía de tener el menor sentido del humor —dijo Danny—. Y en definitiva, ¿quién era?

Michael vaciló un instante. Luego cedió.

—Tohlson. El doctor Tohlson. Era investigador de una firma local, la Reese Pharmaceuticals.

—¿Hacía productos sintéticos para ti y Lauren? —preguntó Danny.

Michael hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Sólo información. La droga es un riesgo demasiado grande, tú deberías saberlo. Los delitos de cuello almidonado son una apuesta mucho más segura. La coacción está infravalorada y los estatutos obsoletos. La droga es algo en lo que intervienen las fuerzas federales y es materia publicable.

—Sí, es un mundo sin orden ni concierto —dijo Danny—. Guerras y pestilencia y esos consumidores, de gustos siempre cambiantes. Algo de información interna debe de hacerlo todo más soportable.

—Sí. Es un mundo de incertidumbre —dijo Michael—. Lo único que estoy haciendo es mejorar mis probabilidades. Incluso con todos esos informes a los que tengo acceso, siguen produciéndose muchas sorpresas. El mes pasado me hundieron con el titanio.

Danny lanzaba guijarros por encima del seto.

—¡Qué diablos!, no es dinero auténtico. Tan sólo son señales en una pantalla de ordenador.

—El mejor dinero es el que no pasa por tus manos. —Michael hizo una mueca—. No tienes más que pulsar una tecla adonde quieres que vaya, a la velocidad de la luz: Liechtenstein, las Bahamas, tal vez las Islas Caimán. Si eres realmente listo, instalas una compañía tenedora en un paraíso fiscal y te limitas a transferir el dinero a otra compañía tenedora en cualquiera otra parte. A salvo y seguro.

Danny se levantó, acercándose al saco de golf. El mango de la cuarenta y cinco de Michael asomaba por una de las bolsas. Sacó el conductor.

—No te preocupes —dijo cuando Michael trató de ponerse en pie—. Sé lo que estoy haciendo.

Agarrando el palo como si fuera un bate de béisbol, hizo un par de lanzamientos simulados apuntando a las cercas.

Michael se estremeció cuando Danny cortó el aire con el palo.

—Tengamos paz en el valle, ahora.

—Tranquilízate, Michael. —Danny seguía practicando lanzamientos—. Disfruta con esa sensación de duda, ese frío y leve cosquilleo en el estómago. Yo he estado viviendo con esa sensación desde que esos dos policías aparecieron en mi puerta. —Colocó una pelota sobre el montículo y golpeó el suelo con el palo—. Vamos, coge

un palo y ocupa posiciones.

—Nada de tonterías —dijo Michael.

Danny guiñó los ojos, mirando su pelota. Inclínándose, se la lanzó a Michael, sustituyéndola por otra.

—¿Dónde has adquirido éstas? —preguntó.

Michael frotó el corte en la superficie de la pelota con el pulgar.

—Tengo un trato con un muchacho mexicano que vive cerca del campo municipal. Todas las semanas deja unas doscientas en la puerta de entrada.

—A los cuidadores de los terrenos debe de encantarles. —Dijo Danny, golpeando la pelota. Cayó a unos cincuenta metros.

—Libre empresa —dijo Michael—. Acércate más. Y no eches hacia atrás los hombros.

Danny hizo un lanzamiento perfecto, a doscientos metros, recto y seguro.

—Estupendo. Ahora prueba con la distancia. Aquel grupo de tres peñas está a doscientos veinticinco metros. Aquel otro grande e irregular contra el que rompen las olas está a doscientos cuarenta, y el saliente en el que está encaramado el pelícano está a doscientos sesenta y cinco. A ver si puedes darle al jodido pájaro.

—¿Irás hasta allí con un pequeño bote de remos y una cinta métrica? —preguntó Danny.

—¿Has oído hablar alguna vez de trigonometría? —inquirió a su vez Michael—. Claro, tú eres uno de esos especialistas en humanidades. Confía en mí, el pelícano está a doscientos sesenta y cinco metros.

—¿En qué más se supone que puedo confiar en ti, Michael? —Danny giró sobre su pie izquierdo, practicando su lanzamiento de revés— ¿Dónde está ella, Michael? He venido sólo por eso.

Michael se arqueó; el suéter de letras se descolgaba sobre sus hombros.

—No lo sé —dijo finalmente—. Y estoy contento de no saberlo.

—Trabajabais juntos. Si tú no lo sabes, ¿quién puede saberlo? —Apretó con fuerza el mango.

—Escucha lo que estás diciendo —le dijo Michael—. Nadie trabaja con Lauren, lo sabes de sobra. Sencillamente recurre a uno cuando quiere algo. Retírate mientras estés a tiempo, hermano.

—¡Atención! —gritó Danny, al tiempo que la pelota pasaba veloz, rozando al pelícano.



Danny se dijo que esa vez se ahogaba sin remisión. Demasiado cansado para dormir después de dejar a Michael, se había ido a nadar a la bahía. Chapoteó más allá de las boyas, y se dejó estremecer por el frío. No había luna; sólo las estrellas y las luces tenues de las casas de la playa. Y esas luces se iban apagando una a una. Michael probablemente estaría en pie, junto al mar, con los pantalones agitados por el viento, lanzando pelotas a la noche. Danny sabía bien cómo se sentía.

El frío le fue invadiendo de forma gradual y constante, llenando el inmenso vacío en su interior, hasta llegar al punto en que ya no sentía el frío intenso. Se vio a sí mismo moviéndose cada vez con mayor lentitud mientras se hundía en las lóbregas profundidades.

¿Hacía tan solo tres días que había encontrado a los policías en la escalera? Tres días durante los cuales apenas había dormido. Después de que Lauren le dejara, los días se habían deslizado intactos, sin que apenas se diera cuenta.

Danny apartó el casco de la goleta anclada en el canal e inició el regreso, con su crol de brazada alta dando ritmo e impulso a su respiración. Todo lo que tenía que hacer era seguir respirando.

De camino a Yucatán, después de su divorcio, había visitado a su abuela en Nueva Jersey. Era una mujer menuda y de mirada penetrante, que no había llevado otro color que el negro desde que el abuelo murió veinte años antes. Le había hecho lasaña y además le había preguntado cuándo pensaban tener bebés él y Lauren. No podía esperar siempre. Danny tan sólo picoteó la comida con el tenedor. Finalmente le contó lo ocurrido.

«Ah, *carissimo* —dijo, y añadió salchichas al plato sin tocar, cloqueando como si no le sorprendiera lo más mínimo—, te rompió el corazón.» Dijo que no había pasado día sin que oyera al abuelo regresando del trabajo. Ella y Danny habían permanecido sentados en la cocina mientras iba cayendo la tarde, sin que ninguno de los dos quisiera encender la luz. Su abuela le contó historias sobre su vida con «aquel hombre», los dos con las manos enlazadas hasta el momento de irse. Cuando se abrazaban, él olía a polvos de bebé y a jabón Ivory. Las mejillas de su abuela seguían siendo tan tersas y suaves como las de una joven.

Esa noche la marea se precipitaba rápida contra él, empujándolo hacia el mar. Ello lo obligó a acelerar su brazada y a respirar más hondo mientras se esforzaba por avanzar. Se sentía cansado y con las piernas pesadas; su movimiento de tijera era débil y se hallaba falto de sincronización.

Danny se detuvo un momento en el agua, haciendo acopio de fuerzas. Las luces

de la playa no estaban más cerca que la lejana silueta de la embarcación. Si se dirigiera de nuevo a la goleta, al menos no iría contracorriente... Siempre podría nadar hacia el lado más alejado y volver andando, bordeando la bahía. Seguir adelante era un riesgo. Incluso los breves momentos en que lo estuvo pensando le habían alejado de la orilla.

Pudo sentir el sudor en su piel a pesar del agua. Lo hizo pensar en la sala de estar de Lauren y en el hombre cuya vida se le había escapado piernas abajo y sobre la mesa de café. Tohlson. Michael había dicho que ése era su nombre. Danny aún podía ver los jeroglíficos en las paredes. Las últimas palabras de Tohlson, escritas con sangre. Pero no había sido Tohlson quien las escribió. Había sido Lauren.

Ella lo había matado. Michael dando a aquello el nombre de «accidente». Que a Danny se le cayera un vaso de leche sobre las baldosas del suelo era un accidente, pero lo otro no. Para él, una muerte podía marcarlo a uno para siempre y lanzarse en espiral sin ningún punto donde agarrarse. Cuando la vida de Danny se vino abajo, había algo que le hizo sentir un cierto alivio y era el saber que nada más podían quitarle. Estaba equivocado. Lauren había matado a Tohlson. Y lo que era peor, Danny aún seguía queriéndola. ¿Cabía imaginarlo?

Se lanzó hacia las luces, gruñendo a cada brazada, sin mover apenas ya los pies, ahorrando toda su fuerza para el movimiento del brazo. Iba a regresar. El agua helada se le metió por las gafas de buceo. Tenía calambres en un pie y le dolían los hombros. Ahora ya nadaba de lado, tragando agua porque no podía mantener la cabeza alta. Apretó los dientes y prosiguió con sus esfuerzos.

No iba a abandonar. No iba a morir. Todavía no. No aquí. Se imaginaba a Holt en pie, contemplando su cuerpo cuando el mar lo hubiera devuelto a tierra, intentando encontrar algo de que acusarlo. ¿Tal vez de ensuciar las playas?

Cuando alcanzó la costa tenía todo el cuerpo entumecido. Tropezó sobre el fondo rocoso y avanzó, arrastrándose con rodillas y manos. A lo lejos se oían ruidos de circulación. Bocinazos. Alguien con prisas por llegar a alguna parte. Descansó la mejilla sobre la arena fresca con los ojos cerrados, tosiendo y expulsando agua salada.

—Me preguntaba si lo lograrías —dijo Lauren.

Danny levantó los ojos y la vio de pie, en la arena, alargándole una toalla.



Cubanito se pasó la punta de la lengua por el labio inferior, estremeciéndose al tocarse donde estaba partido como un tomate maduro. Tenía la camisa empapada y pegada al cuerpo. Los Baby Hueys lo habían embutido detrás de los asientos de su barato y pequeño Corvette, de tal manera que ni siquiera podía moverse. Y tampoco ver adonde iban.

Cubanito había reído al verlos. No sólo uno sino dos Baby Hueys, todos hinchados. Restregaban las piernas al andar. Baby Huey, como en los tebeos en el talego federal de Atlanta. Baby Hueys, el bebé gigantesco con la fuerza de Superman y el cerebro de un mosquito.

Cubanito sentía que le ardían las mejillas de vergüenza al recordar con cuanta facilidad se lo habían llevado delante de la tienda de licores, sin apenas reaccionar ante sus golpes y juramentos. Lo habían arrastrado como un saco de maíz, las botellas de oporto rotas tras ellos. Después de todas sus bravatas a Danny sobre modales callejeros, era él quien se había vuelto blando y estúpido.

Ahora le había tocado el turno de reír a Eddie. Los Baby Hueys eran la venganza por lo que Danny le había hecho al samoano, el pago por la mirada de la mujer de Eddie cuando Cubanito le metió un dedo en la nariz. Diviértete, Eddie. Más adelante enseñaría a Eddie lo que en realidad era desquite.

Palpó con la lengua lo que le quedaba de los dientes. Los Baby Hueys le habían arrancado tres de raíz. Unos dientes realmente bonitos, relucientes fundas de porcelana blanca que cubrían los muñones que le había dejado el mascar caña de azúcar en la cárcel de la Isla de Pinos. Suspiró. Los dientes le habían dado una sonrisa que centelleaba en la noche como el bostezo de un gato.

Cubanito lamentaba más aún que la pérdida de sus dientes el que la pechera de su camisa hubiera quedado toda salpicada de sangre. Era negra y sedosa, con diminutos botones de perla y con la imagen de Ricky Ricardo estampada. Un regalo de Danny cuando empezaron a ser amigos. Era la camisa de la suerte de Cubanito y había quedado inservible.

En los asientos delanteros los Baby Hueys discutían sobre aminoácidos, pirámides y polen de abeja y acerca de alguien llamado tío Arthur. Baby Huey Boyd y Baby Huey Junior. Unas veces parecían científicos especializados en cohetes y acto seguido daban la impresión de retrasados mentales.

Se paró el coche. Baby Huey Boyd sacó a rastras a Cubanito del coche, mientras Baby Huey Junior abría la puerta del Hercules Iron Spa. Dijo a Cubanito que el propietario les había dado una llave para que pudieran trabajar siempre que lo

necesitaran.

—Cierra el pico, Junior —dijo Baby Huey Boyd.

Cubanito parpadeó cuando las luces fluorescentes se encendieron sobre sus cabezas, reflejándose en paredes completamente cubiertas de espejos. Jamás había visto tantos espejos juntos, ni siquiera en el lupanar de Miami donde había hecho su primer trato en los Estados Unidos con marihuana. Se trataba tan solo de un kilo pero nunca se había sentido tan feliz y orgulloso. «Hoy ya soy norteamericano», había anunciado, mientras se bajaba la cremallera de los pantalones para la flacucha Conchita, que tenía demasiado vello en los brazos.

El Hercules Iron Spa estaba lleno de bancos almohadillados, hileras de pesas y una alfombra elástica que se pegaba al pisarla. Una de las paredes aparecía cubierta por toda una serie de aparatos de gimnasia y junto a los bancos había amontonadas grandes halteras. A Cubanito le pareció una habitación llena de juguetes Tinker para los Baby Hueys.

Baby Huey Boyd lo arrojó dentro y cerró la puerta. Era la única que tenía la habitación, debajo de un letrero escrito a mano en el que se leía: «Es tu gimnasio. ¡Déjalo todo en orden!»

Los Baby Hueys se despojaron de sus ondulantes chaquetas y pantalones y se espolvorearon las manos con una bolsa de tiza, formando nubes blancas. Llevaban idénticos *shorts* negros, más bien escasos, y unos suéteres cortos con ribete dorado.

Aquella estúpida indumentaria hizo reír a Cubanito, pero simuló toser al ver la expresión de Baby Huey Boyd. En el Bloque-D de Atlanta había algunos tipos negros que habían trabajado el hierro durante tres o cuatro horas diarias. También eran enormes, pero los Baby Hueys parecían... diferentes. Como si tuvieran más músculos de los que les correspondían. Músculos pequeños incrustados en los grandes y éstos a punto de hacer estallar la piel y rodar por el suelo.

Baby Huey Junior hurgó en la bolsa de nailon que llevaba consigo. Alargó a su hermano un cinturón de cuero medidor de peso, y él se ajustó otro a la cintura. Luego Baby Huey Junior sacó un magnetófono de la bolsa, e introdujo en él una cinta.

Baby Huey Boyd se sentó con los ojos cerrados en un banco, con las manos sobre las rodillas y respirando hondo. Se tumbó boca arriba, cogió una haltera del estante y empezó a subirla y bajarla mientras la música retumbaba en las paredes.

La música era la misma que en *Apocalypse Now* cuando los helicópteros enviaban a la mierda la aldea *gook*. Era el trozo de la película preferido de Cubanito. Si esos tipos aborrecían también a los comunistas, era posible que las cosas salieran bien.



Danny se dejó caer de bruces en la playa, con la respiración todavía entrecortada por el recorrido a nado, mirando a Lauren. Se encontraba en pie, en la misma línea de la marea, vistiendo una chaqueta de cuero con la cremallera abierta y una minifalda del mismo material, iluminada a contraluz por el fulgor amarillo de los faroles. Las cortas mechadas de pelo rubio centelleaban con tonalidades doradas.

Danny se puso en pie, estremeciéndose mientras el agua se deslizaba desde su cabeza, zigzagueándole por la espalda y volviendo de nuevo a la bahía. No apartó los ojos de ella.

Lauren le ofreció su toalla, pero Danny no se movió de donde estaba, con los dientes castañeteándole, temeroso de que, al menor movimiento, ella desapareciera. La hipotermia ya le había hecho jugarretas otras veces, convocando fantasmas. Jerry y Janice nadando de espaldas junto a él, bajo una luna de sensimilla. Tal vez se hubiera ahogado y esa última imagen de ella fuera una medalla de San Cristóbal que había de llevarlo a través de la eternidad.

Lauren avanzó chapoteando y, envolviéndole en la gruesa toalla, lo llevó hasta la orilla.

—Estás aquí —dijo Danny, mientras ella lo frotaba para secarlo, produciéndole un cosquilleo en la piel con sus briosos movimientos—. Estás de veras aquí. — Lauren seguía secándole las piernas, inclinada sobre él, con una rodilla hincada en la arena—. Tenía miedo de que te hubiera ocurrido algo —siguió diciendo él.

Ella se rió y el sonido de su risa se perdió en la bahía.

Danny intentó andar, pero tenía las piernas flojas y vaciló, apoyándose en ella. ¡Estaba todo tan silencioso!

Pero se apartó al punto, súbitamente alerta.

—¿Por qué estás aquí? —Miró hacia las casas cercanas, con las cortinas echadas y sus habitantes durmiendo, bien arropados—. ¿Por qué ahora?

Lauren se deslizó bajo la toalla, abrazándolo. Danny sintió los pezones de ella endurecerse contra su pecho.

—¿Por qué? —insistió él.

—Porque te necesito —le musitó Lauren al oído. Sus manos en la nuca de Danny eran cálidas como lágrimas recientes.

El tacto de su suave piel le hizo temblar de nuevo. Apretó los dientes para dominarse.

Lauren rebuscó en su chaqueta y sacó una gran naranja. Una sonrisa burlona curvaba las comisuras de sus labios mientras la pelaba, dejando caer la corteza sobre

la arena. Lauren separó un gajo de la naranja, pasándoselo por el labio inferior, incitándole. Luego se lo llevó a la boca, mordió la punta y sorbió todo el zumo. Sonreía ya abiertamente, segura de sí misma. «¿Por qué luchar? —le decía su expresión—. ¿De qué te servirá?» Tomó otro gajo y se lo ofreció, más cerca ahora, todavía más cerca. Danny abrió los labios y ella le puso la fruta en la boca, observándolo mientras sus dientes la mordían, sin dejar de castañetear.

La naranja conservaba la tibieza del bolsillo de Lauren, junto a la cadera. Resultaba cálida y dulce, tan sólo con un débil regusto amargo. Claro, a ella le encantaban los picnics. Danny podía verla, inclinada sobre la mesa de la cocina de su casa, con el cesto de la merienda lleno de vino y crujientes panecillos franceses. Lauren inyectando un líquido en las naranjas, con una jeringa hipodérmica. Éxtasis y ácido.

A Danny se le escurría el zumo por la barbilla mientras masticaba. La ardiente lengua de Lauren danzaba por toda su cara, limpiándolo con besos de gato. Un trozo para ella, otro para él. Dándose ya de comer mutuamente, compartiendo la perversidad, pieza a pieza. El zumo les resbalaba por los brazos.

Los sensuales labios de Lauren abrieron la boca de Danny, haciéndole cosquillas con la lengua. Intentó hablar, pero ella lo besó de nuevo. El deseo de ella lo invadió, dulce, rosado y ajeno a toda resistencia. Cerró los ojos, hundiéndose, rindiéndose.

El agua lamía la orilla mientras ellos bailaban sobre la arena, vientre con vientre, corazón con corazón, envueltos en recuerdos. Sólo ellos dos. Como siempre. Del otro lado de la bahía les llegaban débiles sonidos de música, distorsionados y tristes en la lejanía. Lauren los acompañaba tarareando suavemente, hasta que Danny ya no pudo decir de dónde llegaba la canción o cuándo había empezado.

Las ruedas de un coche chirriaron al tomar la curva y Danny se sobresaltó, iluminado durante un momento por el resplandor de los faros, antes de que la oscuridad lo envolviera de nuevo. Lauren había seguido tarareando, sin perder el ritmo.

Danny recordaba los focos, la lluvia y a Lauren frotándose contra él. Los dos empapados, embutidos en una cabina telefónica a su regreso del Shasta porque el coche se había averiado. La gran montaña blanca se alzaba en la noche, mientras estallaba una tormenta de verano. Lauren se había desabrochado la blusa mientras él llamaba pidiendo una grúa, intentando mantener la voz firme. Lo habían hecho en la cabina telefónica. La espalda desnuda de Lauren se apoyaba contra el frío cristal mientras él la penetraba. La lluvia golpeaba contra los lados de la cabina y sobre el suelo. En cualquier momento aquel estrecho lugar quedaría inundado por la luz de los faros de los camiones de larga distancia, que reducían la marcha para subir el acusado desnivel, mientras el sonido de sus bocinas penetraba alegre en la tormenta.

Danny parpadeó en la oscuridad, mirando de un lado a otro de la playa, tratando de imaginárselo.

—¿De dónde viene toda esta nieve? —preguntó por último.

Lauren echó la cabeza hacia atrás, riendo con los ojos tan brillantes que dolía mirarla. Aun así él no podía apartarse. Lauren se quitó la chaqueta y la tiró al suelo. Los copos de nieve centelleaban en el aire y volaban sobre la arena. Lauren estaba de rodillas frente a él, con la falda levantada. Ya no llevaba las bragas de seda. Lauren tiró de su bañador. Él agitó las manos en el aire intentando verla con más claridad. Los copos giraban vertiginosos. ¿Qué había en aquella naranja? Sintió el pelo de Lauren rozarle los muslos al tiempo que su ardiente boca se cerraba sobre su polla. Se oyó gritar. Fue un sonido tan dolorido que en un principio no reconoció en él su propia voz. Ella lo miró, haciendo que se ruborizara por verse a sí mismo en medio de su sonrisa. La nieve caía ya más aprisa, crujiendo, formando montoncitos. Danny seguía sin poder imaginar cómo era posible.

No era nieve. Al mirar al cielo lo comprendió. Eran estrellas. Estaban cayendo las estrellas; constelaciones de plata girando en el aire: Perseo, Orion, la Osa Mayor. Todas desaparecidas. De seguir por ese camino toda la Vía Láctea acabaría alfombrando la playa. Se le doblaron las rodillas cuando Lauren le clavó las uñas, desgarrándolo. Se apretó contra ella, jadeando, derramando su calor en la garganta de Lauren.

Ella se puso en pie, pasándose el dorso de la mano por la boca, con expresión lánguida y saciada. Se bajó la cremallera de la falda, se despojó de la blusa y se estiró. Era suave y reluciente, flexible como mercurio, bañada por las estrellas.

Danny se tambaleó, más allá del agotamiento. Se la quedó mirando mientras ella simulaba no darse cuenta. Era Itzamna, la diosa maya de las brumas matinales y los lagos subterráneos... altiva y etérea. Para la diosa, los hombres ahogados eran sagrados. Ella dejaba que con sus musgosas manos trenzasen lirios en su pelo.

—Te he echado de menos. —Danny se odiaba por decir aquello. Quería conservar algo fuera del alcance de ella.

—Lo sé —Lauren suspiró, dándole un beso leve y salobre.

Danny la puso en pie y la hizo girar en círculos perezosos, con las manos en sus nalgas. La risa de él era honda y libre mientras hundía sus dedos en ella. La hizo girar aún más deprisa, sin dejar de mover los dedos mientras la arena saltaba en remolinos a su alrededor, con un ritmo fuera de todo control, hasta que ambos se derrumbaron sobre la chaqueta de Lauren.

Danny la penetró lentamente. Lauren lo apremiaba con mordiscos y pellizcos intentando obligarlo a entrar más adentro, pero él se mantuvo firme, avanzó despacio, perdiéndose en ella. Los dos se encontraban de nuevo en Yucatán, nadando en un estanque de piedra caliza, el agua salpicada por la luz del sol que, sobre sus cabezas, perforaba la selva. Lauren nadó bajo el agua y Danny la siguió hasta las profundidades de un verde pálido y aún más abajo, donde la luz del sol se teñía de un verde más oscuro. Lauren volvió la cabeza y le hizo señas de que se acercara. Danny vaciló. El agua brilló y se volvió roja.

Lauren gimió y Danny volvió a la playa, con las piernas de ella entrelazadas en el

hueco de su espalda, sujetándolo dentro de ella hasta el fondo. Al empezar, ella le mordió el labio inferior, apretando con fuerza. Él intentó soltarse con un grito de dolor, empujándole la cabeza, pero ella lo agarró firmemente.

Lo soltó una vez que hubo terminado. Danny cayó de espaldas y permaneció tumbado, jadeante junto a ella. El corazón de Lauren latía con tal fuerza que Danny pensó que era el suyo propio. El cielo estaba árido y negro.

—¿Qué has hecho? —Danny temblaba de nuevo, sabiendo ya la respuesta.

Lauren se encogió de hombros. Fue un movimiento indiferente, como si al volver de hacer compras viera una multa en el parabrisas.

—Estuve en tu casa de la playa —dijo Danny.

Lauren puso el dedo en la mota de alquitrán que había junto al párpado de Danny y la hizo rodar por la mejilla.

Danny la apartó de un manotazo.

—Estuve allí.

Ansiaba alejarse pero no pudo, hipnotizado por las paredes salpicadas de sangre, por los espantosos jeroglíficos que ella había trazado.

Lauren saltó sobre él, mirándolo desafiante con sus ojos fríos, ante la expresión sobresaltada de Danny.

—Venga, cuéntame una historia —dijo, presionando con el antebrazo su garganta.

Danny la empujó, pero ella descargó todo su peso sobre su garganta, impidiéndole prácticamente respirar. ¿Cómo había llegado Lauren a ser tan fuerte? Sentía una presión creciente en las sienes y al tiempo notaba los brazos pesados, tan pesados que no merecía la pena hacer el esfuerzo de levantarlos...

—Cuéntame una historia —dijo.

Los ojos de Lauren eran tan inmensos y azules que por un instante fue como si amaneciera y él se encontrara mirando el cielo matinal. Ansiaba decírselo. Sentía que su polla crecía de nuevo y se endurecía. Era tan extraño que también anhelaba decírselo. Tal vez eso la hiciera detenerse. Pero lo único que salió de su boca fueron unos débiles sonidos estrangulados.

Danny vio sus propias manos tratando de agarrarla, de pelear, pero actuaban por sí mismas. Lauren agitó el pelo, desmelenado, salvaje y caprichoso. Era ya noche tan cerrada que todo cuanto Danny podía ver era la cruel expresión de su boca planeando sobre él. Tal vez se estuviera quedando ciego. Sintió que ella le cogía su pene erecto y lo apretaba en el puño. Danny ya sabía en qué se había transformado ella: era Ixtab, la diosa de las cobras y las culebras.

—Un buen chico católico. —Lauren retiró el antebrazo de su garganta y, retrocediendo, lo fue introduciendo en ella, emitiendo jadeos leves y cortos mientras avanzaba a lo largo del miembro centímetro a centímetro, como si alguien estuviera llevando la cuenta.

«Yo llevo la cuenta», se dijo Danny. Respiraba como si lo hiciera por el ojo de una aguja, pero era suficiente. Era mucho. Había un resplandor en los límites de su

visión que cada vez adquiría mayor brillantez. Así es como se dio cuenta de que tenía los ojos abiertos. Podía oír a Lauren susurrando mientras giraba sobre él. Era un sonido feliz, satisfecho, una boya señalizadora en el mar de la noche.

Habían vuelto las estrellas. Danny pudo verlas titilando detrás de Lauren mientras se balanceaba sobre él, atrás y adelante, adelante y atrás, agitando con deleite la cabeza. Danny puso las manos sobre sus caderas, hundiéndose más profundamente. Lauren gritó, pero él mantuvo la boca cerrada.



Lloyd permanecía con el receptor pegado al oído, mientras observaba a Boyd practicar sus ejercicios rutinarios a los compases de la música de ópera alemana de su magnetófono. Boyd se movía lentamente, con gracia, como una perfecta estatua rosada en el gimnasio desierto, con los timbales retumbando a su alrededor. Boyd retrocedió y flexionó los bíceps ante el espejo de la pared, extendiendo en abanico sus dorsales. Los músculos a lo largo de los lados del pecho sobresalieron, semejantes a hojas. Como si tuviera alas. Tanto él como Boyd tenían unos dorsales asombrosos: la espalda en v que gustaba a los jueces y que hacía resaltar aún más la delgadez de su cintura.

Spiderman contestó al teléfono a la segunda llamada.

—Ya lo tenemos —anunció Lloyd, sin apartar vista de Boyd—. Díselo al tío Arthur.

—Buen chico. —Spiderman daba la impresión de estar hablando con el caniche de alguna anciana.

—Aún no nos ha dicho nada. —Lloyd se echó en la mano una docena de cápsulas de 500 miligramos de vitamina E—. El hombrecillo no hace otra cosa que preguntar por alguien llamado Eddie. —Fue cogiendo las cápsulas una por una y, tras romperlas con los dedos pulgar e índice, hacía caer el aceite al fondo de la garganta—. ¿Quién es Eddie?

—Seguro que no lo sé. —Spiderman hablaba a Lloyd con la boca, pero el resto de él estaba en algún otro sitio. Boyd cayó sobre una rodilla con un impulso completo del tendón del muslo. Los músculos de sus pantorrillas se hincharon mientras la dama alemana chillaba en el magnetófono y los címbalos resonaban. Lloyd sacudió la cabeza. Los dos tenían el mismo problema con la simetría. Sus piernas eran buenas, pero en comparación con los macizos torsos parecían algo desproporcionadas.

El hombrecillo miraba a Boyd con la boca abierta. Debía de sufrir alguna alergia, porque siempre estaba metiéndose el inhalador en la nariz y aspirando. Al hacerlo echaba la cabeza violentamente hacia atrás. La gente que no se cuidaba contraía todo tipo de fiebres y enfermedades. Él y Boyd jamás tuvieron un resfriado. A Lloyd le daba lástima la gente enferma, porque siempre parecían tristes y despedían un olor acre.

—¿Qué hacemos con él? —preguntó Lloyd a Spiderman.

—Eso es cosa vuestra.

—Espera un momento —dijo Lloyd—. Tú dijiste que tal vez supiera dónde está ese Danny, el marido. Dijiste que eran amigos.

—Así es.

Sí, así es. Vaya tío.

—Entonces ¿qué hacemos con él? —preguntó Lloyd—. Yo y Boyd podemos hacerle hablar.

—El doctor Reese y yo ya no estamos interesados en el señor Fernández —dijo Spiderman—. Tengo la situación bajo control.

—¿Y qué pasa con nosotros? —Lloyd apenas podía oír a Spiderman con los gritos de la dama cantante. Boyd tenía las manos detrás de la nuca y flexionaba los pectorales. Su cuerpo tenía un suave lustre, mientras los músculos lisos del pecho palpitaban con la intensidad de su ejercicio gimnástico. Iban a dar el golpe en la competición incluso si la simetría no estaba del todo ajustada. No cabía duda. Lloyd partió otra cápsula pero no acertó a echársela en la boca, de manera que el aceite de la vitamina E le resbaló por la barbilla. Partió otra—. ¿Qué hacemos con él?

—En realidad no me importa lo que hagáis. Sólo quiero que seáis unos buenos chicos y no le deis vuestra dirección ni vuestro número de teléfono.

—¿Te crees muy gracioso, Spiderman? —Lloyd se dio cuenta de que estaba hablando con la línea cortada. Estrelló el teléfono contra la pared, resquebrajando la pintura.

—¿Qué pasa? —preguntó Boyd.

—Ahora Spiderman ya no necesita verlo —dijo Lloyd, señalando al hombrecillo. Sencillamente habían estado perdiendo el tiempo. Como si no tuvieran nada mejor que hacer.

Boyd dejó de posar.

—¡Lo sabía!, sólo estaba intentando quitarnos de en medio. —Los ojos de Boyd se hicieron tan pequeños que el hombrecillo empezó a temblar. Boyd se acercó a él, le arrancó la camisa ensangrentada y acercó su cara a la de él.

—Éste es tu día de suerte, bola de sebo.

Boyd lo arrastró hasta el banco de halterofilia. El banco estaba ligeramente almohadillado y recubierto de cuero, la barra y los discos eran de acero cromado. Cuando trabajabas con las halteras, podías verte reflejado en la barra al levantarla sobre la cabeza. Era una gran motivación.

El hombrecillo tenía el pecho realmente ancho y sus bíceps tenían una buena curvatura de músculos. Sin embargo había demasiada grasa en su cuerpo. Con el programa adecuado podría resultar aceptable. Nada competitivo, aunque aceptable.

Boyd se tumbó en el banco e hizo dos rápidos levantamientos. Al incorporarse, su respiración era normal.

—Tu turno —dijo al hombrecillo.

El hombrecillo tomó una dosis más de su inhalador. Probablemente consumía demasiados productos lácteos. La proteína animal provocaba la formación de mucosidades y creaba problemas como la halitosis, el cáncer y la diabetes. Aquel tipo se estaba matando con su tenedor.

El hombrecillo sacó la haltera de su soporte. Lanzando un gruñido la dejó caer y luego la puso de nuevo lentamente en su sitio.

—No está mal —dijo Boyd—. Pon otra pesa, Junior.

Lloyd cogió un disco de diez kilos y lo introdujo por un extremo de la barra, mientras Boy hacía lo mismo por el otro. El resultado fue una haltera de 150 kilos.

—Os daré el doble de lo que os paga Eddie —jadeó el hombrecillo—. Dime tu precio, tío. Nada de coñas.

—No conocemos a ningún Eddie —le explicó Lloyd—, ya te lo hemos dicho, pero no prestas atención. —El hombrecillo no sobreviviría cinco minutos en la jungla. No era extraño que el tío Arthur no quisiera verlo. El señor Jabalí sencillamente lo destrozaría.

—Te crees gracioso. —Boyd tenía la cara ferozmente contraída—. Tú y ese tal Danny. Como si no tuviésemos otra cosa que hacer que perseguiros a los dos por todas partes.

—¿Quién? —preguntó Cubanito—. ¿Qué Danny?

—Ahora a nadie le importa ya lo que sepas —dijo Boyd, apretando los dientes—. Ya no importas. Y tampoco él.

—¿Habéis pensado alguna vez vosotros dos en invertir en McDonald's? —dijo el hombrecillo. Parecía asustado. Probablemente jamás había trabajado en toda su vida—. Con algo pequeño en un buen lugar podríais tener dinero a porradas. Maldito sea si no podríais comer gratis.

—Nosotros no comemos carne, bola de sebo —dijo Boyd.

—Eso está bien. —El hombrecillo intentó levantarse—. Entonces tenemos croquetas. Croquetas de pollo, tío.

Boyd lo tumbó otra vez, de un empujón.

—Mueve algo de peso.

—Adelante. —Lloyd asintió. Dio unas palmadas al hombrecillo en el hombro y luego sacó una haltera del soporte—. Tendrás mejor aspecto y te sentirás mejor.

La pesa se deslizó y emitió un ruido sordo al caer sobre el pecho del hombrecillo. Éste gruñó, arqueó la espalda e intentó librarse de la haltera.

—¡Empuja! ¡Empuja! —lo animaba Lloyd, ayudándolo a levantarla—. ¡Adelante! ¡Adelante! —La haltera resonó al caer sobre el soporte y la barra se dobló por el peso de los discos.

—¡Buen trabajo! —dijo Lloyd, guiñándole un ojo.

—Puede hacerse, puede hacerse —contestó el hombrecillo con su peculiar y jadeante sonsonete. Estaba bien.

—Otro par de pesas —dijo Boyd.

—No sé... —Lloyd miró a su hermano—. Creo que está saturado. Tal vez pudiéramos establecer un programa de trabajo...

Boyd introdujo violentamente un disco de diez kilos en la barra.

—No estamos entrenándolo, estúpido.

—¡Ah...! —Lloyd vaciló. Luego introdujo un disco por el otro extremo.

La cabeza del hombrecillo parecía un globo rojo con una cara pintada sobre él.

—¡Sois unos cabrones! —gimió—. Unos jodidos Baby Hueys. —Su cabeza iba de un lado a otro—. Unos enormes y jodidos bebés. Eso es todo lo que sois, tíos.

Sudaba terriblemente y el sudor goteaba fuera del banco. Flotaba en su propio hedor.

—Tienes que concentrarte —le musitó Lloyd—. Es algo entre el peso y tú. No puedes permitir que te venza.

El hombrecillo farfulló algo de Madonna. Lloyd se dijo que resultaba extraño que en ese momento se acordara de una ramera cantante. Tal vez empezara a cansarse de oír a la dama alemana en su magnetófono. Lloyd le entregó otro disco, pero el hombrecillo ni siquiera lo intentaba. Hubo un sonido como de chasquido húmedo cuando la barra cayó sobre su pecho. Lloyd tuvo de ponerla él mismo en su sitio.

—Otro par de pesas —dijo Boyd.

Lloyd miró a su hermano, se encogió de hombros e introdujo otro disco de diez kilos.

—Por favor, tío —musitó el hombrecillo—. Por favor.

Le salía sangre de la nariz y tenía los ojos en blanco.

—Puedes hacerlo, hombrecillo. —Lloyd levantó la haltera, sosteniéndola para él—. Cógela. —Engarfió los dedos del hombrecillo alrededor de la reluciente barra de acero.

—¡Vamos, piensa con fuerza!

Lloyd soltó la haltera.

El hombrecillo chilló como una jovencita.



Danny abrió los ojos y vio a un chiquillo con una camiseta de Snoopy que lo empujaba con un palo. Se puso rápidamente en pie buscando su bañador, mientras la escandalizada madre del crío se lo llevaba a rastras mirando a Danny por encima del hombro.

Danny parpadeó ante los primeros destellos matinales en la bahía. Tenía arena adherida al lado de la cara sobre el que se había dormido en la playa. Recordaba de manera difusa a Lauren musitando un adiós con los primeros albos.

La noche anterior lo había cogido por sorpresa, lo había pillado desequilibrado y sin aliento. Era una página de una de las conferencias de Lauren sobre psicología corporativa: tu incursión inicial debe anticiparse a la reacción de la competencia. De esa manera ellos siempre quedan un paso atrás.

Su traje de faena colgaba arrugado sobre el murete junto al mar, empapado y con arena pegada. Pese a todo Danny se lo enfundó, sin prestar atención a las miradas asombradas de la gente que pasaba por allí camino del trabajo.

Le dolía todo el cuerpo. Tenía la espalda arañada por la arena y un profundo corte en la pierna por haber pisado una concha rota.

Danny recorrió lentamente las dos manzanas hasta su edificio, recordando la suavidad de la piel de Lauren, el calor de su aliento junto a su cuello. Se pasó una mano por el pelo y cayeron de él bucles de algas marrones. La marea se había precipitado sobre ellos la noche anterior.

Esa noche Lauren no había logrado cuanto quería. De lo contrario no hubiera aceptado reunirse con él de nuevo al anochecer, en algún restaurante ostentoso del *Queen Mary*. Tendría que haber sido en el *Titanic*. Un trémulo abrazo en la cubierta de proa, sirenas resonando en la oscuridad, icebergs en el horizonte y la brújula girando como una peonza.

Eilene salió de su apartamento cuando Danny empezó a subir las escaleras. Él vaciló un instante.

—No te preocupes. No voy a morderte. —La sonrisa de Eilene era cansada aunque alegre. Vestía una limpia blusa blanca y unos vaqueros Guess, perfectamente planchados.

—¿Quieres que te haga un poco de café? —preguntó quitándole arena de la mejilla.

—No, gracias de todas maneras —dijo Danny.

—Supongo que ya has oído hablar de mi café.

Era la primera vez que Danny la oía reír desde que Blaine se había ido.

—Estás preciosa, Eilene.

Eilene rechazó el cumplido con un ademán, aunque parecía complacida.

—En las dos últimas semanas debo de haber engordado cinco kilos —dijo—. ¡Eh! ¿Son alas eso de tu cuello? No sabía que los ángeles de la guarda fueran por ahí tonteando.

—¿Qué te hace pensar que tonteamos?

—Soy celosa. —Eilene lo besó en la mejilla limpia—. He de irme. Blaine llamó esta mañana. —Enrojeci—. ¡Vuelve a casa!

—Maravilloso.

—Dilo, como si lo sintieras —dijo Eilene con un mohín—. Blaine necesita que le envíe algún dinero para el billete de avión. Todo se va a arreglar. Ya verás. —Se alisó el pelo—. ¿Tengo los ojos hinchados? Blaine dice que estoy demasiado vieja por las mañanas.

—Blaine tendría que hacerse revisar la vista —dijo Danny.

A Eilene le brillaron los ojos.

—Eres un encanto. —Le apretó la mano—. Ahora no puedo hablar. Si Blaine encuentra un trabajo tal vez le haga cambiar de idea.

Se alejó pero, de súbito, se detuvo y volvió sobre sus pasos.

—Estoy tan emocionada que casi se me olvida —dijo—. A primera hora de la mañana oí que alguien subía las escaleras hacia tu apartamento. Pensé que tal vez fueran esos mazacotes de carne con camisas hawaianas, los de ayer. Pero cuando miré no había nadie por allí. ¿Estás seguro de que no tienes problemas?

—Gracias por la información —dijo Danny.

Reflexionó sobre aquello mientras ella desaparecía calle abajo. Ni un solo visitante durante casi un año y ahora, de repente, se convertía en una celebridad. Subió despacio a su apartamento, casi esperando que alguien saltara sobre él desde su rellano: Steiner, Cubanito, Freddy Krueger.

Danny se paró delante de su puerta. En la cerradura podían verse unos leves rasguños. Acercó el oído y escuchó. Lo único que oía eran los latidos de su corazón. A toda marcha. Miró en derredor. Los coches avanzaban lentamente por la calle y los televisores zumbaban desde las casas cercanas. Nada fuera de lo normal por allí. Aun así, vaciló antes de coger el pomo de la puerta.

Lo hizo girar y abrió. La habitación estaba en penumbra; sombras debajo de su escritorio y detrás del sillón, sombras en el rincón de la cama. Eso le pasaba por dejar las cortinas echadas. Tenía que tomar nota: «dejar encendida una luz la próxima vez que salga». Y una linterna. Elvis lo miraba desde el retrato aterciopelado de la pared de enfrente. ¿No hay peligro, *bubba*? De repente el refrigerador empezó a zumbear y Danny se sobresaltó.

Había algo distinto en la habitación, cierta pesadez en el ambiente. El apartamento se encontraba en el fondo de un profundo pozo. Tuvo que hacer un esfuerzo consciente para respirar. Alguien había estado allí, absorbiendo toda la vida

del lugar.

Atravesó sigilosamente la habitación, con los ojos fijos en la puerta del cuarto de baño entreabierta, escuchando con tal atención que podía oír las gotas que caían del grifo de la bañera. No podían ser los dos tipos con camisas hawaianas, por lo menos si eran tan grandes como Eilene le había dicho. No había sitio suficiente para ellos en el diminuto cuarto de baño.

Cogió el trofeo de natación que había sobre la repisa de la chimenea y lo sopesó. Le hubiera ido mejor un bate de béisbol o un palo de *hockey*. Ésa era la historia de su vida; había elegido el deporte equivocado. ¿Por qué respiraba con tanta fuerza?

Danny abrió de un puntapié la puerta del baño, enarbolando el trofeo. Vacío. Se aseguró mirando detrás de la cortina de la ducha y luego se sentó sobre la taza del retrete. Empezó a reírse con fuerza, pero la risa se le heló con la misma brusquedad con la que había surgido, al darse cuenta de que su navaja de afeitar se encontraba en el lavabo, con el filo hacia arriba. Él nunca la dejaba así. Jamás.



Holt se sentó en la cama de Steiner, en el hospital, y le cogió la mano. Éste se despertó sobresaltado y sonrió al ver quien era.

—Al parecer no puedo quedarme mucho tiempo —dijo ella.

—¿Qué tal te va, Jane? —Steiner tenía los ojos hundidos, pero su apretón de manos fue vigoroso—. Caramba, tienes un aspecto formidable.

Holt señaló con la cabeza hacia un monitor cardíaco que había junto a la cama de Steiner.

—Si eso fuera un polígrafo, se te hubiera fundido un plomo.

Jane vestía la indumentaria favorita de Steiner; un traje blanco hasta media pierna, con cuello marinero y un cordón rojo. Él decía que tenía un parecido con Betty Grable. Era más bien una Betty Grable extenuada. Era evidente que hacía turnos dobles y que además le resultaba difícil dormir. Cada vez que cerraba los ojos veía el trozo de alambre de cobre enrollado en el muñón de los genitales de Tohlson; una boca roja entre sus muslos, de una lividez mortal.

Steiner hizo sonar los delgados alambres azules que le asomaban bajo la ropa, conectando al monitor los electrodos que tenía en el pecho.

—Ni siquiera están calientes —protestó.

El monitor dio una lectura digital del ritmo del corazón y de la presión sanguínea. Tres minúsculas plumas garrapateaban líneas oscilantes a lo largo de un carrete de papel cuadriculado rojo, registrando una información más exacta de su estado. Parecía realmente un polígrafo.

Steiner pulsó una clavija y un engranaje empezó a chirriar, levantando lentamente la parte superior de la cama hasta quedar sentado. El color fue volviendo a sus mejillas, en oleadas rosadas que borraban su palidez grisácea.

—¿Todavía sigue presionándote el capitán para que resuelvas el caso?

Holt se puso rígida y empezó a arreglarle la almohada.

—Eso es lo que imaginaba —siguió diciendo Steiner—. Sé que estás convencida de que todo debe hacerse según lo establecido, pero esas reglas no cubren todas las situaciones. Si vas a seguir ajustándote a las reglas no sacarás nada en limpio.

—El capitán siempre tan acomodaticio. —Holt dio unos golpecitos para alisar la almohada—. Se ha limitado a decir que, a menos que haya obtenido un resultado firme dentro de las próximos cuarenta y ocho horas, pasará el caso a Ryan y Plesa.

—A ese par... —Steiner sacudió la cabeza—. Para ellos todos los casos son fáciles. Se limitarán a buscar a algún chiflado que confesará todo lo habido y por haber, incluido el asesinato de Kennedy. Tenemos suerte de que nos conceda otras

cuarenta y ocho horas. Al capitán no le gusta que los misterios retrasen su reloj.

Desde que se habían hecho cargo del caso, el capitán se había acercado a sus mesas cada tarde, en el preciso momento en que terminaban su primer turno, mientras escribían a máquina sus informes diarios y pensaban en irse a comer. Solía permanecer allí en pie, con las manos en los bolsillos de la chaqueta y balanceándose.

—¿Tienes algo que decirme, Karl? —preguntaba finalmente, haciendo caso omiso de Holt.

Karl levantaba los ojos, como si sólo entonces se diera cuenta de la presencia del capitán, y sonreía.

—Todo va viento en popa, jefe, a pedir de boca. Los chicos malos están prácticamente temblando.

El Departamento se encontraba bajo una presión terrible.

Hasta entonces se había logrado mantener al margen a los periódicos locales, pero un par de reporteros de sucesos sabían que algo importante había ocurrido. Ante sus preguntas el capitán mantenía una política estricta de «sin comentarios» y «la investigación prosigue su curso», pero que los vecinos de Lauren Kiel o alguien de la oficina del forense empezaran a hablar era tan sólo cuestión de tiempo.

Holt hubiera querido tener la misma tranquila seguridad que Steiner. Aquella mañana rompió los cordones de sus Reebok nuevas y las había estrellado contra la pared antes de darse cuenta. Newport era opulenta, educada y blanca, una comunidad sosegada y cerrada, con tres firmas vendedoras de Ferrari, y sin transportes públicos.

En los supermercados podía encontrarse trufas Black Forest y Dom Pérignon, y el fraude en los productos era más corriente que el asesinato. A la ciudad no le gustaban los homicidios sucios, y uno sin resolver era el más sucio de todos. Un caso tan extraño como aquél podía lanzar como un cohete la carrera de Holt. O hundirla definitivamente.

El capitán no se atrevería a destinar a Holt a tráfico o en algo semejante. Sabía lo que una querrela por discriminación de sexo representaría para su expediente personal. No, tenía que mantenerla en la unidad de relaciones con la comunidad, donde su «sensibilidad e inteligencia serían en extremo valiosas, algo inapreciable para el Departamento». Holt se pasaría los días dando conferencias de «No tienes más que negarte» a los aburridos estudiantes de secundaria que cogían la droga de los botiquines de sus padres. Y allí se quedaría.

Sobre la mesilla de noche de Steiner y en la jarra de plástico azul del agua, había un ramillete de margaritas marchitándose, con los tallos combados y casi resecos. Holt cogió la tarjeta que estaba apoyada contra la jarra. En el interior de la tarjeta aparecía la fotografía de una mujer con grandes senos y un uniforme de policía desabrochado. Debajo la mujer sólo llevaba un liguero y medias, con la gorra de policía picarescamente echada hacia atrás. «¡O te pones bien o quedas detenido!», podía leerse. Nadie le había dicho nada, pero Jane sabía que a sus espaldas la llamaban la Reina Glacial. Y si bien tenían prejuicios sobre las mujeres que eran

policías, al menos la respetaban. Sencillamente no les era simpática. Colocó de nuevo la tarjeta sobre la mesa y miró a Steiner.

—Una gran imaginación.

Steiner sonrió, incómodo.

—Medina la trajo a primera hora de la mañana. —Su respiración era ya más difícil y el camisón del hospital colgaba de él como la colada de una cuerda. Por la parte del cuello sobresalían los conductores de plata que le unían al monitor cardíaco y se le veía el pecho liso, afeitado para establecer un contacto limpio.

Viéndolo de aquella manera, Holt echaba de menos sus chistes malos y los pegajosos donuts, sus informes chapuceros y las horrorosas corbatas. Tenía un aspecto vulnerable y débil entre aquellas almidonadas sábanas blancas.

Holt había visto cómo Steiner doblegaba a un sospechoso de adicción a la penciclidina de ciento veinte kilos de peso. El hombre se había plantado en medio de la calle, completamente desnudo, apuñalando el aire con un cuchillo de carnicero y chillando contra «enanos orientales en ovnis». Holt pidió refuerzos con armas, para inmovilizarlo. Como debe hacerse. ¿Por qué correr el riesgo de resultar herido cuando podían inmovilizarle? En lugar de eso, Steiner se acercó a él, esquivó el cuchillo de carnicero y derribó al sospechoso con una llave.

—¿De verdad has detenido a Di Medici? —preguntó Steiner—. Uno de los de la ambulancia dijo que le tenías esposado.

—Claro que le he detenido. ¿Qué esperabas? —Jane cogió una de las margaritas de la jarra y le arrancó un pétalo—. Irrumpió en el lugar del crimen que estaba acordonado, Karl. ¿Acaso carece de importancia?

—Tómalo con tranquilidad —le aconsejó Steiner—. Pues claro que importa. Pero has de admitir que se comportó bien. Yo estaba prácticamente en las últimas y entonces apareció el nadador. Hubo un tiempo en que fue vigilante marítimo.

—Ahora ya no es vigilante marítimo. Es traficante de drogas.

—Eso es agua pasada —afirmó Steiner—. Ayer me salvó la vida.

Había pétalos de margaritas por toda la cama. Holt se sintió enrojecer mientras los recogía con una mano y los echaba a la papelera. Las plumas del monitor seguían con sus garrapateos, registrando cada movimiento del corazón de Steiner.

—No tienes de qué avergonzarte, Jane. Sólo se te adelantó.

—No es eso. —Holt cogió el vaso de agua—. Toma, bebe.

Steiner tomó unos cuantos sorbos por medio de la paja y dejó caer de nuevo la cabeza en la almohada, contemplando el techo con sus acuosos ojos azules.

—Verás —dijo—. En una ocasión dispararon contra un compañero mío durante una reyerta familiar. La mujer agitaba en el aire una de esas «pipas» baratas, que se disparó. —La voz fatigada de Steiner sonaba como si estuviera contando los agujeros de los paneles—. Y déjame decirte que aquel día no me porté precisamente como un John Wayne. Mi compañero yacía en el suelo desangrándose y yo me quedé allí en pie, quieto, como si tuviera las piernas clavadas en el cemento. Quería hacer algo. No

dejaba de increparme a mí mismo para obligarme a hacer algo, pero sólo fui capaz de quedarme hipnotizado mirando cómo se desangraba. Fue la mujer la que contuvo la hemorragia, poniéndole la mano en la perforación del estómago. De haber sido por mí, se habría desangrado hasta morir.

Holt tenía los ojos brillantes de lágrimas.

—Lo siento —musitó—. Me necesitabas y te fallé.

—Vamos, vamos.

Holt tenía los ojos clavados en su regazo.

—Estoy tan avergonzada.

No iba a llorar; las cosas ya estaban bastante mal.

—La gente comete equivocaciones —dijo Steiner—. Tú tuviste una. El nadador cometió algunas también. Déjame que te lo diga, Jane. Todos nosotros hemos hecho cosas de las que no quisiéramos que nuestra madre se enterara.

—Hay una diferencia entre la imprudencia y la venta de estupefacientes. —Holt se aclaró la garganta y se sentó erguida—. Cruzas la línea divisoria con un delito. Y ya no regresas.

—Me gustaría que fuera tan sencillo. —Steiner suspiró—. De ser así dormiría mejor por la noche, porque entonces sabría cómo distinguir a los tipos buenos de los malos.

—No quiero discutir contigo.

Holt se puso en pie y se miró al espejo, pasándose un cepillo por el abundante pelo rojo. Lo tenía brillante y saludable, con un ligero ondulado natural y sin una sola punta partida. Era su única vanidad. Utilizaba un champú y suavizante especiales, franceses, y cada semana se daba un tratamiento con aceite caliente. Hacía que se lo cortaran y se lo modelaran en el salón de un ático donde el personal vestía seda cruda y nadie sospechaba cómo se ganaba la vida.

—Limitémonos a convenir que el señor Di Medici ya no es el principal sospechoso del caso —dijo Holt.

Sentía que Steiner la estaba observando mientras se cepillaba el pelo. En una ocasión, él le había dicho que los habían emparejado porque era demasiado viejo para intentar conquistarla, pero que todavía podía admirar el panorama. Aquello no le importó procediendo de Karl.

—Eres una mujer muy guapa, Jane —dijo Steiner—. Ya sé, ya sé —añadió al advertir la severa mirada de Holt—. Pero necesitaba decirlo. Alguien tiene que decírtelo.

—¿Qué te hace pensar que nadie me lo dice? —le preguntó Holt, burlona.

—Todos te tienen miedo. Pones nerviosos a los muchachos de la comisaría.

—A veces son ellos los que me ponen nerviosa —dijo Holt, señalando la tarjeta de buenos deseos.

—Lo único que digo es que las cosas parecen diferentes cuando uno se encuentra tumbado boca arriba. —Jane hizo una mueca y fue él quien enrojeció, para variar—.

No es eso lo que quiero decir —prosiguió—. Tumbado aquí, inmovilizado de esta manera... bueno, hace que cambies tus prioridades.

Holt volvió a sentarse en la cama para que él no tuviera que forzar la voz.

—Tú y yo tenemos el trabajo más importante del mundo —dijo Steiner—. Pero no lo es todo. Mi mujer se fue al día siguiente de nuestro décimo aniversario. Volvió con los niños a Ohio y me dejó una nota pegada al refrigerador. Y lo más extraño es que me dejó la cena preparada. Rosbif con hortalizas. Mi plato favorito. Demasiado hecho, como de costumbre, pero, qué diablos, fue un detalle. —Steiner parpadeó y desvió la mirada—. Me dije que era mejor así. Pero verás, después de ella, poco importaba con quién durmiera, porque la cama siempre parecía vacía.

»No pude asistir a la graduación de mi hijo —siguió diciendo—. Mi hija ni siquiera se molestó en invitarme a la suya. Cinco nietos y nunca he ido con ninguno de ellos a ver una película de Walt Disney. Parece que nunca tengo tiempo para hacerles una visita. Siempre hay algún caso, algún caso muy importante que se interpone. —Steiner le apretó la mano con tal fuerza que casi la hizo gritar—. Tú tienes que hacer tiempo para la gente, Jane. Tienes que aferrarte a la gente que sea importante para ti y no dejarla ir.

—A ti no voy a dejarte ir, Karl —dijo Holt, en voz queda.

—No dejes que Ryan y Plesa nos quiten nuestro caso. Quiero terminar con un historial impecable, tal como lo empecé. Si llego a salir de esta cama nada podrá impedirme que cierre este caso. Nada. Porque sé que quienquiera que lo haya hecho anda por ahí, riéndose de nosotros. No dejes que ocurra. No les permitas que nos quiten el caso.

—No te preocupes. —Holt echó una ojeada al monitor, pero seguía su marcha con ritmo constante y sin cambios—. Consultaré contigo dos o tres veces al día. Vas a recibir más informes que el capitán.

Steiner miró alrededor como si creyera que hubiese alguien escondido en la habitación.

—Tengo miedo a morir. He participado en una docena de refriegas, me han herido dos veces durante el cumplimiento del deber y jamás me he sentido preocupado. Pero me encuentro tumbado aquí y todo lo que se me ocurre es que esta máquina se para y que los médicos van corriendo por ahí diciendo que estoy muerto, mientras yo no puedo moverme, ni hablar, ni decirles que no lo estoy. ¿No es estúpido?

—De ningún modo. —Holt nunca se había fijado en las manchas hepáticas que Steiner tenía en sus grandes manos.

—Te diré un secreto, Jane. Siempre he tenido miedo a la oscuridad.

—Yo también, Karl. —Le apretó con fuerza la mano—. Por eso nos dejan llevar armas.

Minutos después, la enfermera asomó la cabeza para saber qué era lo que les causaba tanta risa.



Danny se quedó en pie a la entrada del Grace's, envuelto en los aromas de bacon, café y tostadas de pan francés. Sentía los ruidos de su estómago. Lauren le había devuelto el apetito. Entre otras cosas. Se sentía capaz de comerse el mundo.

Se oyó la voz de Grace gritando a alguien por encima del siseo de los huevos fritos y el picadillo, y el murmullo de las conversaciones. La casa de comidas era un lugar donde sólo se servían desayunos y almuerzos, con reservados de tapicería roja a lo largo de la pared y un mostrador con doce taburetes. No se admitían cheques ni tarjetas de crédito.

Las camareras transportaban bandejas con tortillas y rollos de canela calientes a los reservados sorteando la caterva de pequeñas mesas redondas. Aquel día Carol vestía un airoso y corto traje amarillo de verano que hacía resaltar la redondez de sus rodillas. Vio a Danny y lo saludó con la mano. Denise vestía como era habitual en ella: pantalones cortos y una camiseta blanca sin mangas. Nada de sostén, ni de bragas. El año anterior conducía un nuevo Porsche, negro como la noche. En la matrícula se leía «Propinas».

Danny encontró un sitio en el mostrador e hizo una mueca al sentarse. Aún estaba dolorido de la noche anterior. En algún momento durante el tiempo en que estuvieron en la playa, Lauren se había reído de él diciéndole que le faltaba práctica. Estaba sorprendido de que ella no le hubiera dejado un repaso serio garrapateado sobre la arena, concediéndole el beneficio de su asesoramiento profesional. Algo acerca de objetivo compartido y visualización creativa.

Emilio limpió el mostrador y sirvió a Danny un vaso de agua. Danny dio las gracias a su espalda.

Thrasher llegó volando y se sentó junto a Danny. El chico de pelo largo apoyó su maltrecho monopatín debajo del mostrador. Su sonrisa era aviesa y tenía los ojos vidriosos. Thrasher tamborileó sobre el mostrador, esperando que Danny le ordenara algo. Éste le dijo que se acercara un taburete. Thrasher pareció dolido, pero hizo lo que se le decía. Aquella mañana no era suficiente con mostrarse dolido.

A veces Danny estaba convencido que era la única persona del planeta que todavía no estaba mezclada en algo o intentando poder estarlo. Así se lo había dicho a Cubanito después de que le hubiera pagado la fianza, y Cubanito lo había mirado sobresaltado.

—No lo vayas pregonando por ahí, hombre —le había dicho Cubanito—. Estaré jodidamente arruinado.

Después de ducharse Danny había hecho que avisaran a Cubanito para que dejara

de buscar a Lauren. Pero Cubanito no había atendido la llamada.

Danny había recorrido un largo camino desde el mundo académico. Paso a paso. Ya debería tener pertenencias, tendría que estar creciéndole la panza y lamentarse de la chapucera forma de pensar de los estudiantes. Se suponía que Cubanito debería estar trabajando en el lavado de coches, conduciendo un herrumbroso Chevy y decidido a ganar en la lotería.

Formaban una pareja diametralmente opuesta pero tenían un rasgo común: eran fieles a su palabra. Se mantenían firmes junto a sus amigos incluso en circunstancias adversas. Y eso era suficiente.

Unas frases escritas a mano en el espejo que había detrás del mostrador de Grace's proclamaban: «¡Jesús puede darte un puntapié en el trasero!», «¡El milagro siempre es justo!» y «¡No seas un extraño para Dios!».

La primera vez que Danny había comido allí un muchacho universitario, con un pequeño jugador de tenis dibujado en su camiseta de polo de color rosa, dijo a Grace que había escrito mal *extraño*. Le escribió la palabra con grandes letras sobre una servilleta. Grace lo echó. Sencillamente salió de detrás del mostrador y lo hizo salir por la puerta.

—¡Tonto de mierda! —le gritó—. ¡Llévate toda tu sabihondez donde te quepa!

Desde entonces Danny había vuelto siempre allí a desayunar. Al café acudía una clientela mixta de surfistas y monopatadores, hombres de negocios tranquilos y charlatanas madres jóvenes con leotardos de corto francés, que hacían un alto en Grace's después de sus clases de nivel avanzado de aeróbic.

El café era el último de su estilo en Belmont Shore, y un combinado de convecinos. Las cantidades eran abundantes, la comida buena y Grace brusca. El café no anunciaba ni patrocinaba una carroza en el desfile de Navidad ni tampoco ponía nombres extravagantes a las tortillas del menú. Prosperaba porque Grace había tenido el buen tino de comprar el edificio antes de que el precio de los bienes inmuebles subiera como la espuma. Decía que Dios ayudaba a quienes se quedaban en la planta baja. Y tenía razón.

Grace se acercó y se quedó mirando a Danny.

—Pareces un refugiado, señor Piel y Huesos. —Su voz era metal resonando sobre metal. Puso ante él una ración doble de tostadas de trigo con mantequilla—. ¿Qué voy a hacer contigo?

Se puso las manos en las caderas. No le faltaba sitio. Era una abuela de Düsseldorf, con el pelo de color gris acero, fuerte, robusta y maciza como una morcilla.

Danny inclinó la cabeza sobre el mostrador en señal de obediencia. Cayeron unos granos de arena de su cuero cabelludo. Tendría que haber estado más tiempo bajo la ducha.

Grace limpió de nuevo el mostrador.

—*Tschuch* — cloqueó—. ¿Todavía sigues nadando solo de noche? Eres como un

hombre rana. Alguna vez tendrás un calambre y yo perderé a un cliente. ¿Es que nunca has oído hablar del sistema por parejas?

—Mi pareja es Dios, y también mi copiloto, Grace —dijo Danny mientras ella le llenaba la taza de café.

—Mira de qué te sirve —contestó a Danny con tono de reprimenda al tiempo que daba una palmada en la mano de Thrasher, que se deslizaba hacia el montón de tostadas.

Grace se había casado con un sargento norteamericano destacado en Alemania después de la Segunda Guerra Mundial. Al llegarle su turno lo enviaron de nuevo a Texas, y entonces ella cambió su nombre de Gretchen por el de Grace y se incorporó a la iglesia fundamentalista local, la Asamblea del Ardiente Redentor. La iglesia recogía ropas viejas para los niños hambrientos de África e imprimía folletos, advirtiendo a los cristianos contra la compra de armas y oro en previsión de un holocausto racial.

Pegada a un lado de la caja registradora podía verse la postal que Danny le había enviado desde Tijuana. Un Jesús de ojos azules y suave pelo rubio, con su corona de espinas. La sangre rosada caía por su frente, pero su sonrisa no revelaba dolor alguno.

Thrasher cogió la primera tostada de pan blanco de la pila, la embadurnó cuanto pudo de mermelada de fresa y se la zampó, con sus minúsculos ojillos yendo de un lado a otro como harían los de los cangrejos al examinar las corrientes. Vestía un suéter corto y negro y unos deformados calzones cortos, que ostentaban una calavera y dos tibias. No llevaba camisa. En la parte superior de los brazos podía verse una amalgama azul de dragones, vampiros y demonios con ojos de sabandija.

Danny bebía su café mientras Thrasher capturaba otra tostada. Era un juego que habían estado practicando desde que Danny se había convertido en habitual. Grace dejaba que Thrasher se sentara en los taburetes pero se negaba a darle de comer. Tenía que dejarle entrar. Era su hijo pequeño.

Grace volvió a llenar la taza de café de Danny y le plantó delante un rollo de canela.

—Vamos, come —le ordenó.

El café empezaba a espabilar a Danny. Notaba cada uno de los músculos de su espalda. Aquella mañana, medio dormido, Danny había dado media vuelta y había visto a Lauren abajo, en la playa, con el agua de ducha pública formando un arco iris sobre sus senos. Casas silenciosas, calles desiertas. Ninguna otra cosa se movía. Lauren se lavaba con la inocencia de una niña, con absoluta naturalidad. Luego paró la ducha y se sacudió el pelo para que se le secara. Bajo la luz aparecía sonrosada y limpia. Danny pensó que estaba soñando.

Danny pasó a Thrasher el resto de las tostadas y empezó a atacar el rollo de canela. Grace puso delante de él un vaso de zumo de naranja recién exprimido y dirigió una mirada furiosa al monopatín.

—Bébetelo antes de que te sangren las encías —dijo a Danny.

Danny se preguntaba si Lauren habría hecho alguna vez el amor con Tohlson o con cualquiera de los otros. Estaban sumergiéndose el uno en el otro sin importarles quién pudiera verlos ni oírlos. Danny le preguntó sobre Tohlson, pero ella lo besó suavemente, con las pestañas rozándole las mejillas. Y a él dejó de importarle Tohlson. Se sintió otra vez como el viejo Danny: sin miedo. Ya no estaba solo, ni perdido. Ella le había dicho que quería que volviera a ser el viejo Danny. Y él también lo quería.

Giró en el taburete al percibir el perfume. Eilene se sentó junto a él.

—Me alegro de que todavía estés aquí —le dijo—. Siento haber tenido tanta prisa antes. —Se lo quedó mirando con el entrecejo levemente fruncido—. Pareces distinto.

—¿Distinto, en qué? —le pregunto Danny.

—No lo sé. Acaso más feliz. —Eilene le pasó la yema de un dedo por el interior de la muñeca—. Tienes el aspecto de sentirte como yo —sonrió—. Supongo que somos afortunados.

Danny apuró su zumo de naranja, aplastando entre los dientes los diminutos restos de pulpa, llenándose la boca con su acidez.

—¿De manera que has enviado tu dinero a Blaine?

—No lo digas de esa manera. Se gastó hasta el último céntimo intentando introducirse en el mundo de la moda en Nueva York, y cuando se decidió a regresar no le quedaba dinero. Es muy difícil encontrar trabajo en Nueva York.

—Supongo.

—Pues sí que lo es. Todo el mundo es muy competitivo y a Blaine le es difícil hacer amigos. —Hizo una seña a Grace—. Por favor, señora, querría café solo, una tostada y un huevo escalfado.

—No huevo escalfado —dijo Grace. Volvió a llenar la taza de café de Danny y puso otra sobre el mostrador, para Eilene.

—No comprendo —dijo Eilene.

—No-huevo-escalfado. —La gruesa capa de carmín se agrietó con su exagerada pronunciación—. ¿Frito o revuelto?

—Sólo la tostada —dijo Eilene con un mohín desdeñoso—. En serio que no entiendo por qué comes aquí —le dijo a Danny mientras Grace se alejaba.

—Es el ambiente.

—¿Has averiguado quién vino anoche? —preguntó Eilene—. ¿Había alguna nota?

Danny hizo un ademán negativo con la cabeza. Por el espejo podía ver a un hombre alto y flaco sentado solo en la cabina del rincón. Con su traje gris y la corbata de lunares azul parecía un pájaro desgarbado. Uno de esos pobres chiflados que nunca llega a despegar. Denise se acercó a él con una cafetera, pero él le hizo ademán de que se fuera.

Eilene tomó un sorbo de café e hizo una mueca.

—¿Tiene *Sweet'n'Low*? —preguntó a Grace.

Ésta se alejó sin decir palabra.

—Entonces, ¿cuándo llega el avión de Blaine? —inquirió Danny distraído, sin dejar de mirar al hombre en el espejo.

—Blaine debe algún dinero. —Eilene apartó la taza de café lo más posible—. Es muy responsable en lo de pagar sus deudas.

—Claro —dijo Danny. El hombre del espejo comía patatas fritas. Cogía una y ponía *ketchup* a lo largo de ella, y la mordisqueaba hasta terminarla. Luego cogía otra, procediendo de igual manera—. No te vuelvas —indicó Danny—. Mira a ese tipo flaco en el espejo. Observa cómo come. Es realmente cómico.

Eilene miró por un instante al hombre.

—¡Qué traje más horrible! Se parece muchísimo a Pee-Wee Herman —dijo.

Grace volvió con una tortilla para Danny, acompañada de champiñones, cebollas frescas, jamón, queso y bacon frito. Le añadió un suplemento de picadillo y un gran trozo de *strudel* de manzana.

—No se te ocurra protestar —le dijo.

Danny hincó su tenedor en el *strudel*. El Jesús rubio le devolvió la sonrisa desde su inmortalidad.

—No se me ocurriría ni por un instante, Grace.

—Cuando Blaine regrese es posible que celebre una fiesta sorpresa por su vuelta —dijo Eilene—. Podré disponer de unas cuantas bandejas de *sushi* y ese champaña Cru Noir que le gusta. Me gustaría que tuviera más amigos. A mucha gente no le gusta Blaine por ser tan guapo. Los pone nerviosos. Tú vendrás, ¿verdad?

—Claro. Tal vez Blaine se haya vuelto más feo durante su estancia en Nueva York.

Eilene dejó caer la cabeza sobre el hombro de Danny.

—Sólo bromeas. Le he dicho a Blaine que has sido un encanto conmigo. Creo que vosotros dos podríais ser amigos.

En el espejo, Denise puso dos platos de hojuelas delante del flacucho. El hombre vertió todo el frasco del jarabe sobre ellas. La vida era, desde luego, una fiesta improvisada.

Danny se desperezó al salir de su coche en el parque municipal de Huntington Beach; todavía se sentía pesado por la digestión del desayuno. Los chiquillos se columpiaban bajo la mirada vigilante de sus bonitas y jóvenes madres. Tres aburridos empleados del parque permanecían en cuclillas ante las salas de reposo, fumando cigarrillos. Al pasar Danny, uno de ellos lanzó su colilla a la fuente.

Danny atravesó el césped, adentrándose entre los árboles, siguiendo el estrecho sendero polvoriento que circundaba el perímetro. Hacía fresco a la sombra de los árboles y el aire olía a hojas y a periódicos mojados. Giró bruscamente al llegar junto

al pino derribado por un rayo, deslizándose luego entre los arbustos hasta alcanzar un pequeño calvero. Cavó en el suelo con una pala de jardinería hasta encontrar un sobre de plástico herméticamente cerrado que contenía dinero: veinte mil dólares en billetes de cien. Series de números diferentes. El último dinero, acumulado durante sus días de traficante.

Había también un termo de boca ancha. Tras desenroscar la tapadera sacó un revólver Magnum 357 achatado. Hizo girar la cámara, comprobó la mira y también el mecanismo. Perfecto. Dos años bajo tierra y ni el menor rastro de herrumbre en el cromado. Ojalá él estuviera igual.

Danny podía oír los vítores a lo lejos. Al otro lado del parque estaban jugando al fútbol. Alguien había metido un gol. O le habían parado.

Uno de los chiquillos cayó del columpio y su madre corrió hacia él e inclinándose le dio un beso en los rasguños de la rodilla y le secó las lágrimas. Era una rubia atlética que llevaba unos *shorts* blancos casi transparentes. Se preguntó si su marido sabría lo perfecta que era. ¿Trabajaría en una oficina y la llamaría durante el día sólo por oír su voz? Él y Lauren deberían haber tenido hijos. Acaso entonces todo habría sido diferente.

Danny llamó al servicio de avisos de Cubanito. La telefonista le dijo que desde la noche anterior no había llamado para ver si había mensajes. También a ella le parecía extraño. Danny intentó comunicarse con Michael. No hubo respuesta. Tampoco le contestó máquina alguna. Él no permitía que se le escapara una llamada. El teléfono era su contacto con el mundo. Danny reflexionó sobre ello y se sintió contento de tener un arma.



Apareció el mensaje esperado tan pronto como la detective Holt lo introdujo en su ordenador. Apretó la tecla de mensajes, con el estómago tenso.

«Si eres incapaz de determinar cuál es el sospechoso con más probabilidades del homicidio en la casa de la playa, tal vez puedas sugerir al menos una teoría creíble que me sea posible ofrecer a los intrépidos miembros del Cuarto Poder. O haces tu trabajo, detective, o te apartas para que otros lo hagan.»

Antes de condenar el mensaje del capitán al infierno de los ordenadores, Holt hizo una copia para sus archivos. No era en modo alguno probable que pudiera plantear un caso de hostigamiento, ya que el capitán era demasiado astuto para eso, pero ella creía firmemente en el valor de un archivo completo.

El sol, penetrando sesgadamente a través de las persianas Levelor de la sala de la patrulla de detectives, en el quinto piso, trazaba precisos dibujos sobre la gruesa alfombra de lana azul cerceta. Holt podía ver las embarcaciones de vela navegando perezosas por la bahía de Newport.

El departamento de policía de Newport, reducido, con personal de alta graduación y eficiente, era reconocido como «el prototipo del departamento de policía moderno» por el *American Journal of Criminology* y como el club de campo por otros agentes de la ley del sur de California. Los diez detectives del departamento tenían un sistema de rotación en sus cometidos que lo cubría todo, desde el robo a mano armada hasta el homicidio. Al cabo de decenios como avanzada suburbana, el departamento de policía de Newport estaba ya considerado como el trampolín para alcanzar los altos mandos.

El jefe Evans había cabildeado con éxito una emisión de bonos para construir un nuevo edificio. El sistema informático y los helicópteros habían sido pagados con donaciones federales. El departamento disponía de un sistema de láser portátil de quinientos mil dólares, capaz de analizar huellas digitales en un *kleenex*. La estratagema consistía en presionar a los detectives para que cerraran rápidamente los casos, sin demorarse con indicios que pudieran retrasar la investigación. Los detectives que no mantuvieran un índice de condenas saludable se arriesgaban a que se hiciera una evaluación negativa de su trabajo.

Los detectives de la policía de Newport Beach no juraban. No fumaban ni llevaban barba. Vestían trajes oscuros, llevaban corbatas de representante y trataban a los sospechosos de usted. Tenían títulos universitarios. No les importaba quién ganara las World Series o la Super Bowl. Jugaban al tenis y sus hijos competían en la liga local de fútbol. Las mesas se mantenían ordenadas y se permitía un máximo de una

fotografía personal en un marco de metal estándar. La sala de la patrulla le recordaba a Holt la oficina de bolsa y cambio de la que su padre era socio fundador. Steiner aseguraba que, de no tener tan próxima la jubilación, habría pedido el traslado.

El escritorio de Steiner era contiguo al suyo, con una fotografía dedicada de Joe di Maggio, frente a una de Marilyn Monroe de tamaño cartera. Papeles y expedientes aparecían amontonados al azar, y un puñado de lápices surgían enhiestos de un feo cubilete en el que podía leerse «Oakland Raiders». Durante su primer día en el departamento, Holt vio a Steiner sacar los lápices del cubilete, llenarlo de café y añadir luego cuatro centímetros de azúcar, que removió con uno de los lápices.

Holt sumergió la bolsa de té en su cubilete lleno de agua caliente mientras trazaba sobre un cuaderno oficial el diagrama de los detalles. Aquella mañana bebía menta con camomila, ya que en el paquete se decía que calmaba los nervios alterados. Era el momento de una bolsita nueva. Sacó la otra y después de exprimirla la echó a la papelera. Steiner se burlaba de ella por ser tan meticulosa, pero no le gustaba dejarlo todo hecho un desastre para el conserje.

El cuaderno amarillo no le servía de nada. Debajo del nombre de Lauren Kiel había anotado «ningún motivo aparente», «nadie que la ayudara para llevar a cabo la muerte» y «desaparecida». Los celos y el historial de violencia de Danny proporcionaban un motivo, y tenía fuerza física suficiente para dominar al doctor Tohlson y colgarlo del techo. Pero Steiner tenía razón. Di Medici no era inocente, pero no había matado a Tohlson. El único respiro que habían obtenido en ese caso era el hallazgo del cuerpo y ello fue debido a un aviso anónimo. Tal vez en eso hubiera acertado el capitán.

Pero todavía quedaba el hermano: Michael Kiel. Holt había procedido a una comprobación, confirmando que se trataba de un hombre de negocios auténtico, que cosechaba grandes éxitos y que nunca había dejado pendiente pago alguno. Y sin embargo, a ella seguía pareciéndole algo extraño. El señor Kiel sentado allí, en su pequeña y glacial habitación contestando a sus preguntas con un porro colgándole de la comisura, al borde de ninguna parte, rodeado por sus condecoraciones.

Al otro extremo de la sala Ryan y Plesa revisaban a un sospechoso, un tipo escuálido y con aspecto de conejo, con cicatrices de acné y expresión torva, que rápidamente iba transformándose en profunda contrición. Probablemente un natural de Tustin o Santa Ana a quien habrían pescado levantando cubiertas de coches en los Heights, creyendo que pasaría inadvertido mientras no estableciera contacto visual. Plesa mecanografiaba en la computadora con dos dedos, tac-tac-tac, el informe de la detención, mientras Ryan se encontraba sentado junto al sospechoso, con su mano pálida y blanda descansando sobre el hombro del chico. No pasarían cinco minutos antes de que éste estuviera llamando a su madre. Diez como mucho.

Dos mesas más abajo, Nichols se inclinaba sobre un montón de álbumes con fotos de delincuentes junto a la señora Pierce-Addington, una de las patrocinadoras locales: una viuda menuda y frágil con el escaso pelo intensamente teñido de rojo y rizado al

estilo de una joven moderna. Parecía que llevara una gorra de ducha de celofán naranja. Los diamantes centelleaban en sus dedos, surcados de venas azules, a medida que pasaba las hojas lentamente, con minucioso cuidado, ya que no se quería perder el más mínimo detalle.

La señora Pierce-Addington se dejaba ver por allí de forma regular dos veces al mes para mirar las caras en los álbumes. Caras toscas, feas y de párpados pesados, caras de jóvenes del coro, de piel suave y sonrisas depravadas, caras brutales con horrendas cicatrices y narices aplastadas. Holt sólo se había ocupado una vez de ella, pero seguía recordando el pesado perfume de agua de rosas de la anciana y la forma obscena en que movía los labios mientras iba pasando las hojas, con los ojos brillantes a causa de algún íntimo placer.

El informe de la autopsia de Tohlson revelaba que sus tejidos estaban saturados de todo un surtido de drogas ilegales y de otras autorizadas en medicina. Marihuana, cocaína, morfina, Percodan, Valium. Además de otras sustancias que las pruebas farmacológicas habían sido incapaces de identificar.

Según el doctor Reese, Tohlson tenía acceso a gran variedad de drogas dentro del marco de su investigación. Aun cuando tenían la obligación de llevar un estricto registro, Reese había admitido que tal vez Tohlson hubiera sustraído drogas sin que nadie lo advirtiera. Holt ya había solicitado a la junta estatal que inspeccionara a Reese Pharmaceuticals y su manejo de sustancias bajo control.

Y no es que fuera a servir de algo: a causa de los recortes presupuestarios sólo disponían de veintiocho agentes de calle para vigilar todo el estado. El funcionario al que Holt le entregó el informe le dijo que el año anterior habían recibido más de dos mil trescientas quejas, en su mayoría sobre recetas de médicos de la ciudad para píldoras de adelgazamiento, a cualquiera que pagase los treinta y cinco dólares de honorarios. Los casos se remontaban a tres años atrás, y seguían aumentando.

Holt hurgó en su bolsa buscando el Roloids, enfadándose aún más al no encontrarlo. Finalmente cerró con fuerza el bolso, abrió el cajón superior del escritorio de Steiner y sacó una botella de tamaño económico de Peptobismol. Tomó dos cucharadas, haciendo una mueca a causa del sabor dulzón y a yeso. Al empezar a trabajar en el departamento, Steiner la había sobresaltado, al ver que se lo tomaba directamente de la botella y se relamía aprobador. Los demás detectives eran más discretos. Vertían tres dedos de Peptobismol en tazas de papel, antes de las instrucciones de las ocho de la mañana. El aliento les olía a greda. Lo achacaban a las comidas rápidas y a las interminables vistas en los tribunales.

Steiner no trataba de engañar ni daba excusa. Decía que, en los viejos tiempos, cuando el trabajo era más a cuerpo descubierto que diplomacia, todos los detectives guardaban en su escritorio un cuarto de galón de *whisky* de centeno. En la actualidad un poli necesitaba Tagamet. Afirmaba que la frustración era el ácido más corrosivo del mundo. Puede devorarte hasta el alma.

Holt dijo a Steiner que sería mejor que hiciera algo de *jogging* o de natación;

incluso se ofreció a enseñarle algunos ejercicios de relajación. Él se limitó a sonreír. A los tres días de ocuparse del caso Tohlson, Holt había empezado a hacer incursiones en el cajón superior del escritorio de Steiner. Éste le sonrió más abiertamente y dijo que era posible que se hubiera graduado en la academia con el número uno de su clase, pero que era ahora cuando se había convertido en una policía auténtica.

De acuerdo, era una auténtica policía. Ve y díselo al capitán.

El teléfono que estaba sobre la mesa de Steiner sonó tres veces. Momentos después sonó el suyo. Holt lo cogió a la primera.

La voz del hombre era áspera y cortante.

—Quería a Steiner.

—El detective Steiner no está. ¿Puedo hacer algo por usted?

Holt echó mano de su bloc de notas.

—Negativo. Mi información es para Karl.

—¿Quién habla? —Silencio—. Karl es mi compañero. Si tiene algo que decir puede decírmelo a mí. —Silencio—. ¿Hola?

—¿Es usted la muñeca de sociedad de la que me habló?

Holt decidió no colgar.

—Sí.

—Quiero que esto sea estrictamente confidencial, detective. Hago esto como un favor a Karl. Que quede bien sentado.

A Holt se le rompió la punta del lápiz.

—¿Quién es usted?

—Un coronel del ejército de Estados Unidos. Es cuanto necesita usted saber. Karl me pidió que revisara el historial militar de un tal Tohlson, Harold Tohlson.

Holt maldijo en su fuero interno a Steiner. Esos expedientes eran materia reservada. Recorrió con la mirada la sala.

—¿Se trata de una solicitud oficial?

—Formidable, detective. Por favor, diga a Karl que he llamado.

—¡Espere! —Vio a Plesa mirar hacia ella—. ¿Coronel? —musitó.

—¿Dígame?

—Lo siento, coronel —respondió Holt, sosteniendo el receptor contra el oído con el hombro mientras se administraba otra cucharada de antiácido. Estaba estrictamente prohibido utilizar información secreta ante un tribunal de justicia. Incluso solicitar semejante información a sabiendas constituía una violación de los estatutos federales. Limpió la cuchara con una servilleta.

—¿Bien?

Holt dio la espalda al resto de la habitación, inclinándose sobre el teléfono como si ello le permitiera mantenerse aislada.

—Agradeceríamos profundamente cualquier ayuda que pudiera prestarnos. —Holt no reconocía su propia voz—. Pero estoy algo nerviosa por infringir la ley.

—Bueno, no está infringiendo la ley, detective. —Rió entre dientes—. El reglamento es absolutamente específico en cuanto a dar a conocer esos expedientes.

Holt esperó ser capaz de hacer lo correcto. Y esperó en vano.

—Comprendo. —Las palabras le cayeron de la boca como un diente cariado.

—Bien, para empezar, Tohlson es un enfermo mental —dijo el coronel—. Era un enfermo mental, por lo que Karl me dijo. Buen viaje. A Tohlson tenían que haberlo expulsado, pero algún alma caritativa lo arregló para que todo quedara en una separación administrativa. Lo que el ejército perdió, ustedes lo ganaron. Como suelen decir, todas las frutas y nueces ruedan hacia California. —La risa del coronel era discordante y en modo alguno apologética.

—Por favor, coronel, ¿podría explicarme la naturaleza exacta del problema de Tohlson?

—Me gustaría poder hacerlo, pero en el expediente sólo se especifica que fue sorprendido en situación comprometedor. Nada de homosexualidad, entiéndame, fue encontrado a solas. Hubo alguna sugerencia de intento de suicidio pero Tohlson lo negó. Fuera lo que fuese lo que estaba haciendo, desde luego no era *kosher*.

—¿Eso es todo?

—El hombre era un chiflado. Incluso en California, no me cabe en la cabeza que malgasten el dinero de los contribuyentes intentando coger al que los ha librado de su miserable vida.

—Diré a Karl que ha llamado, coronel.

—Yo no he llamado, detective.

Holt permaneció diez segundos escuchando el tono de teléfono antes de colgar. Vivo o muerto, había sido violado el derecho del doctor Tohlson a la intimidad. Se trataba de un delito menor, pero eso no la tranquilizó. Había jurado hacer cumplir la ley. No algunas leyes en ciertos momentos, sino todas ellas durante todo el tiempo. Steiner decía que se comportaba como si la ley fuera un campo de minas esperando a explotarle en plena cara. Y le aseguró que él era feliz sólo con mantener la paz.

Holt se quedó mirando el bloc amarillo que tenía sobre la mesa. Había dibujado por toda la página una serie de cajas, llenándolas hasta no dejar espacio libre en su interior.

Miró en derredor. La sala de la patrulla tenía el mismo aspecto que antes de la llamada telefónica, pero ella sabía que algo era distinto.



Desde la cresta de la carretera, Danny pudo ver un Range Rover blanco y nuevo aparcado delante de la casa de Michael. El Mustang estaba con el motor encendido mientras él permanecía allí, ocioso, mirando. La puerta de la entrada estaba abierta. Danny dejó que el Mustang se deslizara silencioso por la vertiente, fuera de la vista. Michael jamás se hubiera dejado la puerta abierta. Danny condujo el coche hasta la angosta calle y paró el motor, aunque dejó la llave puesta.

Sacó el Magnum que llevaba descargado bajo el periódico doblado sobre el asiento del copiloto y lo probó de nuevo, sólo para asegurarse. La operación fue tranquila y precisa. En el coche reinaba el más absoluto silencio debido a los cristales de las ventanillas subidos y el motor parado. Las cargas huecas produjeron un leve siseo, como susurros metálicos, al ir metiéndose de nuevo en la recámara.

Danny trepó hasta la cima de la loma y echó un vistazo a la casa. No había forma de acercarse sin ser visto. Las zarzas se agarraban a sus tejanos mientras avanzaba agazapado a través de la densa arena. El *jeep* de Michael estaba aparcado en la parte de atrás, cubierto por una gruesa capa de polvo.

Nunca se le pasó por la cabeza dejar atrás a Michael. Para Danny sería como si tratara de abandonar a su sombra. Era el reconocimiento lo que los marcaba, lo que los obligaba entre sí. El reconocimiento de quiénes eran, de lo que habían compartido. Danny intentó separarse. Todos lo habían intentado. Uno podía ocultar las cosas bajo tierra, podía sepultarlas muy hondo, pero siempre estaban allí, esperando a que uno las necesitara.

Una lagartija se escurrió hasta donde él estaba tumbado, deteniéndose a unos centímetros de su cara. Unos ojos negros y brillantes observaban a Danny mientras la garganta de la lagartija se inflaba y desinflaba suavemente. Danny se la quedó mirando a su vez, sin apenas respirar. Se sentía ágil y animado. La búsqueda de Lauren lo había cambiado, había despertado en él viejos sentimientos, fuerzas antiguas y lo había impulsado en una dirección... hacia delante. Lo había ayudado el lanzar pelotas de golf a las olas, con Michael, y también la cháchara con Cubanito. Incluso el samoano formaba parte de aquello: estaba tomando las armas frente a un mar de dificultades.

Lauren lo había marcado. Lo marcó la primera vez que se vieron y recobró su terreno la noche anterior. Lo conocía. Eso daba a Lauren ciertos privilegios, ciertas ventajas. Pero también él la conocía. El tiempo se estaba comprimiendo en un momento denso: un instante alrededor del cual giraría el resto de sus vidas.

A Holt la incomodaba el álbum de fotos de Michael Kiel, pero no podía dejar de pasar las hojas.

Danny y Lauren en un barco de vela: Danny con un ridículo sombrero del almirantazgo británico lleno de plumas y echado hacia atrás sobre la cabeza, Lauren en mono-bikini, saludando. Michael con un maquillaje completo de camuflaje. Danny y Michael ebrios, cogidos del brazo y brindando a la cámara con inmensas botellas de champaña. Danny y Lauren tumbados en la cubierta de teca, cogidos de la mano y con los tobillos entrelazados.

La sección siguiente del álbum estaba dedicada a la gran boda. Danny con esmoquin, guapo y feliz. Lauren con un traje de novia de encaje francés blanco, modelo exclusivo. Tenía la figura y la cara a propósito para él, pero sus ojos eran demasiado experimentados para una novia inocente.

Holt levantó la vista y vio a Danny en la puerta, apuntándole con un reluciente revólver. Parpadeó. Por un instante lo achacó a su imaginación, una fantasía evocada por el romanticismo de las fotografías.

Danny se enderezó sorprendido. Dejó caer el brazo que sujetaba el arma. Tenía polvorienta la chaqueta Levi, y briznas de hierba se adherían a sus tejanos.

—¿Dónde está Michael?

—No lo sé.

Holt dejó cuidadosamente el álbum sobre la mesa de café, junto a su bolsa. Todavía vestía el conjunto favorito de Steiner: el traje blanco con la chalina roja. Su *slip* susurró al afirmarse en el borde del sofá tratando de no mirar el arma en la mano de Danny.

—Usted no tiene por qué estar aquí —dijo Danny, mientras recorría la habitación con mirada furiosa, como si no supiera qué pensar.

Holt cogió su bolsa con ademán indiferente y hurgó en su interior, simulando buscar un *kleenex*. Encontró su revólver, lo apuntó al pecho de Danny siempre dentro del bolso y esperó a ver qué hacía él. Jamás había disparado su arma en el cumplimiento del deber, pero no ponía en duda, ni por un momento, su instinto de supervivencia.

—¿Qué está haciendo aquí? —preguntó Danny, exigente, en voz más alta.

Sin sacar la mano del bolso, Holt amartilló su revólver, al mismo tiempo que tosía para disimular el ruido. Antes de que él pudiera levantar su arma y disparar, ella le habría metido tres balas en el pecho. De todas maneras era una situación difícil. El jefe de tiro de la academia había dicho que cuando un hombre se decide a matarte bizquea ligeramente.

—Yo podría hacerle la misma pregunta, señor Di Medici.

—No me venga con ésas, señora. Michael es amigo mío y no entraría en su casa sin que me hubiera invitado. ¿Cuál es su dispensa especial que yo desconozco?

—He dejado la puerta abierta —dijo Holt. A ella misma le pareció una excusa tonta—. No quería sobresaltar al señor Kiel cuando regresara.

Danny se sacudió el polvo de los tejanos, entró en la habitación y se dirigió hacia los tres televisores alineados contra la pared. Dejó el arma encima del modelo de diecinueve pulgadas. Los televisores estaban sintonizados en diferentes canales, pero todas sus imágenes descendían alocadas de manera incesante. Danny metió la mano detrás del primer aparato, ajustando la vertical. A Holt también le habían puesto nerviosa los oscilantes televisores, pero se había abstenido de tocarlos. Ya se sentía lo bastante culpable por el solo hecho de estar allí dentro.

Holt miró la espalda de Danny, mientras éste afirmaba la imagen de los otros dos televisores y desmontó lentamente el martillo de su arma.

Danny se volvió al oír el levísimo clic metálico, y se quedó mirando, primero el bolso y luego los ojos de ella.

—¿Yo? —Parecía realmente dolido—. ¿Todavía sigo preocupándola? Si quisiera disparar contra usted, señora, hace mucho tiempo que lo habría hecho.

—No me llame señora —dijo Holt, remarcando cada palabra—. Soy la detective Holt.

—¿Va a disparar contra mí, detective Holt?

—No estaba amartillando el arma, señor Di Medici. La estaba desmontando. Fue usted quien entró aquí armado y en actitud peligrosa. Y ahora que ha quedado todo claro, ¿sabe dónde está Michael?

—Michael permanece firme. Así es él. —Danny se detuvo frente a los dos ordenadores. Había pulsado las teclas de la bobina de papel de tal manera que por las pantallas aparecían a toda velocidad columnas de números... Fracciones, sumas, restas. Una cascada de precios desfilando con tal rapidez que resultaba imposible entenderlos y, ni qué decir tiene, trabajar con ellos. Danny pulsó algunas teclas y los números empezaron a reducir la velocidad—. Michael encontró este lugar y usted está sentada en él. Se limita a dar paseos de ida y vuelta hasta la puerta principal, en busca de vituallas y acaso un rápido circuito por las gasolineras una vez al mes para registrar los niveles de los circuitos de salida. Eso es todo. Su *jeep* sigue ahí, pero Michael no. Algo anda mal.

—Comprendo.

El caso se le estaba escapando a Holt de las manos, desintegrándose como un periódico mojado.

—Y a propósito, detective —dijo Danny, con tono ligero—, ¿acaso tiene un mandamiento judicial que le permite la entrada en casa de Michael?

Holt no era capaz de disimular nada. Tal vez se debiera a ello su firme creencia en la ley y el orden.

Había llamado a la puerta y luego había dado la vuelta a la casa, en busca de Michael Kiel. Al intentarlo una vez más, la puerta se abrió. Ni siquiera podía culpar a Steiner. Lo había hecho ella *motu proprio*.

—A mí esto me suena a allanamiento de morada —dijo Danny—. Tengo experiencia con esa acusación. Por ella me detuvieron. Probablemente tendrá que

empeñar sus zarcillos para pagar la fianza. Estoy realmente decepcionado. Ustedes intentan hacer del mundo un lugar seguro combatiendo la amenaza de libros con la fecha de devolución caducada en las bibliotecas y aquí estamos nosotros ahora, un par de proscritos entorpeciendo el trabajo de los tribunales.

Holt era cinturón negro de segundo grado e instructora voluntaria en un Centro de Autodefensa de la Mujer. No era una persona violenta, pero si el señor Di Medici no se andaba con cuidado iba a borrarle esa expresión burlona de la cara.

—¿Le parece que declaremos una tregua, señor Di Medici? Ya ha dejado bien clara su opinión. Si quiere presentar cargos en asuntos internos está en su derecho.

—Como quiera que sea, no puede imaginarme haciéndole un favor, detective Holt. No estamos del mismo lado. Eso nada lo cambiará, pero tampoco estamos en bandos enfrentados.

Era verdad. Estaba el bien y el mal y estaba Danny en alguna otra parte, ni a favor ni en contra de uno u otro, esperando a decidirse.

Steiner lo había sabido desde un principio. A ella le había costado algo más llegar a aquella conclusión. Tal vez hubiera sido la expresión apenada de su cara cuando ella desmontó el arma. Se había sentido ofendido de que ella hubiera creído realmente que tenía intención de hacerle daño.

—Espero que esté teniendo más suerte que yo en localizar a su exmujer —dijo Holt.

Danny no dijo palabra, se limitó a mirarla con la misma leve sonrisa. Holt se dio cuenta de que, a su pesar, le resultaba simpático, de que confiaba en él. Su madre le había dicho siempre que permaneciera callada antes que verse obligada a mentir. Mentir era fácil. El silencio requería carácter.

Ahora él estaba distinto. Holt se daba cuenta por su voz, por la manera en que se movía. Seguro de sí mismo, no arrogante, como, en cambio, se había mostrado en su apartamento. No iba por ahí fanfarroneando ni alardeando de duro. Se limitaba a defender su posición.

—Dígame al menos cómo encaja Michael Kiel en esta investigación —dijo Holt—. Es amigo suyo. ¿Por qué no comportarse como tal?

Danny se acercó a la mesa de café y se quedó mirando el álbum de fotos.

—Hacía mucho que no las veía.

Miraba las fotos de la boda con una expresión tan melancólica que Holt se sintió incómoda. Hubiera querido dar media vuelta, pero no podía apartar los ojos de él, atraída como estaba por la intensidad de su añoranza. Sus dedos largos y afilados se deslizaban por las hojas, sin apenas tocarlas. Danny levantó la mirada y ella se encontró cautiva de sus ojos.

—Siento haber estado hojeando el álbum antes. Sé que es propiedad privada, pero no he podido evitarlo. Parecían todos tan felices...

—Lo éramos.

—Su exesposa es una mujer imponente —dijo Holt—. No es sólo su belleza. No

importa quién aparezca en la fotografía, todos parecen girar a su alrededor, incluso usted.

—¿Ha estado alguna vez enamorada?

Holt abrió la boca y volvió a cerrarla. Lo de Brad no contaba. Todavía intercambiaban felicitaciones por Navidad, pero ni siquiera podía recordar su aspecto desnudo.

—No. —Señaló con la cabeza el álbum—. No de esa manera.

Danny le sonrió y cerró con brusquedad el álbum.

—Es Michael quien mantiene viva la llama... la tesis doctoral de Lauren, mi monografía smithsoniana sobre los mayas, cada una de las tarjetas, fotografías y cartas. Creo que eso nos mantiene unidos. Un retrato de familia. Aun cuando ya no seamos una familia.

—Mi madre hace lo mismo —dijo Holt—. Tiene todas mis medallas ecuestres sobre la repisa de la chimenea. Junto a los premios de tiro al blanco de la academia de policía.

—¿Dónde conserva la fotografía del baile de puesta de largo? Ya sabe cuál. Usted debía de llevar algo de un azul claro, con los hombros descubiertos y las perlas de la *grand-mère* alrededor del cuello, e iba del brazo de un WASP<sup>[18]</sup> pecoso.

Holt pareció sorprendida.

—Era amarillo claro. —Sacudió la cabeza. A Steiner no le había dicho que había sido una debutante—. Está colgada sobre el escritorio de mi padre, en la biblioteca. Asegura que fue la última vez que realmente me comprendió.

Los dos estaban sentados en el diván, con las rodillas rozándose, disfrutando de la excitación de los secretos compartidos. En la habitación reinaba un silencio tal que Holt oía las olas que rompían en la playa. Estaban entrando en terreno inexplorable y ninguno de los dos quería avanzar demasiado deprisa.

—Bueno, ¿y cómo está Karl? —preguntó por último Danny.

—Se pondrá bien. Quería darle las gracias por lo que hizo.

—Ha sido la primera vez que he besado a un poli. Dígale a Karl que quiero citarme con él tan pronto como se recupere.

—Es el erotismo de la placa. —Holt rió, pasándose los dedos por el pelo—. Siempre da resultado.

—Sé lo que quiere decir. —Danny bajó los ojos al álbum de fotos y se aclaró la garganta—. ¿Vio a Lurp cuando llegó?

—¿Lurp?

—El perro de Michael, un labrador grande y negro. Más bien estúpido. —Se levantó dirigiéndose al porche delantero—. ¡Lurp! —llamó—. ¡Aquí, muchacho!

—Tal vez Michael se lo haya llevado a dar un paseo —dijo Holt reuniéndose con él—. Eso lo explicaría todo.

—No.

Danny se encaminó hacia la cara del farallón y se detuvo al borde. Abajo, las olas

se estrellaban espumeantes contra las rocas. Por los costados ascendían nubes de bruma, que le hacía sentir un cosquilleo en la cara.

Holt se detuvo junto a Danny: el viento le levantaba la falda. Intentaba averiguar qué estaba buscando.

—¿Cree que se ha tirado?

El abundante pelo rojo se agitaba alrededor de su cara, centelleando bajo la luz vespertina.

Danny volvió a ponerse en marcha. Luego, inclinándose, recogió algo de entre la cizaña. Maldiciendo, enarboló un collar de perro. El viento arrastró sus palabras antes de que Holt se enterara de lo que estaba diciendo. Avanzaron por el borde del acantilado, ahora ya con paso más rápido, mirando de vez en cuando hacia abajo. Holt no le hizo más preguntas.

Se detuvieron junto a un raquítico eucalipto que crecía sobre el borde, con el tronco retorcido por el constante viento.

Danny se colgó del árbol, mirando hacia abajo.

Al principio ella no lo vio.

Un perro grande y negro colgaba del extremo de un cable enrollado a la base del árbol. Holt pudo ver los ojos desorbitados del perro, la sangre que embadurnaba su hocico, y una espuma sanguinolenta y ya seca que le salía por la nariz. Tenía el cable enrollado al cuello, con un nudo corredizo tan apretado que se hundía a través de su pelo corto y mostraba el cuello en carne viva. Parecía que llevara un collar rosa. El pobre animal debía de haber forcejeado durante largo tiempo, de tal manera que el nudo corredizo había ido cerrándose más y más. Había profundas estrías en la superficie de arenisca del acantilado a la que el animal había intentado aferrarse para subir.

Danny montó a horcajadas sobre el árbol. Se afirmó sobre el tronco pero se escurrió hacia el borde del acantilado al empezar a subir al perro. Holt se acercó, colocándose detrás de él y sujetándolo por los hombros.

—No es más que un condenado perro —dijo Danny, con los oscuros ojos húmedos—. No necesito ayuda.

Holt siguió en sus trece.

La nuca de Danny se mantenía apretada contra Holt mientras izaba lentamente al perro por la cara del acantilado, con las dos manos. Al sujetarlo para que no se deslizara hacia el precipicio, Holt sentía los fuertes músculos de los hombros y brazos de Danny. Mientras trabajaban, el viento agitaba su vestido. Danny volvió la cabeza para limpiarse el sudor y rozó con la mejilla sus muslos. Ambos simulaban no darse cuenta.



Ese Mike Cabezadura sacaba de quicio a Lloyd. Y Boyd, cada vez que miraba al tipo tenía esa expresión, como si hubiera estado repasando en su cabeza películas violentas. Mike Cabezadura había dejado que Spiderman lo agarrara con tal facilidad que tío Arthur llegó a la conclusión de que los gemelos eran perezosos y estúpidos. Como si fuera culpa suya.

Hacía un par de días, habían intentado localizar la estrafalaria casa de Mike Cabezadura y se perdieron en aquel campo petrolífero, dando vueltas completamente desorientados, como las ratas en el juego del laberinto de tío Arthur, que las tenía todo el rato moviéndose al ponerles de continuo el queso fuera de su alcance. Cada vez que Lloyd hundía el Corvette en alguno de los profundos baches de la serpenteante carretera, Boyd le chillaba, llegando por último a sentirse tan frustrado que saltó del coche, partió la antena y sacudió el parabrisas hasta quebrarlo. Durante el viaje de regreso, junto a tío Arthur, no cruzaron palabra.

Spiderman jugaba sucio. Los había apartado, enviándolos a pescar a aquel pequeño sudaca, Cubanito, y luego se fue él mismo a buscar a Mike Cabezadura. A Spiderman no le importaba que estuviese oscuro como boca de lobo en medio de ninguna parte. Se llegó hasta el tal Mike con un par de esas gafas nocturnas DEA que le hacían parecer la Mosca e inyectó aquel líquido para dormir en el climatizador de aquel tipo. Vaya cosa.

Él y Boyd también habrían podido hacerlo, pero Spiderman se reservaba celosamente sus juguetes. Sobre todo desde que llenaron de arena su micrófono parabólico y luego lo limpiaron en el mar.

Lo peor del tal Mike era que al tío Arthur le gustaba. Cualquiera hubiera podido pensar que eran viejos camaradas. El zarrapastroso Mike le contaba a tío Arthur historias de la guerra, como la de haber vivido en la jungla durante meses, sin tomar siquiera un baño y comiendo sabandijas que, probablemente, no tenían suficiente vitamina B. Y además el tío Arthur se reía con ganas. Había hablado a Mike de aquellas horribles trampas que hacía el bosquimano, incluso las dibujaba para mostrárselas. Probablemente tío Arthur lo adoptaría y haría que Lloyd y Boyd le llamaran tío Mike Cabezadura.

A través del grueso cristal de la ventana los gemelos veían a tío Arthur y a Mike Cabezadura en el laboratorio de seguridad, el que tenía montones de recipientes de vidrio y el reluciente aparato que absorbía los gérmenes nocivos. Llevaban trajes blancos anticontaminantes, con guantes y caperuzas transparentes de plástico, como astronautas, con el aire para la nariz colgándoles de la espalda. Tío Arthur estaba

inclinado sobre el grueso microscopio binocular, sobre la mesa del laboratorio, con su caperuza contra la de Mike, explicándole algo. Incluso desde donde se encontraba, Lloyd pudo darse cuenta de que tío Arthur estaba todo hinchado y orgulloso. Lloyd aborrecía el laboratorio de seguridad: el traje anticontaminante le venía estrecho, el aire tenía un sabor extraño y estaba repleto de instrumentos que él no entendía.

—Eh, Junior. —Boyd dio una palmada en la espalda a Lloyd. Levantó uno de los recipientes de cristal del tío Arthur—. ¿Qué me dices de un pequeño batido?

Boyd agitó el recipiente. El feto se movió en el interior y su minúscula cabeza rebotó con ruidos suaves contra el cristal.

Los recipientes del tío Arthur siempre ponían triste a Lloyd. No sabía por qué.

Boyd agitó el recipiente hasta formar espuma, manteniéndolo en alto por encima de la cabeza. Tío Arthur y Mike Cabezadura seguían inclinados sobre el microscopio. Tío Arthur tenía en la mano una aguja de exploración de acero inoxidable.

Boyd sacudió el recipiente de cristal ante la ventana del laboratorio, apenas capaz de contenerse. El formaldehído se volvió rosa.

—No lo hagas —soltó Lloyd—. Tendremos dificultades.

El recipiente se rompió por la fuerza del puño de Boyd, salpicando a los dos con cristales y pedacitos de carne elástica.

—¡Oh! —A Boyd le sangraban las manos, y de su pelo corto y rubio caía un líquido viscoso.

El tío Arthur los miró furioso desde el laboratorio de seguridad. Mike seguía allí en pie con la boca abierta. La ventana del laboratorio debía de ser realmente fuerte, ya que de lo contrario se hubiera disuelto con la mirada que les dirigía tío Arthur.

Sonó el teléfono. Lloyd se apresuró a cogerlo, volviéndose ligeramente para no tener que ver a tío Arthur.

—Hola.

—Quisiera hablar con Michael Kiel —dijo una voz de mujer.

—Está ocupado —dijo Lloyd.

—Soy Lauren Kiel.

—¡Uf! —Fue una exclamación sincera. Lloyd agitó el teléfono en dirección al tío Arthur y estableció la comunicación con el laboratorio de seguridad—. Le pongo con tío Arthur.

—¿Doctor Reese? —dijo la mujer.

—Es un placer oírla, señorita Kiel.

—Hola, Lauren —dijo Mike Cabezadura—. Gracias por llamar. —Había dejado un mensaje en su contestador, dándole el número de teléfono de tío Arthur.

—¿Estás bien, Michael? —preguntó ella.

—Por el momento. —Mike miró a tío Arthur—. ¿Lauren? ¿Harías el favor de telefonar a Danny para decirle que vaya a mi casa y dé de comer a Lurp? El Dog Chow está debajo del porche.

—Desde luego.

—Le gusta que le echen por encima un poco de cerveza tibia —dijo Mike—. Lo suaviza un poco.

Boyd se acercó al laboratorio y dio un golpe en el cristal, dejando una huella sanguinolenta.

—Sal aquí y juega —dijo a Mike.

Tío Arthur le hizo seña de que se fuera.

—Como cada uno de nosotros tiene algo que el otro quiere, me gustaría discutir un trueque, señorita Kiel. —Lauren no dijo palabra—. ¿Señorita Kiel? Me he encariñado mucho con su hermano. Es un hombre de negocios más que inteligente. Puedo trabajar con él. Y si usted me conociera mejor se daría cuenta de la calidad del cumplido.

—Estoy segura de que rebosa de orgullo, doctor Reese.

—Claro. Aun así, pese a lo mucho que valoro su amistad, he de insistir en que se me devuelva lo mío. Tanto en mi calidad de médico consagrado a aliviar el sufrimiento como de parte ofendida pidiendo justicia.

—Lo comprendo, doctor. Tal vez podamos negociar una solución.

—Es muy amable por su parte. Mi teléfono es seguro, señorita Kiel y Michael me ha asegurado que usted es igualmente cautelosa. Así que tal vez podamos hablar con toda claridad. Usted tiene las notas del doctor Tohlson sobre nuestros experimentos. Esos discos de ordenador son de mi propiedad. De mi propiedad. De mi propiedad, señorita Kiel. Quiero que me garantice que no han resultado dañados y que no han salido al mercado.

—Admitir algo semejante sólo puede servir para exacerbar cualquier problema legal con el que me enfrente en relación con el desafortunado accidente del doctor Tohlson.

—Partamos de la hipótesis de que tienes los discos, Lauren —la interrumpió Mike. Sus ojos miraban de uno a otro lado, inquietos como los del sudaca cuando Lloyd le dio las halteras para un último levantamiento—. ¿Por qué no das al doctor Reese la oportunidad de presentar su oferta? —En cierto modo, a Lloyd le resultaba simpático Cubanito. El hombrecillo estaba asustado y sudoroso. Pero la forma en que seguía cantando lo de «puedo-hacerlo», incluso al final, era propia de un auténtico Rambo. Ahora ese Mike Cabezadura estaba sudando, pero no cantaba. Por lo que a Lloyd se refería podía irse al diablo.

—Muy bien, Michael. Espero su oferta, doctor Reese.

—Me gustaría que se reuniese con su hermano. —El tío Arthur hincó con fuerza la aguja de exploración, que se partió en dos contra el mármol negro de la mesa del laboratorio—. Creo firmemente en la familia.

—Sí, seguro que así es —rió ella—. Recuerdo muy bien a sus dos sobrinos.

Y ahora, ¿qué diablos quería decir con eso?

—Devuelva las notas y yo le devolveré a su hermano. También me ocuparé de que acusen a alguien del asesinato del doctor Tohlson. Su exmarido es el candidato

con mayores probabilidades.

—Eso es muy tranquilizador, señor Reese. Sin embargo creo firmemente que además tendría que haber una especie de retribución en metálico.

Tío Arthur hizo una señal con el dedo y Lloyd corrió hasta el escritorio, al otro extremo del laboratorio exterior. Tío Arthur guardaba las polaroids en un sobre, en el cajón superior. Dejaba que los gemelos las miraran cuanto quisieran, pero no permitía bajo ningún concepto que las sacaran de la habitación.

—Supongo que cuando vio por última vez al doctor Tohlson éste se hallaba en plena posesión de sus genitales. —El tío Arthur sonreía de nuevo, pero Mike Cabezadura no parecía sentirse tan bien.

—¿Perdón?

El tío Arthur hizo otra seña a Lloyd y éste eligió las mejores polaroids.

—Mucho me temo que el buen doctor tuvo un pequeño... accidente después de irse usted de manera tan brusca.

Mike Cabezadura estaba en pie junto a la ventana del laboratorio, prácticamente al lado de la huella sanguinolenta que había dejado Boyd, mirando las polaroids que le mostraba Lloyd una tras otra. Mike Cabezadura se apoyó desmadejado contra el cristal, con los ojos cerrados.

—¿Quiere hacer el favor de atestiguar sobre la condición del doctor, Michael? —dijo tío Arthur—. No estoy seguro de que pueda oírle, Michael. Tal vez no le importa repetirlo, dada la importancia que tiene para todos los interesados.

Michael se aferró a la mesa; le temblaban las piernas.

—Lo castraron. —Parecía que alguien hubiera estrujado su voz y la arrojara a la papelera.

—Me gustaría poder decir que la idea fue mía —dijo tío Arthur—. Pero la gloria corresponde a McVey. ¿Lo recuerda? McVey es un tipo muy creativo, un hombre que sobrepasa los límites de su autoridad. Pero yo permito a los miembros destacados de mi personal una cierta autonomía. Es el precio que hay que pagar cuando se contrata a gente excelente. He de confesar que me sentí irritado cuando McVey me mostró lo que había hecho al cuerpo de Tohlson. Ahora me doy cuenta de lo inteligente de su acción. La policía sólo quiere cargar a alguien con el muerto, señorita Kiel. Puedo asegurarle que les importa poco a quién pueda corresponderle. Como a mí.

—Estoy escuchando.

—Sí, estoy segura de que lo hace. Todo cuanto la policía tiene son pruebas circunstanciales y algunos sospechosos. —Tío Arthur pasó el brazo por los hombros de Michael Cabezadura. Él intentó apartarse, pero el tío Arthur se mantuvo en sus trece—. No se preocupe, Mike. Me gusta tal como es.

—Vamos al grano, doctor Reese.

—Todo cuanto he de hacer es dar una orden y las pelotas de Tohlson aparecerán en el refrigerador del señor Di Medici junto al solomillo de vaca. Realmente incriminatorio, ¿no cree? Es un refrigerador estupendo, señorita Kiel, muy amplio.

McVey ya lo ha comprobado. Y también los armarios. La policía puede mostrarse muy minuciosa una vez que se les ha mostrado el camino. ¿Por qué no facilitarles las cosas? Nos las facilitaremos a todos nosotros.

Parecía como si la señorita estuviera tarareando para sí.

—Usted sabrá urdir una historia plausible de su desaparición —siguió diciendo tío Arthur—. Me temo que el señor Di Medici lo va a tener mucho más difícil. Estoy seguro de que ya puede imaginarse el informe de la policía: un exmarido celoso, el nuevo amante, un enfrentamiento violento. Usted huye para salvar su vida, aterrada, histérica. —Silencio—. ¿Señorita Kiel?

—Estoy pensando.

—No lo hagas. —La cara de Michael Cabezadura estaba lívida y con ronchas—. Por mí no, Lauren.

El tío Arthur dio unas palmadas en la espalda a Mike Cabezadura.

—Es algo más grande que todo eso. ¿No cree, señorita Kiel? Bajo el microscopio no hay héroes, ¿verdad?

—No hay héroes en parte alguna —dijo ella—. Eso incorpora un nuevo factor a la ecuación.

—Pensé que así sería. Sí, eso me pareció. Pero claro, usted tiene siempre los pies bien firmes sobre la tierra, ¿no es así? «Cómo superar una situación difícil en los negocios.» Ése era el título de una de sus conferencias, ¿verdad?

—Le llamaré a ese número esta noche o mañana por la mañana —dijo ella—. Y entonces quiero hablar también con Michael.

—No me tenga en vilo, señorita Kiel. Por lo que más quiera. —La voz de tío Arthur se quebró estúpidamente—. Por favor, señorita Kiel, por lo que más quiera.

Era asombroso. El tío Arthur se parecía al doctor Tohlson cuando le empezó a suplicar a la señorita Kiel que dejara de hacerle daño. Lloyd y Boyd habían estado escuchando con el micrófono parabólico hasta que se hartaron y, poniendo en marcha la grabadora, se fueron a dar una vuelta por la playa. Así se habían pasado todo el fin de semana. El doctor Tohlson gimiendo «por lo que más quieras» y la señorita Kiel riendo y dejándolo ir. Más tarde empezaban de nuevo. Era aburrido. Las cintas grabadas eran asquerosas, todo chasquidos y besos. La imitación de tío Arthur era mejor que la voz auténtica.

—¿Por lo que más quiera?

La comunicación se cortó. Tío Arthur guiñó un ojo a los gemelos a través del cristal y concedió un gran cinco a la huella sanguinolenta de Boyd, que sacudió feliz el cristal.



Alguien le iba siguiendo. Danny lo sentía en la nuca, como cuando estás en un acuario y al dar media vuelta te encuentras con el pez ballesta mirándote fijamente. Viró hacia la rampa de entrada de la autopista, forzó el Mustang y cortó a través de tres vías de circulación, con el cuello rebotándole contra la cabecera del asiento. Atravesó tres salidas, se metió por los callejones del distrito industrial en sombras y por último se detuvo detrás de un mojón de cemento y esperó diez minutos con las luces apagadas y el motor zumbando levemente. Nada.

Danny salió de nuevo a la autopista, tomando la dirección opuesta y dirigiéndose hacia donde se encontraba anclado el *Queen Mary*, en el puerto de Long Beach, mirando alternativamente la carretera y el retrovisor. Si aún le seguían es que eran demasiado buenos para sacudírselos de encima.

Una compañía de la industria del ocio había adquirido el *Queen Mary* y lo había conducido al puerto, convirtiendo el que una vez fuera el transatlántico más lujoso del mundo en un centro comercial de ambiente y artículos británicos. Autobuses rojos de tres pisos llevaban a los turistas a los lugares panorámicos del puerto e incluso el adormilado y rubio mozo del aparcamiento le dijo «Gracias, *guy*», al coger los cinco dólares de Danny. En las cubiertas bajas había un batiburrillo de puestos de pescado y patatas fritas para llevar, tiendas que vendían camisetas con la imagen de la reina Isabel con un mohawk y almacenes donde se podían comprar suéteres tejidos a mano y bufandas de alpaca.

Lauren le había dicho que se reunirían en la cubierta superior, delante del Boar's Head Pub. Era el restaurante más caro del *Queen Mary* e imitaba un figón de Londres, con las paredes recubiertas de caoba y en penumbra. El Boar's Head tenía un buen servicio, cocina muy elaborada y paredes cubiertas de retratos al óleo de unos hombres feos y pálidos con gorgueras rizadas.

—Un traje estupendo —dijo Lauren detrás de él—, si el revólver no rompiera la línea. —Danny se volvió, palpándose en un acto reflejo el bulto en el bolsillo derecho—. ¿No deberías llevar una pistolera colgada del hombro, o algo parecido? —le preguntó con los labios húmedos y burlones bajo la luz tenue.

—Le presté la mía a Harry el Sucio.

Danny recordó a Cubanito haciendo alarde de una pistolera de salida rápida: «¡Piensa rápido, mamón!» había dicho Cubanito, echando mano bajo su chaqueta. Danny tuvo que llevarlo a la sala de urgencias con quemaduras de fogonazos en las axilas.

Lauren lo cogió del brazo mientras se dirigían al mostrador de reservas, besándole

en el labio inferior: un beso lento y prolongado que amenazaba con convertirse en un mordisco. Los que hacían cola carraspearon, mirándose los zapatos.

El *maître* del Boar's Head recorrió con su huesudo dedo la lista de reservas, despidiendo a la pareja que estaba delante de él con un gesto desdeñoso. «Cuarenta y cinco minutos.» Era un hombre rechoncho con los incisivos manchados y un acento nasal *pukka*. Liverpool simulando ser Regency Park. Se cuadró cuando Danny y Lauren se acercaron, inclinando la cabeza ante ella. Danny no se lo reprochó.

Lauren vestía un vestido ajustado de seda negra, con los hombros descubiertos, lo que acentuaba la donosa delicadeza de su cuello y espalda. Un collar de diamantes rozaba el nacimiento de sus redondeados senos. Esa noche llevaba el pelo rubio a la romana; los bucles perfectos le enmarcaban los altos pómulos.

—Mesa para dos —dijo el *maître* rezumando mieles—. Sígame, *madame*.

Danny y Lauren lo acompañaron a través del salón sorteando mesas. Los hombres seguían disimuladamente con la mirada a Lauren, fingiendo beber o volviéndose para toser. Pero no engañaban a las demás mujeres. Danny oía el agudo tamborileo metálico de los tenedores sobre los platos de porcelana; un acompañamiento *staccato* a su paso. Lauren tarareaba tranquilamente para sí.

El vestido negro crujía cuando ella caminaba, ardiente y electrizante, con la abertura lateral jugando al escondite con sus piernas largas y flexibles. Danny le había regalado el collar con ocasión de su primer aniversario: treinta y seis diamantes de un blanco azulado de dos quilates cada uno. Al empleado de la joyería le costó diez minutos contar el dinero que Danny dejó sobre el mostrador. El empleado se humedecía los labios mientras los dedos volaban. Una vez que hubo terminado, volvió a contarlos.

El *maître* se detuvo junto a una mesa adosada al ventanal que daba al puerto y apartó una silla para que Lauren se sentara. Danny lo hizo de manera que pudiera ver todo el salón y lo bastante cerca de ella para que no pudieran oírles.

—¿Eres la propietaria de esto?

Lauren se lo quedó mirando con sus glaciales ojos azules.

—De manera absoluta, salvo financieramente.

—¿Chuletas lechales *Sir Winston Churchill*? ¿Lenguado Rocas Blancas de Dover? —Danny leía el menú encuadernado en piel, al tiempo que movía la cabeza—. ¿Chuletas de ternera *Lady Godiva*? —Apartó el menú—. Muy chic.

—Por eso lo elegí. —La luz de las velas parpadeaba sobre el rostro de Lauren—. Aquí no tropezaremos con nadie conocido. Además hay fuegos artificiales a las nueve de la noche desde popa y sé cuánto te gustan.

El camarero les llevó champaña y una cubitera de plata con hielo. Tenía modales perfectos y cuatro papadas; descorchó la botella con un movimiento experto. Al menos mostraba falso entusiasmo por los especiales, y no veía la necesidad de presentarse. Danny duplicó mentalmente la propina de aquel hombre, pidió una docena de ostras como entrante y un par de filetes muy poco hechos. Danny esperó a

que el camarero se alejara y luego cogió la mano de Lauren.

—Tengo malas noticias.

Lauren cogió su copa de champaña.

—Michael ha desaparecido. —Tomó un sorbo.

—Está bien —dijo Danny irritado—. Como de costumbre, me llevas la delantera. Si sabes que Michael ha desaparecido también debes saber dónde está.

Lauren jugueteó con los diamantes en la base de su cuello.

—Le han... agarrado. Ha sido culpa suya. —Echó atrás la cabeza—. Le dije que se fuera por un tiempo, pero ya conoces a Michael.

Danny le apartó violentamente la mano de los diamantes.

—Mírame. Anoche en la playa brillaron las estrellas. Querías una declaración jurada, la firmaré. Pero han pasado veinticuatro horas y los dos estamos vestidos. ¿Dónde está Michael?

Lauren le sacó la lengua. Por un instante volvió a tener dieciséis años. Unos dieciséis años deliciosos. Estaba en una fiesta de dormitorio, sentada con las piernas cruzadas sobre una cama con dosel, fumando cigarrillos de hierbas con sus amigas y contando chistes verdes.

—Estoy esperando una respuesta.

—A Michael lo tiene en su poder el antiguo jefe de Tohlson, el doctor Arthur Reese —dijo ella—. Trabajaban juntos en un proyecto y Tohlson conservaba sus notas en discos de ordenador. El doctor Reese cree que los tengo yo.

—Lo que, naturalmente, es cierto.

—En realidad, así es. —Lauren puso la mano sobre la llama de la vela, haciéndola danzar—. Tohlson era un investigador de categoría mundial. Un hombre con graves desarreglos de personalidad, aunque un científico brillante. En definitiva —se encogió de hombros—, el doctor Reese quiere cambiar a Michael por los discos de ordenador de Tohlson.

Danny siguió la mirada de Lauren a través de la ventana hasta la embarcación charter *Bonita* que se balanceaba profusamente iluminada. También estaba de gente hasta los topes y era evidente que se celebraba una fiesta. Por ella pululaban ejecutivos de ventas convertidos en pescadores y estibadores encargados de lanzar los cebos para ellos. El viento agitaba los gallardetes mientras el *Bonita* navegaba hacia mar abierto, rompiendo las olas contra la proa. Pasaban veloces grandes bancos de pomátomos saltadores todos músculos y dientes, con escamas como navajas afiladas y nunca tan peligrosos como cuando se los arponeaba. Danny veía a los pescadores novatos balanceándose por la atestada cubierta, con sus nuevas chaquetas de nailon y una copa en la mano, brindando por el *Queen Mary*.

Danny se imaginaba a la embarcación flotando inmóvil al amanecer, desierta, con las cañas de pescar partidas y huellas de dientes en la borda. Primer tanto para Moby Dick.

—Hazlo —dijo Danny, apartando la mirada de la ventana—. Haz el trato. Dale

los discos de la computadora y saca de allí a Michael.

—Mañana —dijo Lauren—. Si vienes conmigo. —Danny asintió con la cabeza—. Muy bien —dijo Lauren—. Y, a propósito, Michael pidió que dieras de comer a Lurp.

—Lurp ya no necesita comer. —A Danny se le quebró la voz.

Recordaba al perro de cachorro, todo patas y orejas, abrigado bajo su chaqueta mientras lo llevaba a casa de Michael. Y lo vio de nuevo con el aspecto que tenía unas horas antes: un saco de pelo negro al que arrastraba desde el acantilado. Danny recordó la sensación de las fuertes manos de Holt sobre sus hombros ayudándolo. Se había equivocado respecto a ella. Una cosa más que añadir a la lista.

Lauren, que lo observaba, hizo un ademán de asentimiento.

—Comprendo. —Miró en derredor y luego pareció incómoda, porque Danny la había sorprendido. Llegó el camarero con las ostras en sus valvas colocadas sobre un lecho de hielo picado y trozos de limón. Lauren cogió una ostra con sus largos dedos. La rugosa concha contrastaba con su impecable cutis.

—¿No tienes apetito?

Danny sacudió la cabeza.

—Todo este asunto del secuestro es ridículo —dijo Lauree—. El doctor Reese podía haberse limitado a decir a Michael lo que quería y lo que estaba dispuesto a pagar por los discos. Puede permitírsele. No había necesidad de todo este melodrama.

—Tal vez Tohlson le fuera simpático. Tal vez no creyera necesario pagar por algo que ya era suyo. Suele ocurrir. Los sentimientos son impredecibles.

—Para el profesional no lo son. —Lauren cogió otra ostra.

—¿Qué tipo de profesional eres tú? Has perdido el control de toda la operación. Han secuestrado a Michael. Y Tohlson... ¿Cómo se supone que te va a facilitar información interna ahora...? ¿Por inducción?

—Eso fue un... accidente.

—¿No te lo dijo Michael? Estuve en tu casa. Vi la que organizaste.

Los ojos de Lauren brillaron a la luz de las velas.

—Y vi lo que hiciste.

—¿Qué te hace creer que fui yo? —preguntó Lauren con un mohín—. Pudo haber sido cualquiera. Pudiste ser tú. Tú eres el experto en matar. No yo.

Danny sentía ganas de abofetearla.

—Mira, esa noche estábamos muy metidos en nuestros respectivos papeles —dijo ella—. No esperes excusas.

—Supongo que a ti no te van las excusas —dijo Danny. Lauren se relamió el líquido de las ostras de los labios, luego se dio cuenta de que la observaba y se rió ante la expresión de Danny.

La primera vez que hicieron el amor, ella le había buscado entre las piernas, saboreándolo con la misma ávida curiosidad. Él había dejado caer la cabeza sobre su vientre, extenuado, sintiendo la respiración de Lauren mientras le acariciaba el pelo.

Y Danny le contó una historia, su primera historia.

—Pensé que te habías ido —dijo Lauren. Tenía los ojos húmedos—. Pensé que te había perdido para siempre.

—¿Que tú me perdiste? —exclamó Danny, incrédulo—. ¿Quién dejó a quién?

—No lo entiendes. —Lauren suspiró—. Eras tan diferente después de lo de la granja. Siempre con dudas y equivocaciones, como el resto de nosotros, como cualquier don nadie. Solía despertarme en plena noche y encontrarte apretado contra mí y llorando en sueños.

—Una matanza deja profundas huellas —dijo Danny, cogiéndole la mano—. Michael hizo lo mejor que pudo, pero una parte de mí no ha llegado nunca a cicatrizar.

Lauren apretó los dientes con un chasquido que le hizo saltar.

—Quiero que vuelva el antiguo Danny —dijo, al tiempo que le clavaba las uñas—. Quiero al Danny que no pone en tela de juicio sus acciones, que no trata de justificarse.

—Estás asustada. —Ese descubrimiento le dejó atónito—. Es eso, ¿verdad?

—Pensaba que serías capaz de manejar esto —dijo Lauren. Su collar se estremeció y los diamantes centellearon con mil colores, arrancados a la luz de las velas.

—No te culpo por estar asustada —dijo Danny—. Yo estoy asustado. Estás hundida hasta la cabeza y estás arrastrando también a cuantos están cerca de ti.

La expresión de Lauren se hizo dura.

—Entonces vete —dijo en voz baja.

Los ojos de Danny bajaron hasta sus senos. Siempre se ponía un toque de perfume entre ellos. Él solía observarla desde la cama después de hacer el amor; la observaba sentarse a su tocador, todavía desnuda y cepillarse el pelo. Por aquellos días lo llevaba más largo, le cubría los hombros y la espalda. Solía cubrirse los senos con las manos, sonriéndole al espejo, sabiendo que él la estaba mirando. Luego se ponía perfume de nuevo con una lenta caricia del índice y volvía a la cama.

—No puedo —dijo Danny en tono quedo—. Tenemos que recuperar a Michael.



Danny y Lauren paseaban por la cubierta superior del Queen Mary. Las luces rojas y verdes parpadeaban en lo alto de las plataformas petrolíferas marinas.

Estaban solos, envueltos en el aire fresco de la noche. Lauren había descansado la cabeza sobre el hombro de Danny mientras permanecían allí en pie, delante de la ventana de vidrio cilindrado, mirando hacia el salón principal y escuchando una canción sentimental de los cuarenta o los cincuenta, todo saxofones y clarinetes.

Los bailarines tropezaban unos con otros, el pelo gris y los movimientos torpes, intentando recuperar sin demasiado éxito los ritmos de su juventud. Pero había una pareja diferente. Él llevaba una chaqueta a cuadros; ella, demasiados volantes. Pero no se preocupaban. Bailaban en perfecta armonía, la mano de él en la cintura de ella, la de ella descansando sobre la parte superior del brazo de él. Se movían como si se hallaran solos en el salón, como si estuvieran en una burbuja de luz suave.

*Necesito tu amor desesperadamente,  
te amo, ah, desesperadamente,  
pero no tengo ni sombra de esperanza contigo.*

Sonaron los saxofones y Danny rodeó con sus brazos a Lauren. Había deseado que algún día fueran como aquella pareja.

Envejecer juntos, con la pasión todavía viva, tan estrechamente armonizados que fueran capaces de bailar sin música.

*Pensé que al fin te había encontrado,  
pero otros amores te rodean,  
no tengo ni un asomo de esperanza contigo.*

La pareja resplandecía. Habían estado bailando juntos durante décadas. Eran suaves y pulidos como las cucharas de la cubertería de plata que se hallaba en el cajón de la mujer. El hombre hizo dar vueltas a la mujer bajo el espejo del techo. Ambos se inclinaron y se sonrieron.

*Si permites un tierno beso o dos,  
acaso descubras que soy el amante  
destinado a ti, y seré fiel.*

Lauren lo miró.

—¿Qué pasa?

—Nada.

Una vez terminada la música, la pareja se hizo una mutua reverencia y volvieron a la mesa, cogidos de la mano.

—Estabas suspirando —dijo Lauren.

—Existen muchos motivos para suspirar. Estamos en pie aquí fuera mirando cómo la gente se divierte dentro. —Danny contempló la imagen de ella en el cristal—. Lo que quiero saber es cómo has acabado tú huyendo de la policía. Se suponía que esa tarea me correspondía a mí.

Lauren se apartó, y apoyándose sobre la borda se quedó mirando a la lejanía. Él la siguió.

—Es una larga historia.

—Historias largas —dijo Danny—. Eso también era trabajo mío. Tendré que hablar con mi sindicato.

Lauren, dando la vuelta, se encaró con él.

—Lo hice por ti. ¿Satisfecho?

—¿Quieres decir que asesinaste a Tohlson por mí? Es algo pronto para los Santos Inocentes, ¿no crees?

—Tengo frío —dijo Lauren, y Danny la rodeó con sus brazos—. «Asesinato» no es la palabra adecuada —dijo luego.

—Está muerto, Lauren.

—Tú no entiendes los mecanismos de la parafilia.

—Sobreviviré.

A lo largo del *Queen Mary* Danny veía la cúpula geodésica de aluminio que albergaba al *Spruce Goose*, el gigantesco aeroplano de madera concebido por Howard Hughes, ahora convertido en una trampa turística. Hughes sólo había volado en él una vez, pilotándolo sobre las blancas cimas una mañana clara y brillante, hacía ya cuarenta años, sólo para afirmar su punto de vista ante una prensa dubitativa. El *Goose*, más grande que un Boeing 747, yacía atrapado para siempre: un dinosaurio en un glaciar, a salvo de los elementos y de los cielos abiertos.

—A Tohlson le gustaba que le pusieran un corsé y se lo apretaran hasta que se ponía morado —dijo Lauren—. Le gustaba que le llevaran atado con una cadena. Y, sobre todo, quería que lo ataran y lo colgaran del cuello hasta que se desvaneciera. En la literatura profesional lo llaman colgamiento autoerótico. Es evidente que al impedir el suministro de sangre al cerebro se provoca el orgasmo más intenso imaginable. Me gustaría que hubieses podido ver su cara.

—Vi la habitación —dijo Danny—. Y fue más que suficiente.

—Estábamos tan cargados aquella noche. —Lauren se dejó llevar por el recuerdo, cerrando los ojos placenteramente—. Tohlson tenía droga estupenda. Si no tenía reservas, la preparaba él mismo. Coca farmacéutica. Ácido. Un derivado de la

ketamina. —El viento le alborotó el pelo y le puso la piel de gallina en los brazos desnudos—. ¿Probaste alguna vez la ketamina? ¿No? Te gustaría.

—Entre las drogas y la cooperación de Tohlson puede quedarse en simple homicidio —dijo Danny—. Con tu historial y el abogado adecuado pueden cargarte, como máximo, con dos o tres años de reclusión en un club de campo de mínima seguridad. Incluso tal vez con libertad condicional.

—Eso es lo que me dijo Michael —se balanceó al compás de la ahogada música que llegaba desde el salón—, el señor jugador de Porcentajes.

—Michael es un chico listo —dijo Danny.

La línea costera se prolongaba más allá del puerto, en una hilera de luz y oscuridad que serpenteaba hasta la punta de Sudamérica. Él y Michael podían permanecer en la linde de Tierra del Fuego y lanzar pelotas de golf en dirección a la Antártida. Con una cometa y una buena cuerda podían asustar a algunos pingüinos.

Lauren bajó la voz hasta convertirla casi en un murmullo.

—Tohlson estaba atado como un pollo y hablando en media lengua como un niño. Dios me libre de los que creen que son chiquillos malos. —Sacudió la cabeza—. Me quité las bragas y se las metí en la boca para que se callara. Por fin recibía duro. —Rió entre dientes.

El cielo sobre el puerto se llenó de tonos rojos y púrpuras; fuegos artificiales que estallaban sobre palmeras en una barrera constante que iluminaba la noche y la cara de Lauren con luz roja amarilla, y roja de nuevo.

—Recuerdo que me preguntaba qué podría hacerte volver —dijo Lauren ansiosa—. Y allí estaba Tohlson, colgando del techo, girando lentamente mientras forcejeaba. A causa de las drogas, yo estaba explorando un universo moral y lógico diferente. Decidí que si había sido la sangre lo que te alejó de mí, entonces me serías devuelto por la sangre.

—Estamos ahogándonos en sangre. ¿Acaso no lo ves?

—Tienes que considerar el contexto —dijo Lauren—. ¿No fuiste tú el que me enseñó eso? Y ahora estás ahí, en pie, creyendo que todo es tan sencillo y natural. Pero aquella noche, en aquella habitación, todo tenía sentido.

Danny bajó la mirada hacia el agua y observó el reflejo de los fuegos artificiales que estallaban sobre sus cabezas. Desde las explosiones, Wilson lo miraba a su vez. Wilson, de pie en la granja con las manos en alto diciendo: «No lo hagas, chico listo, nunca te lo perdonarás.» La expresión despectiva del hombre gordo se volvió sobresaltada cuando Danny disparó el Mac-10 hacia su pecho, haciendo que las bailarinas se movieran en su camisa hawaiana; se tambaleaban lo correcto y lo equivocado, el bien y el mal. En aquella habitación, aquella mañana, todo había tenido sentido.

Lauren tenía razón. Atravesaban un paisaje moral sin límite ni señalizaciones. Los mapas no hacían honor al terreno, y no había nada más por lo que guiarse.

—Aquella noche yo era Ixtab, la diosa de las serpientes —dijo Lauren, mirando

abiertamente a Danny.

Éste asintió.

—Siempre pienso en ti cuando me estalla el cerebro —dijo Lauren—. Tú me instruiste sobre Ixtab. Arqueología tres-cero-uno, lugares sagrados de los mayas. Nuestra expedición veraniega a Copán. Aún me parece verte en la cámara ceremonial, con antorchas parpadeantes en los muros. Estabas tan dramático...

Un cohete surcó el aire en la oscuridad. Antes de que su fulgor se apagara, Danny creyó ver una silueta ocultándose en la cubierta superior. Echó mano a su revólver.

—¿Anda todo bien? —preguntó Lauren.

—No —dijo Danny—. Pero eso nunca nos ha detenido antes.

Lauren echó la cabeza hacia atrás.

—Llevabas unos *shorts* de color caqui y dabas clases sobre Ixtab, la diosa más poderosa del panteón maya. Ixtab, la única y verdadera amante del joven dios del maíz. Decías que los mayas le sacrificaban un niño para asegurar una buena cosecha. Lo colgaban y lo hacían desangrarse gota a gota mientras se estrangulaba lentamente. Decías que era un honor para él.

Rozó la mejilla de Danny con sus suaves labios.

Danny hubiera querido quedarse sorprendido. La ignorancia era su mejor excusa para estar allí, e incluso ésa no se sostenía. Cuando estuvo en la sala de estar de Lauren supo lo que había ocurrido: la sangre reseca crujiendo bajo las pisadas, salpicaduras en las paredes. Aunque entonces ignoraba el motivo.

—Historia antigua —dijo Danny, con voz ahogada. Sentía como si el corazón se le hubiera salido del pecho y saltado a las oscuras aguas.

—Mataste a Tohlson por nada. Nos mataste a nosotros.

—Pero tú has vuelto. —Lauren lo besó con fuerza en los labios, dejándole sin respiración—. El verdadero Danny. Mi Danny —sollozó, desbordada por la felicidad.

El verdadero Danny. Lauren tenía razón. Sólo que en los últimos días había cambiado. Pero lo terrible era que ella también había cambiado.

—Te he echado tanto de menos —le murmuró Lauren, con la cabeza sobre su pecho mientras él le acariciaba el pelo, incapaz de detenerse—. Todos los que ha habido en este tiempo... hombres importantes con planes importantes. —Se aferró a él—. No me engañaron. Ni mucho menos.

—¡Chis! —susurró Danny, sintiendo su pelo suave y acariciante en la mejilla.

—Verás —dijo ella, hablando despacio—, al final, cuando supo que se estaba muriendo, Tohlson empezó a llorar. —Lauren miró a Danny—. Lloraba sangre: gruesas lágrimas rojas le resbalaban por las mejillas. —Volvió a dejar caer la cabeza sobre él—. Estaba tan cansado de vivir... No sientas lástima de él.

—Siento lástima por nosotros.

La pareja de edad estaba de nuevo bajo la bola de espejos del salón, bailando enlazada, con mayor fuerza, con un pañuelo de encaje entre sus manos unidas. Danny sintió envidia. Él y Lauren no envejecerían juntos. Tuvieron su oportunidad y la

dejaron escapar. Danny la abrazó. No sabía qué otra cosa hacer.

Bailaron en la cubierta superior, con las mejillas unidas, sin moverse apenas.

—Erase una vez —musitó Danny al oído de Lauren, que sollozó ciñéndose más a él—. Érase una vez un hombre que nadó a medianoche y se vio capturado por una corriente que lo llevó a mar abierto, una marea que le hizo dar vueltas y más vueltas hasta que ya no sabía dónde se encontraba. Las estrellas habían desaparecido. No podía distinguir las luces de la playa. En la oscuridad escuchó la voz de la mujer que había amado llamándolo, y nadó hacia esa voz. Cuando se detuvo parecía que hubieran pasado horas. Manteniéndose en el agua, esperó, intentando recuperar el aliento. Escuché de nuevo la voz de la mujer apremiándolo para que siguiera avanzado. Él no sabía si se dirigía a la playa o si se estaba adentrando en el mar, pero siguió la voz.

Hubo una explosión de rojo, amarillo y azul: candelas romanas arrastrando centellas hacia el mar.

—Hum, ésa ha sido muy buena.

Sentía a Lauren cálida contra su cuello, al tiempo que el cielo se volvía negro de nuevo. Desde la lejanía se oyó una sirena. Danny la abrazó contra la noche, aún con más fuerza.



Lauren estiró las piernas y puso los altos tacones sobre el salpicadero del sedán Jaguar blanco. Tuvo que subirse el ajustado vestido negro de cóctel para poder hacerlo. Sus tacones se hundían en la tapicería cuando Lauren giraba sobre ellos. Señalando con la punta del zapato primero a Danny, luego a la ventanilla, mientras las luces pasaban rápidamente, y de nuevo hacia Danny, marcando el compás de su propio ritmo secreto.

Rompió el cristal, sintió que el aire nocturno le cosquilleaba los muslos y tarareó suavemente para sí, recordando la fresca brisa del océano y el cuerpo de Tohlson colgando del techo. Había permanecido quieta en la puerta de la casa de la playa, con el rostro salpicado de sangre y la piel tensa, a la luz de la luna. Más lejos, en la playa, oyó a dos hombres gritándose.

Permaneció en la puerta mientras se preguntaba si McVey estaría allí fuera, esperando a que ella se duchara y apagara todas las luces. Temblaba al borde del pánico, tan cerca de que la pescaran que se agarraba a las cortinas, apretando los puños. McVey no apareció. Casi se sintió decepcionada.

—¿En qué piensas? —preguntó Danny.

Lauren lo miró y sonrió.

—En lo mucho que te quiero.

La luz de los faros, pasando rápidamente, jugaba con las hermosas facciones de Danny, iluminaba sus largas pestañas y su fuerte mandíbula. Estaba cansado. La fatiga le cincelaba la cara pero en él no había debilidad alguna. Allí estaba de cuerpo entero, hasta su más mínima expresión. Miró a Lauren y luego de nuevo a la carretera, conduciendo con movimientos de su cuerpo apenas perceptibles.

Lauren contempló el cielo nocturno a través del hueco de la capota.

—¿Qué te parece si hacemos un viaje a Europa cuando todo esto haya terminado? Podemos volar por la *autobahn* en uno de esos grandes Mercedes 560 SL con cristales ahumados.

—Veremos qué pasa durante las próximas veinticuatro horas.

Lauren se hundió todavía más en el asiento de piel.

—En la *autobahn* no hay límite de velocidad, Danny. Cada uno hace lo que le viene en gana.

En el horizonte centelleó una estrella fugaz y acto seguido se apagó.

La casa de la ciudad estaba en Irvine, en el interior de Newport: un complejo rodeado de verja, con un lago artificial y árboles podados. Como todo cuanto poseía Michael, la había comprado sin verla, incluyéndola en los libros de una de sus

corporaciones.

Danny y Lauren se dirigieron al garaje doble de la casa y ella pulsó el número de seguridad de cinco dígitos en el aparato de control remoto. Danny tamborileaba sobre el volante mientras se abría lentamente la pesada puerta del garaje.

—Nadie conoce este lugar —dijo Lauren, al abrirse la puerta—. Y tampoco el Jaguar —añadió, bajando del coche—. Dinero en efectivo en el tocador. Tres pasaportes distintos en la mesilla de noche. Palos de golf en el armario. Michael siempre esperaba que hubiera una emergencia.

Danny dio la vuelta alrededor del feo BMW *beige* de Tohlson, aparcado al otro extremo del garaje. Lauren tuvo que llevárselo de su casa de la playa ya que, como de costumbre, estaba bloqueando la salida. Condujo por las callejas hasta la casa de la ciudad, descalza y cubierta de sangre.

Danny abrió la portezuela del BMW y asomó cautelosamente la cabeza. Arrugó la nariz al recibir el impacto del amoníaco.

—Limpio a conciencia, ¿no crees? —dijo Lauren.

La mayor suciedad estaba en la badana de los asientos del BMW y en la alfombrilla a los pies del conductor. El día anterior ella había estado sentada con las piernas cruzadas en el vestíbulo, comiendo de un bol lleno de frambuesas frescas, mientras el camión de la basura izaba las bolsas negras.

Todas las luces estaban encendidas cuando entraron en la casa. Las del techo, las de pie, las de mesa. Incluso la de lectura, junto al diván.

—No me gusta estar sola en la oscuridad —dijo ella, al darse cuenta de la expresiva mirada de Danny.

Se quitó de un puntapié los zapatos y se dirigió hacia el cuarto de baño, dejando caer su vestido en el suelo de la sala de estar. Arrojó el collar de diamantes encima. Se dio cuenta de que la mirada de Danny se deslizaba por sus caderas.

Acababa de meterse en el baño de burbujas cuando entró Danny y después de bajar la tapa de la taza, se sentó en ella, cerca de la bañera.

—Nunca has llamado al exterior por esta línea, ¿verdad? —le dijo—. Y tampoco has recibido aquí ninguna llamada de Michael.

—No seas estúpido. —El jabón producía sonidos siseantes sobre sus piernas estiradas. Lauren todavía seguía haciendo barra de *ballet* una hora al día, todos los días—. Un servicio intermediario recoge todas las llamadas y las pasa. Michael piensa en todo.

—Sí, bien, pero todo lo que Michael piensa no ha sido suficiente para salvarlo. La hilera de porros sobre su mesa de café estaba en perfecto orden. A primera hora de la mañana alguien ha estado en mi apartamento. No puedo probarlo, pero así fue.

Mientras él hablaba Lauren añadió más agua caliente, abriendo la llave con el pie. Necesitaba una pedicura.

—Entrégate —dijo Danny. Parecía que fuera él quien hubiera de decidirlo—. Alega homicidio involuntario. Te caerán de tres a cinco años y en menos de dos

habrás salido. Conociéndote, conseguirás la libertad condicional enseñando a los chiquillos del interior a leer o algo parecido.

Lauren se enjabonaba los senos con los ojos entornados.

—Escúchame —dijo Danny, acercándose más—. Ese asunto del intercambio que estás planeando no es una de esas fusiones de empresas de alto nivel donde todo el mundo toma asiento alrededor de una mesa de roble con un programa en la mano y habla por turno. ¿Me estás escuchando? No tenemos respaldo alguno. Solos tú, yo y Michael en el centro.

Una hilera de burbujas iridiscentes le subió por los senos, rodeando sus pezones rosados al borde del agua. Se echó agua caliente por el cuello y deshizo el collar de jabón.

—Tengo otra naranja en el refrigerador —lo tentó Lauren, recordando la noche anterior y el zumo cayendo por todas partes. Danny negó con la cabeza y ella supo que iba en serio—. Bien, entonces, ¿por qué no entras y me frotras la espalda?

—He perdido práctica.

—No te menosprecies.

Danny salió, cerrando silenciosamente la puerta tras él. Lauren se hundió aún más en la bañera y cerró los ojos, mientras el agua le lamía la nuca. Lo había echado de menos. Desde Danny, todos ellos habían sido demasiado fáciles, ávidos por contárselo todo, desesperados por demostrar lo grandes e importantes que eran.

Tohlson había sido el peor. Solía permanecer tumbado en la cama, agitando su huesuda muñeca, alardeando de que su investigación obligaría a modificar los libros de texto y de que por ella le darían el premio Nobel. Lauren fue quien le sugirió que lo mejor para él sería que dejara la Reese Pharmaceuticals y estableciera su propia empresa. Ella podría obtener el dinero, todo cuando fuera preciso. Lo único que tenía que hacer era aportar los detalles de sus experimentos, la información completa que ella presentaría a los inversores. Pobre Tohlson. Habría podido tatuarse una diana sobre el corazón.

Lauren se había pasado de la raya aquella noche. Había sido la primera en admitirlo. Michael sólo quería los discos del ordenador. No habría necesitado matar a Tohlson. Aquello era evidentemente excesivo. Pero una vez que empezó, la situación había adquirido un impulso propio.

—¿Por qué lo hiciste? —le había preguntado Michael, cuando la llamó para contarle lo de Tohlson, con voz tan queda y triste que prácticamente no podía oírlo—. ¿Por qué? Todo iba a ir bien.

Cuando Lauren salió de la bañera, casi todas las luces de la casa estaban apagadas. Mientras se secaba, se encaminó al dormitorio. Danny estaba encogido en la cama, de espaldas a ella. Eso no le gustó nada.

Lauren dejó caer la toalla y se metió entre las sábanas.

—No duermes, ¿verdad? —le susurró al oído—. Pensaba que después de anoche... Creía que podríamos empezar de nuevo. —Danny no dijo nada—. Siempre

me has ocultado algo. —Hizo un mohín—. Lo suficiente para mantenerme interesada. —Le tocó la mejilla y él se apartó—. Estás trastornado.

—No estoy trastornado. —Clavó sus oscuros ojos en ella—. Es mucho peor que eso.

—Tohlon me hizo viajar. ¿Por qué todos me culpáis a mí? Michael también.

Danny movió la cabeza.

—Yo he viajado, pero jamás agujereé a un tipo para que se desangrara hasta morir.

—Estás cansado —dijo con sequedad, saliendo de la cama.

Danny no contestó. Lauren se fue a la sala de estar y se quedó en pie delante de la ventana panorámica, todavía desnuda, observando cómo caían las gotas de lluvia sobre el lago artificial.

Al cabo de un rato fue a ver a Danny. Ya dormía, con una pierna encogida bajo el cuerpo, perdido en sus ensoñaciones. Recordó la mañana en que ella se despertó y lo encontró riendo en la puerta del dormitorio, con los brazos rebosantes de orquídeas de color púrpura y billetes de cien dólares. Antes de que pudiera decir palabra lo lanzó todo por los aires. Luego hicieron el amor, aplastando las flores perfumadas y vigilados por centenares de Ben Franklin.

Más que nada en el mundo, Lauren quería que Danny la mirara como lo hizo al provocar la lluvia de flores, quería sentir sus besos en el cuello al tiempo que la penetraba. Lauren hubiera querido que tuviera una religión o algo parecido. Habría sido más fácil doblegarlo. Y mucho más divertido. Lo que tenía era muchísimo peor que la religión.

Se acercó al ordenador, conectó el modem y marcó el número de Michael, escuchando el pitido del intermediario al conectarse con su sistema de ordenador. Pulsó el código de acceso y empezó a recorrer el directorio financiero. Desde que Michael desapareció, había estado intentando localizar sus cuentas bancadas. Las de los dos. No se debía a que su hermano intentara ocultarle cosas, sino al hecho de que siempre estaba cambiando fondos de una compañía a otra, de un país a otro. Y no había manera de que ella siguiera la pista. Sólo durante el último año habían obtenido un cuarto de millón de dólares con las fluctuaciones monetarias, cambiando su dinero de francos suizos a yenes, luego a dólares y libras, para convertirlos de nuevo en dólares.

Encontró la cuenta de Liechtenstein, pero tenía un saldo inferior a los cien mil dólares. Las dos corporaciones de las islas Caimán estaban exhaustas. Michael había dicho algo sobre la necesidad de reunir todos sus recursos para aprovechar una esperada alza espectacular en el precio de algún metal estratégico descubierto en África central, paladio o rodio. Michael dividía el dinero en una docena de paquetes para evitar impuestos o problemas potenciales.

Lauren apagó la pantalla con un dedo. Necesitaba que Michael volviera. No tenía otra salida. Apartándose del ordenador con un suspiro, cogió el teléfono y se dirigió

de nuevo a la ventana panorámica. Había cesado la lluvia.

El doctor Reese no pareció sorprendido de oír su voz.

—Espero que su llamada sea de negocios, señorita Kiel —dijo Reese.

—Creo que podremos llegar a un acuerdo, doctor Reese.

—Soy todo oídos.

—Puede quedarse con los discos de Tohlson...

—Mis discos.

—No tiene más que soltar a Michael y transferir telegráficamente cuarenta millones de dólares a nuestra cuenta numerada en la isla de Man. —Escuchó el tintineo de los cubitos de hielo y la risa entre dientes de Reese—. Reconocerá que no es una petición desmesurada. El doctor Tohlson me dijo que su subsidiaria europea obtiene ese beneficio todos los años —Reese dejó de reír.

—¿Eso es todo? —aulló.

—Sabe bien que no. —El viento rizaba la superficie del lago, corría de uno a otro extremo, semejante a una sábana que se estuviera estirando lentamente—. Está la cuestión de Danny...

—Ya he...

—No. Implicarlo en la muerte de Tohlson no es suficiente. No lo quiero ni de lejos en el banquillo de los testigos. —Miró de soslayo hacia el dormitorio.

Reinó el silencio en la línea.

—Supongo que podrá arreglarse —dijo finalmente Reese.

Lauren se encontraba tan cerca de la ventana que rozaba con los senos desnudos el frío cristal.

—Nada de arreglos, doctor Reese. Quiero ver cómo lo hace personalmente. Entonces estaremos en paz. Cuando la policía descubra el cuerpo de Danny registrará su apartamento y encontrará el pene de Tohlson en el refrigerador. Yo declararé, por supuesto, sobre su temperamento violento y sus ataques de celos. Tengo ciertos conocidos en la oficina del fiscal del distrito. Estarán en extremo satisfechos de ahorrarse todo el papeleo y reconocer su muerte como homicidio relacionado con estupefacientes.

—Estoy impresionado —dijo Reese—. Pero ¿por qué contentarse con cuarenta millones de dólares?

Lauren se quedó mirando el teléfono que tenía en la mano.

—El problema con cualquier trato fuera de la legalidad es una cuestión de confianza —explicó Reese—. Una vez que haya transferido telegráficamente el dinero a su cuenta, ¿qué me queda en balanza? ¿Y qué le queda a usted una vez que haya entregado los discos del ordenador?

Los cisnes habían desaparecido del lago, ocultándose en los miradores blancos distribuidos por el césped. Con los cisnes y los miradores se había pretendido dar al complejo el aire de una finca rural.

—¿Sigue ahí? Estoy dispuesto a transferirles a usted y a su hermano una fuerte

participación minoritaria de Reese Pharmaceuticals.

—¡Qué gran generosidad, doctor! ¿Por qué habría de creerle?

—Se da demasiada importancia al dinero, señorita Kiel. Cuando tenga mi edad lo comprenderá. Lo que importa es trabajar con personas como usted, gente especial. Sus cualidades son a todas luces evidentes y me he encariñado mucho con su hermano durante el breve tiempo que hemos pasado juntos. No puede siquiera imaginar lo difícil que es encontrar a alguien que realmente comprenda.

Lauren todavía podía ver plumas blancas empapadas en la orilla del lago.

—Además, supongo que ya habrá sacado copias de los discos —siguió diciendo el doctor Reese—. Si es usted socia no es probable que las vuelva a vender a mis competidores. A nuestros competidores.

—Es una oferta muy interesante —dijo Lauren—. Desde luego, voy a considerarla. Mañana, Danny y yo nos reuniremos con usted para cambiar los discos por el dinero y Michael. Le telefonaré por la mañana para comunicarle el lugar de la reunión.

—Es una medida muy cautelosa.

—Recuerde. Insisto en que sea usted mismo quien mate a Danny.

—Es usted una mujer realmente excepcional.

—Para sellar el trato llevaré conmigo los cinco primeros discos. Y si le ronda alguna idea por la cabeza le conviene saber que para retirar el resto es indispensable mi presencia.

Colgó y se quedó mirando el lago con expresión satisfecha. El corazón le latía con fuerza. Volvió a la cama y envolvió con los brazos y las piernas a Danny, aferrándose fuertemente a él.

—¿Qué pasa? —preguntó Danny, todavía medio dormido.

—Estaba pensando en lo mucho que te quiero. —Lauren cerró los ojos con tal fuerza que las lágrimas le quemaban—. Y en el poco bien que nos ha hecho a los dos.



Danny tenía los ojos fijos en la serpenteante carretera y mantenía el Jaguar en el límite justo de la velocidad. El aire era fresco debido a la lluvia del día anterior. Era una de esas mañanas en las que habría querido seguir conduciendo sin detenerse jamás, dejando que el viento arrastrara todas sus preocupaciones.

En su lugar se dirigían a negociar un trueque que probablemente se convertiría en una batalla campal. Y no podía hacer nada por evitarlo.

—No son muchos los hombres que me rechazan. —Lauren ajustó el retrovisor para comprobar su maquillaje.

—De acuerdo, pertenezco a una especie en vías de extinción. Si no ando con cuidado emitirán una serie de sellos con mi imagen.

—Siempre te muestras muy prudente, Danny. —Sonrió a su imagen en el espejo, mostrando los dientes blancos y perfectos.

Danny reajustó el retrovisor. Le gustaba saber quién se disponía a adelantarlo.

Circulaban por la autopista costera del Pacífico, dirigiéndose hacia el sur, a la zona desierta entre las playas de Newport y Laguna. Era rocosa, abrupta e intacta: los últimos veinticinco kilómetros sin edificar en el sur de California. Ya había sido registrado el proyecto para subdividir la zona. Los promotores lo llamaban Golden Wedge. Sin embargo, grupos favorables a un desarrollo lento estaban luchando por detenerlos, protegiendo a las liebres y la artemisa de minialamedas y sistemas de riego automáticos.

La carretera iba haciéndose más angosta, subía y bajaba; el altozano terminaba en una cañada rocosa en la que se amontonaban latas aplastadas y botellas rotas. Un chico de pelo largo se encontraba junto a un baqueteado Volkswagen aparcado en una curva, despojándose con fastidio del equipo impermeable naranja con rayas atigradas. Esa mañana el mar parecía un espejo; incluso los surfistas asistirían a clase.

Lauren había fijado el lugar del intercambio en el Date Shack: un camino desierto en medio de un desierto. Danny le había dicho que un lugar más público ofrecía mayor seguridad, pero ella se había empeñado en mantener los tratos en secreto.

—¿Le has dicho a Reese que viniera solo? —le preguntó Danny.

—Vendrá acompañado por su jefe de seguridad, Frank McVey. Tal vez de sus dos estúpidos sobrinos. Eso es todo.

—Es suficiente —dijo Danny—. Cuatro contra uno.

—¿Es que yo no cuento? —preguntó Lauren.

Danny condujo hasta la gasolinera, levantando guijarros y polvo a su paso. El hosco adolescente que la atendía se acercó con desgana. Vestía un grasiento suéter

corto Megadeth y unos pantalones de camuflaje.

—Llévalo —dijo Danny. El chico se quitó los auriculares y se los dejó colgados del cuello. Se oía un estridente solo de guitarra—. Llévalo, por favor —repitió Danny.

El chico se dirigió con gesto cansino a la bomba.

—Tengo que hacer pis —dijo Lauren.

Danny vio por el retrovisor la mirada del chico clavada en el trasero de Lauren, que vestía unos tejanos negros muy ajustados, botas de vaquero y una camiseta blanca arremangada. No llevaba sostén. Cuando desapareció en los lavabos, Danny descolgó el teléfono celular y marcó el número de la casa de Holt. Si le telefonara a la comisaría era posible que contestara, y él necesitaba tiempo. Por si acaso las cosas le salían bien. Oyó el contestador: «Soy Jane Holt. Por favor, deje un mensaje. Y tómese todo el tiempo que necesite.»

Eso es lo que tú crees, Jane. «Hola —dijo Danny—. Le habla su criminal favorito. Quiero que sepa que Arthur Reese está complicado hasta las cejas en el asesinato de Tohlson. También ha secuestrado a Michael. Si esta noche no he vuelto a comunicarme con usted, venga a recoger los restos cerca del Date Shack, en la autopista. —Lauren salió de los lavabos—. Diez-cuatro, Jane.» Luego colgó.

—Catorce veinticinco —dijo el chico, mirando entrar a Lauren.

Danny le alargó un billete de diez y otro de cinco. El muchacho se metió los billetes en el bolsillo, se puso de nuevo los auriculares y se alejó.

—¿Con quién hablabas? —preguntó Lauren, en tono ligero.

—Con el servicio de Cubanito. —El Jaguar levantó una polvareda cuando Danny aceleró para volver a la autopista—. No contesta.

—Tienes suerte. —El viento alborotó el pelo de Lauren.

Unas millas más adelante pasaron junto a un desvío que conducía a la playa, y Danny aminoró la marcha y entró en la zona arenosa que rodeaba el Date Shack. El chiringuito estaba instalado en un promontorio que dominaba la playa: consistía tan sólo en cuatro muñones de lo que habían sido taburetes y un mostrador de desvaída fórmica roja. Detrás del mostrador había unas cuantas mesas de *picnic* desteñidas por el sol, y una herrumbrosa valla de tela metálica zigzagueaba a lo largo del borde del declive hasta la playa.

Lauren bajó del coche y se desperezó.

Danny tenía calor y se sentía incómodo en el traje, que era el mismo que llevaba la noche anterior. Le fastidiaban los rebuscados zapatos de piel de lagarto. Nunca le habían gustado, pero eran un regalo de Lauren y se los había puesto para ir al *Queen Mary*, siguiendo el mismo impulso que le había hecho a Lauren ponerse el collar de diamantes. Se quedó en pie junto al coche, con una mano metida en el bolsillo de la chaqueta, sintiéndose reconfortado por el peso del arma mientras volvía los ojos hacia la carretera.

—Trae los discos —le dijo Lauren por encima del hombro.

Danny se reunió con ella junto a la mesa de *picnic* más alejada que, oculta por el mostrador, no era visible desde la carretera. Dejó la nevera portátil que contenía los discos a la sombra, debajo de la mesa. Lauren se apoyó en la valla, mirando el mar.

—Va a hacer un día estupendo —dijo, protegiéndose los ojos del sol.

—Para alguien.

Danny se quitó la chaqueta y la dejó sobre un banco, manteniendo el arma a su alcance.

Lauren se volvió hacia él.

—¿Por qué estás enfadado? Desde anoche estás furioso conmigo y no sé el motivo.

Danny se alejó para mirar hacia la carretera, consultó su reloj y volvió junto a ella. Sobre sus cabezas chillaban las gaviotas. El agua era de un azul oscuro cerca de la playa, pero mar adentro tenía un tono gris pizarra. Y también estaba más fría.

—Es sólo que no me gusta que me tumben con estos jodidos zapatos de chulo.

Su mirada se perdió en el océano.

—¿Qué te preocupa? —preguntó Lauren.

Danny señaló con la cabeza una furgoneta blanca que estaba entrando.

—Han llegado tus amigos.

—Bésame. —Lauren intentó cogerlo, sin dejar de bailar. Se pasó la lengua por los labios—. Bésame para que tengamos suerte.

Danny la apartó.

—Tengo toda la suerte que puedo soportar.



Se abrió la portezuela de la furgoneta blanca y saltó el achaparrado vejestorio que iba al volante, vistiendo una sahariana caqui y unos pantalones de sarga, con un cigarrillo colgándole de los labios. Anduvo hasta colocarse delante de la furgoneta, divisó a Lauren y a Danny y lanzó la colilla hacia donde estaban.

Lauren estaba sentada ante la mesa de *picnic*, de espaldas al mar. El viento le alborotaba el pelo mientras se acariciaba con la yema del dedo la línea de la mandíbula. Danny se encontraba sentado muy junto a ella, con la camisa empapada de sudor y el revólver al alcance de la mano, contra la pantorrilla de la pierna izquierda. La brisa del océano llevaba un tenue olor a sal y algas. Luego le llegó una vaharada del perfume de Lauren, tan sólo un soplo que se desvaneció inmediatamente. Tal vez debió haberla besado cuando aún tenía la oportunidad.

Reese dio un golpe en el lateral de la furgoneta y luego se encaminó hacia la mesa con una cartera en la mano. Parecía el malo del pueblo en una película de vaqueros, el enano fornido que enderezaba herraduras con los molares y luego sacudía al héroe con ellas cuando éste estaba de espaldas.

Lauren se comportó como si no se hubiera percatado de su presencia hasta ese momento.

—Qué agradable que haya podido venir, doctor. —Le indicó con un ademán la mesa de *picnic*.

Reese se sentó frente a ella, abrió la cartera y sacó un ordenador portátil. Miró hacia la furgoneta.

—Mis sobrinos se han quedado dormidos durante el viaje.

Todos se volvieron al sonido de la portezuela. De la furgoneta bajaron un par de hipopótamos rubios, todavía bostezando. El vehículo se balanceó con su peso. Iban vestidos con holgados *shorts* blancos que les llegaban a la rodilla y camisas hawaianas idénticas.

Danny se frotó la cicatriz curva que tenía sobre el abdomen mientras contemplaba aquellas alegres camisas de seda que ondeaban al viento. Volvió a ver la sobresaltada cara de Wilson en la granja; las bailarinas de su camisa estaban salpicadas de sangre. Los mayas creían que el dios de la muerte se mostraba en diversas ocasiones a un hombre antes de acabar con él: una serie de vistas destinadas a preparar a cada hombre para su destino. A algunos hombres la muerte se les aparecía como un jaguar, a otros como un chillón papagayo o como una espiga de maíz con el grano negro. Para Danny la muerte era Don Ho.

—¿De qué se ríe? —preguntó Reese.

—Ya lo sabrá —repuso Danny.

Apretó el arma contra la espalda de Reese y lo cacheó, intentando evitar que le temblara la mano con la que empuñaba el arma. El control era como el bramante de una cometa que le zumbaba entre los dedos. Si se le escurría ya no había manera de sujetarlo.

—Me ha decepcionado —le dijo Reese a Lauren—. Usted dijo que nada de armas y ha traído una temblorosa.

Danny sacudió a Reese en la cabeza con la culata del revólver, haciéndolo caer hacia delante. Reese gruñó y Danny volvió a golpearlo; Reese se encabritó, maldiciendo, pero Danny lo retuvo con una mano mientras con la otra mantenía el revólver contra su nuca, al tiempo que los gemelos corrían hacia ellos.

—Da las buenas noches, Gracie —musitó Danny, amartillando el arma.

—¡Muchachos!

Reese alzó las manos. Los gemelos se detuvieron, inseguros. Reese habló con calma, aunque tenía las orejas lívidas.

—Escuchadme. Quiero que os sentéis, los dos. Permaneced sentados.

Hablaba como si se dirigiera a alguien que estuviera al borde de un precipicio. Los gemelos se sentaron.

Danny volvió a colocarse cerca de Lauren y permaneció allí en pie, cubriendo a Reese y el camino. Ya no le temblaban las manos.

—Diga a los hermanos bueyes que arrojen sus armas.

—¿Cree que daría armas a los chicos? —Reese se echó a reír. Sus pálidos ojos de cangrejo siguieron a Danny. Deberían de haberse mostrado furiosos—. Me gustan los hombres que no temen mostrar las garras. —Se limpió la nuca e hizo un gesto—. Yo tampoco tengo miedo de utilizarlas. Cuando uno está en inferioridad de condiciones tiene que actuar rápido y golpear fuerte. —Reese señaló a los gemelos con un juego de muñeca—. Yo hago lo mismo. Me veo obligado. Si se deja a esos chicos ponerse en marcha se necesitaría un tren de mercancías para detenerlos.

—Yo no necesito detenerlos —dijo Danny, sin alterarse—. Sólo necesito detenerlo a usted.

—Ha dado en el clavo —dijo Reese—. En el mismísimo clavo.

—¿Dónde está Michael? ¿En la furgoneta?

—Vendrá enseguida —respondió Reese.

—Vamos al grano —intervino Lauren.

Reese se volvió hacia el ordenador portátil. Un suave zumbido y la pantalla de cristal empezó a hacer guiños. Reese cogió el disco flexible que Lauren le alargaba y lo introdujo en el ordenador. Sus nudosos dedos volaron sobre el teclado.

—¡Ah! —suspiró al aparecer el documento. Los ojos le bailaban por la pantalla mientras recogía el informe.

Danny estaba allí fuera de lugar. Era un maniquí de escaparate, tan inútil como los dos gemelos sentados allá abajo en cuclillas, con la boca abierta, sin comprender

palabra. Se apartó de la mesa, apoyándose en la herrumbrosa cerca de tela metálica.

—¡Eh, no se vaya! —le gritó Reese, sin apartar la vista de las notas de Tohlson—. Estoy empezando a disfrutar de su compañía. Hay que ser un auténtico hombre para irrumpir en semejante situación. Pero aquí está usted, en el mismo centro, Danny sintió que se le erizaba el pelo de la nuca. Sujetó con más fuerza el revólver.

Un gran camión bajó con estruendo por el camino. Todos levantaron la cabeza y esperaron a que desapareciera en una curva antes de decir palabra.

—¿Tenemos un trato, doctor? —preguntó Lauren.

Reese se tiraba del labio, perdido en sus pensamientos.

—Es evidente que Tohlson se fue por la tangente —murmuró—. Creía que la respuesta estaba en la matriz fibrosa: moléculas de proteínas que conectan todas las células...

—¿Doctor?

—¡Ah, sí! —dijo Reese, con aire ausente—. Tiene todo el valor del mundo. Y confío en que haya considerado seriamente mi proposición, señorita Kiel.

Lauren miró a Danny, miró hasta el fondo de él. Sus ojos eran tan vacíos y claros como el hielo ártico. Hubo un tiempo en que él la besaba y el hielo se derretía, en que su dureza desaparecía como por encanto. Pero si la besara en ese momento sentiría que el frío le quebraba los huesos.

Danny se volvió al escuchar unos débiles sonidos en la playa. Allí estaba Michael. Y junto a él un hombre en pie. El hombre puso la mano sobre el hombro de Michael y éste se desplomó sobre la arena.

La brisa llevó sus gritos hasta Danny.

—¡Eh! —les gritó Danny.

Lauren y Reese se acercaron presurosos a la valla.

—Haga algo, Reese —dijo Danny.

Cuando Michael se puso en pie, el hombre del traje azul lo agarró por la muñeca. Michael chilló.

—Parece que McVey se está excediendo de nuevo en su autoridad —cloqueó Reese—. Lo único que tenía que hacer era traer a Michael para que lo viera, y en lugar de eso está dando un espectáculo.

Danny cogió a Reese por la chaqueta y presionó con tal fuerza el cañón del revólver contra su mejilla que se formó un aro de piel blanca alrededor. Intentó susurrar de nuevo.

—Haga que lo deje en paz.

—¿Quién? ¿McVey? —preguntó Reese al tiempo que enarcaba las pobladas cejas—. Ni por asomo.

No se inmutó por el arma pegada a su cara. Como si fuera de regaliz.

El sol quemaba a través del celaje de nubes y su luz hizo parpadear a Reese. Apartó lentamente el arma con el índice.

—Cree saber lo que está en juego, ¿verdad? —Miró despectivo a Danny—. No

sabe nada en absoluto.

Lauren se encontraba apoyada en la valla, mirándolos con intensidad.

De repente, Danny saltó la valla, haciendo caer tierra y guijarros por la empinada ladera. Se deslizó morro abajo, aferrándose a los arbustos que crecían a los lados. Los zapatos de lagarto resbalaron sobre las hierbas marinas pero mantuvo el equilibrio, sujetando con una mano el arma e intentando amortiguar la caída con la otra.

—¡Hágalo! —Lauren sacudió a Reese con el rostro contraído por la rabia—. ¡Mátelo!

Danny casi había llegado al fondo, deslizándose en un slalom apenas controlado.

—¡Mírelo! —Reese silbó—. Ágil como una cabra del Himalaya.

—Dijo que lo mataría. Tenía que ser usted.

—Boyd —llamó Reese.

Boyd corrió presuroso hacia la cartera. Lloyd escupió por encima del borde del farallón, observando cómo rebotaba y caía.

—McVey fue a última hora de la noche de ayer a casa de su exmarido, pero surgió un problema —dijo Reese. Abrió el doble fondo de la cartera. Sobre el fondo de espuma apareció un rifle desmontado—. Había una mujer policía sentada en un coche, vigilando el apartamento. —Montó el cañón del rifle—. Pero no se preocupe. Colocaremos el órgano de Tohlson en el congelador: disponemos de muchísimo tiempo.

—Hubiese querido que se quedara junto a mí —dijo Lauren, mirando a Danny allá en el fondo—. Todo hubiera sido perfecto.

Reese lanzó un suspiro tan hondo que provocó un eco.

—Todos tenemos algo de qué lamentarnos —dijo, encajando con un chasquido la mira telescópica—. Yo no sabría por dónde empezar.



Danny bajó rodando los últimos metros del farallón. Se puso en pie despacio, con las manos llenas de rasguños y con la voz de Lauren resonando todavía en sus oídos. Había perdido uno de los zapatos y se quitó el otro. Danny miró hacia arriba y pudo ver a Lauren, Reese y los gemelos, muy lejos, atisbando en silencio por encima de la valla.

La cala era una lengua de tierra larga y ancha, amurallada por los acantilados.

Michael estaba a gatas a la orilla del agua, vistiendo unas bermudas de madrás y una camiseta. McVey se encontraba en pie junto a él. Parecía un hombre que estuviera paseando a un perro de colores brillantes.

Danny se limpió el revólver en los pantalones; luego sopló la arena que le quedaba. Era como si se hubiera pasado la vida temeroso de que Lauren no volviera nunca junto a él. Ahora ya se sentía seguro. Volvió a mirar hacia arriba, pero Lauren estaba demasiado lejos para que pudiera leer la expresión de su cara. Empezó a andar hacia Michael.

McVey observaba impasible el avance de Danny. A éste aquel tipo, de cerca, le pareció más un espantapájaros que un hombre. Michael seguía arrodillado, con la cabeza caída.

—Apártese de él —dijo Danny.

—Me temo que eso es imposible, señor Di Medici. —La voz de McVey era neutra y monocorde, como el zumbido de una transmisión radiofónica cuando se ha perdido la señal—. Yo sólo obedezco órdenes: un infeliz que obedece órdenes, que hace lo que se le dice.

—¿Obedeciendo órdenes? —dijo Danny—. Reese ha dicho que no estaba previsto que torturara a Michael.

McVey se pasó la mano por el pelo suave y fino. En las comisuras de la boca le temblaba una sonrisa azorada.

Michael miró a Danny con los párpados casi cerrados por el dolor.

—No pierdas el tiempo, hermano. No tenías que haber venido. —Michael empezó a levantarse—. Lauren te ha tendido una trampa.

Danny seguía vigilando a McVey.

—He venido por ti, Michael, no por ella.

—Cuánta nobleza por su parte. —McVey plantó el pie en el centro de la espalda de Michael, obligándolo a permanecer como estaba—. Usted y yo no somos tan diferentes —dijo a Danny—. La señorita Kiel se ha burlado de los dos, pero eso es lo que ocurre siempre con hombres de honor. Nos traicionan con facilidad.

—Usted camina hacia un lado y nosotros hacia el otro —dijo Danny, con tono persuasivo—. ¿Por qué empeorar más las cosas?

—Las cosas están muy bien —dijo McVey, recalcando las palabras.

Danny le apuntó con el revólver.

—Utilizaré esto.

McVey lo consideró por un instante y luego sacudió la cabeza.

—Lo dudo. Disparar contra un hombre desarmado no es ni mucho menos tan fácil como la mayoría de la gente cree. Matar en el ardor de una discusión es una cosa. Todo el mundo puede hacerlo. Cualquiera. Pero ¿bajo la brillante luz del sol? ¿Después de una conversación tan civilizada? —Su expresión fue de desprecio—. No, matar sin estar dominado por la furia requiere una cierta... disciplina. ¿Acaso tiene esa disciplina, señor Di Medid?

—Le sorprendería.

McVey se humedeció los labios con la punta de la lengua.

—No lo creo. He visto su apartamento. He visto el desorden de su vida.

Michael escupió a la arena.

—Dispara contra este hijo de puta.

Se estaba levantando el viento, las olas se estrellaban en la orilla. McVey puso en pie bruscamente a Michael, acercándose más. Una gaviota pasó chillando, con un loco aleteo. McVey cogió por la nuca a Michael y éste se quejó, al tiempo que se desplomaba inerte.

—¡Caramba! —exclamó McVey—. He vuelto a hacerlo.

Danny disparó y la bala pasó junto a la oreja de McVey.

Éste dio un paso atrás en el agua. Se miró los zapatos y el dobladillo de los pantalones empapados, como si sólo entonces descubriera el mar. Michael se arrastró por la arena y Danny dio un paso hacia él.

McVey miró con gesto patético el mar, con el agua cubriéndole todavía los tobillos.

—La marea está subiendo —dijo en un tono tan fatigado que hizo que Danny se detuviera—. Tiempo y marea, amor y deber y aquí nos encontramos nosotros, como buenos soldados al borde del mundo, intentando enderezar las cosas, sin esperanza alguna de éxito.

—¿A qué espera? —dijo Lauren a Reese.

Reese atisbo a través de la mira del fusil.

—Adoro esto. No tiene idea, ni la más leve idea.

McVey se palpó el bolsillo de la chaqueta y alzó las manos vacías, mostrándoselas a Danny.

—Busco una chocolatina. Eso es todo.

Sacó despacio una de su bolsillo interior, le quitó el papel de plata y se la ofreció a Danny. Esperó un instante y luego se la metió en la boca. Danny se dirigió hacia Michael y, al mirar de soslayo, vio a McVey sacar un revólver de su chaqueta y disparar a Michael por la espalda. Danny disparó dos veces a McVey en el pecho; lo vio retroceder, adentrándose en el agua, pero incluso mientras caía, McVey disparó de nuevo.

Danny se encontró desplomado sobre la arena. Buscó su arma, pero la había perdido. Oía un ruido tan fuerte que pensó que Lauren estaba a su lado tarareando su cancioncilla, pero no era más que la sangre que le resbalaba del cuero cabelludo hacia el interior del oído. Era fácil confundirlo.

—¡Eh! Eres tú quien tiene dificultades. —La sonrisa de Michael estaba quebrada para siempre sin posibilidad de arreglo—. No habrá forma de que convenzas a Lauren de que no te he dicho adonde fue todo el dinero.

Danny lo acunó entre sus brazos.

—Quiero irme a casa —dijo Michael, como en sueños—. Todo lo malo ocurre fuera del perímetro.

—No te vayas —le suplicó Danny mientras el rostro de Michael iba poniéndose lívido—. Quédate aquí. —Se quedó mirando la sangre que iba extendiéndose sobre la arena como una rosa—. ¿Michael? —repitió, a sabiendas de que ya había acabado todo.

—Apártese de él, señor Di Medici —dijo McVey.

Se encontraba en pie en los bajíos, chorreando, apuntando hacia Danny.

Danny colocó la cabeza de Michael sobre la arena cuidadosamente y le alisó el pelo.

—Levántese —dijo McVey—. Merece recibirla en pie —gruñó dolorido—. Mi traje es de doble tejido Kevlar —dijo, esforzándose por mantener su tono habitual—. Detendría todo el cargador de un Magnum, pero lo que no se puede evitar es el impacto. Una lástima. —Se tocó el pecho e hizo una mueca—. Creo que me ha roto algunas costillas, señor Di Medici. —De nuevo aquella sonrisa ávida. Era como si estuviera pintada en una calavera—. Aborrezco las molestias de cualquier clase. —Se desvaneció la sonrisa y quedó sólo la calavera—. Le he pedido que se pusiera en pie, señor Di Medici.

Danny se levantó lentamente. Miró hacia el mar. El horizonte se extendía hasta el infinito.

—Supongo que está a unos ciento cincuenta metros —dijo Reese a Lauren, tensando el portafusil—. Primero lo recibirá McVey por desobedecer órdenes. Michael me resultaba simpático. No se preocupe, el señor Di Medici no parece que vaya a ninguna parte.

Lauren se aferraba a la valla con tal fuerza que tenía los nudillos blancos.

—Tengo la velocidad inicial para el disparo —dijo Reese—. Las ráfagas de viento son lo que me preocupan. —Aspiró profundamente, exhalando sólo a medias. La retícula se fijó en la cabeza de McVey, mientras Reese esperaba que el viento se calmara. Apretó el gatillo lentamente.

Danny oyó un chasquido y miró hacia McVey. ¿De dónde habría sacado aquel ojo extra? El negro en medio de la frente. ¿Cómo no se había dado cuenta antes? McVey cayó al agua, desplomándose tan bruscamente que parecía que todos los huesos de su cuerpo se hubieran disuelto.

La retícula osciló ligeramente sobre la nuca de Danny cuando Reese cambió de posición.

—Vamos —dijo Reese—. Date la vuelta para que pueda ver tu mirada en el momento del impacto.

Al crujido de la grava, Reese hizo retroceder el gatillo y se volvió, encontrándose con un Range Rover blanco que se paraba en el aparcamiento. Jane Holt estaba al volante.

—Haga algo —dijo Lauren a Reese, tratando de aventar la polvareda que se había levantado a su alrededor.

La portezuela del coche se abrió.

—Me alegro de que esté aquí, detective —dijo Reese, sonriendo al tiempo que bajaba el rifle.

Danny se desplomó junto a Michael, mirando pasar las nubes, grandes y algodonosas, que giraban lentamente con la brisa. La gran nube que tenían sobre la cabeza parecía un caballo: un garañón blanco cabalgando por el cielo. Danny quería cabalgar en él, agarrarse a sus suaves crines, pero el caballo ya se estaba alejando, quedándose atrás, rompiéndose en pedazos mientras Danny miraba.

Una mujer se inclinaba sobre él; estaba tan cerca que le rozaba la mejilla con su larga cabellera roja. ¿Qué estaba haciendo allí Jane Holt? Uno de ellos lloraba, pero Danny no sabría decir cuál de los dos. Quería preguntárselo a ella, pero no podía mover la boca. Cerró los ojos. Se lo preguntaría más tarde.



El somnoliento interno comprobó los resultados del examen médico musitando algo sobre lo afortunado que era Danny y le hizo un gesto a Jane Holt, que estaba en el pasillo, para que entrara.

—No tienes por qué hacerlo —le dijo ella a Danny—. Tienes derecho a que esté presente un abogado.

—Tú eres todo lo que necesito, Jane —bromeó Danny.

Se encontraba incorporado en la cama del hospital, con toda la cabeza vendada.

—Conque Jane, ¿eh? —resopló un tipo larguirucho con traje azul a rayas que irrumpió detrás de ella, con una cartera de piel con un monograma debajo del brazo. Lo seguía un sudoroso taquígrafo judicial con una máquina de estenografía.

Holt se sentó en la silla que había junto a la cama de Danny, cruzando y descruzando las largas piernas. Llevaba el mismo traje sastre gris que vestía cuando sorprendió a Danny en su apartamento, la primera noche.

—Aún no comprendo por qué le parece necesario estar presente durante la declaración del señor Di Medici, detective —dijo el tipo del traje a rayas desde el otro extremo de la habitación.

—No tiene que comprenderlo —dijo Holt.

El otro se encogió de hombros.

—Soy Phipps, ayudante del fiscal del distrito, señor Di Medici —dijo, sacando de su cartera un montón de documentos amarillos sin molestarse siquiera en mirar a Danny.

El taquígrafo judicial acercó una silla a los pies de la cama, colocándose la máquina sobre las rodillas en equilibrio inestable, mientras tomaba juramento a Danny. Phipps inició el proceso básico diciendo su nombre e indicando a Danny que hiciera lo mismo mientras el taquígrafo tecleaba.

—La detective Holt ha entregado una grabación telefónica en la cual usted acusa al doctor Arthur Reese de complicidad en el asesinato del doctor Harold Tohlson.

—Él no mató a Tohlson. Sólo actuó de encubridor.

—Hummm. —Phipps hojeó otro grupo de documentos—. Sí, eso es. —Phipps parecía aburrido—. Usted manifestó a la detective Holt que fue Lauren Kiel la que cometió el asesinato después de robar cierta información sobre unas investigaciones. Ello formaba parte del espionaje industrial que ella practicaba.

Danny miró a Holt.

—Eso es lo que dije.

—¿Tiene alguna prueba que respalde sus acusaciones, señor Di Medici? Lo que

sea. Piénselo bien.

—Pregunte a Lauren —dijo Danny.

—Ya he tomado declaración a la señorita Kiel. —Phipps miró por la ventana hacia el complejo en construcción que se alzaba más abajo. En alguna parte empezó a oírse una excavadora. Phipps se humedeció los labios—. Afirma que el doctor Tohlson estaba bien vivo cuando ella abandonó su propia casa, asqueada por sus aberrantes exigencias sexuales.

—Ella lo mató —dijo Danny sin alterarse.

—¿Tiene datos de clarividente, señor Di Medici? ¿Es ésa una de sus muchas habilidades? —Una máquina excavadora rompía la ladera de la colina, arrastrando pedruscos y gruesas raíces blancas—. ¿Las ha descubierto antes o después del tráfico de drogas?

—Conozco a Lauren. Y eso basta.

El taquígrafo dejó de escribir y se quedó con los dedos apoyados sobre las teclas.

—De manera que, conociendo a la señorita Kiel como la conoce, creyéndola una asesina... —Phipps se humedeció el índice y frotó una manchita en la punta de su zapato—. Usted, señor Di Medici, decidió tener con ella comercio carnal en una playa pública. Eso es lo que ha declarado la señorita Kiel. Dice que acudió a usted en busca de ayuda y que usted se aprovechó. ¿Es eso lo que ocurrió?

A Holt se le enrojecieron las mejillas.

—Lo siento, señor Di Medici. ¿Qué contesta? ¿Quiere que el taquígrafo vuelva a hacerle la pregunta?

—Hicimos el amor. No tengo excusa. —En realidad Danny le estaba hablando a Holt, que escuchaba con el sedoso pelo cayéndole sobre los hombros—. Fue una equivocación. Pero eso no cambia lo que ella hizo a Tohlson. O el que nos tendiera una trampa a Michael y a mí.

—Sí —rezongó Phipps—. Michael Kiel. No negará que al señor Kiel lo mató Frank McVey, ¿verdad?, que McVey disparó también contra usted. —Danny sacudió la cabeza—. Conteste de palabra, por favor.

—No, no lo niego.

—Bien. Asimismo sabra que la oficina del fiscal del distrito encontró cierta... prueba física en la oficina del señor McVey, en su refrigerador, para ser más exactos, que le convierte también en el principal sospechoso del asesinato del doctor Tohlson.

—Esa prueba no es concluyente —intervino Holt—. Y usted lo sabe.

Phipps la ignoró totalmente.

—La señorita Kiel nunca lo amenazó, nunca lo perjudicó de ninguna manera. Y tampoco el doctor Reese, que disparó contra McVey para salvarle la vida, ¿no es así?

—Usted no lo comprende.

Phipps respiró lentamente. Había comido un emparedado de atún en el almuerzo.

—La cuestión es, señor Di Medici, que usted llevaba un arma en la única ocasión en que se reunió con el doctor Reese, ¿verdad?

—No diga una palabra —Holt interrumpió a Danny, que se disponía a hablar—. Constituye un grave delito la posesión de un arma por un convicto confeso. Tendría que andarse con más cuidado, Phipps.

—Se ha equivocado de profesión, detective. Debería ser abogada defensora.

—¿Ha terminado? —dijo Holt—. Ya ha hecho cuanto era preceptivo. Puede irse y decirle al fiscal del distrito que no hay base para proseguir con la investigación. El fiscal del distrito y el jefe pueden acudir a la televisión y decir ante las cámaras que el caso ha quedado resuelto, que el sistema funciona.

—Parece muy nerviosa, detective. —Phipps sonreía levemente. Guardó los papeles y cerró la cremallera de la cartera—. Gracias, señor Di Medici. Su declaración será entregada al fiscal del distrito. Él será quien decida si se presentan acusaciones.

—Está diciendo la verdad —afirmó, tajante, Holt—. Ya deberían haber acusado a...

—El interrogado es el señor Di Medici, detective, no la oficina del fiscal. Si no le parece bien cómo llevamos el caso, hable con sus superiores.

—Lo he hecho —repuso Holt.

—Entonces queda zanjado el asunto, ¿no? —dijo Phipps, saliendo con brusquedad.

Danny y Holt esperaron a que la puerta se cerrara. Ninguno de los dos quería ser el primero en hablar.

—Bien —dijo finalmente Danny—. Ahí va un soplo de aire viciado. ¿Cómo está Karl?

—Vino a verte, pero acababas de salir de la sala de operaciones.

Danny se tocó con aire ausente los vendajes. Estiró la sábana hasta alisarla completamente.

—Va a salirse con la suya. ¿Verdad, Jane?

—No lo sé.

—Sí que lo sabes. Lauren va a salirse con la suya. Todos lo harán. ¿No es así, Jane?

Sus ojos se encontraron y mantuvieron la mirada. Holt asintió levemente. Fue más bien una inclinación de cabeza que una afirmación.

—Tu exmujer es algo fuera de serie. Yo mismo la he interrogado. Tiene respuesta para todo.

—Así es Lauren.

Holt apartó los ojos, pero luego volvió a mirar a Danny.

—¿Qué pudiste ver en ella? Estuve sentada frente a Lauren en la sala de interrogatorios y no dejaba de pensar en cómo alguien podía enamorarse de ella. Sé que no es asunto mío...

—Es asunto tuyo. —Los dos dejaron por un instante que aquello calase—. Cuando la conocí era diferente. Acaso yo también lo fuera. Era inteligente y fuerte...

Eso me gusta. Lo necesito. Pero había en ella algo vulnerable. Por eso solía telefonarme a altas horas de la noche y pedirme que le contara una historia para dormir. Como si fuera una niña atemorizada por la oscuridad. ¿Quién puede saber lo que Lauren ve cuando cierra los ojos?

—Debes de contar historias muy buenas. —Holt le cogió la mano.

—Ya no. —La luz de la habitación le daba dolor de cabeza. Cerró los ojos para mitigarla—. Me cegaron su belleza y su carácter. Hasta mucho más tarde no comprendí cómo era. ¿No te has equivocado nunca en tu juicio sobre alguien?

—Sí —dijo Holt. Le estrechó la mano mientras él empezaba a quedarse dormido—. Érase una vez...

Lauren llamó tres o cuatro veces al hospital y llamó de nuevo a su casa, cuando le dieron el alta. Dijo que quería darle explicaciones, que había interpretado mal lo ocurrido en el Date Shack.

Hacía ya una semana que Danny había vuelto a casa cuando sonó el teléfono a medianoche. Danny trató de cogerlo, se le cayó al suelo y al final se lo llevó al oído, farfullando un «hola».

—Danny —dijo ella—. Cuéntame una historia. Por favor.

Danny colgó de golpe el teléfono y se dio media vuelta en la cama, buscando el calor amigo de la almohada. De repente se incorporó en la oscuridad, completamente despierto. No era Lauren al teléfono, era Jane Holt Buscó el interruptor de la luz.





Robert Ferrigno es un autor estadounidense de novelas criminales y de ficción especulativa. Nació en el sur de la Florida en 1947, al lado de un riachuelo tropical con mosquitos y cucarachas voladoras.

Después de obtener títulos universitarios en Filosofía, Cine y Escritura Creativa, regresó a su primer amor, el póquer. Pasó los siguientes cinco años jugando a tiempo completo y viviendo en una zona de alta criminalidad poblada por artistas, alcohólicos, ladrones y traficantes de drogas hambrientos, convirtiéndose en amigos de muchas personas que más tarde poblarían sus novelas.

Utilizó algunas de sus ganancias para crear una revista *punk rock* llamada *The Rocket*, donde entrevistó a Clash, Elvis Costello, Iggy Pop, etc. El éxito de *The Rocket* le facilitó un puesto de redactor en un periódico del sur de California.

Años más tarde dejó el periodismo para convertirse en escritor, y su primer libro, publicado en 1990, *The Horse Latitudes* (Atracción Mortal), fue llamado «el debut de ficción de la temporada» por la revista *Time*.

# Notas

[1] «Latitudes del caballo». *Todas las notas que aparecen en la obra son de la traductora.* <<

[2] «Padre celestial y hombre» <<

[3] Establecimiento de comidas rápidas de tipo mexicano. <<

[4] Comprimido de mesecualona. <<

[5] Reserve Officer's Training Corps. Unidad de Entrenamiento de los Oficiales de Reserva. <<

[6] Drug Enforcement Administration. Departamento para la lucha contra la droga.

<<

[7] Human Growth Hormone. Hormona del crecimiento humano. <<

[8] Chief Executive Officer. <<

[9] En español en el original. <<

[10] En español en el original. <<

[11] En español en el original. <<

[12] En español en el original. <<

[13] En español en el original. <<

[14] Hombre araña. <<

[15] Pacific Coast Highway. <<

[16] Siglas de Universidad de California en Los Ángeles. <<

[17] Soldado raso de 1.<sup>a</sup> clase. <<

[18] En Estados Unidos, persona de origen anglosajón, blanca y protestante. <<